

# Francisco Delich y América Latina



FLACSO  
ARGENTINA



CLACSO

Esteban Torres  
y Juan Russo  
(Editores)



FRANCISCO DELICH  
Y AMÉRICA LATINA



# FRANCISCO DELICH Y AMÉRICA LATINA

Esteban Torres y Juan Russo (eds.)

Fernando Calderón  
José Nun  
Manuel Castells  
Carlos Strasser  
Manuel A. Garretón  
Ángel Flisfisch  
Waldo Ansaldi  
Marcelo Cavarozzi  
Natalio Botana  
Ernesto Ottone  
F. Rojas Aravena

José J. Brunner  
Luis A. Quevedo  
Pablo Gentili  
Alberto Filippi  
César Tcach  
Horacio Crespo  
Marcelo Casarin  
Guillermo Campero  
Osvaldo Iazzetta  
Andrea Spreafico  
Patricia Scarponetti

Isabel Hernández  
Hugo Quiroga  
Isabel Licha  
Pablo Vommaro  
Antonio Camou  
Nicolás Arata  
José Casco  
Lorena Soler  
Esteban Torres  
Juan Russo



Universidad  
Nacional  
de Córdoba

**Autoridades UNC**

Rector

**Dr. Hugo Oscar Juri**

Vicerrector

**Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira**

Secretario General

**Ing. Roberto Terzariol**

Prosecretario General

**Ing. Agr. Esp. Jorge Dutto**

Directores de Editorial de la UNC

**Dr. Marcelo Bernal**

**Mtr. José E. Ortega**

---

Francisco Delich y América Latina / Nicolás Arata ... [et al.]; editado por Juan José Russo; Esteban Torres Castaños. - 1a ed. - Córdoba: Editorial de la UNC; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Flacso, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-707-087-3

1. Sociología. 2. América Latina. I. Arata, Nicolás II. Russo, Juan José, ed. III. Torres Castaños, Esteban, ed.

CDD 301.098

---

Diseño de colección, portada y edición gráfica:

Lorena Díaz

Diagramación: Lorena Díaz

Edición: Mariú Biain

ISBN: 978-987-707-087-3

Impreso en Argentina.

Universidad Nacional de Córdoba, CLACSO,

FLACSO, 2018

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b>	
Esteban Torres y Juan Russo	11
<b>Introducción</b>	
Francisco Delich, la cuestión generacional y el devenir de las ciencias sociales en América Latina <i>/ Esteban Torres</i>	21
<b>Escritos breves</b>	65
Mi amigo Francisco Delich <i>/ Fernando Calderón</i>	67
Recuerdo de Francisco Delich <i>/ José Nun</i>	70
Mi homenaje a Francisco Delich <i>/ Manuel Castells</i>	75
Francisco J. Delich, un líder <i>/ Carlos Strasser</i>	79
Un hombre de muchos mundos <i>/ Natalio R. Botana</i>	82
La sensata lucidez de Francisco Delich <i>/ Ernesto Ottone</i>	86
Francisco Delich: de la noticia más antigua hacia una historia intelectual <i>/ César Tcach</i>	92
Pensar en Delich <i>/ Marcelo Casarin</i>	98
Delich, la fuerza de la convicción <i>/ Horacio Crespo</i>	106
<i>En lo de Rubén</i> , conversaciones con el Dr. Delich <i>/ Patricia Scarponetti</i>	113

Homenaje al Delich joven / <i>Isabel Hernández</i>	118
<b>Ensayos</b>	<b>123</b>
La sociología crítica de las transiciones democráticas / <i>Alberto Filippi</i>	125
La Era de Gramsci / <i>Ángel Flisfisch</i>	154
Un hombre del tamaño de lo que veía, y no de su estatura / <i>Waldo Ansaldi</i>	170
Ciencias sociales y problemática latinoamericana. Perspectiva personal de convergencias y coincidencias significativas con Francisco Delich / <i>Manuel Antonio Garretón</i>	191
Francisco Delich: político-académico latinoamericano / <i>Francisco Rojas Aravena</i>	204
La universidad pública de Delich / <i>José Joaquín Brunner</i>	225
Francisco Delich, la democracia y la modernización / <i>Juan Russo</i>	240
Francisco Delich y el debate teórico-político sobre la democracia / <i>Hugo Quiroga</i>	256
Francisco Delich y la cuestión democrática en el debate intelectual y político latinoamericano / <i>Oswaldo Iazzetta</i>	266
Las antinomias de Francisco Delich: el intelectual orgánico y la sociología como ciencia en América Latina / <i>Esteban Torres</i>	281
La construcción de redes para la consolidación de las ciencias sociales: Delich y la ARELA / <i>Andrea Spreafico</i>	300
Francisco Delich: una sociología para construir la democracia / <i>Guillermo Campero</i>	313

Homenaje a Francisco Delich. Cambiar la mirada para repensar América Latina / <i>Isabel Licha</i>	327
El desarrollismo y sus etapas: un fenómeno latinoamericano. A Francisco Delich, eximio sociólogo y gran tipo / <i>Marcelo Cavarozzi</i>	341
<b>Homenajes institucionales</b>	<b>359</b>
Homenaje de CLACSO a Francisco Delich / <i>Pablo Gentili, Nicolás Arata y Pablo Vommaro</i>	361
Homenaje al Dr. Francisco Delich / <i>Luis Alberto Quevedo (FLACSO)</i>	368
<b>Diálogos y entrevistas</b>	<b>371</b>
A propósito del Cordobazo, la Asamblea Popular y la participación popular. Conversando con Francisco Delich / <i>Fernando Calderón</i>	373
Entrevista a Francisco Delich: «Contribuimos a instalar la cuestión de la democracia» / <i>Antonio Camou</i>	401
Francisco Delich, un forjador de instituciones / <i>José Casco y Lorena Soler</i>	416
<b>Bibliografía general</b>	<b>437</b>
<b>Sobre los/as autores/as</b>	<b>459</b>



## PRÓLOGO

Uno de los atributos más sobresalientes de Francisco Delich, convertido en una pieza central de su legado, ha sido su capacidad para ofrecer a la cultura de América Latina una de las visiones sociohistóricas más universales de su tiempo. En un registro local, Delich debería ser recordado como el constructor de la visión del mundo más universalista del pensamiento social de Córdoba hasta la segunda década del siglo XXI. Ni Juan Bialet Massé, ni Raúl Orgaz, ni Deodoro Roca, ni Saúl Taborda, ni Alfredo Poviña, ni Juan Carlos Agulla, ni José María Aricó, expandieron sus inquietudes intelectuales lo suficiente como para reconocer la imposibilidad de una acción transformadora en el mundo sin tomarle el pulso desde el Sur a la civilización humana en movimiento.

No se pueden entender las grandes creaciones intelectuales y científicas de la modernidad sin inscribirlas en la lucha vital de las inteligencias humanas por descubrir los engranajes ocultos de la Historia, por convertir los nuevos hallazgos en faros del mundo, así como por expandir la mente más allá de todo umbral imaginado. Las huellas de este encendido combate civilizatorio por la conquista racional del mundo se pueden observar en la obra de los grandes autores. Friedrich Engels solía decir que Marx merecía pasar a la eternidad por haberse convertido, junto con Charles Darwin, en las cabezas más universales de su tiempo. Si dejamos de lado aquella crí-

tica contemporánea del poder que miserabiliza toda ambición intelectual, así como los rechazos más superficiales al eurocentrismo, podemos observar que para convertirse en un clásico es necesario hacer una contribución sustantiva al patrimonio de conocimientos de la humanidad, trascendiendo cualquier localismo. Para Francisco, al igual que para el sociólogo alemán, entender nuestro presente con vistas a construir un mundo mejor demandaba la integración de todos los tiempos conocidos y por conocer. A partir de capturas puntuales, Delich engarzaba la historia remota y el período moderno con la especulación sobre los futuros que podrían abrirse para América Latina. El sociólogo cordobés estaba metodológicamente persuadido que mientras más atrás nos remontamos en la historia para reconstruir los cursos evolutivos y para observar experiencias puntuales, mayor precisión tendríamos para imaginar los rumbos futuros de las sociedades. En tal sentido, para Francisco todo el movimiento del universo se encuentra conectado de algún modo y en algún punto, y al mismo tiempo —como veremos más adelante— todo está sujeto a un punto de vista subjetivo. La copiosa obra de nuestro amigo no siempre ofrece un testimonio acabado de la llamativa extensión de sus entramados asociativos. En cualquier caso, y a modo de ejemplo, podemos observar cómo los modos de comercio de la civilización azteca tenían algo para decirle a Francisco respecto a las vicisitudes del devenir económico argentino contemporáneo. Todo tiempo pensado por Delich es el flujo de una temporalidad total en mutación. Lo mismo sucede con el espacio. En tanto arreglos espaciales, Córdoba, Argentina y América Latina solo se pueden dimensionar para Francisco en un espacio planetario que es necesario capturar analíticamente. Pero ese espacio planetario tampoco se ajusta a un corte sincrónico. De esta manera, apuntando otro ejemplo, la creación de la moneda por las civilizaciones mesopotámicas y las

formas de organización del espacio público ateniense ofrecen puntos de observación que le permiten a Delich enriquecer su sistema de procesamiento sociológico moderno, orientado a expandir en primer lugar el conocimiento del presente nacional y regional. La opción reformista de Francisco será mucho más un punto de llegada que un punto de partida de esta travesía sociocientífica, siendo lo científico en sus términos un motor que desborda en todo momento a los intereses políticos particulares. En su caso esto último es sencillo de comprobar. A diferencia del reformismo de Haya de la Torre, la visión procesual y relacional del mundo que despliega Delich no tiene como actor central del cambio a su propio partido político sino al juego general de las relaciones de poder. De este modo, el primer punto de orientación de la brújula política de Francisco se define a partir de una posición analítica de distanciamiento.

Un gran interrogante que se nos presenta a este respecto es cómo Francisco Delich logró cultivar un horizonte de expectativas universalistas de tal naturaleza. Ni la impronta cultural de su familia, ni la cultura del barrio popular en el que trascurrió su infancia, ni la tradición sociológica de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba —en la cual cursó sus estudios de grado y posgrado—, ni los valores de los partidos políticos vigentes en su tiempo, ni la cultura predominantemente conservadora de la ciudad mediterránea, pueden identificarse como una fuente de influencia decisiva para Francisco. Más bien todo lo contrario. Tampoco asoman nombres de personas concretas que podrían haber orientado su sociología moderna hacia la asunción de un marco civilizatorio. Una excepción podría ser Juan Carlos Agulla, pero la sociología moderna de este último, pese a adoptar un registro socioevolutivo weberiano, era más localista y prejuiciosa. Las coordenadas planetarias de Francisco parecen en primera ins-

tancia producto de un espíritu de conquista y de persistencia individual, que luego se reconfirma y se robustece a partir de su experiencia en Francia. Pero incluso reconociendo el modo en que es afectado por las relaciones intelectuales que va tejiendo durante sus periplos académicos por el mundo, el universalismo de Delich es en buena medida una creación propia que lo diferencia de sus pares. Todo indica que nuestro amigo compartió con Raúl Prebisch las vicisitudes de una soledad autodidacta, deudora de libros y de bibliotecas antes que de maestros y de lecciones memorables.

La creación de sistemas generales de pensamiento para explicar el movimiento del mundo y posicionarse expansivamente en su interior ha sido un proyecto históricamente asumido por los países centrales. Las diferentes fuerzas comprometidas con la autonomía regional a lo largo de la historia de América Latina se han ocupado de denunciar esta desigualdad teórica, sin obtener demasiados resultados. Partiendo del piso histórico de desigualdad de los tres primeros cuartos del siglo XX, desde la década del 80 del siglo pasado se inicia un ciclo descendente a partir del cual comienza a retraerse dramáticamente el campo de visión de los proyectos intelectuales autónomos en el campo de las ciencias sociales de la región. El debilitamiento de los compromisos macro-sociológicos llega hasta el punto en que la relación entre América Latina y el mundo prácticamente desaparece como objeto de investigación social. Desde entonces, en vez de crear nuestros propios sistemas de pensamiento de carácter universal, nos hemos dedicado mayoritariamente a refugiarnos en el micro-mundo de una crítica a la vez radical y reactiva. Esta última agota sus esfuerzos en denunciar el modo en que el instrumental moderno europeo en todas sus formas actúa como un dispositivo de poder para imponer sus visiones foráneas. Asimismo, en vez de crear nuestras propias herramientas para intentar

revertir la histórica dominación intelectual del Norte, se ha optado mayoritariamente por cultivar visiones anti-instrumentales que niegan y por tanto no disputan aquellas formas de conocimiento que indefectiblemente estructuran el mundo, principalmente las económicas y tecnológicas. El saldo de esta renuncia autodestructiva ha sido la profundización de las dependencias tanto intelectuales como materiales respecto a los países del centro. Lo cierto es que no son buenos tiempos en América Latina para la creatividad teórica general y para el cultivo de aquellas mentes universales que nos podrían ayudar a situar los grandes problemas del presente en el Globo y en la Historia. La pretensión de universalidad parece haberse convertido, en todas sus variantes, en la manifestación de un interés de imposición totalitario. Y esto sucede, paradójicamente, en el momento de mayor interdependencia global de la historia de la humanidad. Es en el marco de la extrema desorientación imperante en la actualidad que cobra un valor añadido la recuperación de la obra de Delich. Vista desde una geopolítica del conocimiento, la sociología de Francisco se presenta como uno de los intentos contemporáneos más lúcidos y más soberanos para repensar América Latina en el concierto global, ofreciendo a partir de ello una visión latinoamericana de la totalidad del mundo. La universalidad conquistada por Delich por momentos nos hace olvidar la posición históricamente periférica que ocupa nuestra región en la creación de aquellos bienes intelectuales comunes que conforman la reserva cultural y moral de la especie humana y que permiten alimentar en tiempos de desasosiego los nuevos proyectos colectivos de emancipación social.

Cabe añadir que el ingrediente más original de la visión universalista de Delich es su modo de integrar el relativismo. Si no conociésemos su pasión latinoamericanista, podríamos suponer que se trata de una influencia simmeliana, dada su

simpatía por el autor de *Filosofía del dinero*. Pero más bien nos inclinamos a observar en este punto las huellas de sus lecturas de Haya de la Torre, el fundador del Partido Aprista Peruano, a quien Francisco admiraba en varios sentidos. El intelectual y político peruano se lanzó a la aventura de crear un nuevo marxismo para la liberación del Perú, comandado en términos doctrinarios por su flamante partido, pero curiosamente ajustado a las innovaciones suscitadas por los principios de la teoría de la relatividad de Albert Einstein. A mediados del siglo XX, Haya de la Torre afirmaba que la única revolución verdadera de su tiempo era la revolución einsteniana, subversión que a su entender permitiría sentar las bases para el reconocimiento de la autonomía irreductible de las experiencias latinoamericanas. El intelectual peruano sostenía, por ejemplo, que la lucha entre el capitalismo y el proletariado cobra diversos aspectos, plantea diversos problemas, impone distintas soluciones, y por lo tanto no tiene un sentido mundial sino relativo.<sup>1</sup> Este modo de resolución, que trae consigo innumerables inconvenientes, es típicamente delichiano. Para Francisco, la creencia en el carácter subjetivo del conocimiento servía para reconocer la imposibilidad de una verdad absoluta antes que para intentar resolver el problema de la objetividad. En cualquier caso, para Delich la universalidad sociológica se conquista a partir de un esquema de intercambiabilidad de puntos de vista y no desde un dispositivo de enunciación unívoco. En su visión, la pluralidad es condición para la conquista de lo universal. Hay que reconocer que esta dimensión del concepto de diversidad de Francisco es portadora de cierto idealismo, en tanto considera que cada singularidad debe legitimarse en el encuentro con

1 «Acta del 22 de mayo de 1932 del Partido Aprista Peruano», en *El proceso Haya de la Torre*, Publicaciones del PАП, Guayaquil, 1933, pp. 39-40.

las demás para la construcción de lo común. Y creemos que este universalismo pluralista, que combina realismos sociales e idealismos comunicativos, es uno de los motores centrales de sus opciones: i) por la democracia, ii) por el diálogo interdisciplinario en las ciencias sociales y iii) por la tolerancia genuina a las diferencias político-ideológicas. Esta última, en particular, se edifica a partir de una curiosidad casi ilimitada por el mundo de los Otros, a sabiendas de que la otredad ideológica es portadora de verdades. Y fue esta opción por la extensión de una diversidad necesaria, enriquecedora, y a la vez puesta al servicio de un proyecto ambicioso de unificación sociológica moderno, la que le permitió a Francisco crear y extender un entramado de relaciones personales marcadamente diverso, dando un ejemplo impactante de desprejuicio, de capacidad de diálogo y de aprendizaje social. No es un accidente que Francisco haya sido el único intelectual de aquel grupo de *Pasado y Presente* animado por José María Aricó que no se definía como marxista.

Junto a su contribución intelectual, las ciencias sociales de la región le deben a Francisco Delich una parte considerable de su desarrollo institucional en las últimas décadas. Ello se evidencia a partir de su liderazgo en importantes universidades de Argentina, así como en las dos entidades académicas más importantes de América Latina. Nos referimos al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Aquí no ahondaremos en este aspecto crucial ya que buena parte de los textos del libro aportan referencias valiosas sobre el rol protagónico que cumplió Francisco como creador y promotor institucional, así como el modo en que dicha tarea colaboró con el avance de la democracia en América Latina a partir de la década del 80 del siglo pasado.

En lo que a nosotros respecta, la mejor forma que encontramos de homenajear a Francisco fue intentar asumir para este libro un compromiso con ese mismo espíritu universalista comentado líneas arriba. Estamos muy contentos por la amplísima acogida que ha tenido este proyecto. Ello es una demostración, antes que nada, de la extraordinaria trascendencia intelectual y emocional del sociólogo cordobés. Es necesario reconocer que Fernando Calderón ha sido el hombre clave sin el cual esta publicación no hubiese prosperado. Además de su valiosa participación como autor, nuestro colega boliviano colaboró activamente en la invitación y la movilización de colegas y amigos de su propia generación, quienes no dudaron en sumarse a este homenaje. Si bien entendemos que el involucramiento de Fernando es en primera instancia un gesto de reconocimiento y de gratitud para con su gran amigo Delich, no deja de ser también una apuesta tremendamente generosa por la construcción de ese futuro de las ciencias sociales del cual ofreceremos un registro detallado en la Introducción del libro.

La relevancia histórica que puede adquirir una publicación colectiva suele depender de varios factores, entre los cuales destacan su propósito, la capacidad para plantear una nueva discusión en una situación crítica determinada, así como la estatura de los hombres y las mujeres que se dan cita en ella como autores/as. Atendiendo a tales registros, pareciera que estamos frente a una publicación antológica. Queremos agradecer a todos/as y cada uno/a de los/as restantes participantes de este libro: a José Nun, a Manuel Castells, a Carlos Strasser, a Manuel Antonio Garretón, a Ángel Flisfisch, a Waldo Ansaldi, a Marcelo Cavarozzi, a Natalio Botana, a Ernesto Ottone, a Francisco Rojas Aravena, a José Joaquín Brunner, a Luis Alberto Quevedo, a Pablo Gentili, a Alberto Filippi, a César Tcach, a Horacio Crespo, a Marcelo Casarin, a Gui-

llermo Campero, a Osvaldo Iazzetta, a Andrea Spreafico, a Patricia Scarponetti, a Isabel Hernández, a Hugo Quiroga, a Isabel Licha, a Pablo Vommaro, a Antonio Camou, a Nicolás Arata, a José Casco y a Lorena Soler. A partir del modo en que se fueron entrelazando las conversaciones con cada uno/a los/as colaboradores/as a propósito del libro, se fue creando una red narrativa común que testimonia la potencia de ese mundo intelectual y político moderno, comprometido con el cambio social, a la vez trascendental y pluralista, que Francisco intentó construir a lo largo de su vida. Afortunadamente, una parte considerable de tales registros conversacionales están integrados en los diferentes textos de la publicación.

Iniciamos el cierre de este Prólogo señalando la profunda deuda contraída con las autoridades de la Universidad Nacional de Córdoba, quienes se entusiasmaron con este proyecto desde el primer momento. La UNC asumió, a través de su sello editorial, la tarea principal de edición y diseño del libro. También quisiéramos agradecer muy especialmente el acompañamiento de las autoridades del CLACSO y de la FLACSO, quienes se han hecho presentes en este homenaje como autores y como coeditores. Este libro también ha recibido el apoyo de las autoridades de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC, con quienes hemos concretado un viejo anhelo de Francisco: la puesta en marcha de la flamante carrera de Sociología. Con ello se comienza a saldar una deuda histórica con la sociología y las ciencias sociales cordobesas. La jerarquía indiscutible y la incondicionalidad de los apoyos institucionales recibidos dejan en evidencia un tipo de reconocimiento que integra y trasciende a nuestro homenajeado. Francisco Delich, al igual que Fernando Calderón y que varios de los grandes hombres y mujeres que escriben en este libro, forman parte de esa estirpe de científicos sociales modernos y profundamente latinoamericanos que trascienden su propio

tiempo y que están destinados a perdurar en la memoria de nuestro pueblo. Muchas gracias a todos/as por estar presentes en esta publicación y ojalá podamos seguir caminando juntos por largo tiempo.

Esteban Torres y Juan Russo  
Ciudad de Córdoba, Argentina  
Ciudad de León, Guanajuato, México  
10 de julio de 2018

# INTRODUCCIÓN. FRANCISCO DELICH, LA CUESTIÓN GENERACIONAL Y EL DEVENIR DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA<sup>1</sup>

Esteban Torres

## I. El Código *Delich*: memoria y superación

La idea más inquietante que ofrece Karl Mannheim en *El problema de las generaciones* es que para la continuación de la vida de las sociedades el recuerdo es exactamente tan necesario como el olvido.<sup>2</sup> Esta afirmación, que se proyecta desde su vivencia personal a un registro socioevolutivo general, encierra un valor añadido. Mannheim fue un perseguido del nazismo. Y creo que el modo en que su sociología histórica logró procesar la destrucción de su mundo de vida y proyectarse hacia el futuro hizo de ella la fuente de inspiración central de la sociología moderna en América Latina en su momento fundacional. Visto desde mi generación, no es accidental que el principal aporte de Francisco Delich sea su *modo de procesar lo nuevo* en el mundo, de arrojarse emocional y analíticamente hacia el futuro. Antes que el sociólogo de la democratización,

1 Quisiera agradecer la revisión atenta y los comentarios a la presente Introducción por parte de Fernando Calderón, Carina Borrastero, Juan Pablo Gonnet y Sergio Pignuoli Ocampo.

2 Mannheim, K., «Das Problem der Generationen», *Kölner Vierteljahreshefte für Soziologie*, VII, 2:157-185; 3:309-330, 1928. Reproducido en *Wissenssoziologie*, Kurt H. Wolf (ed.), *Neuwied, Luchterhand*, 1970, pp. 509-565. Traducido al español como «El problema de las generaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 62, 1993, 193-242.

lo cual sería una valoración con primacía retrospectiva, Francisco fue un sociólogo moderno comprometido con el escudriñamiento del devenir sociohistórico de América Latina y con la prefiguración de su porvenir.

Creo que valorar hoy el clásico postulado de Delich de la democracia *como necesidad y como condición* implica establecer una ponderación retrospectiva de su producción intelectual y no un registro más integral. Tomándome una licencia dialéctica, creo que tal postulado es una manifestación fenoménica de una *ecuación de memoria y superación* donde no solo la memoria es una necesidad y una condición sino también lo es el movimiento de «dejar atrás». Y porque Francisco estuvo dispuesto y en condiciones de alivianar el pesado lastre del pasado es que pudo mantener hasta el final un compromiso con el tiempo sociológico moderno por excelencia, que a su vez es la temporalidad más relevante políticamente. Me refiero al tiempo futuro. Fue el compromiso con tal ecuación el que le permitió a Delich años más tarde sumarse a las voces que declararon abiertamente la crisis de la democracia como condición, siendo este cambio de registro un atentado contra su postulado previo. La pretensión de superación arraigada en una historia que trasciende lo biográfico fue igualmente la fórmula moderna que puso en marcha el sociólogo cordobés para luchar contra el escepticismo. Francisco interpeló a su generación con la idea de que, si no nos disponemos a recordar con la voluntad de intentar olvidar aquello que nos ancla al pasado, entonces no habrá disponibilidad de fuerzas proyectivas para las sociedades venideras y para la propia ciencia social. Al quedar prisioneros de un *pasado hecho cuerpo* tampoco habría modo de ser lo suficientemente contemporáneos como para involucrarse con el marco de sentido de las nuevas generaciones.

A mi entender, el compromiso vital e intelectual con esa ecuación de memoria-y-superación, ambas como necesidad y como condición, fue el *código fuente* que distinguió a Delich de la mayoría de los intelectuales y científicos sociales de su tiempo. Creo que tal disposición lo diferenció del núcleo duro del grupo de *Pasado y Presente* a partir de los años 80, indispuestos o imposibilitados de olvidar lo necesario para seguir adelante. También lo diferenció, aunque en un sentido contrario, del devenir cultural de la Unión Cívica Radical –su partido político de pertenencia tardía–, orientado a no recordar lo imprescindible. El apego de Francisco a una memoria histórica representó en todo momento una incomodidad para aquellos militantes dispuestos a rechazar la autocrítica respecto a las opciones mayoritariamente conservadoras asumidas por la UCR en la historia política contemporánea de la provincia de Córdoba y de la Argentina. De este modo, el reconocimiento de la necesidad de emprender una penetrante historización personal, generacional y social orientada hacia el porvenir le permitió a Delich afrontar dos problemas sustantivos que marcaron su generación: el del conjuro amnésico y el del encapsulamiento retrospectivo. Si el *conjuro amnésico* sobreviene cuando desaparece la memoria histórica de los proyectos intelectuales y cuando se disuelven las huellas persistentes de las vicisitudes colectivas al momento de edificar lo nuevo, la *existencia retrospectiva* sobreviene cuando el presente se vivencia como una eterna imposición del pasado, desactivando con ello la apreciación del marco de contingencia que posibilita el cambio en las sociedades. Dicha existencia retrospectiva puede asumir tres modalidades principales que aquí simplemente menciono: la disposición nostálgica, la disposición melancólica y la disposición atormentada.

En cualquier caso, la crítica central que recibió Delich desde las izquierdas académicas en la Argentina resultó injus-

ta, en la medida en que se interpretó su compromiso con el futuro como un modo de darle la espalda a la memoria y a las experiencias de lucha y de pérdidas dolorosas que marcaron su generación. En vez de entender su ímpetu como una disposición inconformista, luminosa y revitalizante hacia el porvenir, este fue interpretado mayoritariamente como una inclinación adaptativa y acrítica a las nuevas circunstancias. En una ocasión escuché decir a Francisco, asumiendo una actitud empática en relación con tal crítica, que solo se dispone a olvidar lo necesario aquel que está en condiciones de hacerlo, y que precisamente aquel que puede «pasar la página» debe asumir un compromiso superior con la dilucidación de las novedades del presente y la imaginación de un futuro colectivo. Delich seguramente estaría dispuesto a reconocer, al igual que lo hace Richard Sennett cuando reconstruye su trayectoria intelectual, que todo espíritu sensible puede tener una disposición a la nostalgia pero que, con tal actitud, solo se encontrará una razón más para lamentarse.<sup>3</sup> La última línea de la presentación editorial de los sucesivos números de *David y Goliath*, que lleva la impronta de Delich, es perfectamente ilustrativa de esta propulsión rebelde: «nuestra modesta responsabilidad nos obliga a perseverar, dejando para otros tiempos el desaliento y el crepúsculo». Ahora bien, lo interesante es que esta disposición de Francisco no se circunscribe a los años aciagos de las dictaduras, sino que persiste e incluso se acentúa con el regreso a la democracia. En el año 1986, unos meses después del Juicio a las Juntas, Francisco nos advertía sobre la necesidad de evitar el riesgo de la nostalgia: «La nostalgia construye imágenes perfectas de momentos que no fueron precisamente perfectos pero, lo que es peor y peligroso, impulsa la acción

3 Ver Sennett, R., *The Culture of New Capitalism*, Yale University Press, New Haven, 2004. [En español: *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2006].

hacia la restauración. Nosotros no éramos ni somos partidarios de ninguna restauración». <sup>4</sup> En cualquier caso, es un grave error adjudicarle a Delich la promoción de una política de la desmemoria. Más acertado, en cambio, es evocarlo como activador de una política lo suficientemente histórica como para disponernos a la comprensión de los cambios novedosos del mundo actual, así como para incidir positivamente en su direccionamiento. Si algo tiene de dignidad, de osadéz y de aventura riesgosa la ciencia social moderna es que su validación depende en gran medida de su *potencia prospectiva* y de su capacidad de combinación creativa de conocimientos críticos e instrumentales para incidir en la transformación y en el reordenamiento estructural del mundo.

De este modo, la paradoja que se presenta al pretender rendir homenaje a la figura de Delich es que su política de la memoria generacional se regula a partir de una política del futuro de las sociedades. Nuestro amigo estaba persuadido de que cualquier tentativa de problematizar los límites para una política de la memoria se encuentra ante un doble desafío. Por un lado, es necesario reconvertir la mayor cantidad de fuerzas sociales en fuerzas creativas volcadas a la conquista del futuro, y por el otro, es imprescindible que tal propulsión se efective sin menoscabar la agenda histórica de los Derechos Humanos en la Argentina y en la región. Francisco pensaba que si la cuestión democrática y las políticas de *Verdad, Memoria y Justicia* son necesidades y condiciones insoslayables para recomponer los tejidos sociales nacionales en América Latina, tal agenda retrospectiva no ofrecía las herramientas suficientes para intentar resolver los desafíos que traen aparejados los grandes problemas sociales en América Latina. Para nuestro

<sup>4</sup> En Delich, F., *Mega-universidad, discursos plurales*, Eudeba, Buenos Aires, 1986, p. 6.

amigo la energía vital de la sociedad debía migrar del pasado hecho presente hacia el futuro, y para poder lograr dicha transición era necesario contar con los servicios de la sociología. A la ciencia social moderna le corresponderá la creación de nuevas herramientas destinadas a la conformación de un intelecto común con capacidad creciente para «futurear»<sup>5</sup> de un modo metódico y socialmente efectivo. Ahora bien, como he insinuado, tal horizonte de expectativas no se corresponde con los anhelos de una fracción de la izquierda latinoamericana para la cual resulta inaceptable la idea que la temporalidad ideal del conocimiento social en la región debe trascender el tiempo subjetivo y social de la memoria. Y ello ocurre por razones muy comprensibles. La principal de ellas es que las fuerzas políticas y sociales de derecha, junto a las nuevas restricciones sistémicas, han logrado imponer *su régimen de olvido* al conjunto de la sociedad. Tal constatación abre un hiato entre la política de memoria ideal y la política de memoria posible, provocando reacciones cuya variedad por lo general se corresponde con la reserva anímica disponible a nivel individual y colectivo. Como toda comunidad de actores, el universo de izquierdas necesita poder soltar las amarras (es una forma de olvido) para no perder su vitalidad. Para que tal desprendimiento resulte edificante es necesario discutir a fondo qué es exactamente aquello que necesitamos dejar atrás. Ahora bien, el aspecto problemático que se presenta al respecto es que no hay buenas condiciones para plantear tal discusión en relativa libertad porque los sectores dominantes, al sostener o expandir su capacidad de moldear el sentido común de la sociedad, continúan legislando sobre las formas generales del olvido. De este modo, antes que la memoria, lo que estos expropián

5 Esta expresión se la debo a Alberto Filippi, quien la empleó en uno de los varios correos electrónicos que intercambiamos –igualmente entre comillas– para aludir a la tónica de las conversaciones que solía compartir con Francisco.

a las izquierdas es el campo de libertades para ejercer un olvido propio, autodeterminado, pero igualmente portador de un espíritu universalista. Al controlar la grilla de emisión respecto a lo que las sociedades y sus minorías políticas deberían recordar y olvidar, los sectores más poderosos del continente han tenido relativo éxito en la reclusión de un sector de las izquierdas en un tiempo y un espacio de resistencia identitaria. Y es precisamente esta reacción colectiva de las izquierdas intelectuales la que Delich no aceptó como propia.

Si bien el encapsulamiento retrospectivo afectó a la generación de Francisco de diferentes modos, una manifestación particularmente sensible tuvo que ver con su forma de procesar el marxismo con el paso de las décadas. Creo que es el peso de la existencia retrospectiva, en una modalidad ligeramente atormentada, el que le impide a una fracción de dicha generación volver a leer a Marx hoy con la esperanza de encontrar ideas y elementos relevantes para un proyecto de reconstrucción teórica de izquierdas. Aún sin considerarse marxista, Delich *se dispuso a superar* la declarada crisis del marxismo cuando esta devino, con el paso de las décadas y del fracaso de las apuestas culturalistas de la nueva izquierda, en un pesado y persistente sentido común desprovisto de fuerza crítica, de sentido de adecuación a la realidad y de potencia analítica. De acuerdo con esto, no parece accidental que Delich se haya ocupado en sus últimos años de *releer a Marx antes que a Gramsci*. Tal decisión se convirtió en una apuesta teórica y simbólica necesaria para intentar salir de las trampas que el culturalismo de izquierdas se tendió a sí mismo a partir de la década del 80 en Argentina, al someter a Gramsci a la agenda democrática ochentista.<sup>6</sup> En cualquier caso, producto

<sup>6</sup> Lo cierto es que, como señala Waldo Ansaldi en su texto, el malestar de Francisco respecto a la deriva que adquiere el «giro democrático» en las ciencias sociales de la región se produce relativamente temprano, a mediados de la década

de esta opción por Marx, entiendo que la visión de Gramsci que Francisco aceptaría restituir hoy se asemejaría a aquellas ofrecidas por Perry Anderson y Eric Hobsbawm en sus últimos textos.<sup>7</sup> Delich emprendió la aventura de releer a Marx luego de registrar la magnitud de los efectos causados por la crisis económica global de 2008. De ese modo, con más de 70 años cumplidos, se puso en la incómoda situación de volver a cuestionar sus certezas sociológicas. Desde 2008 en adelante Francisco promueve eventos y escribe varios textos orientados a repensar a Marx.<sup>8</sup> Si Oscar del Barco invierte sus últimas energías en acentuar la abolición de su identidad marxista y la negación del mundo moderno, Delich decide emprender la revisión crítica de la *agenda democrática ochentista* a partir de una lectura de la teoría del capitalismo del sociólogo alemán ajustada a la pregunta por las posibilidades de radicalización de la democracia representativa. En cualquier caso, la decisión tardía de Francisco de volver a Marx asumió la forma de una respuesta solitaria y no generacional a las tragedias del presente. Con el devenir tumultuoso del siglo XXI, para Delich el problema número uno de América Latina se desliza del autoritarismo al incremento de las desigualdades socioestructurales

---

del 80, cuando este se percató de las orientaciones normativistas y politicistas que van adquiriendo la mayoría de los textos producidos por sus colegas.

7 Ver Anderson, P., *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*, Verso, Londres, 2017; Hobsbawm, E., *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*, Abacus, Sidney, 2011. Ambos libros son citados y comentados en el texto de Ángel Flisfisch.

8 Cabe destacar que la séptima edición del Posdoctorado en Ciencias Sociales del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, dictado en 2010, llevó por título «Marx», sin otro añadido. Tal edición la coordinó Delich junto con Oscar del Barco y Héctor Schmucler. El producto de las discusiones y producciones del Posdoctorado luego fue recogido en un libro publicado en 2012, *Marx*, compilado por F. Delich.

a nivel global.<sup>9</sup> Serán los cambios sociales los que propician el cambio de la agenda sociológica y política de Francisco. No estoy argumentando en este punto a favor de una filiación histórica más íntima de Delich con el marxismo que aquella que asumió públicamente. Simplemente indico que nuestro amigo se reconecta con Marx en los últimos años motivado por ese espíritu mannheimiano que hereda de José Medina Echavarría, de Gino Germani y de Florestan Fernandes. Al igual que Mannheim, la gran inquietud que acompañó a Francisco a lo largo de toda su vida fue intentar dilucidar qué podía hacer una ciencia como la sociología para propiciar la expansión de sociedades democráticas, igualitarias y económicamente desarrolladas. Pero a diferencia de Mannheim y de Gino Germani, portadores de una modernidad europea, Francisco complejiza tal interrogante a partir de la búsqueda de una vía de transformación social propiamente latinoamericana, que solo se puede afirmar en su singularidad a partir de forzar un diálogo crítico, desde el Sur global, con la tradición sociológica alemana y francesa. Y creo que una de las piezas fundamentales que apuntala su compromiso con la autonomía latinoamericana es el proyecto intelectual y político de Víctor Raúl Haya de la Torre. Tal como se puede intuir a partir del diálogo que mantienen en este libro Delich y Fernando Calderón,<sup>10</sup> se hace difícil desconocer la influencia que ejerce el intelectual peruano a la hora de intentar comprender el tipo de vínculo orgánico que establece nuestro amigo con la política partidaria, así como su diálogo heterodoxo con el marxismo.

En resumidas cuentas, el horizonte de expectativas de Francisco en relación con su tiempo histórico queda ligado

9 Para un análisis detenido de este registro ver en este libro el texto “Las antinomias de Francisco Delich: el intelectual orgánico y la sociología como ciencia en América Latina”, de mi autoría (pp 281-299).

10 Ver en este libro la sección *Diálogos y entrevistas*.

a un *compromiso sociológico* con la transformación de las sociedades latinoamericanas. Con leves variaciones, la frase de Delich más referenciada en los trabajos que componen este homenaje, entre ellos el texto de José Nun, recoge ejemplarmente su opción vital por una aventura inagotable de exploración e imaginación sociológica anclada en el porvenir: «En mi vida he ido cambiando la mirada pero nunca el horizonte». La noble persistencia que acompaña esta afirmación se completa con una premisa, citada en otros trabajos del libro, que acentúa el elemento necesariamente dinámico del compromiso sociológico: «no podemos permanecer inalterados ante un mundo que cambia». El mundo está en constante cambio para Delich y el único modo de hacerse cargo del movimiento sociohistórico es disponerse a *repensar* continuamente la realidad social que cambia. La acción social que posiblemente sintetice la expresión vital de nuestro amigo es una operación intelectual: repensar. Para Francisco pensar sociológicamente es por definición un acto de repensamiento. Y repensar significa en sus términos *actualizar los puntos de partida*, bajo la constatación –añadirá– que demasiadas veces comenzamos por los puntos de llegada.<sup>11</sup> En ese sentido, y tal como lo reconoce Waldo Ansaldi en su escrito, la cuestión central para Delich a fines de la década del 70 no era plantearse la restauración de la democracia sino repensarla. El título de su último gran libro, *Repensar América Latina*, sintetiza su compromiso vital con la sociología moderna. Como esbocé líneas arriba, este modo analítico de estar en el mundo ayuda a explicar por qué Marx reaparece para Delich como el gran sociólogo de los siglos capitalistas. El retorno a Marx es sintomático de un compromiso *pos-generacional* por parte de Francisco. Lo pos-generacional debe entenderse precisamente como un

11 Ver Delich, F., *Repensar América Latina*, Gedisa, Barcelona, 2004.

ímpetu sociológico-histórico de ir más allá de su generación y en cierto grado más allá de sí mismo. Vemos de este modo que el proyecto intelectual de Delich es generacional en tanto se reconoce como sobreviviente de las dictaduras militares y es posgeneracional en tanto la huella del autoritarismo no termina siendo ni el problema nuclear que estructura su visión de las sociedades latinoamericanas ni una sombra pesada que oscurece su percepción de las novedades y los nuevos desafíos del mundo. Es interesante observar que tanto la sociología de Karl Mannheim como las de José Medina Echavarría, de Gino Germani y de Delich portan las huellas de diferentes regímenes totalitarios experimentados en carne propia. Ahora bien, sugiero que de los cuatro sociólogos modernos fue Delich quien logró dejar atrás en mayor medida las experiencias totalitarias y llevar más lejos su compromiso con el porvenir. Francisco demuestra un ímpetu posgeneracional al no conformarse con las recompensas que el *mainstream* de las ciencias sociales globales entregó a su unidad generacional a partir de la consagración de la agenda democrática ochentista en los círculos académicos y en algunos circuitos políticos regionales. Delich exhibió una falta de aprecio a todo *statu quo* teórico, en especial respecto a la agenda mencionada, que lo tuvo como animador central en su momento instituyente. En términos más generales, diría que el encendido espíritu reformista de Francisco lo llevó a desestimar el valor y la necesidad de conservar toda clase de tradiciones, incluidas las tradiciones disciplinarias de las ciencias sociales. Tampoco resulta accidental que la única tradición que alimentó con persistencia resulta portadora de una fuerza antitradicionalizante: me refiero a la tradición sociológica moderna.

## II. La *Generación Delich*: entelequia y movimiento

La notable respuesta a la convocatoria para este libro homenaje da cuenta hasta qué punto Francisco Delich ha sido uno de los *sustentadores centrales de una corriente generacional* en América Latina. La generación latinoamericana de la que forma parte Francisco, generación que en buena proporción está presente en este homenaje, logró configurarse a partir de fines de los 70 como una nítida «unidad generacional» en los términos de Mannheim. Para el sociólogo húngaro una unidad generacional es una adhesión mucho más concreta que la que establece la mera conexión generacional. Una conexión generacional se constituye por medio de la participación, de los individuos que pertenecen a la misma posición generacional, en el destino común y en los contenidos conexivos que de algún modo forman parte de este. Las unidades generacionales específicas, en cambio, nacen para Mannheim dentro de esa comunidad de destino y significan un modo de reaccionar unitario, un «agitarse juntos»<sup>12</sup> y un modo de configurar que está conformado por un sentido semejante. Tal como lo puedo percibir, ese sentido de semejanza es precisamente la *agenda democrática* mencionada, precipitada a partir de la Conferencia Regional de CLACSO «Las Condiciones Sociales de la Democracia», celebrada en San José de Costa Rica en octubre de 1978. El término más exacto que dispongo para referirme al valor aglutinante que adquirió la cuestión democrática para dicha generación es el de «entelequia», tal como lo define Wilhelm Pinder. Para este último, la entelequia de una generación es la expresión de la unidad de su «meta íntima», la expresión de su nativo sentimiento de la vida y del mundo.<sup>13</sup> De

12 Mannheim, ob. cit., 1928/1993, p. 223.

13 Pinder, W., *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas*, Frankfurter Verlags-Anstalt, 1926. [En español: *El problema de las generaciones*

este modo, si para la generación europea de posguerra la incógnita existencial quedó sintetizada en el interrogante ¿cómo se vive después de Auschwitz?, la recomposición existencial de la generación de izquierdas de las décadas del 60 y del 70 en América Latina trajo consigo el interrogante sobre cómo se puede continuar viviendo después de las dictaduras militares. La respuesta unívoca a ello, potenciada por la escala de la tragedia, fue la edificación de la democracia como un tipo de entelequia generacional de alcance regional. Tal como lo entiendo, la democracia como política total de conocimiento fue la única política posible para una fracción mayoritaria de dicha generación, para intentar sobrellevar una historia inmediata y una política de exterminio. En términos más exactos, me siento tentado a decir que la democracia como política total de vida y de conocimiento se convirtió en un modo a la vez consciente e inconsciente de reacción al terror dictatorial, modalidad que fue adquiriendo la forma de una virtualidad siempre presente e inconscientemente comprimida. No hay posibilidades de dimensionar el tenor de las fuerzas subyacentes a esta experiencia de unificación conceptual sin tomar en consideración que se construye como reacción vital común a la Dictadura Militar como gran antagonista. De esta manera, la democracia como política total de conocimiento es el producto autoconsciente de la democracia como política total de vida. La persistencia de dicho fondo vital generacional se puede observar en la forma en que se apreció el desenvolvimiento de los gobiernos progresistas de América Latina en la primera década y media del siglo XXI, priorizando muchas veces la crítica a la concentración de poder político estatal, con sus derivados históricos, por sobre cualquier otro indicador sociohistórico.

---

*en la historia del arte de Europa*, Losada, Buenos Aires, 1946].

Con algunas correcciones, creo que la distinción que propone Mannheim entre generaciones dirigentes, adaptadas y oprimidas<sup>14</sup> podría ayudar a ilustrar, al menos en términos hipotéticos, la deriva general que tuvo la unidad generacional asociada a la agenda democrática aludida. Lo que para Mannheim es una tipologización abstracta resulta pertinente emplearla en este caso como categorías históricas desplegadas de modo secuencial. Si bien existen variaciones temporales según las trayectorias de los intelectuales en cada espacio nacional, a grandes rasgos podríamos decir que la unidad generacional regional de la que formaba parte Francisco, en tanto fuerza de izquierdas, fue evolucionando desde la década del 70 hasta nuestros días desde una forma dirigente a una *forma descentrada* pasando por una forma adaptativa. Fue una generación dirigente o tuvo una impronta dirigente en el paso de la década del 70 al 80 (sea en una modalidad plebeya o jacobina), se adaptó a los cambios sociales durante la década del 80 y finalmente experimentó una posición descentrada (no correspondería decir oprimida) a partir de principios del siglo XXI en adelante. Hay dos datos muy importantes que conviene resaltar a este respecto: el primero es que luego del progresivo descentramiento de la agenda democrática ochentista ningún otro programa de unidad generacional volvió a ocupar el centro de las ciencias sociales en América Latina. El segundo es que ni en tiempos de adaptación ni en tiempos de descentramiento de la Generación Delich hubo otro programa de cambio sociohistórico verdaderamente activo en las ciencias sociales regionales que pudiera rivalizar con este último. La relativa soledad de un programa descentrado explica en parte también por qué se fue reificando este proyecto de recomposición teórico-democrático. Por lo tanto, todo inten-

14 Mannheim, ob. cit., 1928/1993, p. 235.

to de actualizar un programa teórico de cambio sociohistórico contemporáneo para la región exige el establecimiento de algún tipo de conexión con la agenda democrática ochentista, aunque más no sea para criticarla. No es este el lugar para intentar dilucidar qué combinación de factores internos y externos al campo académico incidieron en la transformación comentada. Lo que sí conviene resaltar es que no se puede explicar la modalidad de relación y de desvinculación que experimentó la Generación Delich respecto a los nuevos grupos de científicos sociales en el campo regional de las ciencias sociales sin tomar en consideración tres elementos: su descentramiento, su apuesta por un proyecto sociológico moderno, y la relación entre ambos. Una de las preguntas capitales que es necesario llevar a fondo respecto a este punto es la siguiente: ¿qué agenda moderna se puede construir desde los márgenes de un sistema de ciencias sociales sin centro y crecientemente autonomizado de los espacios de dirección estatal? Sostengo que este interrogante es central desde el momento en que todo programa moderno siempre reclama para sí una función de legislación general y universalista. Creo que el proyecto sociológico moderno como apuesta generacional pierde gravitación sobre la población talentosa de nuevos científicos sociales en la región a partir del momento que aquella generación no supo, no tuvo la oportunidad o no tuvo la voluntad de procesar reflexivamente la propia deriva generacional que los condujo a su descentramiento.

La pérdida de influencia de la Generación Delich se constata principalmente de dos modos. El primero atañe a la distancia teórico-política que se abre respecto a las opciones que asumieron los jóvenes intelectuales politizados, quienes en buena proporción optaron por no seguir «el camino largo a los sueños» que propone la teorización social moderna, portadora esta última de un proyecto generalista, arduo y pa-

ciente de creatividad y de explicación científica para la emancipación social. Como veremos más adelante, en esta fracción juvenil viene ganando adeptos una serie de fórmulas cómodas y extremadamente fáciles de asumir, tendientes a convertir la indignación moral en una posición epistémica y teórica acabada. Luego, el segundo modo atañe a la despolitización de la agenda de investigación de los nuevos científicos sociales, quienes en su mayoría abandonan la preocupación por el destino a mediano y largo plazo de nuestras sociedades. Ello ocurre principalmente porque pierden o porque no logran establecer contacto con los espacios de experiencia intelectual en los cuales tales coordenadas se recrean exitosamente como núcleos de resistencia a la mercantilización y a la hiperespecialización académica.

La politización de una nueva generación, cualquiera sea, podría concebirse desde dos puntos de vista diferentes. Podríamos suponer que la politización que exhibe una nueva generación difiere de aquella asumida por sus antecesores por el solo hecho que se trata de dos generaciones distintas. Bajo esta premisa, siempre que irrumpe una nueva generación politizada en la escena contemporánea se activa una nueva politización diferente de la anterior. Si bien es evidente que no todo lo políticamente novedoso es producto de la sucesión generacional, esta última rompe con la ilusión de la pervivencia de una programación político-identitaria –cualquiera sea– estabilizable hacia el futuro a partir de una continuidad intergeneracional. Lo que principalmente se pone en juego en este punto es el modo de concebir la autonomía generacional, principalmente la autonomía del Otro generacional, en el marco de una relación desigual de poder. Aquí cabría indicar que es el *espacio de experiencias* de cada generación, sea cual sea su territorio y su posición en una relación de poder, el que la separa irremediamente de las restantes generaciones.

Toda experiencia generacional es intransferible en primera instancia porque el dolor y el miedo de dicha experiencia generacional es intransferible. Toda disposición a reducir democráticamente el diferencial de experiencias entre generaciones, o por el contrario toda disposición a imponer las entelequias históricas a las nuevas experiencias generacionales se encuentra de este modo con un límite sujeto a corrimiento, pero llegado cierto punto es infranqueable. Respecto a la Generación Delich, la dificultad de transferencia generacional se acentúa producto del descentramiento comentado y del proceso de aceleración social en el que nos encontramos inmersos, que tiende a reducir el tiempo disponible para la apropiación del pasado.

El registro de la intransferibilidad de la experiencia generacional cobra especial valor para identificar las condiciones de pervivencia del programa teórico de la agenda democrática ochentista en el movimiento de sucesión generacional. Si la cuestión democrática en las ciencias sociales latinoamericanas, instalada por la Generación Delich, mantiene cierto vigor en la actualidad en los proyectos de las nuevas generaciones de intelectuales y científicos sociales, tal persistencia se concreta en el marco de trayectorias vitales desplegadas *en democracia* y no a partir del padecimiento directo del régimen de exterminio de las dictaduras. De este modo, cambia radicalmente la visión de las cosas porque la afectación ligada a la cuestión democrática es indirecta. En el juego de la sucesión generacional resulta fundamental distinguir entre aquellos recuerdos vividos por una generación y aquellos apropiados indirectamente a partir de una historia oral o escrita. El antagonista al que aludí anteriormente, que recrea la apuesta vital de una generación, se construye a partir de una experiencia directa. Ello nos permite observar que para las nuevas generaciones que dialogan con la agenda democrática ochentista, la dictadura

no es su antagonista. Aquí la «dictadura» como antagonista simplemente ha desaparecido. Puesto en tales términos, lo que aparentemente llega a su fin con la sucesión generacional es el compromiso con *la democracia como política total de vida y de conocimiento*,<sup>15</sup> tal como lo interiorizó una fracción considerable de la Generación Delich y de quienes actualmente tienen más de 55 años. Esto me parece un señalamiento clave en la actualidad, cuando vemos emerger de vuelta el problema del autoritarismo en América Latina. No hay retorno ni repetición posible de la agenda democrático ochentista, aún incluso si acordáramos en un futuro próximo que el autoritarismo merece convertirse nuevamente en el problema número uno para las ciencias sociales de izquierdas en América Latina.

Ahora bien, en los casos en que se observa la apropiación y reproducción de dicha política total de conocimiento –no de vida– en generaciones pos-dictatoriales, creo que estamos frente a un tipo de proyecto intelectual *enajenado*, o dicho con más exactitud, frente a un tipo de sujeción problemática a una agenda generacional ajena. Lo que quiero decir con esto es que la necesaria empatía y el compromiso con las injusticias específicas del pasado y con las luchas de nuestros predecesores debe encontrar su justo límite en la toma de conciencia del carácter generacional y por tanto finito de las perspectivas de la realidad social producto de sus propias entelequias, y que por una cuestión de experiencia generacional no corresponde asumir *en los mismos términos*. La agenda democrática ochentista de las ciencias sociales en América Latina es un

15 Es imprescindible aclarar que en la actualidad solo se puede hablar con cierta soltura de una superación generacional de la vivencia dictatorial en la medida en que no nos circunscribamos al particularismo de las nuevas generaciones que son víctimas directas de las políticas de represión y exterminio, cuyas heridas están abiertas en tanto siguen recreando la pérdida irremediable de sus seres queridos.

modo de procesamiento generacional e históricamente contenido de un programa de cambio social de izquierdas, y no así un modo de proyección intergeneracional y menos aún supra-generacional, con toda el aura de eternidad que podría acompañar esta última ensoñación.

### III. El devenir de las ciencias sociales de izquierdas en América Latina

Una de las grandes incógnitas que cobra relevancia –aunque no visibilidad– en la actualidad se asocia con el modo en que se registra la sucesión generacional en relación con el programa de cambio social de izquierdas que se materializó en las ciencias sociales en la *agenda democrática ochentista*. ¿Cómo se ha concretado la influencia de la generación portadora de dicha agenda en el repertorio de opciones teórico-políticas emergentes y disponibles en la actualidad? ¿Qué identidad, qué forma y qué envergadura adquieren hoy los nuevos impulsos intelectual-políticos de izquierdas que se proyectan desde las universidades latinoamericanas a partir de las nuevas corrientes intelectuales dominantes? Si bien adolecemos de un registro exhaustivo del devenir de la izquierda intelectual en América Latina en el marco de una historia social integral, me interesa adelantar algunos supuestos que considero plausibles. Creo que se puede observar una línea de sucesión y de descomposición relativa entre el programa de la agenda democrática ochentista y la visión radical antimoderna de las «nuevas epistemologías críticas». Tal *continuidad en la descomposición* se despliega con reactividad variable en el marco del avance de la oleada neoliberal global en América Latina, oleada que se instrumenta inicialmente con las dictaduras militares, que se legitima y radicaliza en la década del 90 y que

vuelve a restituirse en una modalidad híper-acelerada y menos legítima a partir de fines de 2015 en los países centrales de la región. El avance de este proceso de reestructuración económico-social capitalista de la periferia latinoamericana tuvo su correlato político en la retracción general de la izquierda regional, iniciada en la década del 80. No se puede entender la popularización de estas «nuevas epistemologías críticas» en la actualidad, al menos en la Argentina, sin el agrietamiento previo de los proyectos intelectuales modernos efectuado por la izquierda neo-gramsciana en la década del 80, y menos aún sin prestar atención a la potencia reproductiva que fija el devenir socioeconómico a lo largo de estas cuatro décadas. De este modo, el culturalismo criticista y negacionista actual de las epistemologías críticas, presentado como un programa intelectual novedoso *para* los movimientos sociales alternativos, es heredero del culturalismo de la izquierda ex marxista de la década del 80, así como de ciertas miradas como las de Alain Touraine —extrañamente subjetivistas para un continente estructuralmente dependiente del Centro—, que también se extendieron por la región en esos años. Entre las expresiones más luminosas del movimiento neogramsciano merecen sin dudas destacarse las producciones tardías de José María Aricó y de Juan Carlos Portantiero,<sup>16</sup> así como los textos de Ernesto Laclau orientados a devolverle una estrategia de crecimiento a las izquierdas sin revisar su identidad anticapitalista.<sup>17</sup>

En cualquier caso, para decirlo en términos más exactos, el movimiento intelectual-político de la izquierda neo-gramsciana, junto con otros aportes más europeos, crearon como

16 Ver principalmente Aricó, J., *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Punto Sur, Buenos Aires, 1988; Portantiero, J.C., *Los usos de Gramsci*, Folio, México DF, 1982.

17 Ver principalmente Laclau, E., Mouffe, Ch., *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1985/1987.

efecto teórico no deseado la base intelectual para un ciclo más pronunciado de radicalización y negacionismo culturalista que se viene propagando con el recambio generacional. De este modo, lo que experimentan hoy las nuevas generaciones es la asunción acrítica de una identidad de resistencia predominantemente reactiva, forjada en la derrota ajena y convertida desde la década del 80 en una identidad política total de izquierda. Si bien el *posmodernismo tardío de izquierdas* que encarnan las nuevas epistemologías es en gran medida producto del encapsulamiento retrospectivo de la generación de los 70, a diferencia del primer culturalismo este último se expresa como negación radical de la historia. Tal negación asume la forma de un conjuro presentista y amnésico respecto al devenir de los procesos sociohistóricos y a la evolución propia de las izquierdas en la región. Lo que define el carácter tardío de este posmodernismo es que insiste en desconocer los cambios tectónicos producidos por la crisis global de 2008, dando la espalda al movimiento general de reinstalación de la agenda económica en la teoría social de izquierdas a nivel mundial. El posmodernismo académico militante en América Latina, aún con toda la rebeldía y las inteligencias que lo componen en la actualidad, se encuentra sujetado por lazos invisibles al proyecto derrotista de la izquierda ex marxista y con ello al desencanto que los invadió al poco andar en el nuevo mundo posdictatorial. De este modo, no nace como un proyecto de reencantamiento generacional sino como una disposición más o menos consciente a actualizar una identidad de resistencia históricamente desconcertada al interior del mismo ciclo de degradación económico-político neoliberal, desconociendo la decadencia intrínseca de aquella agenda construida —digámoslo también— con toda dignidad y a duras penas en tiempos de regreso de la democracia formal en el continente. La izquierda posmarxista golpeada por las dictaduras propuso

como esquema de supervivencia identitaria un culturalismo más dialoguista que autónomo en relación con el gobierno de Alfonsín. Dicho esquema termina fracasando como programa teórico y camino político por negarse a pensar desde un primer momento una estrategia política asociada a una estrategia económica que tome en consideración las nuevas dinámicas económico-políticas nacional y globales. Por su parte, la izquierda posmoderna tardía y académica que hoy se propaga en la convulsión neoliberal de la región promueve como esquema de cambio social un culturalismo anarcovivientista globalista, negador de toda base material de la existencia social. La hipótesis preliminar que ofrezco en este punto es que se puede identificar, en un registro procesual, una correlación directa entre: i) el nivel de profundización de las desigualdades económicas y de poder en general en América Latina (y en la relación del continente con las potencias mundiales), ii) el nivel de retracción político-partidaria de las izquierdas (radical y de centro), y iii) el nivel de debilitamiento de las capacidades teóricas de las izquierdas. Se trata de tres factores que se refuerzan mutuamente, pero sin terminar de crear una dinámica determinista.

Un hecho a considerar respecto al derrotero culturalista mencionado es que en la actualidad los pocos intelectuales gramscianos jóvenes existentes observan impávidos el avance de este pensamiento posmoderno en las izquierdas regionales sin poder registrar hasta qué punto estas últimas son una actualización de su propio proyecto de ruptura con la teoría social moderna. Si bien esta corriente intelectual posmoderna y autárquica<sup>18</sup> viene desarrollándose desde hace décadas en la academia, recién logra arraigarse en las ciencias sociales críti-

18 Una información central en este punto es que la corriente mencionada es creada y desarrollada principalmente por intelectuales *européos* exmarxistas y exmodernos, y no por intelectuales latinoamericanos.

cas de la región cuando comienza a ensancharse el hiato del recambio generacional. Si todo indica que el desafío actual pasa por intentar rearmar la caja de herramientas de las nuevas generaciones para ganar las grandes batallas del futuro, esta nueva influencia posmoderna tiende a desarmar intelectual e instrumentalmente a una juventud de izquierdas deshistorizada y desconectada en buena medida de los proyectos intelectuales modernos. Los portadores centrales de la modernidad de izquierdas en la actualidad corresponden a una fracción de las viejas generaciones de luchadores que, como Francisco Delich, se cargaron al hombro la desaparición física de sus discípulos y sus seres queridos y siguieron sosteniendo que para revitalizar a las izquierdas y tener posibilidades de cambiar el mundo de verdad es necesario repensar metódicamente los aspectos nucleares de procesos sociohistóricos en América Latina y a partir de ahí delinear los nuevos programas generales para la acción política transformadora de masas.

Por estos días, la nueva juventud de izquierdas busca abrirse paso en un escenario novedoso en relación con la generación moderna y antimoderna ya consolidada. Para la mayoría, la única salida ascendente consiste en emprender la lucha por integrarse al mercado laboral que ofrece un campo académico fragmentado, competitivo, de empleo mayoritariamente flexible, hiperespecializado, parcialmente deshistorizado y desprovisto de un horizonte de intelección analítico general. Visto retrospectivamente, quizás estamos situados en un punto de máxima descomposición al interior de un proceso de erosión tendencial de los *proyectos intelectuales holísticos* de izquierdas en la región. Esta situación de debilidad se ve parcialmente mitigada por el extraordinario avance del movimiento feminista de los últimos años, que trae consigo una agenda político-intelectual heterogénea a la cual resulta imprescindible prestarle atención. Ahora bien, el posmoder-

nismo tardío de izquierdas tiende a descomponer el campo intelectual y político de las izquierdas en tanto ha logrado instalar la idea de que la indignación moral de los oprimidos del mundo y la denuncia desde abajo de los opresores no solo es una práctica social necesaria, lo cual está fuera de discusión, sino que es una hoja de ruta suficiente para orientar la acción colectiva de izquierdas.

Una síntesis apretada de la reflexión ofrecida hasta aquí es que la teoría de la revolución marxiana, que termina de naufragar a fines de los 70 en América Latina, fue la última teoría política que tuvieron las izquierdas asociada a un programa de acción general a mediano plazo inspirado en una teoría del cambio socioestructural. Entiendo que Delich fue consciente de este hecho al definirse como un marxólogo (no un marxista). Los diferentes culturalismos que se reproducen a partir de la década del 80, incluidas las versiones movimientistas, radicalizadas y decoloniales que hoy circulan por las redes académicas de América Latina, se convirtieron en los hechos, dada su inclinación academicista y micropolítica, en perspectivas crítico-reactivas completamente inocuas para enfrentar las fuerzas de macro-apropiación capitalistas neoliberales que hoy avanzan en la región.

En cualquier caso, hay que descartar la idea de que el «giro democrático» de las ciencias sociales propiciado por Delich y su generación a fines de los 70 en América Latina tuvo como *correlato necesario* el avance del posmodernismo tardío de izquierdas algunas décadas después. El propio recorrido autotransformador de Francisco da cuenta de la posibilidad de hilvanar otras trayectorias. Cuando nuestro amigo elige tomar distancia del culturalismo retrospectivo de *Pasado y Presente* a principios de los 80, y años más tarde decide someter a revisión la agenda democrática ochentista, lo hace convencido de la necesidad de recuperar una agenda socio-

lógica y político-dirigencial para las izquierdas. De lo que se trata entonces, apoyándonos en la opción de Delich, es de explorar las posibilidades de avanzar en una *sucesión generacional moderna* que actúe como nuevo polo de atracción de las fuerzas de izquierdas (radical y de centro) en la región y que se comporte a su vez como polo de reconversión de las energías intelectuales comprometidas con el cambio social-estructural que hoy abonan las empresas posmodernas tardías pero que se encuentran débilmente asociadas e identificadas con ellas. Se trata de un desafío mayúsculo que requiere en primera instancia entender el juego social en el cual estamos insertos.

Un aspecto crítico por dilucidar respecto al juego en cuestión es cómo hacer posible una sucesión generacional exitosa en la actualidad. Siguiendo las pistas de Mannheim, entiendo que un elemento decisivo para constatar una sucesión generacional es que el portador esencial de los nuevos impulsos sea un portador colectivo. En tal sentido no logro vislumbrar cómo los noveles actores de tales impulsos en la actualidad pueden llegar a constituirse en portadores de una colectividad. El modo dominante de agrupamiento de izquierdas en el campo académico realmente existente es el *equipo de trabajo* estructurado a partir de una temática específica, y no, por ejemplo, una alianza de grupos de investigación y de docencia conformada a partir de una agenda construida en diálogo con algún espacio político colectivo. Estamos en tiempos de plena primacía de los esquemas de micro-organización. La práctica ausencia de un agrupamiento intelectual-político de izquierdas (radical y de centro) con poder de atracción y de representación general en la constelación de las ciencias sociales hoy hace que la misma idea de conexión y de unidad generacional quede en entredicho para caracterizar los nuevos agrupamientos de jóvenes. Entre varias cuestiones, es necesario imaginar en qué medida es posible y deseable volver

a conducir las fuerzas intelectuales emergentes y establecidas, objetivamente dispersas en la región, para intentar generar un nuevo acontecimiento regional del calibre y la naturaleza colectivizante del evento-base de Costa Rica de 1978. ¿Qué le tendría que suceder a los nuevos cientistas sociales e intelectuales comprometidos de América Latina, integrados en sus respectivos sistemas académicos crecientemente autonomizados y diferenciados, para que sientan la inclinación de aventurarse en un nuevo proceso de unificación intelectual-político moderno de carácter regional? ¿Qué necesidades, qué urgencias, qué temores y/o qué promesas podría facilitar la construcción de dicho poder colectivo en las circunstancias sociales actuales de un campo tendencialmente orientado a situar en el centro de sus políticas a la autonomía individual?

Posiblemente el problema principal que acompaña la pretensión de construir un puente intergeneracional en las ciencias sociales que fije una relación de continuidad moderna con la Generación Delich sea el modo en que la *creciente aceleración social* de los procesos de cambio sociohistórico impacta y se singulariza en la academia. Tal proceso de aceleración, precipitado por la revolución tecno-informacional en curso, contempla la aceleración de los procesos de producción, circulación y apropiación de conocimientos en el sistema académico y científico-técnico. Este fenómeno, que viene recibiendo creciente atención por parte de la sociología crítica de los países centrales, no ha sido debidamente considerado hasta la fecha en la academia de nuestro continente. Hartmut Rosa, uno de los sociólogos de referencia para aproximarse a este problema, señala que el mismo volumen de cambios que anteriormente se detectaba a lo largo de dos generaciones, en la actualidad se producen en un lapso *intra-generacional*.<sup>19</sup>

19 Ver Rosa, H., *Social acceleration. A New Theory of Modernity*, Columbia University Press, New York, 2013.

De este modo, no se puede pensar el devenir de la generación de Delich sin registrar que toda generación está simultáneamente inmersa y sometida a un proceso de creciente aceleración social. A su vez, son las generaciones de mayor edad, socializadas en tiempos de primacías colectivas, de menor acceso a la información y de menor dinamismo, las más resistentes a asumir que una de las funciones que va ganando centralidad para el intelectual crítico es la interiorización de una lógica de reprogramación lo suficientemente reflexiva como para poder adaptarse a la tasa de aceleración social y académica actual sin con ello desactivar el compromiso con un proyecto intelectual moderno. Históricamente, la velocidad y la aceleración social de los cambios fueron concebidas por el reformista y el revolucionario moderno como un fenómeno mayormente positivo que valía la pena promocionar para poder barrer con el conservadurismo premoderno que portaban las viejas generaciones dominantes. Ahora bien, desde hace aproximadamente una década, quienes se identifican como herederos de dicho espíritu de propulsión hacia el futuro empiezan a sentir y a percibir que la aguda aceleración social en curso trae más problemas que soluciones para un programa de cambio social moderno de izquierdas que necesita reconstruirse *con tiempo* principalmente desde las universidades y los sistemas públicos de investigación. Creo que el fenómeno de la creciente aceleración social trae aparejado dos problemas centrales e íntimamente relacionados. El primero de ellos, como veremos a continuación, atañe a la propia *práctica teórica*.

Si nos ajustamos a los códigos teóricos heredados, crear una sociología moderna, la ansiada caja de herramientas para explicar, prospectar y eventualmente transformar el mundo, puede llevar al menos un par de décadas de trabajo frenético en las versiones más *express*. Tal proyección temporal re-

sulta perturbadora en la actualidad en un doble aspecto: en primer lugar por el creciente desacople entre el tiempo de la construcción teórica instituida y el tiempo de los cambios sociales que la primera debería ayudar a explicar y también a reconducir. Con raras excepciones, desde hace tiempo la teoría sociológica que se produce en el mundo y en América Latina no hace más que recomponer de modo ecléctico los fragmentos dispersos de los polos dinámicos del pasado. Estos últimos son condensaciones de fuerzas que poco nos dicen de las formas que estas asumen en el presente y menos aún de los futuros probables que se podrían presentar para la acción colectiva en una sociedad a la vez crecientemente globalizada e individualizada. En la actualidad las ciencias sociales y la sociología general están perdiendo la batalla de la aceleración porque seguimos sujetos a un tipo ideal de *forma-teoría* fijado por el canon de la tradición sociológica, en un mundo que tiende a desconocer tales reglas constructivas o bien a no regirse por ellas. Las enormes resistencias que se presentan para repensar aquella forma-teoría-moderna que podría devolvernos a una posición de vanguardia en las izquierdas son comprensibles en tanto el grado de aceleración que experimentamos pone en cuestión la posibilidad de supervivencia de las culturas de la investigación teórico-histórica, de la ilustración no domesticada y de las propias lógicas de argumentación. La sociología moderna por el momento está fracasando porque no logra procesar en términos teóricos el mínimo de información elemental necesaria y disponible para identificar los nuevos acontecimientos y las nuevas dinámicas que afectan la conformación del mundo que vivimos. Tal impotencia ha llevado a muchos autores a declararse silenciosamente en bancarrota intelectual, optando a partir de ello por aferrarse a su tradición o bien por dejar las pretensiones explicativas de lado y volcarse al opinionismo de la práctica periodística. Creo que

la sociología que desarrolla Manuel Castells a partir de la década del 80 ha intentado sortear estos problemas, trabajando mayoritariamente con fuentes secundarias y priorizando el procesamiento sistemático de información crítica antes que el diálogo atento con sus fuentes teóricas de referencia. De hecho, diría que la última gran sociología que se hizo en el mundo es la de Manuel y no es accidental que se trate de una sociología moderna pos-tradicional (no posmoderna). En cualquier caso, tengo serias dudas que el dispositivo teórico «liviano» que opera en los tres tomos de *La era de la información* y en *Comunicación y poder*<sup>20</sup> pueda tomarse como referencia para las trayectorias teórico-sociales que es necesario imaginar y construir hoy para las nuevas generaciones. Más allá de las críticas que podamos hacerle, el método sociológico informacional de Castells logra funcionar como dispositivo analítico en la actualidad porque es producto de un proceso de acumulación teórica con base formalista –su período marxista– de aproximadamente tres décadas, desplegado en un mundo académico y sociohistórico inicialmente organizado a partir de otros imperativos temporales. La de Castells es una trayectoria virtuosa ligada a la Generación Delich y no un camino posible de ser imitado en la actualidad, no al menos en el «paso a paso» de su desenvolvimiento práctico. En este plano, uno de los desafíos que tenemos por delante consiste en generar una revolución tecnológica en el modo de hacer sociología y de construir teoría social de izquierdas, pero aún estamos muy lejos de poder plantear la activación de *nuevas astucias de la razón* en América Latina.

Si el primer problema, como vimos, tiene que ver con el modo en que la aceleración social impacta en la práctica

20 Ver Castells, M., *La era de la información*, vols. I-II-III, Alianza, Madrid, 1996-1998; Castells, M., *Comunicación y poder*, Alianza, Madrid, 2009.

teórica moderna, el segundo se asocia con la manera en que el proceso de aceleración interviene en *la sucesión* entre la generación portadora de dicha práctica y los nuevos portadores de cultura en las ciencias sociales. El optimismo de Mannheim respecto al modo en que la aceleración potenciaba la creatividad moderna de las nuevas generaciones parece haberse desvanecido. En la primera mitad del siglo XX, el sociólogo alemán señalaba que la aceleración del dinamismo de la sociedad era la ocasión propicia para que se active la potencialidad creativa del nuevo impulso generacional, de un impulso que duerme en el seno de la posición que ocupa una generación.<sup>21</sup> Si bien los intelectuales jóvenes en las ciencias sociales continúan siendo los portadores por antonomasia de la creatividad, el problema que se presenta es que las prácticas creativas en las ciencias sociales latinoamericanas se producen actualmente, en su gran mayoría, de espaldas a los horizontes de intelección general y de aquellos proyectos intelectuales modernos que podrían producir nuevos programas de cambio socioestructural de izquierdas. Es en este contexto, como ya indiqué, que avanza la propuesta emocional del posmodernismo tardío. Otro aspecto interesante que señala Mannheim, y cuya connotación se ha modificado radicalmente, es el hecho que la aceleración social produce un aumento en la «atracción que experimenta la juventud por la juventud».<sup>22</sup> Hace casi un siglo el sociólogo indicaba que cuanto más acelerado sea el *tempo* del dinamismo socioespiritual, tantas más oportunidades habrá para que determinadas posiciones generacionales reaccionen en directo desde su nueva situación generacional y con una «entelequia» propia frente a las transformaciones. Es fácil comprobar que este fenómeno no ha hecho más que

21 Mannheim, ob. cit., 1928/1993, p. 229.

22 *Ibidem*.

profundizarse desde los tiempos en que Mannheim lo planteó. Una hipótesis que formulo aquí es que una mayor aceleración social, y particularmente una mayor aceleración en la academia, produce un mayor extrañamiento respecto a las trayectorias de los jóvenes que se inician en el presente por parte de las generaciones mayores como la de Delich. Del mismo modo, una mayor aceleración social genera un mayor extrañamiento de los más jóvenes respecto a las trayectorias vitales que arriban al presente desde un pasado más lejano. Tal idea contradice la suposición de Mannheim respecto al comportamiento de las generaciones mayores. El sociólogo húngaro pensaba que un dinamismo acrecentado hace que las generaciones mayores estén abiertas a la juventud. Yo creo que tal suposición no es válida como registro generacional pero sí completamente aceptable para el caso de Delich y buena parte de sus amigos. Es muy probable que la creciente aceleración social haya provocado en Francisco una mayor apertura a los jóvenes, siendo su curiosidad por lo desconocido el promotor de una modestia atípica.

En cualquier caso, en resumidas cuentas, podríamos aventurar que a mayor aceleración social mayores dificultades se presentan para establecer una comunicación intergeneracional exitosa. Y mientras mayores resultan las dificultades comunicacionales, mayores serán también los esfuerzos integracionistas que tendrían que hacer, por un lado, las generaciones consolidadas desde sus posiciones de dominación y, por el otro, los jóvenes desde sus posiciones subalternas para poder precipitar una sucesión generacional que permita a las ciencias sociales de izquierdas actualizar sus proyectos intelectuales modernos. El diseño de un esquema de intercambio con probabilidades de concreción efectiva a partir de la situación comentada exige reconocer además la existencia de dificultades materiales insoslayables. Quizás el impedimento

central hoy en las ciencias sociales para la comunicación entre colegas y entre generaciones es que la mayor aceleración social, el recrudescimiento de las reglas de competencia académica y el incremento notable de la productividad individual (no así de la calidad de la producción), tiende a reducir dramáticamente el tiempo dedicado a los encuentros colectivos y a las conversaciones grupales presenciales. El avance conjunto de los tres procesos mencionados tiende a agudizar y a expandir una sensación irreductible de «pérdida de tiempo» que, si bien se experimenta en primera instancia respecto a aquellas actividades que no aportan directamente a la carrera académica, tiende a instalarse como un tiempo colectivo total que invita al autosometimiento a partir de una presión psíquica constante y lo suficientemente efectiva como para descomponer todo tiempo planificado de descanso. De ese modo, tiende a extenderse una «cultura maximizadora del tiempo» que debilita la interacción sustantiva entre generaciones. En este nuevo escenario prevalecen las modalidades de intercambio virtual esporádicas, aceleradas, no convivenciales, en plataformas tecnológicas que por lo general empobrecen el ecosistema de comunicación humana. De este modo, para el caso de las ciencias sociales, merece cuestionarse la idea de Mannheim de que las generaciones están en incesante interacción, hecho que permitiría que «no sólo el maestro educa al discípulo, sino que el discípulo educa también al maestro».<sup>23</sup> Actualmente podríamos afirmar que el maestro educa cada vez menos al discípulo en el campo de las ciencias sociales. Al debilitarse la relación de discipulazgo, el discípulo también educa en mucha menor medida al maestro, lo cual deteriora el proceso de aprendizaje recíproco y muy en particular el proceso de actualización generacional para el maestro. Las pausadas con-

23 Mannheim, ob. cit., 1928/1993, p. 240.

versaciones que acompañaban las caminatas que compartía José Medina Echavarría con el joven Juan Carlos Agulla por las calles de Santiago de Chile a principios de la década del 60 hoy posiblemente serían reemplazadas por un puñado de correos electrónicos escritos a las apuradas. Junto a ello, en países dependientes y con fuertes pasiones esnobistas como los nuestros, la influencia de los intelectuales nacionales sobre su propio sistema académico pierde gravitación en la medida en que se tiende a reconocer en primer lugar a los autores y a las corrientes intelectuales europeas y norteamericanas, reafirmando las pesadas cadenas del colonialismo cultural.

Es muy interesante observar que junto con las formas de aceleración del tiempo social y académico comentadas, estamos experimentando una tendencia a la extensión del tiempo biológico de vida de los académicos. Este hecho impacta de lleno en la Generación Delich. La cuestión por dilucidar a partir de este registro de creciente longevidad es cómo el incremento de expectativas de vida de una generación que estructura su proyecto intelectual en la década del 70 del siglo pasado entra en relación con los procesos socioacadémicos comentados. Es una incógnita cómo se podría proyectar un modo de intercambio generacional en la academia a partir de una temporalidad generacional que es más acelerada y, a la vez, más extendida biológicamente. El entrelazamiento de ambas temporalidades permitiría suponer, con elevadas probabilidades de acierto, que cada generación experimentará a futuro, a lo largo de su trayectoria vital, la fricción con una mayor cantidad de nuevas generaciones. Cada una de estas nuevas generaciones, a su vez, estará dotada de culturas y simbolizaciones ajustadas a un modo de vivir y de trabajar cada vez más acelerado. Cada generación, por lo tanto, tendrá que definir su modo de habitar el campo de las ciencias sociales en un flujo de múltiples emergencias de lo nuevo-generacional. A su vez,

tendrá que adaptarse a los cambios estamentales que tal hecho podría traer aparejado en las formas en que las ciencias sociales de la región se conciben y se organizan a sí mismas. Las alternativas que se presentan en este punto son dos. La primera consistiría en intentar asumir una vía de actualización permanente, con capacidad suficiente de autodeconstrucción como para poder reconocer y lidiar con la emergencia generacional continua. La segunda opción, por su parte, consistiría en adoptar una disposición conservadora, tendiente a validar el propio encuadre de acumulación intelectual, avivando las pretensiones de imponer su sistema de pensamiento al conjunto de las nuevas generaciones aprovechando una posición ventajosa de poder. La primera vía sintoniza con el Código Delich, tal como lo presenté en el primer punto, mientras que la segunda responde al comportamiento típico que hasta el momento exhiben las generaciones en todo el mundo cuando envejecen. La generalización del Código Delich permitiría ilusionarnos con la instalación social de un espíritu posgeneracional que promueva la búsqueda permanente de un diálogo con los jóvenes en las condiciones socioacadémicas de un momento siempre renovado. El avance de la segunda vía, por el contrario, tendería a agudizar lo que Mannheim llamaba la «no contemporaneidad de los contemporáneos».<sup>24</sup> En un escenario menos descentrado y demográficamente menos poblado que el actual, el sociólogo húngaro imaginaba que los roles de conservación, freno y retardo que desempeña la gente mayor permitirían ampliar su efectividad social debido a la mayor duración de sus vidas. Esto no parece muy sostenible en el presente. De imponerse esta segunda vía se abre la

24 Esta expresión luego es recogida y actualizada por Koselleck. Ver: Koselleck, R., *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort del Meno, 1979. [Versión en español: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993].

incógnita respecto a qué capacidad podrían tener las generaciones establecidas para frenar las energías desatadas a partir de la alianza natural que establecen las nuevas generaciones con los procesos de aceleración social que siguen su marcha tendencial. De lo que sí podemos estar seguros es que en este segundo escenario las posibilidades de diálogo intergeneracional y de mutuo reconocimiento se resentirían aún más con la extensión del ciclo de vida biológica de cada generación. En cualquier caso, lo único cierto es que, sin la recreación general de un proceso de aprendizaje intergeneracional de base moderna promocionada por las generaciones establecidas, no habría historia ni futuro para una ciencia y una política de izquierdas en América Latina.

La autotransformación de las generaciones establecidas resulta clave en vistas a poder ofrecer un proyecto moderno lo suficientemente cautivante como para frenar el avance posmoderno sobre los espíritus jóvenes rebeldes. Tal como vimos, el «espíritu del tiempo» que vivimos en el campo de las ciencias sociales en América Latina no es propicio para hacer avanzar los proyectos de sacrificio intelectual y metódico a largo plazo referenciados en construcciones colectivas. Como ya indicamos también, en plena época de predominio neoliberal el espíritu del tiempo actual para las izquierdas intelectuales está impregnado de posiciones posmodernas románticas, de tipo reactivo –en sus diferentes vertientes negacionistas y criticistas– desprovisto de un proyecto intelectual-político con ambiciones ciertas de dirección general. Podemos agregar que el posmodernismo de izquierdas en la actualidad exhibe una fuerza considerable de interpelación en la juventud en tanto ofrece, de la mano de un discurso radical y rupturista, una salida fácil e inmediata para titularse de rebelde sin tener que transitar por el arduo proceso de formación teórico-intelectual, experiencial y de conocimiento histórico que una rebel-

día competente exige a cualquier joven ambicioso que quiere cambiar el mundo de verdad. Otro aspecto de la ideología del posmodernismo de izquierdas que atrae a la juventud es que aquella ofrece un esquema de justificación para avalar la natural propensión de los jóvenes intelectuales a quitarse de encima a las instituciones del mundo. El modo en que ambas adolescencias se refuerzan, la posmoderna y la juvenil, abre una vía preocupante para la extensión de la fuerza amnésica de la sociedad vital en una dinámica de agitación recíproca con los procesos de aceleración social.

No caben dudas de que Francisco Delich fue el portador colectivo de una generación con elevadas pretensiones de realización histórica racionalista. Ahora bien, en el seno de una nueva cultura de izquierdas de gratificación inmediata, y sin otros mandatos que la negación radical, la resistencia y la denuncia de toda asimetría social, los proyectos intelectuales modernos quedan marginalizados. Para los jóvenes portadores de proyectos racionalistas de izquierdas se abren dos alternativas a futuro: la primera es la entrega de su propio proyecto a la moda del «espíritu del tiempo» de las izquierdas actuales, lo cual lo conduciría a la esterilidad o bien a la desaparición. Y la segunda opción es la persistencia tenaz en su postura básica, convirtiéndose en potencial faro de su propio tiempo. Mannheim lo dice del siguiente modo: «serán bien un *epígono* de los antecesores o bien *precursores* de una generación futura».<sup>25</sup> En cualquier caso, el sociólogo húngaro nos recuerda que al hablar de «espíritu del tiempo» es necesario constatar que tal espíritu no es siempre el espíritu de toda la época.<sup>26</sup> Al señalar que «no hay época alguna que sea exclusivamente romántica o exclusivamente racionalista».<sup>27</sup> Mannheim nos invita a

25 Mannheim, ob. cit, 1928/1993, p. 236. Cursivas del autor.

26 *Ibidem*.

27 Mannheim, ob. cit, 1928/1993, p. 238.

contemplar los límites de la dominación actual del espíritu posmoderno tardío en las izquierdas de América Latina. Lo cierto, prosigue el autor, es que a los individuos no les afecta ni les atrae en absoluto la globalidad del «espíritu del tiempo» sino solo aquellas corrientes de su tiempo que están presentes en su entorno.<sup>28</sup> Traducido en los términos de nuestro encuadre provisorio, diríamos que al joven o a la joven intelectual de izquierdas no le afecta ni le atrae el espíritu posmoderno tardío por ser el espíritu del tiempo actual, sino las corrientes específicas que están presentes en su mundo de vida.

#### IV. ¿Qué hacer? Hacia un *nuevo contrato* de izquierdas

El romanticismo reactivo y posmoderno que viene ganando los corazones de la juventud actual de izquierdas logra avanzar como un proyecto de crítica y rechazo radical del mundo en la medida en que logra desacreditar el espíritu del proyecto intelectual de Francisco Delich y de la izquierda moderna. El núcleo vital de dicho espíritu lo conforma la creencia marxiana en la imposibilidad de cambiar el mundo sin la construcción de una nueva relación de inmanencia entre *ciencia*, *crítica* y *transformación social*. Esta creencia se concreta, por ejemplo, en el reconocimiento de la importancia de avanzar y de resolver conjuntamente: i) la necesidad de conocer y explicar las nuevas dinámicas económicas existentes, ii) la crítica a la dominación económica y cultural y iii) la construcción de un programa político y económico alternativo posible de ser instrumentado a gran escala en el marco del juego social de apropiación actual. A diferencia del posmodernismo tar-

28 Mannheim, K., *Diagnóstico de nuestro tiempo*, FCE, México, 1944, p. 110. [Primera versión en inglés: *Diagnosis of Our Time*, Oxford University Press, New York, 1944].

dío, las utopías modernas de Delich y de Marx se preocuparon por intentar interpretar y conducir al conjunto de la sociedad hacia un mundo mejor, recurriendo a una teoría y a un programa de transformación social posible de concretarse de inmediato y de sostenerse a futuro. Como ya indiqué, la necesidad de restituir en las ciencias sociales tales coordinadas demanda en la actualidad una *nueva alianza* de todo el arco del *pensamiento moderno de izquierdas* en América Latina, desde las expresiones más radicales a las más centristas. Se trata de caminar hacia una recomposición novedosa que incluya al marxismo heterodoxo y que asuma una voluntad de diálogo con la izquierda posmoderna, bajo la premisa de que hay posiciones que están dispuestas a cambiar ante la evidencia de una argumentación superior. Sin dudas el campo general de batalla está cambiando a un ritmo acelerado, en particular por el debilitamiento de las fuerzas de izquierdas y por la crisis económica de las universidades públicas, propiciadas por el avance articulado de los sectores concentrados del capitalismo financiero y el accionar de los gobiernos neoliberales. Es necesario repensar en profundidad los desafíos de las izquierdas hoy. Si las redes de poder neoliberales y sus fuerzas de programación son el enemigo principal por vencer, el posmodernismo tardío de izquierdas es el adversario que hay que superar e intentar convencer en un espacio de diálogo y de discusión abierta. En cualquier caso, el camino para reagrupar las fuerzas intelectuales de América Latina en torno al objetivo de recomponer un nuevo programa moderno y crítico de izquierdas está sembrado de múltiples obstáculos que necesitaremos sortear.

Si la agenda democrática ochentista viene desvaneciéndose en las ciencias sociales a partir de las transformaciones sociales experimentadas en la región, de la desaparición física de alguno de sus portadores principales y del propio sismo

producido por el cambio generacional, de lo que se trata es de repensar cuál es la nueva agenda teórica y política que puede actualizar el programa de cambio social moderno de izquierdas en América Latina. Este trabajo reconstructivo, como ya insinué, demanda una *nueva alianza intergeneracional* que reúna a la mayor cantidad de fuerzas sociales e intelectuales vivas de izquierdas dispuestas a actualizar un horizonte de expectativas moderno. Este contrato debe tomar en consideración el clima de incomprensión que actualmente desordena el intercambio generacional, en los términos ya analizados. El espíritu del nuevo contrato exige humildad y generosidad recíproca entre jóvenes y viejos modernos en un mundo académico en el cual predominan las reglas de competitividad, las recompensas ligadas al éxito individual y el empleo precario. El nuevo contrato demanda moderar las prepotencias presentistas de los jóvenes rebeldes, quienes deben entender y aceptar que la historia de las ciencias sociales *no recomienza de cero con ellos*. Muy por el contrario, dicha historia viene desplegándose en un devenir sociohistórico con sedimentaciones variopintas, poniendo a disposición de la comunidad una batería de conocimientos indispensables acumulados a lo largo de la historia. Si Delich tuvo que poner en marcha su fórmula de memoria-y-superación para intentar dejar atrás los tiempos oscuros de la dictadura –siendo la superación el elemento determinante– las nuevas generaciones de izquierdas deberían encontrar el modo de activar una fórmula de memoria-y-superación, integrando una historia oral y escrita de la Generación Delich. Ello les permitiría restituir una memoria histórica para afrontar los desafíos del futuro. El nuevo dispositivo contractual también debe desincentivar cualquier búsqueda de satisfacción inmediata. Un proyecto intelectual alternativo potente no puede edificarse de una forma fácil y rápida. Los jóvenes también deberán comprender y aceptar,

contraviniendo los imperativos de capitalización académica dominantes, que el rupturismo no es una exigencia de supervivencia en el sistema, ni un imperativo único de autorrealización social, ni tampoco una ética liberadora. Se trata más bien de una mala praxis intelectual producto de culturas académicas neoliberales que viene extendiéndose por América Latina desde los países centrales.

Junto a la interpelación de los jóvenes, el nuevo contrato intergeneracional también demanda humildad, autolimitación y sacrificio a las generaciones de intelectuales modernos sobrevivientes de las dictaduras. Estos deben disponerse a entender y aceptar que la historia de las izquierdas *no termina con ellos* ni con su giro democrático, sino que prosigue su curso más allá de sus voluntades y sus vidas biológicas más extendidas. Se trata de apelar al sentido trascendental que anida en esta generación histórica para invitarlos a asumir, como lo hicieron Mannheim y Delich, una concepción del devenir sociohistórico puesta al servicio del futuro y por lo tanto de la propulsión vital de las nuevas generaciones. Quizás valga la pena traer a colación en este punto la visión de la historia del sociólogo húngaro, la cual deja entrever los alcances de su compromiso generacional. Mannheim reconocerá que la sociedad humana se caracteriza: a) por la constante irrupción de nuevos portadores de cultura; b) por la salida de los anteriores portadores; c) por el hecho de que los portadores de cultura de una conexión generacional concreta solo participan en un período limitado del proceso histórico; y finalmente e) por el carácter continuo del cambio generacional.<sup>29</sup> Para potenciar este registro a la vez finito y trascendental que nos ofrece el autor, solo haría falta que nos preguntemos cómo aparecería la vida social humana si una generación viviese eternamente y no tuviese lugar ninguna sucesión generacional más. Lo cierto

29 Mannheim, ob. cit., 1928/1993, p. 211.

es que la historia de las izquierdas continuará haciéndose y celebrándose, y muy posiblemente aún estén por escribirse sus páginas más gloriosas. De lo que se trata entonces para los viejos es de comprometerse con el futuro más allá de su generación, poniendo a disposición sus conocimientos y sus trayectorias de poder para que las nuevas generaciones modernas puedan continuar avanzando con la potencia de un legado histórico, a partir de la construcción de un nuevo proyecto de encantamiento colectivo que, en lo inmediato, permita doblegar al enemigo principal y reintegrar al adversario de izquierda. Lograr la colaboración de las generaciones históricamente consagradas posiblemente sea lo más acuciente en la actualidad dado que la distribución de poder en el campo de las ciencias sociales continúa estableciéndose desde tiempos premodernos a partir de un patrón gerontocrático.

De este modo, dado el escenario general esbozado en el texto, resulta evidente que para poder recuperar una agenda teórica moderna para las izquierdas deberán primar las lógicas cooperativas y de reconocimiento en las relaciones de poder intergeneracionales por sobre la competencia salvaje y el desconocimiento del Otro-generacional, en los términos ya comentados en el punto anterior. La forma más digna y más sustentable de asumir la inevitable sucesión generacional, así como la incompreensión que acompaña en los más viejos la irrupción de nuevos portadores de cultura, consiste en intentar establecer distintos *modos de codirección intelectual y moral* entre jóvenes y viejos, tutelados en buena medida por estos últimos. Si la preocupación de los intelectuales modernos consagrados por el destino de nuestras sociedades es realmente genuina; si continúa vivo el compromiso trascendental en sus proyectos intelectuales y de vida, entonces antes que los relatos –siempre interesantes– de las hazañas del pasado militante que los tuvieron de protagonistas, o bien antes de

recomendar en primera instancia la lectura de sus propios textos —muchas veces valiosos—, me parece que de lo que se trata es de perseverar en la construcción de un nuevo sentido de lo común entre ambas generaciones con vistas al futuro. Ello exigiría hacerse cargo de aquellas preguntas que obsesionaban a Francisco y que este solía compartir con sus interlocutores de turno: «¿Qué hay de nuevo en el mundo? ¿Qué nuevos puntos de partida es necesario construir?». <sup>30</sup> Ahora bien, con la apelación insistente a la novedad Francisco no necesariamente estaba cediendo el poder explicativo a las nuevas generaciones. Creo, más bien, que estaba librando hasta el final una batalla por la propia juventud. No estamos frente a un ímpetu curioso como fin en sí mismo, o dicho en los términos de la moralidad foucaultiana, a la innovación como fin en sí mismo, sino más bien frente a la observación atenta y a la inquietud del reformista social. Intentar asumir un compromiso histórico e historizado con la novedad y con la juventud del mundo se convirtió para mi amigo Francisco en una forma de perseverar en la utopía mannheimniana de la «elasticidad interior», atributo heroico de aquel sujeto moderno que aún

30 El último proyecto que emprendió Francisco atestigüa plenamente esta inclinación inagotable y metódica hacia lo nuevo. El 13 de mayo de 2016, una semana antes de su partida, Francisco le escribe un correo electrónico a Fernando Calderón con el siguiente asunto: «¡Surprise!». El núcleo del correo decía exactamente lo siguiente, aludiendo a quien escribe: «Está conformando un grupo de trabajo de CLACSO dedicado a establecer una *mise au point* que nos permita construir un punto de partida teórico e histórico que vaya desde la modernidad y el capitalismo hasta las discusiones sobre el desarrollo. Tengo toda la intención de participar y espero que acompañes». Hasta el día de hoy me resulta algo increíble, así como profundamente aleccionador, el espíritu de juventud que acompaña esa frase. Su compromiso sociológico era tan constitutivo de su existencia que aun siendo completamente consciente del agudo deterioro de su estado de salud, estuvo dispuesto hasta el último día a sumarse a un grupo de experimentación teórica compuesto por un grupo de jóvenes repartidos por América Latina y el mundo, con los cuales las conexiones generacionales no estaban ni intelectual ni materialmente establecidas.

siendo maduro se entrega a la aventura de pretender superar toda obsolescencia a partir de una innovación sin fin o, mejor dicho, de una innovación orientada utópicamente a absorber el espacio de experiencia de las nuevas generaciones. Visto en estos términos, Delich partió de este mundo siendo igual de joven que cuando escribió su primer texto. Mannheim solía señalar que alguien es viejo, ante todo, cuando vive en el contexto de una experiencia específica que él mismo obtuvo y que funciona como una preconfiguración, por cuyo medio cualquier nueva experiencia recibe de antemano, y hasta cierto punto, la forma y el lugar que previamente se le asignan.<sup>31</sup>

El Código Delich, en los términos expuestos en el primer punto, bien podría constituirse en el espíritu que articule las dos alianzas que demanda este nuevo contrato moderno de izquierdas que estoy insinuando. Me refiero a la alianza político-identitaria entre las *izquierdas modernas* (moderadas y radicales) y la alianza entre las generaciones consagradas – como la Generación Delich– y las nuevas generaciones. En el marco de este nuevo contrato, se trataría de establecer nuevos puntos de partida para repensar el devenir y el porvenir sociohistórico de la región en el concierto global, así como las encrucijadas que acechan a las universidades públicas y privadas que actualmente nos albergan, para reconstruir a partir de ello una teoría y un programa potente y factible de cambio social de izquierdas que nos permitan caminar juntos hacia un mundo mejor. Guardo la esperanza que este sentido homenaje a nuestro gran amigo pueda ser un puntapié para recrear este *nuevo espíritu de izquierdas* que América Latina nos está reclamando.

Ciudad de Córdoba, Argentina,  
13 de julio de 2018

31 Ver principalmente en Mannheim, ob. cit., 1928/1993, p. 215.



## ESCRITOS BREVES



## MI AMIGO FRANCISCO DELICH

Fernando Calderón

En un seminario sobre participación popular en el año 1973 en la Universidad Católica de Valparaíso, tratando de entender las dinámicas de acción de los obreros, estudiamos el texto de Francisco Delich, *El Cordobazo*. Lo discutimos también en sindicatos. Hoy es un clásico que introdujo temas complejos para entender situaciones y actores complejos. Al lado de la cuestión obrera propiamente tal estaba la urbana, la cultural, la regional y la política, que nos mostraron que los textos clásicos europeos sobre el doble poder resultaban insuficientes. Así conocí, como muchos, a Francisco.

Más adelante, sin habernos todavía encontrado personalmente, con temporalidades distintas, pisamos las mismas cátedras en Francia: las de Alain Touraine, Henri Lefebvre y Raymond Aron, entre otras. Años después disfrutamos recordando anécdotas de nuestras propias experiencias. En el caso de Touraine, dialogamos con él y sobre él por décadas.

Además, con Francisco estábamos entrelazados en la cruzada latinoamericana por la democracia. Fue ante todo una cruzada de ideas, amistades y complicidades. En este ámbito hay un aspecto de Delich que deseo destacar: él fue el organizador político-intelectual principal, vía CLACSO, de la instalación de la democracia como utopía y como espacio de crítica en la región. Tuvo la genialidad de entrecruzar personas e ideas con diversas comprensiones del tema. Fue el gran

impulsor de la idea de una «democracia posible» en América Latina. La Conferencia del 78 y la revista *Crítica y Utopía* solo fueron el primer paso. Luego el camino fue largo y complejo, lleno de vericuetos y a veces decepciones. La democracia también era un campo legítimo y necesario para discutir diversas y opuestas ideas sobre sí misma.

Aun me queda instalado el enigma sobre por qué la Conferencia del 78, que fue el origen de todo este movimiento, tuvo como base el texto de Germani «Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna». Es un texto antiutópico, catastrófico, pues Germani concluía allí que esencialmente la modernización llevaba al totalitarismo. Siempre me pregunté por qué Delich promovió la discusión sobre tal texto. Quizá para constatar que lo imposible de una democracia utópica permite descubrir lo posible...

En Francisco se entrecruza la idea de democracia como valor y la democracia como construcción sociológica, y siempre se preguntaba qué democracia es posible en las condiciones sociales de Latinoamérica. ¿El atraso y la desigualdad hacen posible la democracia? Y a la vez, ¿la modernización capitalista no socava la democracia? ¿Cómo navegar contra el viento? ¿En la relación entre los actores y las estructuras estaba la opción?

Con Francisco nos tocó navegar por Latinoamérica y también discutir las ideas latinoamericanas en varios países de Asia y especialmente África. Discutimos, sudamos, nos reímos y aprendimos mucho.

Él vivió internamente, como varios otros amigos, la brutal tensión entre el actor y el analista. Una vez me dijo que, al final, era analista, y que quizás eso limitó sus posibilidades políticas. Pero nunca se confundió o usó el poder intelectual para el poder político. Cuando asumí la Secretaría de CLACSO nunca insinuó nada ni pidió ninguna «gauchada».

Aprendió de los ex presidentes mexicanos que «el que se va, se fue». Traté de hacer lo mismo cuando dejé la institución. Y también enseñaban los mexicanos y Francisco que más allá de quien fuera el que condujera la institución, la lealtad era con ella y no con las personas o sus ideologías. La academia tiene que ser intrínsecamente plural, si no, no lo es.

Cuando nos reencontramos en Buenos Aires hace unos seis años retomamos nuestro rito de almorzar al menos una vez al mes para ponernos al día. En *Clásica y Moderna* nos quedábamos discutiendo horas. Y también invitábamos a conversar a Enzo Faletto, a Lechner, a José Aricó y a otros amigos que partieron pero que no se fueron. También me invitó al CEA de Córdoba y nuestra amistad se enriqueció en sus pagos con los amigos cordobeses.

Al final, conjuntamente con Castells, participamos en un posdoctorado en su programa en Córdoba. Fueron días profundos y austeros. Nunca me habló de su enfermedad. Yo sabía y lo respetaba. Su dignidad trascendía las circunstancias.

## RECUERDO DE FRANCISCO DELICH

José Nun

Al comenzar a redactar estas líneas en homenaje a Francisco Delich (*el Polaco*, para los amigos), me vino a la memoria algo que escribió hace años Ortega y Gasset a propósito de Azorín: «Con una palabra de bellos contornos etimológicos, decimos que lo recordamos –esto es, que lo volvemos a pasar por el estuario de nuestro corazón–». Tal cual.

*El Polaco* y yo fuimos coetáneos. Pero no solo eso sino que nuestra relación dibuja un arco extenso, que se inicia en los 60 y llega puntualmente hasta la etapa final de su vida. Pasa que nos conocimos en la militancia estudiantil, cuando él presidía el Centro de Estudiantes de Derecho de Córdoba y yo, el de Buenos Aires. Poco tiempo después, coincidimos en París, deslumbrados los dos por los seminarios de Raymond Aron, de Alain Touraine, de Henri Lefebvre, de Lucien Goldmann y de varios más. Y ese arco de casi seis décadas se cierra con nuestra participación activa en un coloquio que coordina desde hace un par de años Carlos Strasser y que reúne todos los meses en un almuerzo a un núcleo de sociólogos, historiadores y politólogos amigos.

La brillante carrera de Francisco Delich se resiste a cualquier semblanza unidimensional, por breve que esta sea. Fue un gran intelectual público, que siempre se esforzó por combinar el trabajo académico, la militancia política y la gestión institucional. Pero hay dos hilos que se destacan muy nítida-

mente en este entramado: su preocupación por la educación y su compromiso con la democracia. A ellos voy a referirme.

«¿Por qué me gusta la educación?», se preguntaba *el Polaco* en una entrevista. «Porque mi mamá murió analfabeta. Yo no supe enseñarle». A esta tarea se iba a dedicar con pasión durante toda su vida. De la Secretaría Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) pasó al cargo de rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires (UBA), apenas iniciado el gobierno de Raúl Alfonsín. Era una tarea enorme porque la dictadura militar había destruido la Universidad. En tres años de gestión, Delich la reorganizó, eliminó los cupos, llamó a concursos transparentes y promovió iniciativas renovadoras. La más conocida y polémica fue, sin duda, la creación del Ciclo Básico Común (CBC), que obedeció a razones coyunturales y de fondo. Entre las primeras, con la instalación del gobierno constitucional se esperaba una avalancha de inscripciones, tal como efectivamente ocurrió: se presentaron 80 mil postulantes y era preciso estar listos para encauzar este alud. A la vez, los niveles secundarios de enseñanza habían visto profundizarse una caída catastrófica que ya venía de antes, de manera que era urgente compensar de alguna forma la escasa preparación de quienes aspiraban a cursar estudios superiores.

El CBC sirvió para capear el temporal pero luego de un comienzo auspicioso se fue desnaturalizando, se burocratizó y quedó cada vez más aislado de la Universidad. Solo que esto no fue en absoluto responsabilidad de su creador. Por el contrario, el mismo Delich se ocupó de denunciar públicamente que el CBC se había ido convirtiendo «en una gran playa de estacionamiento». ¿Qué sucedió? Que una vez cumplidos tres años de su mandato transitorio, *el Polaco* consideró concluida su tarea de normalización, juzgó impropio candidatearse para el cargo de modo permanente y los claustros eligieron como

rector a otro radical, el contador Oscar Shuberoff, quien iba a perpetuarse en el puesto sin pudor democrático alguno. Como declararía más tarde Delich, que nunca le tuvo simpatía: «Los dieciséis años de Shuberoff fueron de pérdida de nivel académico y de mucha opacidad administrativa. Él perdió el impulso renovador que traíamos». En otra ocasión, lo definió como «un hombre muy pobre intelectualmente (...) y muy astuto como dirigente político», que corrompió a Franja Morada –el movimiento estudiantil del Partido Radical– mediante «el reparto de direcciones y secretarías».

Aquel «impulso renovador» incluía un proyecto muy interesante de Delich, inspirado en el modelo de la Sorbona: dividir a la UBA en tres universidades distintas, cada una con su presidente y todas dirigidas por un solo rector. Esta y muchas otras ideas fueron producto tanto de su práctica como de sus reflexiones teóricas.

Sobre lo primero, entre 1989 y 1995, fue rector de la Universidad Nacional de Córdoba durante dos períodos. Tomó, entre otras varias, una medida que aun hoy merecería ser considerada: para sortear en parte las limitaciones presupuestarias, planteó que quienes pudieran hacerlo pagasen voluntariamente un arancel mínimo. En cuanto al campo teórico, entre 1987 y 1992 publicó los tres tomos titulados *La invención de la universidad* y escribió a lo largo de los años múltiples artículos sobre el tema que lo apasionaba en diversas revistas académicas y de divulgación, como uno muy comentado que apareció en 2005 en la *Revista de Sociología*.

Cito sintéticamente algunos de sus argumentos, que conservan plena vigencia. Ante todo, el riesgo cierto de «encierro corporativo» de las universidades nacionales, tan celosas de su autonomía respecto al Estado y tan carentes de todo control por parte de la sociedad civil. Después, el hecho de que las universidades latinoamericanas se diferencian en ge-

neral de las europeas y norteamericanas porque no solamente dan títulos profesionales sino que estos títulos ya habilitan para el ejercicio profesional, con lo que tiene poco de sorprendente que ciertas disciplinas se hayan transformado en auténticas «fábricas de profesionales». Un tercer punto que deseo resaltar es que Delich diferenciaba correctamente entre la «universidad estatal» —o sea, que se halla financiada por el Estado— y la «universidad pública», que es aquella que está orientada a servir el bien común. Para esto no alcanza con la calidad de los graduados sino que se requieren programas de investigación y de extensión que le permitan a la universidad situarse eficazmente «entre la sociedad y los mercados». Estos vínculos y obligaciones del ámbito académico con el presente y el futuro de la comunidad resultaban para él decisivos, por muy buenas razones.

El otro aspecto que mencioné antes fue su ineludible compromiso con la democracia. También en este caso supo combinar la práctica de la política con su análisis teórico. Dan claro testimonio de la militancia de Delich su desempeño como convencional constituyente nacional en 1994; como senador provincial en su querida Córdoba natal desde 1997; y como diputado nacional a partir de 2005. (En el intervalo entre estos dos últimos cargos, fue designado presidente del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales [FLACSO].) A la vez, como sociólogo, prestó especial atención a la protesta social y a los problemas de los sectores marginalizados. Datan de 1970, por ejemplo, sus estudios acerca del Cordobazo y de la situación de los campesinos tucumanos; y de 1997, su agudo examen del desempleo de masas en la Argentina. Ya antes, en 1967, había criticado duramente a Arturo Jauretche desde las páginas de la *Revista Latinoamericana de Sociología*, lo cual le originó una agria polémica con Roberto Carri, cuyo verdadero trasfondo era el

infortunado posicionamiento de este último en favor de las así llamadas «cátedras nacionales» de Sociología. Por cierto, no sería justo dejar fuera de este rápido repaso a la revista *Crítica y Utopía*, que Delich creó en 1979 con la colaboración de figuras latinoamericanas de la talla de Fernando Henrique Cardoso, Norbert Lechner y Enzo Faletto.

Vuelvo al comienzo de esta nota y a su título. Hay coincidencia en entender que la etimología latina de la palabra *recordar* remite al prefijo *re* y a *cordis* (corazón); de ahí la alusión que hacía Ortega y Gasset en el texto que mencioné más arriba. Se trata de volver algo al presente haciéndolo pasar por el corazón. Es lo que me ha ocurrido al escribir estas líneas. Me reencontré —con una mezcla de emoción y de nostalgia— con ese joven intelectual con el que dialogaba en los tiempos de *Pasado y Presente* o del CICOSO y cuya excepcional carrera se fue desplegando a lo largo de los años de una manera tan coherente como admirable. Lo dijo el propio Delich, «en mi vida he ido cambiando la mirada pero nunca el horizonte». Por eso el mejor tributo que podemos rendirle en una época tan turbulenta y desconcertante como la actual, es levantar su figura como un ejemplo a seguir.

# MI HOMENAJE A FRANCISCO DELICH<sup>1</sup>

Manuel Castells

Había prometido estar presente en el merecido homenaje que sociólogos e intelectuales de América Latina y de todo el mundo tributan a Francisco Delich, una figura fundamental de las ciencias sociales en América Latina, en la Universidad de Guanajuato, a cuya comunidad académica pertenezco. Desgraciadamente, las circunstancias en mi país, Catalunya, exactamente en el mismo período, me impiden hacerlo. Quisiera, de todas maneras, comunicar a los congregados en este homenaje, unas notas sobre Francisco Delich y su obra.

En los medios argentinos fue recordado, tras su fallecimiento, principalmente por su labor de reforma universitaria. Fue él quien reorganizó y dio nueva vida a la Universidad de Buenos Aires tras la dictadura. Y luego llevó a cabo un proyecto semejante con la Universidad Nacional de Córdoba, la más antigua universidad de la Argentina y una de las más antiguas de América Latina. En ese gigantesco esfuerzo demostró que es posible aunar calidad académica y democratización universitaria, el gran desafío que hoy tienen muchas universidades

1 El presente texto fue inicialmente escrito por el autor para su lectura en la inauguración de la «Conferencia internacional sobre Ciudadanía y democracia: nuevas críticas, nuevas utopías», y se publica aquí por primera vez. Tal evento, realizado en homenaje a Francisco Delich, se llevó a cabo en la Universidad de Guanajuato, México, del 11 al 14 de setiembre de 2017.

en la región. Pero quisiera centrarme en su obra académica que, en el largo plazo, será su principal legado.

Su análisis del Cordobazo de 1969, que transformó la política argentina, es un clásico para todos los estudiosos de los movimientos sociales. Él abordó el enigma planteado por muchos comentaristas, a saber, por qué los obreros mejor pagados del país fueron los que más radicalmente protestaron. Su respuesta, empíricamente fundada, se refirió a la convergencia en tiempo y espacio con el movimiento estudiantil y con las nuevas clases medias que exigían participación política. Señaló cómo junto a la industrialización de Córdoba había un proceso de urbanización acelerado, dominado por la especulación y la falta de servicios. Por consiguiente, fueron a la vez las contradicciones de clase y los conflictos urbanos los que suscitaron un movimiento ciudadano que planteó el tema básico de la autonomía de la comunidad local. Fui particularmente sensible a ese análisis porque yo acababa de vivir el Mayo 1968 francés, un año antes que el Mayo del Cordobazo. Y mi experiencia directa en París coincidía enteramente con sus análisis. Lo que empezó como movimiento estudiantil por la libertad, en particular por la libertad sexual en la Residencia Universitaria de Nanterre, convergió con una movilización obrera, liderada por jóvenes obreros desbordando a los sindicatos, y recibió el apoyo de clases medias intelectuales que estaban hartas de su alienación cotidiana. Delich y yo, que no nos conocíamos en ese momento (resultado de mi ignorancia) compartimos experiencias y análisis en dos contextos distintos. Pero si una interpretación funciona teóricamente más allá de las diferencias culturales e institucionales, quiere decir que aquí hay un núcleo esencial de la teoría del cambio social. Yo no escribí sobre Mayo 1968 porque me expulsaron del país antes de que pudiera sentarme a reflexionar. Delich sí lo hizo sobre el Cordobazo, su contexto y sus derivados. Y

al hacerlo nos inspiró a todos los que queríamos entender el cambio social desde dentro de nuestra práctica.

Naturalmente, la obra de Delich es mucho más amplia, atañe al conjunto de procesos de estructuración de la sociedad, con énfasis en su Argentina querida, pero siempre con la referencia analítica que puede ser traspuesta a otras situaciones. Fue el mejor intérprete de lo que considero la más grave crisis de América Latina: la ingobernabilidad. Miren alrededor, miren a Brasil, México, Venezuela, por solo citar los ejemplos más palpable y luego releen su libro *Sociedades invisibles* de 2007 (¡40 años después del Cordobazo!) y encontrarán las claves de la situación dramática que se vive en la región. Aunque tal vez el análisis más pertinente de las raíces de la crisis, de entonces y de ahora, está en su libro de 2002, *La crisis en la crisis*. En él plantea las relaciones desarticuladas entre Estado, nación, sociedad civil y mercado, con el resultado de un caos institucional en la práctica. Era para él también la crisis de una teoría frecuentemente dogmática, alejada de la realidad, que reproducía análisis desfasados en lugar de producir nuevos marcos de interpretación. Y fue a partir de esos nuevos marcos, que él construyó en colaboración con otros pensadores latinoamericanos, desde donde intentó «Repensar América Latina» en su libro del 2004. Sin poder referirme en esta breve nota al conjunto de su inmensa obra, en el que se incluye una participación activa en artículos de prensa, quiero señalar el tema de su último libro publicado en 2017, *Megalópolis*. Un libro que nos acerca aún más, porque estudia la transformación especial del Gran Buenos Aires en relación con la vida cotidiana de la gente. Miren por dónde Delich también se descubrió como sociólogo urbano, en un libro que quedará como referencia para entender la crisis de las formas de hábitat que nos oprimen y nos alienan. Vuelta a empezar: movimientos sociales sí, pero en contextos

espaciales en donde se estructura el poder y el contrapoder, la imposición de formas inhumanas de urbanización en contraposición a la resistencia y los proyectos de una humanidad que se niega a desaparecer.

Y termino. Durante mucho tiempo no tuve el privilegio de conocer personalmente a Francisco Delich. Hasta que recientemente, poco antes de su muerte, me invitó a dialogar con sus colegas y estudiantes en el Centro de Investigación que él dirigía en la Universidad Nacional de Córdoba. Fueron días extraordinarios de interacción intelectual y cercanía personal. Yo no sabía lo grave de su enfermedad. Y él no quería hablar de eso. Pero la forma en que me miraba, en que me hablaba de sus juegos con sus nietos en su residencia rural, volviendo a la tierra, encerraba una nostalgia serena que solo luego entendí. Yo creo que murió con la conciencia tranquila, su vida afectiva colmada y con la satisfacción de una obra que quedará en la historia intelectual.

No te fuiste de nosotros, querido *Pancho*. Porque siempre vivirás en nuestras mentes y en el recuerdo de generaciones futuras, inspiradas por tu coraje y por tu obra.

En la Diada de Catalunya, 2017

## FRANCISCO J. DELICH, UN LÍDER

Carlos Strasser

Francisco José Delich murió en Buenos Aires tras enfrentar valientemente un cáncer de pulmón por espacio de meses. Había cumplido 79 años. Como a otro colega inolvidable fallecido pocos días después, Torcuato Di Tella, lo conocí hace seis largas décadas, más exactamente, en una concurrida convención de centros de estudiantes que organizó él en su Córdoba natal allá por 1957 y a la cual concurrí representando a la Federación Universitaria de Buenos Aires. Desde entonces fuimos amigos y compañeros de muchas aventuras y desventuras universitarias, políticas, político-universitarias.

El *Gringo* Delich. Pocos tipos entre nosotros fueron tan creativos como él. De hecho, sobran los dedos de las manos para computar a quienes, herederos de la renovación de la universidad argentina impulsada desde mediados de 1950 por Risieri Frondizi, José Luis Romero y Gino Germani, y sucesivamente por el citado Torcuato Di Tella, hicieron tanto por las ciencias sociales mientras luchaban contra los regímenes militares de la época y en pos de una democracia, esa que llegó con Alfonsín recién a fines de 1983. Así fue cómo, aun abriendo a la par picadas disciplinarias propias y siendo tan productivo como el sociólogo que era (había estudiado al efecto en Francia, o sea en el extranjero, como nos tocó estudiar a toda una generación de científicos políticos y sociales que —a falta esos años de las opciones preferidas— hubo

de estudiar primero alguna otra cosa, en general Derecho), estando a cargo de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO lanzó un programa tras otro de investigaciones en distintas áreas,<sup>1</sup> cada cual con ramificación en diversos países de la región, y fundó *Crítica y Utopía*, la memorable revista que acometió ambos objetivos con el fervor y la excelencia que hacían falta y tradujo y publicó los ensayos más importantes escritos y publicados en otras lenguas por ese tiempo.

Acabada la última dictadura, Alfonsín ya presidente, Delich llevó adelante, como su «rector normalizador», la difícil recuperación de la Universidad de Buenos Aires y, a los fines de mantener el ingreso abierto y la gratuidad de los estudios no obstante una demanda estudiantil ya enorme, creó el inicial Ciclo Básico Común destinado a nivelar y asegurar la capacitación de su masa de aspirantes. Sucesivamente, fue asimismo rector de la Universidad Nacional de Córdoba, director de la Biblioteca Nacional con sede en Buenos Aires, y presidente del Consejo Superior Regional de la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), en la que ya antes (1978-79) había colaborado para la creación de su Maestría en Ciencia Política y Sociología, la maestría en ciencias sociales decana del país y la región. Esto, remárquese, junto a otros cuantos colegas amigos de otros Centros y todos –visto que no teníamos un peso– por un largo rato generosamente *ad honorem*. Es un gusto, tanto como un deber, recordarlos: Di Tella, otra vez, Floreal Forni, Manuel Mora y Araujo, Emilio F. Mignone, Oscar Oszlak, Juan Sourrouille y Gregorio Weinberg.

1 Me tocó a mí coordinar el área de Epistemología y Ciencias Sociales un par de años, actividad que abrió el paso a un par de libros míos en la materia, uno ganador de la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, *La razón científica en política y sociología*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

Pero vuelvo al *Gringo*. Su vocación política y militancia en la Unión Cívica Radical lo llevaron luego, hasta unos pocos años atrás, a desempeñarse como diputado provincial y senador y diputado nacional. Por lo demás, a todo lo largo o en simultáneo, Delich fue siempre dando a publicación sus investigaciones sociológicas y ensayos en varios libros, entre otros sus clásicos *Crisis y protesta social*, *El desempleo de masas en la Argentina*, *Metáforas de la sociedad argentina*, *La crisis en la crisis*, y una memoria de su rectorado en la UBA, *808 días*.

Cerrando este recordatorio, cabe decir (y remarcar) que entre unas y otras y tantas actividades y desarrollos que concretó y encarnó nuestro *Gringo*, fue constituyéndose y afianzándose la etapa fundacional y la práctica al más alto nivel internacional de las ciencias sociales en el área rioplatense. Insisto, todo eso se lo debemos en gran medida a Delich. Nada menos.

## UN HOMBRE DE MUCHOS MUNDOS

Natalio R. Botana

Francisco Delich fue un hombre de muchos mundos. No le bastó con ser un distinguido académico en el campo de la sociología, sino que desempeñó con tenacidad el arte de organizar y reconstruir instituciones, un atributo como es sabido que lo llevó a presidir, durante el período democrático, las dos universidades públicas más importantes del país, primero en Buenos Aires y luego en Córdoba.

Esta cualidad para hacer que el depósito del saber se mantuviera vivo en instituciones bien formadas, hizo de Delich un agente empeñado en la reconstrucción cívica de la Argentina. Fue una disposición hacia el bien general que comenzó muy temprano, en tiempos de la militancia universitaria, y se prolongó fuera y dentro del país durante las dictaduras. La revista *Crítica y Utopía*, que él fundó, fue un haz de luz en aquel tiempo oscuro, dominado por el terror recíproco. Desde luego, superado aquel tramo de cruel decadencia, la manera tan peculiar de Francisco de insertarse en los combates cívicos se tradujo en la política parlamentaria y en su actuación, desde muy joven, en las filas de la Unión Cívica Radical. Caleidoscopio, por tanto, de vocaciones y trayectorias.

Empero, no es mi intención detenerme en las estaciones de este rico itinerario ya que otros amigos más cercanos a su quehacer seguramente lo harán con mayor discernimiento. Más bien, quisiera proyectar este testimonio sobre la expe-

riencia de un largo diálogo que despuntó a finales de los años 60 cuando, en la ciudad de Córdoba, Francisco se acercó para comentarme una charla que había dado fuera del recinto universitario, pues entonces soportábamos la férula impuesta por Onganía sobre la universidad pública.

A partir de ese momento, hoy tan lejano, compartimos una conversación jamás interrumpida que circuló entre Córdoba y Buenos Aires, y más lejos de ese contorno, entre Florencia y Berlín (Francisco, viajero incansable, era en tales circunstancias el compinche ideal). Así se fue gestando una amistad que aunaba el afecto personal con las condiciones cívicas e intelectuales de nuestra existencia. La voz de Francisco, la cadencia de ese acento pausado tan cordobés, que no eludía al juicio severo ante injusticias y complicidades, todo ello venía de la mano, acaso como un don suplementario que mucho me enseñó, por el estilo de quien se pone a disposición del otro para escuchar. En Delich, saber escuchar era tan importante como saber afirmar.

Me cuesta enumerar los asuntos que concitaban nuestro interés. Me cuesta, efectivamente, porque al ser tan ricas sus palabras como sus silencios resulta prácticamente imposible avizorar dentro de esa variedad algunos puntos salientes. Aun a riesgo de incurrir en el *esprit de géométrie*, tan distante del *esprit de finesse* de Francisco, me contentaré con esbozar dos grandes temas.

El primero tiene que ver con la ciudad y la urbe. Digo bien dos cosas distintas que, a menudo, se confunden: la ciudad, sede de la ciudadanía con sus conflictos y acuerdos; la urbe, aglomeración de habitantes que, en la Argentina (ya lo decía José Luis Romero) se va formando de manera aluvional. En un caso la impronta es cívica, en el otro, decididamente sociológica, en tanto el espectador asiste a una creación espontánea o inducida que trae al presente legados del pasado.

Explorando la ciudad y la urbe Francisco puso de entrada en juego su vocación sociológica, con el ensayo pionero sobre el Cordobazo, y remató esa mirada sobre las megalópolis con su estudio sobre el conurbano bonaerense en sus últimos años de vida.

Si tuviese que tomar prestado de Dickens algún título atrayente, no dudaría en calificar un aspecto de la obra de Delich como una «historia de dos ciudades», de Córdoba a Buenos Aires y viceversa, de esta a la Docta con esa tradición incrustada en el Salón de Grado, frente al patio de Trejo, donde, mientras Francisco era rector, rendimos homenaje a la primera Ilustración de la naciente Argentina encarnada en la figura de José María Paz, el memorialista de la Guerra de la Independencia desdoblada en guerras civiles.

Francisco Delich fue entonces el sociólogo de una portentosa urbanización –externa y doméstica– que conforma el objeto más significativo para montar una sociología del cambio social. Es curiosa esta paradoja: Delich estaba siempre a la escucha de las mejores tradiciones universitarias, en Córdoba y en Buenos Aires, para trazar los caminos capaces de encauzar el proceso inevitable del cambio social en las ciudades argentinas. Con este punto de vista, Francisco atendió por cierto a las continuidades pero, al contrario del temperamento conservador, la emprendió para resaltar la fuerza del cambio social.

Con esta perspectiva abierta –social e histórica– habría que preguntarse qué papel representaba en Delich la teoría política con cuya asistencia podrían acaso entenderse mejor los «conflictos y armonías» (palabras de Sarmiento a quien Francisco admiraba) de esa sociedad cambiante. Sin dar más vueltas –su propia vida es testigo de ello– Francisco fue a la vez un demócrata y un republicano. Jamás dudó de la legitimidad de la voluntad popular, que se expresa en comicios libres y se

apoya en un repertorio de libertades públicas, y jamás abandonó la idea de que las instituciones republicanas, flexibles y atentas al cambio social, eran el instrumento más idóneo para progresar y ensanchar el horizonte de los derechos.

En este sentido, según esta apretada rememoración, Delich era un contractualista de factura francesa; vale decir: el articulador de un enfoque teórico que, distinto quizás del anglosajón, cifra las condiciones del buen gobierno en tres contratos simultáneos: el contrato democrático, el contrato republicano y el contrato que, entre ciudadanos libres, crea y recrea el destino de una nación. Esta visión de lo nacional iluminó a toda hora el interés intelectual de Francisco. Una visión sin duda tan alejada del nacionalismo vernáculo, tan torpemente obsesionado por las concepciones esencialistas acerca del ser nacional, como atenta a cultivar la raíz igualitaria ínsita en dicho contrato. Para él, me dijo un día mientras caminábamos en Florencia hacia la Santa Croce en busca de la tumba de Maquiavelo, la Nación no se entendía sin el contrato democrático y republicano que le daba sustento.

¿Era este andamiaje político el condimento necesario de que disponía el sociólogo para impulsar una ética reformista? No dudo en responder afirmativamente. Por donde se lo mire, Francisco Delich era un reformista. Lo era por sus orígenes ideológicos –ahora que conmemoramos el centenario de la Reforma Universitaria– y también por la orientación de su teoría sociológica y su praxis universitaria y política. Paso a paso, pero sin descanso. Pienso que es esta una de las tantas maneras de celebrar su vida.

## LA SENSATA LUCIDEZ DE FRANCISCO DELICH

Ernesto Ottone

Con *Pancho* Delich, me pasó como con la creación del mundo, «primero fue el verbo». Lo conocí por escrito, me separaban 11 años de él, distancia suficiente para ser un estudiante de sociología cuando él ya había dirigido revistas de ciencias sociales importantes y escrito libros que llamaban la atención por combinar el análisis de situaciones particulares con una capacidad teórica muy sólida. Su nombre ya era conocido a fines de los 60 y sus artículos eran leídos con interés.

Lo conocí verdaderamente en un segundo momento, cuando América Latina y en particular América del Sur atravesaban la época oscura de las dictaduras. Delich estaba entonces en plena madurez intelectual y sus escritos comenzaban a tener una importancia enorme como puente entre el aporte de los padres fundadores de la sociología latinoamericana donde él reconocía sus raíces y la necesidad de repensar la imprevisibilidad del desarrollo en Latinoamérica que tanto se apartaba de los cánones clásicos y que nos obligaba a un esfuerzo teórico original, para entender al «gato que ladra» como calificó Fernando Calderón a América Latina en un feliz aserto con que tituló un libro.

Ese puente y ese esfuerzo al que contribuyó en primera línea lo explicitará más tarde en su clásico *Repensar América Latina, con una entrevista a Celso Furtado*, en que reflexiona acerca del recorrido histórico de América Latina con pro-

fundidad y espíritu crítico, abordando temas tales como la modernización con modernidad trunca, desarrollo, urbanización, escolarización y un proceso de secularización que convive con patrimonialismos en el marco de una institucionalización democrática frágil que por su singularidad obliga a renunciar a aspiraciones «modelísticas» y a paradigmas con capacidades explicatorias integrales, quizás aptas para otros climas más predecibles.

Ello se constituirá en un rasgo permanente de Delich, en tiempos donde aquello no era corriente pues el debate teórico de las ciencias sociales aún no se desprendía del peso de las marcas ideológicas, cuando no doctrinarias que ponían camisas de fuerza a la reflexión.

Su relación fuerte con L'École des Hautes Études Sociales de París, en particular con Alain Touraine y la sociología de la acción, reforzó sin duda esa autonomía intelectual que para bien de la sociología latinoamericana lo hacía inmune a una visión intelectual de «capilla» y lo mantendría siempre con una originalidad ajena a camisas de fuerza para estudiar la sociedad. Por ello un aporte fundamental de Delich fue su capacidad de hacer un uso riguroso pero enteramente libre de la teoría sociológica, así como su amplio conocimiento de la historia del pensamiento social. Ello le permitió evitar con naturalidad las interpretaciones estrechas y forzadas para adecuar la realidad a los conceptos y si estos no calzan ¡peor para la realidad! Como sucede con los doctrinarios. El uso de la teoría en Delich es lo contrario y ello ayudó a marcar un nuevo giro creativo en las ciencias sociales latinoamericanas.

Con el fin de la dictadura en la Argentina, el Delich intelectual y pensador de primera línea nos sorprende con otra faceta que no es ajena a la historia intelectual de nuestra región y es la conjugación de su actividad académica con la acción política, con la construcción democrática, con la asun-

ción de responsabilidades enormes que ofrecen más peligros de salir heridos que el goce «de las mieles del poder».

Delich muestra entonces una vocación anfibia, no se transformará en un político con un pasado intelectual sino que continuará aportando en ambas dimensiones, navegará en las aguas crispadas de la organización y la reforma de la cultura y la educación, en el ríspido mundo parlamentario y a la vez proseguirá su obra sin bajar un ápice su calidad. Difícil desafío, por cierto, que muchas veces suele terminar mal para el científico y para la política.

Max Weber ya lo advertía en 1920 en su discurso sobre «la política como vocación». Los casos de intelectuales náufragos en la acción política, perdidos por la pasión son muchos. Recordemos la famosa frase de Karl Jaspers al romper la amistad con Martin Heidegger cuando este adhiere al nazismo «se le deslizó un demonio» dijo de su amigo perdido en el horror de la política totalitaria.

Delich, por el contrario, llevó en su acción pública un equilibrio perfecto entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad para seguir con Weber, y aportó siempre la serenidad de su espíritu guiado por los valores democráticos de sus escritos. Se podría pensar que de no haber recorrido ese camino su obra intelectual sería mayor. Quién sabe, quizás sería más extensa pero no necesariamente mayor. Digo esto porque su pensamiento enriquecido por la dura práctica de la gestión y la deliberación política adquirió el conocimiento de lo que Max Weber llamaba «los duros metales de la política» y eso lo convirtió en un intelectual particularmente lúcido y sensato para la renovación de las ciencias sociales en América Latina.

En los años 80, la época que CEPAL denominó la «década perdida» considerando la caída brutal de los indicadores sociales y económicos, la crisis de la deuda y el crecimiento

de la pobreza, fue seguida en América Latina en los 90 por un periodo de recuperación a medias, volátil, marcado por momentos de avances y crisis económicas que se prolongaron hasta el 2003. En ese periodo tuvo una cierta centralidad el pensamiento neoclásico y su expresión más doctrinaria, el neoliberalismo. CLACSO y FLACSO jugaron particularmente en los 80 un rol importante en la generación de un pensamiento crítico y autónomo que conjugara reconstrucción democrática con un desarrollo inclusivo. Desde comienzos de los 90 todo ese esfuerzo intelectual cristalizó en la propuesta de CEPAL sobre la «Transformación Productiva con equidad» impulsada por el inolvidable Fernando Fajnzylber, que lejos de encasillarse en el ámbito puramente económico se extendió a la reforma educativa, nuevas propuestas de políticas sociales, moderna ciudadanía, medio ambiente y otros aspectos de una concepción integral del desarrollo.

En ambos periodos, Delich jugó un rol activo, ya sea produciendo textos importantes sobre la configuración de la transformación del Estado y la creación de una democracia socialmente legitimada o como un interlocutor privilegiado, enriqueciendo el debate en torno a textos seminales producidos en aquel momento. Fue en esos años donde aprendí a admirar no solo sus textos sino su brillante interlocución, su interés por los planteamientos de los otros, su tremenda cultura sociológica y su inteligente curiosidad por la producción teórica de ese entonces.

Con su tono cordobés pausado y gentil, nunca categórico, siempre poniendo un interrogante, de pronto mostraba ausencias importantes en el debate y cuestionaba con argumentos históricos difíciles de refutar afirmaciones algo apresuradas. Es decir, entregaba al debate intelectual una perspectiva que tenía que ver no solo con su reflexión sino con su agotadora práctica. Ello le permite elaborar una reflexión

novedosa y completamente vigente sobre la reforma de la educación superior o sobre la corrupción política.

Precozmente alertaba ya entonces, cuando no tenía la centralidad de hoy, lo grave que era la laxitud frente a la corrupción para las democracias latinoamericanas. Ello solo pudo surgir de esa combinación, en su caso virtuosa, de reflexión teórica con práctica política.

Claro, en los últimos años de su vida volvió sonriente a sumergirse solo en la vida académica como si nunca hubiera salido del cubículo y del aula, después de haberlo dirigido todo. Señalaba estar feliz de haber descubierto que «había vida después de la política», en ello había un sentimiento real y también un poco de coquetería. *Repensar América Latina*, *La crisis en la crisis: Estado, nación, sociedad y mercados en la Argentina contemporánea* y *Sociedades invisibles: la cultura de la ingobernabilidad en América Latina*, son libros llamados a perdurar, que tienen una fuerte continuidad de pensamiento y que finalmente están ligados al hilo rojo de su elaboración, sobre la construcción de un Estado sólido que pueda anidar una democracia legítima, que permita el protagonismo libre de los sujetos históricos y de su acción rompiendo la invisibilidad de la sociedad.

El conjunto de este pensamiento es muy actual como base para pensar en la construcción de un proyecto latinoamericano de futuro alejado de las visiones conservadoras y de los populismos de distinto signo; un proyecto inspirado en un impulso reformador «alejado de los pequeños negocios reformistas», como decía Gobetti. También está llamada a perdurar su gestión a contracorriente de dos históricas universidades de América Latina: la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Córdoba. Un testimonio de servicio público importante por las buenas razones, eso

que tanto necesita la democracia actual, no solo en América Latina, sino en todo el mundo.

Pero no solo de inteligencia y ética se construye una vida; también de afectos y humor. Los cuentos que contaba *Pancho* eran esperpénticos. En casa de Juan Carlos Tedesco, extraordinario educador, que también tristemente nos ha dejado, acompañado de su hijo Andrés, entonces ministro de Educación, nos contó que cuando Alfonsín lo nombró rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires, se encontró con una situación caótica, había que repensarlo todo después de la oscuridad y debía reconocer terreno antes de iniciar su gestión. Cada lugar que visitaba mostraba disfuncionalidades enormes según nos relataba, «el departamento de finanzas tenía más funcionarios que el Ministerio de Economía», y así su angustia aumentaba de visita en visita. Cuando fue al hospital de la Facultad de Medicina, cuyo déficit era dantesco, los funcionarios le pedían y le pedían cosas. Él no sabía cómo responder hasta que en una dependencia se encuentra con un médico a quien conocía desde muy joven. Se acerca y le susurra: «¿Qué hago? El déficit es enorme y no paran de pedirme cosas». El amigo médico le responde: «Nada *Pancho*, no hagas nada, mirá que aquí lo último que se robaron fue un ascensor».

Nos reímos asombrados y un poco desconfiados de la veracidad de la historia. Años después le pregunté si era cierto. «Por supuesto», respondió impertérrito con su mirada pícaro y una sonrisa irónica.

No lo sabré nunca.

## FRANCISCO DELICH: DE LA NOTICIA MÁS ANTIGUA HACIA UNA HISTORIA INTELLECTUAL<sup>1</sup>

César Tcach

La noticia más antigua que registra la prensa acerca de la actuación pública de Francisco Delich data de octubre de 1959, con motivo de la realización en Córdoba del VI Congreso Eucarístico Nacional. El evento –promovido activamente por el Vaticano– contó con la presencia del legado pontificio cardenal Fernando Cento. Vivado por una multitud de creyentes en su recorrido por el centro de la ciudad, el cardenal legado del pontífice proclamó a Córdoba «Capital religiosa de la República». Asimismo, hizo pública una nota, escrita de su puño y letra, en la que elogiaba a la prensa del Arzobispado cordobés: «Saludo efusivamente al diario *Los Principios*, valeroso adalid del ideal católico y formulo el voto de que siga con creciente empuje combatiendo las *santas batallas*, sostenido moral y materialmente por cuantos son sinceros creyentes».<sup>2</sup>

Aún no apagados los ecos del conflicto entre educación pública y educación «libre» (expresión empleada por los partidarios de la enseñanza privada universitaria) quedaba claro a qué «santas batallas» se refería el legado pontificio. El gobierno provincial declaró asueto. En estas circunstancias, se planteó en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) la

1 Publicado originalmente en *Estudios*, N° 36, julio-diciembre de 2016, Centro de Estudios Avanzados-UNC, pp. 143-146.

2 Texto del autógrafo regalado por el cardenal Cento al directorio del periódico. Véase *Los Principios*, 10/10/1959. El énfasis es mío.

disyuntiva de adherir o no al cese de actividades. El rector Jorge Orgaz había viajado a Buenos Aires sin dejar resolución alguna relativa a un asueto en la Universidad, pero el secretario general José María Escalera con la aquiescencia del vicerrector Benjamín Cornejo lo promovieron. En este contexto, Francisco Delich fue consecuente con sus ideales reformistas y valores laicos: la Universidad no debía adherirse al asueto; y obró en consecuencia. Los estudiantes reformistas abrieron las puertas de la sede de la UNC situada en la calle Obispo Trejo y de las facultades de Ingeniería, Medicina y Derecho, donde el tema se debatió en las aulas, hasta entrada la noche.<sup>3</sup>

La agrupación católica Ateneo Universitario expresaba indignada:

Un minúsculo grupo de estudiantes reformistas –con la complicidad de los consiliarios estudiantiles Delich y Viera Alonso– tomó el edificio de la universidad a las 18.55hs de hoy colocando pizarrones en los que se anunciaba que la universidad no se había adherido al VI Congreso Eucarístico y funcionaba normalmente. Queda así, una vez más al descubierto, la falsa neutralidad del laicismo reformista, que no ha vacilado en «tomar» por asalto la Casa de Trejo (...) poniendo en evidencia su claro ateísmo marxista.<sup>4</sup>

Francisco Delich y sus compañeros –los conciliarios Valiana y Viera Alonso– se defendieron, expresando en un comunicado que «la Universidad de Córdoba no adhirió al asueto decretado por el gobierno de la provincia» y que no había «decreto alguno firmado por el rector interino disponiendo el cese de las actividades en la universidad». La aclaración

<sup>3</sup> *La Voz del Interior*, 08/10/1959.

<sup>4</sup> *Los Principios*, 08/10/1959.

no impidió el anatema del diario *Los Principios*, cuya condena a Delich se remontó a los orígenes de la Reforma Universitaria de 1918. En un texto titulado «Hoy como ayer y como siempre. ¿Hasta cuándo?» responsabilizaba a:

un núcleo estudiantil que conocemos perfectamente en los móviles que inspiran su acción y las vinculaciones que tiene con extremismos foráneos. Por ello, no nos extraña su repulsa a lo que sea religioso, que hace a la esencia de la argentinidad, que está empeñado en destruir para que haga presa de ella el comunismo (...) Tampoco nos extrañan los procedimientos que arbitran para sus fines: son los mismos que usaron hace más de cuarenta años.<sup>5</sup>

Como contrapartida, la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) respaldó –en nombre de la autonomía universitaria– la posición liderada por Delich, quien había calificado sin nombrarlos al vicerrector y al secretario general de la UNC como «funcionarios sectarios y al servicio de los intereses del Arzobispado».<sup>6</sup>

A partir de esta matriz política-cultural, dominada por los clivajes propios de lo que alguna vez José Aricó denominó «ciudad de frontera», es menester aclarar que Delich era la expresión de un universo intelectual que combinaba liberalismo radicalizado, laicismo y reformismo social.<sup>7</sup> No militaba en la UCR, sus simpatías se situaban por entonces más cerca del Partido Demócrata Progresista, cuya proa visionaria había sido Lisandro de la Torre.

5 *Ibidem*.

6 *La Voz del Interior*, 08/10/1959.

7 Aricó, J., «Tradición y modernidad en la cultura cordobesa», *Plural*, N° 13, Córdoba, 1989.

Desde el punto de vista de su itinerario intelectual, es posible distinguir –al menos– tres etapas. Estudiante y vecino de barrio Clínicas –donde su pasión por Belgrano se combinaba con la defensa de la universidad pública y laica que pregonaban los herederos de la Reforma Universitaria–, se recibió de abogado en 1960. Luego viajó a París para realizar estudios de posgrado en economía y sociología en La Sorbona. Vivió tres años en Francia, disfrutó y discutió sobre el devenir humano en las noches de la bohemia parisina y conoció a su maestro: Alain Touraine. Se sentía cómodo dialogando críticamente con las obras de Durkheim, Max Weber y Raymond Aron. En esta época se familiarizó también con la obra de Antonio Gramsci en virtud de su amistad con José Aricó, intelectual marxista que proponía una mirada crítica del dogmatismo stalinista.

Entre 1964-65 publicó tres textos en *Pasado y Presente*, la célebre revista que se proponía renovar desde Córdoba la cultura política de la izquierda argentina. En este primer Delich, el influjo de los intelectuales franceses se combinaba con la mirada innovadora de los disidentes de la izquierda tradicional, entre los que se contaban el propio Aricó, el filósofo Oscar del Barco, el semiólogo y pensador Héctor Schmucler, el economista Aníbal Arcondo y el sociólogo Juan Carlos Portantiero.

En 1993 Delich recordaba en un artículo publicado por la revista *Estudios Sociales* que, cuando volvió de Francia, sus amigos le preguntaban acerca de la percepción que tenían los europeos sobre Argentina:

¿Cómo nos ven? Cuando estaba lúcido –no era frecuente– respondía: no nos ven. Cuando voluntarista –un poco más seguido– agregaba, pero ya nos verán. Había vivido tres años en París, y al regreso, aquella

obsesiva pregunta era inevitable. No era del todo cierto (...) miraban pero no comprendían.<sup>8</sup>

Fruto de esta primera época fue su libro *Crisis y protesta social*, centrado en el análisis del Cordobazo y publicado por primera vez en 1970. Lo había terminado de escribir entre enero y febrero de ese año en Toulouse. Los primeros capítulos ya habían comenzado a difundirse a través de la revista *Jerónimo*, que se editaba en Córdoba y desafiaba a la dictadura de Onganía. En ese mismo año publicó otro libro, dedicado al problema agrario y la cuestión social en el norte argentino: *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*. Pocos años después aparecía en esas mismas tierras el más notable ensayo de guerrilla rural de la historia argentina. Afanzaba, así, una mirada sociológica fundada en los mejores filones teóricos de su época sobre dos provincias, Córdoba y Tucumán, para tratar de entender la política argentina previa al golpe del 76.

Durante la dictadura, en su condición de secretario ejecutivo de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), emergió lo que podríamos llamar un segundo Delich. A la sombra del terrorismo de Estado fundó, junto a Fernando Henrique Cardoso (futuro presidente de Brasil), Norbert Lechner y Enzo Faletto la revista *Crítica y Utopía* (1979). Desde sus páginas sentó posición en la crucial batalla de ideas que desgarraba al progresismo: el reemplazo del paradigma de la revolución por el de una democracia avanzada en términos sociales, políticos y culturales.

Al calor de los procesos de transición democrática de la década del 80, emergió un tercer Delich. Es el que se descubre a través de sus tres tomos de *La invención de la universidad* publicados entre 1987 y 1992. Allí aparece su obsesión

8 Delich, F., «Los mitos argentinos», revista *Estudios Sociales*, N° 4, UNL, Santa Fe, 1993, p. 203.

por construir una universidad popular, y al mismo tiempo de excelencia, por romper el corsé de las disciplinas tradicionales mediante estudios interdisciplinarios y por potenciar los posgrados en ciencias sociales. Es el que se manifiesta en su perfil de constructor de instituciones: rector de la UBA (1983-85) y de la UNC (1989-95), fundador del Centro de Estudios Avanzados –CEA– (con el aporte de exiliados provenientes de México, Ecuador, Brasil, Israel y España) y de la Biblioteca Aricó (uno de los más importantes repositorios de la cultura de izquierdas en América Latina). Alguna vez se preguntó: ¿He cambiado? Y se respondió a sí mismo: «con toda seguridad pero no tanto para no reconocer las propias huellas. He cambiado la mirada pero no el horizonte».

## PENSAR EN DELICH

Marcelo Casarin

La comprensión de los asuntos políticos e históricos, en tanto que son tan profunda y fundamentalmente humanos, tiene algo en común con la comprensión de los individuos: solo conocemos quién es esencialmente alguien después de su muerte.

Hannah Arendt

La última vez que nos vimos, en mayo de 2016, acabábamos de celebrar el 12º ciclo de un programa posdoctoral que fundamos en el año 2004.<sup>1</sup> No sabíamos que estaba viviendo sus últimos días: apenas unos signos de enfermedad en su rostro, mitigados por el pudoroso modo de sobrellevarla, y por el entusiasmo y la vitalidad de ese trabajador incansable que era Delich.

Estaba dedicado a pensar. A su manera, como lo hizo siempre pero aliviado, a prudente distancia de la acción: mirar, escuchar, leer y escribir.<sup>2</sup> Alejado de la función pública (de la Cámara de Diputados de la Nación) en 2009, estaba entregado de lleno a la vida académica e intelectual:

1 Se desarrolló en durante una semana de marzo de 2016, en las sierras de Córdoba. El evento estuvo dedicado a discutir las ideas de Manuel Castells, quien estuvo presente, bajo la coordinación de Francisco Delich y Fernando Calderón.

2 Aquí puede encontrarse una resonancia del conocido libro de Claude Lévy-Strauss, *Regarder, écouter, lire*, 1993; pero quizá la referencia más cercana sea el trabajo de Roberto Cardoso de Oliveira, «O Trabalho do Antropólogo: Olhar, Ouvir, Escrever», *Revista de Antropologia*, 39 (1), 1996.

dirigía el Doctorado en Estudios Sociales de América Latina y el programa posdoctoral que mencioné, en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional del Córdoba, un instituto de investigación y posgrado que él mismo creó a inicios de los 90 cuando se desempeñaba como rector de la propia Universidad reformista.

Una parte de sus desvelos intelectuales pueden leerse en los textos que publicó en los últimos años: *Memoria de la Sociología argentina*, de 2013, que editó Alción;<sup>3</sup> *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, de 2014, de Eudeba; y el libro póstumo *Megalópolis: Política y vida cotidiana en Buenos Aires*, de 2017, también en Eudeba. A esta lista de producciones recientes deberían agregarse, por lo menos, sus contribuciones en los libros de la Colección Posdoc, que él mismo dirigía para la editorial Comunicarte: me refiero a «Si Marx viviera...» (2012), «Para una sociología de la subjetividad» (2014) y «Visitando a los padres fundadores de la sociología económica» (2017). Se trata de textos que obran como presentaciones de estos volúmenes colectivos, con trabajos seleccionados del programa posdoctoral mencionado más arriba. Los suyos no son escritos de ocasión, no son prólogos superficiales: son ensayos sustanciosos, que dan cuenta de la erudición y sensibilidad de Delich, y de su agudeza para interpretar e interpe- lar el tiempo que le tocaba vivir.

## I. El método Delich

Método, para llamar de alguna manera su modo de estar en el mundo: entre la acción y la reflexión. Entre la militancia, la

3 Lamentablemente se trata de una edición fallida: plagada de errores y de erratas, no está a la altura de su autor ni del valioso contenido del libro.

participación política, la gestión y la producción intelectual. Su derrotero parece un desafío a la terminante afirmación de Arendt: «Si se desea pensar, hay que retirarse del mundo».<sup>4</sup>

Si revisamos sus campos de acción de los últimos 40 años, si enumeramos los diversos cargos que ocupó, advertiremos una consistencia sorprendente con este método epistémico-vital que, como al pasar, mencioné más arriba: mirar, escuchar, leer y escribir. Heterodoxo y proclive a la interdisciplinariedad, al diálogo abierto de ese vasto campo de construcción del conocimiento siempre puesto en cuestión: las ciencias sociales, a cuyo fortalecimiento contribuyó en cada lugar en que le tocó actuar. En efecto, el itinerario, el recorrido de este singular *homo faber* que fue Delich lo tuvo ocupando cargos máximos en la conducción de instituciones como CLACSO, FLACSO, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Córdoba; la Secretaría de Educación de la Nación y la Biblioteca Nacional.

Durante estos largos períodos de gestión y actuación política es evidente que Delich no estaba de sabático intelectual; en todo caso, llevaba adelante una suerte de extenuante trabajo de campo: estaba ocupado en mirar y escuchar.

También debe agregarse a esta lista sus actuaciones como legislador provincial y nacional; y también su participación como convencional constituyente por la provincia de Córdoba, en 1994. Tampoco, en estas acciones, estaba alejado del trabajo intelectual, aunque quizá su mayor energía, su economía libidinal, estuviera orientada a leer y escribir (aunque, claro, su pensar se orientara a la finalidad para la que había sido elegido).<sup>5</sup>

4 Arendt, H., *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 140.

5 Algo de la índole de su participación como convencional constituyente, del espesor intelectual de sus intervenciones puede leerse en «La Reforma Cons-

El método Delich se desplaza desde los límites disciplinares de una sociología pura hacia un terreno más antropológico: haber estado allí, en medio de los asuntos y con su formación intelectual, lo convertían en un sujeto de dos caras: etnólogo e informante clave al mismo tiempo. Lo cito desde la presentación a la reedición de un libro suyo referido al Cor-dobazo:

cuesta entonces situar el análisis coyuntural en parámetros estrictamente científicos y sociológicos; sin embargo, la riqueza de un análisis que reúna teoría con datos significativos, que piense la sociedad en movimiento, con una conciencia opaca y oscilante [...], es probablemente más rica que la mera relación de acontecimientos singulares, despojados de toda tentativa de explicación mayor.<sup>6</sup>

El método Delich no rehúye la imaginación como recurso gnoseológico. La imaginación, que según Arendt

nos permite ver las cosas con su verdadero aspecto, poner aquello que está demasiado cerca a una determinada distancia de tal forma que podamos verlo y comprenderlo sin parcialidad ni prejuicio, colmar el abismo que está demasiado lejos y verlo como si fuera familiar.<sup>7</sup>

Distanciamiento o extimidad, Delich parece contradecir en parte la recomendación y recuerda a propósito de *Crisis y protesta social: Córdoba 1969* que «se escribió al calor de los acontecimientos, del propio movimiento social, cuando toda-

---

titucional», en el anexo III de *Megalópolis. Política y vida cotidiana en Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2017, pp. 205-209.

<sup>6</sup> Delich, F., *Crisis y protesta social: Córdoba 1969*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1970/1994, p. 10.

<sup>7</sup> Arendt, H., ob. cit., p. 45.

vía no se pensaba en una teoría de los movimientos sociales» y que los primeros capítulos fueron publicados en la revista cultural *Jerónimo*, como una novela por entregas. Tal como fue concebido *Crisis y protesta social...* era más el trabajo de un cronista que el de un sociólogo: con modestia, Delich se refería a ese estudio como «pequeño ensayo semiperiódico»,<sup>8</sup> a pesar de haber llamado la atención de Gino Germani y, con el paso de los años, ser considerado uno de los trabajos más importantes sobre aquel acontecimiento.

Otros trabajos muestran que además de la imaginación y sensibilidad para comprender e interpretar los acontecimientos sociales era muy bueno para los números, como se dice, capaz de convertir datos en relaciones preciosas. Esto queda muy claro en el libro *Megalópolis...*

## II. Derroteros

Pero de dónde provenía este hombre capaz de escribir un libro como *Crisis y protesta social...* con apenas 32 años. Ya mencioné uno de sus referentes: Gino Germani. Delich decía que no lo había frecuentado hasta bien entrada la década del 70, en sus últimos años; pero se jactaba de haberlo leído bien. Otros dos nombres aparecen entre los que reconocía como sus maestros: Touraine y Aricó. El primero, su faro en el campo de la sociología política a quien conoció y frecuentó en sus años de formación en París, a comienzos de la década del 60; en paralelo, el segundo «fue quien me enseñó a leer», decía.

José Aricó y la revista *Pasado y Presente* están en la vida de Delich en un momento clave de su formación. El joven

<sup>8</sup> El libro es una minuciosa descripción y análisis —con abundante material fotográfico—, del acontecimiento conocido como Cordobazo y que tuvo su momento más dramático el 29 de mayo de 1969.

que viene de una intensa militancia estudiantil encuentra en la publicación cordobesa un núcleo intelectual que potenciará sus talentos y derroteros posteriores. La publicación orientada por Aricó reconoce en sus primeros números como directores a Oscar del Barco y Aníbal Arcondo; pero desde el número 5/6, de 1964, muestra una conducción colectiva, un consejo de redacción integrado por Oscar del Barco, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor N. Schmulder, Aníbal Arcondo, César U. Guíñazú, Carlos Assadourian y el propio Francisco Delich.

No es necesario abundar en la importancia de estas figuras en la construcción de la cultura política argentina, y su gravitación y proyección posteriores. Lo que sí es necesario recordar es la función que cumplió esta publicación en el campo intelectual en su época, el valor de las discusiones que la atravesaron y la relevancia de las contribuciones y textos que puso en circulación. Nuevamente, podemos decir, el haber estado allí, en este caso en semejante entorno intelectual, permiten explicar algo de lo que Delich llegó a ser; o de lo que estaba siendo ya entonces.

Como un espejo en el que ya estaba mirándose, vale la pena rescatar un texto de Delich, el más antiguo que conozco de él. Apareció en el N° 4 de *Pasado y Presente* y lleva por título «La teoría de la revolución en Frantz Fanon». El artículo se refiere al libro *Los condenados de la tierra*, que había aparecido en el Fondo de Cultura Económica en 1964, cuya edición original se publicó en Francia en 1961 como *Les damnés de la terre* y fue inmediatamente sacado de circulación por la policía.

No se trata de un comentario complaciente y superficial de alabanza al héroe martiniqués. Es un texto meduloso, que ilumina, analiza y evalúa en detalle las fortalezas y debilidades de las ideas expuestas, sobre las que escribió:

Las fuentes del pensamiento de Fanon hay que buscarlas en un nivel intelectual, en la corriente existencialista sartreana (lo vivido en un nivel individual) y en el pensamiento marxista en general; y en un nivel más amplio en la praxis de la revolución argelina y del continente africano a la hora de la liberación nacional.<sup>9</sup>

El aporte sustantivo del libro de Fanon, para Delich, debe buscarse en sus claras precisiones sobre la función del campesinado en la revolución y en sus tesis sobre la cultura nacional. El comentario de Delich abunda en relaciones muy pertinentes con las ideas de Marx y Engels, el leninismo, Sartre, Mao y la Revolución cubana. Lo sorprendente es que quien escribe esas páginas tiene apenas 27 años.

Un párrafo que complete esta semblanza del Delich debería dedicarse a su pasión por su ciudad y su barrio: Alberdi, Córdoba y ciertos personajes excéntricos que lo apasionaban como Jorge Bonino o Romilio Ribero; el debilucho río Suquía que sabía mirar; la literatura de Daniel Moyano; su amor por el Club Belgrano y la Cervecería Córdoba. Asuntos estos de los que nunca se distrajo aunque estuviera concentrado en su libro póstumo, como era el caso de los dos últimos años que vivió. Sin embargo, su atención a lo local y a lo inmediato no le hacía perder nunca perspectiva en relación con el ámbito nacional y latinoamericano que eran siempre sus referencias; al mismo tiempo que, a prudente distancia del eurocentrismo y del folclorismo, se reconocía un lector de lo universal.

*Megalópolis...*, es quizá su gran legado intelectual. Escrito sin la urgencia de la inmediatez de los hechos que impulsó *Crisis y protesta social...* estuvo empujado por la urgencia vital, el propio límite existencial del autor: la acechanza de

9 Delich, F., «La teoría de la revolución en Frantz Fanon», *Pasado y Presente*, Nº 4, 1964, p. 346.

la muerte, apenas atenuada por su deseo sostenido de seguir aquí, no de adorno, no jubilado, dando cabal testimonio de su paso por este mundo hasta el último momento.

En este libro, lleno de hallazgos y de provocaciones, tensó al máximo sus condiciones de analista y de observador, y dejó escrito con su estilo singular un trabajo que propone (y por momentos alcanza con gran lucidez) el intento de comprender e interpretar la naturaleza compleja y diversa de eso que se llama Gran Buenos Aires: «proponemos cambiar la mirada, aparatar el sentido común heredado, plagado de prejuicios y limitado por la ignorancia de información adecuada, demasiado instalada y respaldada por marcos de comprensión anacrónicos».<sup>10</sup>

Los textos de Delich en los que acabo de detenerme y mi relación con él en estos últimos años me permiten aseverar que su vida –su praxis y su pensamiento, sorprendentemente solidarios y consistentes– ha dejado una huella indeleble. Admiradores y detractores reconocerán por dónde anduvo. Una anécdota lo pinta de cuerpo entero. Cuando un periodista le preguntó sobre su pasión por la universidad y la educación, respondió: mi madre murió analfabeta y no pude ayudarla.

10 Delich, F., *Megalópolis...* ob. cit., p. 17.

## DELICH, LA FUERZA DE LA CONVICCIÓN<sup>1</sup>

Horacio Crespo

«La muerte es una vida vivida» apuntó —conciso, certero— Jorge Luis Borges. Para infelicidad de su familia y amigos, el tiempo de Francisco Delich dibujó ya su término definitivo, llegó a su destino cumplido, y abrió la interrogación que toda «vida vivida» propone, la de las preguntas que se enuncian sustentadas en la distancia inexorable abierta entre un *proyecto* de existencia y su azaroso cumplimiento. La tensión entre *autenticidad*, entendida como una vida que asume la libertad consustancial a nuestro ser, de realización plena, consciente y sin concesiones del propio proyecto vital, y *mala fe*, conducta que intenta esconder la responsabilidad de los propios actos, es inherente a toda existencia. Lo que en definitiva importa es cómo se resuelve. Certezas, ambigüedades, silencios que construyen una biografía, aquello de lo que nos habló Sartre, y que Francisco Delich, como genuino miembro de una generación que tuvo al autor de *Los caminos de la libertad* entre sus mentores, no soslayaría señalar para los demás, ni mucho menos para sí mismo. Y en este asunto esencial, más allá de opiniones y juicios encomiásticos, polémicos o adversos que se quieran y se deban formular sobre su trayectoria y labor como intelectual y hombre público, no debe soslayarse una

1 Una versión preliminar de este texto fue publicada, con el mismo título, en el N° 36 de la revista *Estudios* del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, en la edición julio-diciembre 2016, pp. 153-157.

certeza primera: el *Polaco* —no puedo eludir el apelativo inconfundible y afectuoso— vivió y actuó de acuerdo consigo mismo, conforme a sus creencias y convicciones, no se apartó de ellas. Lo hizo a su modo enérgico, voluntarioso, nunca desviado de la honradez material y de espíritu: un ejemplo necesario, hoy más que nunca.

Delich fue afortunado en alcanzar esa zona de contornos un tanto imprecisos al que rotunda y definitivamente lo había conducido su madurez: la de la sonrisa afable inescindible del guiño irónico, la de las preguntas críticas sin respuestas unívocas, la de la afirmación convincente que dejaba abierta, sin embargo, el intersticio constructivo de la duda, la de la revisión serena de los pasos cumplidos, tal como hizo en su libro *808 días*, con su memorable rectorado normalizador de la Universidad de Buenos Aires. En parte, resulta paradójico que sea ese lugar, el de la recoleta meditación de su retiro, el lugar en el que prefiero mirarlo, proseguir un diálogo ahora ya finalmente inmaterial, imaginario. Digo paradójico referido a él —a quien conocí hace ya casi 50 años en la Córdoba de *Pasado y Presente*, y al que acompañé sencillamente con cercanía de amigo, satisfacción y compromiso en algún tramo de sus responsabilidades en nuestra Universidad de Córdoba—, un hombre al que dominaba la inquietud de la acción: la pasión de la acción educativa, la turbulencia de la acción política, la preocupación de la acción ciudadana. Actuar para construir, actuar para transformar. Delich *creía*, tenía certezas y sostenía posiciones, y esto califica ciertamente su personalidad en un tiempo en el que crecientemente el cinismo y el oportunismo han desplazado a las convicciones.

Posiblemente, casi seguramente, allí radicase su fuerza, su capacidad de influir y de convencer, el poder de la confianza que transmitía acerca de que algo siempre es posible hacer, que a pesar de las fuerzas inertes es posible cambiar, y cam-

biar para mejor. No sé si el adjetivo es plenamente ajustado, pero no vacilo en aplicárselo: una vocación sarmientina por el hacer, un protagonismo sin pausa de vitalidad social. Y, sin embargo, como dije, en estos días del progresivo atardecer regreso al Delich del último tiempo, a quien por lejanía geográfica que impone la residencia debo imaginar e intuir más que recordar, porque serena y ejemplarmente fue capaz de seguir pensando críticamente hacia adelante, sostener «una mirada distinta, una mirada en la cual están mucho más pensados los próximos treinta años que esos treinta años pasados» desde 1983, como dijo en la presentación –que fue un balance ajustado y también, en cierta forma, una mensaje de partida– de su mencionado libro acerca de la universidad y los tiempos iniciales de ciclo democrático, como gustaba calificar al periodo que arrancó en diciembre de 1983 y que lo tuvo como un protagonista fundamental. Pensar sin complejos una época que viene, que suponía será necesaria y quizás radicalmente distinta, y a la que se asomaba, como siempre, con imaginación, audacia intelectual e, inclusive, cierta encantadora y deliberada ingenuidad. Una incitación a la novedad que depara la proyección hacia el futuro, una cierta manera de estar de todos modos en él.

Delich ha dejado huella en la historia de Córdoba y en la del país. Córdoba fue núcleo de los antagonismos sociales y políticos de la Argentina de los años 50 y 60, territorio del Cordobazo como paradigma de levantamiento urbano, sede de la irrupción del sindicalismo clasista, de las relaciones fluidas entre izquierda peronista y socialista, de la unidad obrero-estudiantil declamada y practicada con alcances de inesperada masividad, de la radicalización de la juventud católica. Estas fueron las bases de lo que Aricó llamó, con atinada percepción, la *Turín latinoamericana*, recogiendo la traza de Gramsci y la coyuntura de innovación de prodigiosa creatividad de la

«nueva izquierda» europea, desde la heterodoxia de Togliatti a los fuegos del mayo del 68 y del «otoño caliente» italiano del siguiente año. Fue en esta Córdoba en la que Delich –hijo de inmigrantes, de quienes seguramente recibió la lección primera de encomiable austeridad que caracterizó toda su existencia pública y privada– nació, creció y se formó; esa Córdoba del barrio Alberdi y su impronta popular que nunca abandonó así como su pasión por Belgrano, el club *celeste* fundado por Arturo Orgaz, el prócer de la Reforma. Su trayectoria y su personalidad no pueden escindirse del aprendizaje en la bohemia inolvidable de las calles estudiantiles del Clínicas, con su corazón en la casona de la calle Sol de Mayo de la Federación Universitaria que presidió en los tiempos del rectorado de Jorge Orgaz, y también en la militancia en la Reforma de la que sería a lo largo de toda su vida uno de sus últimos grandes protagonistas políticos e intelectuales.

Desde su temprano diálogo con Aricó, creo que Delich asumió plenamente la nueva mirada sobre Córdoba, signada por una forma distinta de registrar la realidad de la modernización y apropiarse y reescribir su tradición cultural. Hay que subrayar siempre que junto a los refinamientos de la sociología francesa en la que se formó en el París de los primeros 60 con Alain Touraine como mentor, participó destacadamente en la experiencia inicial de *Pasado y Presente*, y esta es una filiación política, intelectual y cultural fundamental en su biografía.

Protagonista político y partícipe activo de la intelectualidad comprometida en la lucha anti-dictatorial y en la transformación social del país, fue parte y dio cuenta de la caracterización de esa Córdoba marcada por la impetuosa transformación de la aldea monástica y turbulenta que imaginó Sarmiento y evocó Capdevila, tal como lo apuntó en su temprano libro sobre el Cordobazo (1970), *Crisis y protesta social, Córdoba, mayo de 1969*, hoy ya un verdadero clásico

de la sociología argentina. Y en *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*, editado también por Aricó en 1970, realizó un estudio del que Walter Mignolo, en una temprana reseña publicada en *Caravelle* en 1971, señalaba la voluntad tanto de dar cuenta del sindicalismo agrarista de acción reformista como la de aplicar los instrumentos teóricos y metodológicos desarrollados por la sociología estadounidense y europea para «mirar desde adentro» a América Latina.

La idea de Córdoba como encrucijada de caminos, tanto materiales como ideales, como punto privilegiado de fusión civilizatoria. Esa idea-fuerza de Aricó de Córdoba como «ciudad de frontera» que ha alimentado los esfuerzos intelectuales de toda una notable generación y de la que Delich no estuvo ajeno. En la que la larga duración supera en mucho la perspectiva primera de la historia «nacional»: es un «tiempo americano», tiempo reminiscente de los siglos barrocos de su constitución primera y fundacional. No en vano, en alguna oportunidad el Delich profesor, en memorable reflexión en el Centro de Estudios Avanzados cordobés que él creó, y de la que fui testigo, expresó la posibilidad de un horizonte en el que la indagación teológica renovada pudiera regresar a la alta casa de estudios, la casa de Trejo, en la que se desplegó por más de dos siglos, como parte natural de la más elevada preocupación filosófica. O, tampoco pintoresco o casual, que el Delich rector restaurara con fuerza la noción del fundacional pasado jesuita que en los inmediatos años posteriores se materializó en rescate patrimonial de singular importancia histórica y simbólica y gran belleza artística.

Esta noción del espesor cultural de una ciudad «docta» en la que la Universidad se constituyó en fuente de sentido histórico estuvo presente en una de las empresas educacionales y culturales más relevantes de una trayectoria singularmente rica en ellas. Me refiero al rectorado de Francisco Delich de

la casa de Trejo, cuyo balance histórico integral sería todavía prematuro hacer, pero de cuya trascendencia no caben dudas. Fue la base de una dinámica de transformación y de logros consensuales para un *aggiornamiento* de urgente necesidad a la que algunas gestiones rectorales posteriores han contribuido significativamente, pero que encuentra en esos años el decisivo impulso y modelamiento inicial. Lo fundamental fue la recuperación de la autoestima y de la conciencia del valor institucional, un mirarse hacia adentro como precondition del cambio constructivo y la aventura intelectual imprescindible. La Universidad de Córdoba del futuro deseable tiene ese momento fundacional en el rectorado de Delich, y en ese sentido no es abusivo colocarlo en la línea de los grandes renovadores culturales de la Universidad, de la ciudad de la «Calle Ancha», y por la gravitación y peso natural de la misma, de la Argentina: el Deán Funes, los rectores Manuel Lucero, Sofanor Novillo Corvalán y Jorge Orgaz, y las figuras estelares de la modernidad que fueron Deodoro Roca, Saúl Taborda y José Aricó. Esta afirmación no es para reanimar enconos mezquinos ya superados, propios de la disidencia política normal en la práctica democrática; seguramente no lo es en este momento de *laudatio postuma*, sino que constituye una sopesada proposición que subraya la significación de su paso por la máxima dignidad de nuestra cuatricentenaria institución.

Un punto, finalmente. Delich fue un hombre importante en la transición democrática argentina y de América Latina. Sería extenderme más allá de los ceñidos espacios de este homenaje argumentar sobre este punto de reconocimiento. Solo debo señalar que contribuyó decididamente a finales de la década de 1970 en el gran debate intelectual latinoamericano que revalorizó la democracia política y produjo la idea de la transición hacia ella, como ha mostrado Cecilia Lesgart. Una revalorización de la política como espacio de reglas consen-

suadas y ámbito de dialogicidad necesaria entre la pluralidad de actores que supone la complejidad de la sociedad actual. Fruto y resultado de una meditación colectiva que lo tuvo entre sus esenciales animadores, en CLACSO, en la revista *Crítica y Utopía*, en esa Universidad itinerante constituida en la comunidad latinoamericana del exilio, en la publicación de textos motivadores, en la organización y el debate en simposios y congresos.

Hombre de su tiempo, se atrevió a luchar contra lo peor de su tiempo, contra los autoritarismos y las dictaduras atroces. Lo hizo con sencillez, sin alardes, con la fuerza de la convicción y de las razones. La *force tranquille* de su admirado Mitterrand. Creyendo profundamente en la educación como factor fundamental de cambio y mejoramiento social. Actuó con sinceridad y modestia, sin pavoneos pero con firmeza. Con la convicción de la honestidad como valor personal y ciudadano, sabiendo que la corrupción destruye inevitablemente el tejido social, degrada profundamente la convivencia democrática y compromete gravemente en la conciencia de los ciudadanos el futuro de opciones transformadoras que la admitan. Cuando el rector de la Universidad Nacional de Córdoba o el director de la Biblioteca Nacional revolvía sus bolsillos para pagar el sencillo café de los invitados a su oficina traído de un establecimiento cercano, daba una lección mucho más rotunda y valiosa que cualquier discurso. La inapetable retórica del gesto: austeridad, sencillez, honestidad en el ejercicio de la función pública. Respeto por los bienes sociales. Lección, entre nosotros, gente de Córdoba, de la Reforma Universitaria, del mejor heredero de los Orgaz.

## EN LO DE RUBÉN, CONVERSACIONES CON EL DR. DELICH

Patricia Scarponetti

La obsolescencia temprana del ritmo veloz que ha impuesto esta época que nos enajena, me hace mirar a veces mi biblioteca y pensar en cuánto tiempo más este cuarto no se transformará en una película de ficción. En ella encuentro varios libros de Delich y algunos números de *Crítica y Utopía*, palabras poderosas todavía para algunos de nosotros. Todos estos libros, fotocopias, tarjetas, me permiten recordar los problemas que la sociología les hizo pensar a su generación y a la mía, y descubro que usted y yo nos parecemos, en algo más que aquello de lo que solíamos charlar *en lo de Rubén*. Salvando las distancias de posiciones ocupadas en la historia y por supuesto el género, a ambos nos ha movido volver sobre lo ya pensado sociológicamente y recordar nuestro camino marcado por la sociología. Un camino no lineal, ya que por distintas razones en ese ir y venir de este país, volver a elegirlo para retornar no siempre ha sido fácil, menos aún para continuar estando presente en el debate intelectual. De este modo se me agrega otra incertidumbre a la primera: en este ritmo veloz que nos han impuesto ¿perderemos también la memoria histórica?

Así redescubro que usted, como a mí me gustaba tratarlo, convirtió en frase recordatoria de amistad para conmigo el título de su último libro *Memoria de la sociología argentina 1960-2010*. En aquella noche de setiembre del 2013, cuando

lo presentaron en otra librería cordobesa, lugares privilegiados en donde más de una vez hemos compartidos charlas, rumores y explicaciones de sucesos. Esa noche de la presentación de *Memoria de la sociología argentina* fue histórica porque también estaba Gustavo Ortiz y algunos otros muy poderosos *correligionarios*, como se usaba decir en el partido que alguna vez los reunió. Pero también nosotros, Virginia, el joven Lisdero y quien recuerda, que como sapos de otro pozo acercábamos la escucha porque nos reconocíamos pertenecientes todavía a ese grupo de gente que necesita interlocutar, escuchar qué nos tenían para decir aquellos que vivieron y pensaron en otros tiempos, que fueron testigos directos de procesos argentinos que aún hoy, vuelven y nos revuelven. Por eso me atreví a comenzar señalando que en algo nos parecíamos más allá de las interpelantes diferencias. Conmovidos por todo lo que puede potenciarse en la Argentina, observando cómo a veces las posibilidades de vivir mejor nos sobrevuelan como las mariposas pero no somos capaces de atraparlas, hemos intentado escribirlas. Sus memorias evocan mis memorias y viceversa.

Sí, porque no era en los corredores formales del Centro de Estudios Avanzados (CEA-UNC), donde el trabajo no nos daba mucho margen para charlar salvo en los festejos de fin de año, o en las institucionalidades diversas de la facultad de Derecho y el viejo Rectorado, en las cuales tratábamos los temas que nos convocaban por las rutinas laborales. Y fue así porque siempre usted y yo volvíamos a encontrarnos *en lo de Rubén*, quien para aquellos que no lo frecuentan es nuestro librero cordobés, aquel que nos conoce a todos desde hace mucho tiempo y cultiva la cultura del encuentro.<sup>1</sup>

1 La autora aquí se refiere a «Rubén Libros», emblemática librería emplazada en el centro de la ciudad de Córdoba. La librería lleva el nombre de su dueño, quien hasta hoy continúa atendiendo personalmente a clientes y visitantes.

Las bibliotecas –y ahora pienso, cómo habrá disfrutado de la Biblioteca Nacional en este interludio fatalmente crítico de los tiempos argentinos en que asumió como director– y las librerías tenían para su generación como para la mía un sentido de encuentro abierto a varias vías, ya que uno se observa en lo que leyó y recuerda lo que pensó, y en ese mismo acto se recuerda a sí mismo y a la historia nacional vivida. En las librerías, como en las bibliotecas, advertimos paralelamente los cambios que se van produciendo, alertados por los títulos de las nuevas publicaciones, y vigilamos de algún modo cómo estamos insertos en ese tiempo *pasado/futuro* que magistralmente conceptualizó Koselleck.

Así, *en lo de Rubén*, nos solíamos encontrar. Con esa galantería innata suya muy europea que no pasaba desapercibida, me saludaba en la librería con su seductora sonrisa, para después comenzar a charlar de todo lo que nos estaba aconteciendo. A veces eran sucesos nacionales, otras eran eventos locales, me preguntaba por la cátedra y la Maestría de Sociología, pispábamos algún libro juntos y charlábamos sobre sus libros, descubriendo poco a poco, en cada encuentro, los temas que nos unían.

La relación se estrechó más cuando nos propuso ser parte del posdoctorado que formalizara en el Centro de Estudios Avanzados, y recuerdo que usted no sabía que mi tesis doctoral había sido sobre el desarrollo local. Acababa de salir su libro *Repensar América Latina* y estuvimos hablando del desarrollo y la participación (categorías señeras de la sociología argentina) y derivamos en tantas cosas como son las memorias históricas de los procesos. Nos recreábamos en los significados, por cierto distintos que ambos teníamos, a la par que intentábamos referirnos al marco del debate de aquello que habíamos vivido de tan diverso modo. No eran conversaciones intelectuales, de esas que uno desarrolla en la academia. Eran

ese otro tipo de conversaciones en donde la hibridez del género me impide definirlos, pero que marcan, dejan pensando, estimulan a proseguir, porque no eran sino modos de pensar tal cual eran sentidos y sentimientos tal cual ambos habíamos podido pensarlos. Podría decir que nuestros intercambios se acercan más a *la estructura del sentir y a la conciencia práctica de la experiencia*, en los términos reflexionados por Williams. Estábamos siendo, en mi caso desde mi total dedicación a lo universitario, y usted a partir de esa mezcla particular de intelectual y político. Era una relación mediada por la contingencia y las necesidades de comprender nuestra historia, activando la que nos tocaba vivir, y aún me toca.

Y es en esa mezcla de historia, posicionamiento político y sociología en donde reconozco su estilo de escritor de coyunturas que nos había marcado tanto socialmente. Certero e indisciplinado con lo disciplinario canónico de estos tiempos, perteneciente a esa rica tradición latinoamericana de estilo y ensayo que abreva allende los mares en Alain Touraine, y, por acá más cerca, en tantos otros de nuestros pares. Sin embargo, su biografía es desconcertante para la nueva academia. Esa conjunción de académico rindiendo concurso para profesor titular de Sociología Jurídica, que posibilitó el Centro de Estudios Avanzados y creó el posdoctorado, de rector de las dos universidades con más alumnos del país, de secretario ejecutivo de CLACSO, de presidente del Consejo Ejecutivo de FLACSO, se cruzaba con su activismo político y sus cargos como senador provincial, diputado nacional y secretario de Educación y Cultura en la Municipalidad de Córdoba. No obstante, como reconociéndose en esa vieja estirpe en extinción, seguía publicando libros, y a veces me solía decir: «Estoy revisando por la noche, cosas viejas que escribí, que no sé si le servirán a alguien, pero necesito reescribirlas». Y tal vez sea la escritura, nomás, nuestra memoria más cierta.

Releo en estos momentos su prólogo «La memoria y sus desencuentros» para la reedición del libro *Crisis y protesta social* de 1969, 30 años después, y evoco mi propio tiempo mexicano de aprendiz de bruja. Con su recuerdo de Picatto, que para mí eran «los Picattos», él y su esposa, en el living de los Cosacov en aquellos domingos mexicanos del exilio. Me siento privilegiada por haberlos conocido, escuchado; intercambios recordados que a veces me asaltan cuando intento conversar con los más jóvenes con quienes las conversaciones, las librerías y las bibliotecas se están esfumando tras el encuentro mediado por las tecnologías digitales. Y no es a pesar de mi retobado manejo de las nuevas tecnologías que me vuelva medieval o ajena a otro proceso «moderno», sino que me resisto a que no nos escuchemos cara a cara, a que no nos miremos lo suficiente, a que creamos ser capaces de estar escuchando al otro y a la par sonreírnos de algo que sucede en esa tercera mano en la que se ha convertido el celular.

Por eso al recordar que cuando lo trataba de usted y de maestro, usted me sonría con sarcasmo, pensando que quería adularlo, debí explicarle que mi uso del usted y de llamarlo maestro era solamente la reacción de mi mitad mexicana, en tanto pueblo que respeta la memoria histórica. Una reacción evocante de esa historia tan rica que me tocó vivir por azar histórico, acontecimiento que me convirtió en esto que decidí convertirme: una profesora de pensamiento sociológico latinoamericano. Me permito usar en estas anécdotas sus propias palabras, que comentan cosas que nos importan a quienes las vivimos, simplemente con la pretensión de que en este, su homenaje, al recordar la importancia de nuestras conversaciones en esas librerías, decirle que seguramente en estos años me «cambió la mirada pero no el horizonte».

Te saludo maestro y recuerdo tu sonrisa.

## HOMENAJE AL DELICH JOVEN

Isabel Hernández

En esta nota no me referiré al impacto que en el pensamiento argentino y latinoamericano tuvieron libros como *Repensar América Latina*, *La crisis en la crisis* o *Sociedades invisibles...*, entre tantos otros escritos de Francisco Delich. Tampoco a la calidad de su labor política, periodística y docente, ni al significativo aporte de sus investigaciones y ensayos. De esto seguramente se ocuparán aquí mismo otros colegas.

Yo quiero recordar al *Gringo*, como siempre lo llamamos con cariño los amigos, como al luchador excepcional que fue. Un ser íntegro y querible, entregado a un compromiso de vida. Quiero recordarlo como era cuando recién lo conocí, poco después de las luchas cordobesas y rosarinas de 1969 que supieron herir de muerte a la dictadura de Onganía. Fueron años difíciles, tal vez porque ni Francisco ni yo fuimos capaces de leer la realidad política argentina con edulcorantes o con fingida inocencia. Pero esos años jamás se pueden comparar con los tiempos del último gobierno militar y el terror cotidiano que llegamos a respirar a partir de marzo de 1976.

Fue a mediados de los 70 y durante el comienzo de la década de los 80, tanto en CLACSO como en la FLACSO, o discutiendo artículos para *Crítica y Utopía*, o bien en *Artes y Ciencias* (un grupo de francotiradores de la docencia y la investigación, detrás de una vanguardia intelectual en dis-

persión), que ambos fuimos capaces de transformar nuestro quehacer diario en un frondoso libro escrito contra el olvido.

Hay algo irracional, algo paradójico que recuerdo de aquellos días en que todo se transformaba en intensidad y confusión, días en que vivíamos en territorio enemigo, en un país ocupado por un ejército enemigo, mientras nosotros tratábamos de parecer cuerdos y felices. Trabajábamos febrilmente, con entusiasmo, con fortaleza, nutridos apenas por unas escasas ilusiones políticas.

Por iniciativa del joven Delich llegamos a compartir espacios milagrosos de auténtica libertad académica, cuando los estudiantes buscaban formarse fuera de las universidades intervenidas por las fuerzas militares y los científicos sociales vivíamos ávidos de ámbitos de participación donde comunicar nuestras inercias, nuestras opiniones y, sobre todo, nuestros miedos. Para toda una generación, aquellos años de CLACSO, la FLACSO y *Artes y Ciencias* significaron algo así como una roca para múltiples naufragos, un refugio para los marginados, disconformes e indignados. Supimos construir ámbitos que lograron sedimentar conocimientos anteriores y nuevos y clandestinos saberes. Fueron años que abrieron fructíferos caminos hacia las ciencias, que nos acercaron a la transdisciplina, nos enseñaron sobre la labor interinstitucional y signaron nuestro futuro político y académico.

Yo sé que no siempre era fácil lograr coincidencia con las perspectivas y los intereses del *Gringo* Delich, pero me consta que él siempre intentaba buscar salidas de diálogo político-institucional y caminos de productividad, crecimiento y tolerancia académica:

La Universidad venía de 17 años de intervenciones, desde el golpe del 66. El impacto del último golpe había sido devastador. A su vez, el país venía de 50 años de

péndulo, entre dictaduras y democracias. Había que lograr autonomía de la Universidad y también transición a la democracia.<sup>2</sup>

Con estas palabras describió Francisco Delich la monumental tarea de normalizar la Universidad de Buenos Aires, durante los primeros meses de democracia, tras la caída de la dictadura militar a fines de 1983. Recuerdo que desde su cargo de rector de la UBA me convocó para desempeñarme en la dirección de Extensión Universitaria. En dos meses, y en una oficina contigua a su despacho, desarrollé el proyecto: un plan de actividades y la reestructuración de esa dependencia. Nunca fui nombrada ni se oficializó mi propuesta, el Consejo la desestimó por ser demasiado atrevida. Soñábamos con vientos huracanados de cambio y apenas conseguimos respirar el aliento de una brisa tenue. Los beneficios de la democracia nos iban a llegar por goteo.

Lejos de distanciarnos, esta circunstancia nos unió más como colegas y como buenos amigos que fuimos tanto desde el Rosariazo y el Cordobazo como durante la cuarentena siniestra impuesta por el despotismo de Videla, cuando la realidad nos parecía una maldición sin salida. Poco después se fueron acumulando para ambos, los años políticos, académicos y de funcionarios. Muchos más años que los suficientes.

Ahora estoy dedicada a la literatura de ficción. Me complace haber encontrado un camino diferente, igualmente fructífero, intenso de términos de vida. Y, aparte y como decía Piglia: «la narración alivia la pesadilla de la Historia». También esta nueva cualidad a veces me permite, desde los márgenes de la realidad y desde otro lenguaje, cerrar los ojos y volver a

2 Delich, Francisco, *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2014.

vivir en aquellos espacios inesperados de libertad y decisión que compartimos casi a diario con Francisco.

Porque hay cosas que no pasan fugazmente por nuestro lado, porque hay imágenes que apremian desde algún rincón de la memoria, por eso, regreso aquí al mundo de aquellos años jóvenes. Y lo hago, tal vez, desde una insinuación, un murmullo, un relámpago sutil que alumbra objetos y lugares vislumbrados de repente, escenas que no sabía que estaban allí y que me hablan con las mismas voces antiguas, pero en un espacio que les da otras tonalidades:

*Veo a Delich entrar al vestíbulo de «Artes y Ciencias». Es una noche helada de principios de mayo de 1982.*

*Lo leo en su cara, en la forma en que me mira.*

*Yo estoy sentada en la recepción con una taza de café en la mano. Escribo, ordeno ideas y no he tenido acceso a ninguna comunicación externa.*

*Todavía no lo sé.*

*Por él me entero.*

*Unas horas antes, el submarino nuclear británico HMS Conqueror atacó al ARA General Belgrano, provocando su hundimiento y la muerte de más de trescientos jóvenes argentinos.*

*(Todos sabíamos que los militares habían ido a una guerra desesperada en las Malvinas para que la voz de ruptura y protesta de miles y miles no se escuchara. Y ese intento de hacernos callar los llevó a la derrota militar y política).*

*Mayo 1982: También el Gringo y yo sabemos en ese momento que el hundimiento del General Belgrano significa, en un futuro inmediato, el fin de la dictadura, la apertura de las universidades y el consiguiente cierre de «Artes y Ciencias».*

*Nos damos un abrazo teñido de una extraña tristeza.*

*Ya es la hora de dictar su clase y Delich camina despacio hacia una de las aulas.*

Me enteré de la muerte del *Gringo* en pleno buceo en mi discurso de ficción. No pude hacer otra cosa más que pensar en la coherencia de una vida. Pensé en Marguerite Yourcenar, en sus *Cuentos orientales* de 1938. Con otra extraña tristeza, pensé en *Wang-Fô fut sauvé* («De cómo se salvó Wang-Fô»), recordé a aquel pintor magistral que huyó del presidio del emperador pintando, porque era lo mejor que sabía hacer:

Y finalmente, la barca viró en derredor a una roca que cerraba la entrada a mar abierto; cayó sobre ella la sombra del acantilado; se borró el surco de la desierta superficie y el pintor Wang-Fô desapareció para siempre en aquel mar de jade azul que el mismo Wang-Fô acababa de inventar (MY).

## ENSAYOS



# LA SOCIOLOGÍA CRÍTICA DE LAS TRANSICIONES DEMOCRÁTICAS

Alberto Filippi

## I. Bobbio y Delich: debates sobre la teoría jurídico-política de la democracia

Es de esperar que se haga una historia de las ciencias sociales latinoamericanas en una perspectiva de análisis comparado de las diferentes situaciones, contextos políticos y culturales, desde México a la Argentina, desde Venezuela a Chile. Cuando tengamos esa visión de conjunto, podremos valorar mejor los relevantes aportes de Delich y sus compañeros de generación fundadora de la sociología académica y del pensamiento crítico, desde Juan Carlos Portantiero a Enzo Faletto, José Agustín Silva Michelena, Darcy Ribeiro, Guillermo Bonfil Batalla, Mario Dos Santos, Norbert Lechner, Juan Francisco Marsal, Oscar Varsavsky, entre los mayores. Todos ellos involucrados o relacionados con el estudio de las sociedades de Nuestra América, y organizados en el muy meritorio Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y en FLACSO.

Además, Delich fue un puente permanente y privilegiado con las ciencias sociales y la cultura política europea, especialmente con la francesa y la italiana; desde los años 60 hasta los últimos años de su intensa vida pública y de militante de la democracia o, mejor dicho, de nuestros complejos y contradictorios procesos de «transición democrática» de la que fue, en Suramérica, uno de los protagonistas más destacados.

Por supuesto, los vínculos con Italia comenzaron con el propio Gino Germani y luego se extendieron hasta Alberto Spreafico y a Giorgio Alberti.

En lo que a nuestras relaciones se refiere voy a rememorar aquellas situaciones en las cuales, entre Italia y la Argentina (y en los tiempos de los exilios en otros lugares del mundo desde Venezuela a Francia) establecimos una amistad que tuvo en afectuosa sinergia el objetivo permanente de concebir y realizar proyectos de colaboración y de militancia cultural.

Comenzando por el apoyo al *Istituto per lo studio della società contemporanea* que Lelio Basso fundó a finales de los años 60 del siglo pasado y cuya Sección Latinoamericana me dio la honrosa posibilidad de iniciar y organizar, junto con mis compañeros de aquel periodo, entre los cuales deseo recordar a José Agustín Silva Michelena, Sergio De Santis, Armando Córdoba, José Antonio Viera-Gallo, Juan Carlos Portantiero, José María Aricó y Manuel Antonio Garretón. Estudios latinoamericanistas que culminaron con el luego famoso Tribunal Internacional Bertrand Russell II sobre América Latina.<sup>1</sup>

Además, Delich, tuvo otra casa académica en Italia en la Universidad de Camerino, donde inicié las investigaciones y la docencia sobre América Latina a partir del año académico 1969-1970, bajo el impulso y la organización del colega Alessandro Baratta, director del Instituto Jurídico del antiguo

1 Como lo comento en el artículo «Las peculiaridades históricas de las transiciones democráticas. El legado de Lelio Basso en Suramérica y en sus archivos en Roma», en la revista *Jueces para la Democracia*, Nº 77, Madrid, julio 2013, y en el ensayo «Lelio Basso y El Tribunal Internacional Bertrand Russell II sobre América Latina (1974-1976)», en el volumen a cargo mío y de Luis Niño *De las dictaduras a las democracias. Experiencias institucionales comparadas: Brasil, Uruguay, Chile, Argentina (1964-2014)*, Infojus, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, edición digital, diciembre 2014 y edición impresa por Artes Gráficas Papiros, Buenos Aires, 2016.

ateneo italiano<sup>2</sup> y que prosiguieron hasta cuando al final de los años 90 fundé y dirigí el Departamento de Ciencias Jurídicas y Políticas.

Voy a evocar algunos de los momentos que marcaron las relaciones de Delich con Italia y que revelan rasgos que considero fundamentales en su biografía intelectual y política. Comenzaré por lo último. Cuando hace tres años encontramos en el archivo Bobbio en Turín la correspondencia de Francisco con el Maestro, y Delich me escribió una de sus últimas cartas el 30 de enero de 2016.

El 8 de diciembre de 1985 le escribe Francisco Delich (en el cargo de «rector normalizador») al profesor don Norberto Bobbio la carta oficial, recientemente rescatada en los archivos del filósofo de Turín:

Tengo el agrado de dirigirme a Usted para hacerle saber que mediante la resolución N° 1645/85, que en copia legalizada se acompaña, se le ha otorgado el título de Doctor Honoris Causa de esta Universidad. Con motivo de esta resolución, que confirma la jerarquía evidenciada por Usted en el ejercicio de la docencia y de la investigación me complace en saludarlo muy afectuosamente, Francisco Delich.

En la resolución del «Consejo Superior Provisorio de la Universidad de Buenos Aires» además del elenco de algunos de las obras de Bobbio, los considerandos destacan

2 Sobre el inicio de aquellas actividades académicas remito a mi artículo «Alessandro Baratta y las relaciones de la Universidad de Camerino, y de los juristas democráticos italianos guiados por Lelio Basso, con el Ministerio de Justicia del gobierno de Salvador Allende y con los juristas latinoamericanos en el testimonio de Alberto Filippi», en *Cuadernos de Doctrina y Jurisprudencia Penal* (dirigidos por Esteban Righi y Gustavo Bruzzone), año VIII, N° 14, Editorial Ad Hoc, Buenos Aires, 2002.

que el profesor Norberto Bobbio reúne una gran cantidad de méritos intelectuales y académicos, y es uno de los filósofos más destacados de la actualidad, y sin duda, el filósofo italiano de más renombre [...] que ha sido profesor de las Universidades de Camerino, Siena, Padova y Turín y es miembro de numerosas entidades académicas intelectuales [...].

Hagamos un poco de memoria de aquellos tiempos que parecen tan lejanos. Cuando Alfonsín asumió la presidencia en 1983 designó al sociólogo Delich como rector de la Universidad de Buenos Aires precisamente para organizar la transición desde la dictadura militar a la «universidad autónoma de la democracia».<sup>3</sup> Cuando Alfonsín lo nombra rector, Delich era ya uno de los sociólogos latinoamericanos más reconocidos y también vinculados con las Universidades de Turín y Camerino, y con las Fundaciones Einaudi en Turín y Basso en Roma, entre otras. En 1978 había fundado y dirigido la innovadora revista *Crítica y Utopía*, dedicada exclusivamente –y a contracorriente en esos años– al debate sobre la transición a la democracia en América Latina, y en la cual colaboraron Norberto Lechner, Enzo Faletto, Fernando Henrique Cardoso.

Sobre esa coyuntura cultural y política ha escrito Delich, evocando su tan especial tarea en la renovación de la Universidad y los vínculos que los jóvenes de entonces fueron estableciendo con el pensamiento filosófico y político de Bobbio:

Quando asumimos la gestión de la Universidad de Buenos Aires estaba intervenida desde 1966, es decir la primera agresión de la dictadura del General Onganía que había desplazado centenares de docentes

3 Sobre ese período tan relevante para la transición cultural democrática, dentro y fuera del ateneo argentino, deben leerse las memorias del propio Delich, *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2014.

e investigadores, muchos de los cuales se exiliaron y no regresaron jamás.

El breve mandato constitucional del general Perón y de su esposa mantuvo la Universidad intervenida. La dictadura posterior iniciada en 1976 agregó otros centenares de cesantías y exilios. Recuperar la autonomía de la Universidad era una misión paralela a la recuperación de la democracia en el país. En ambos casos necesitábamos una hoja de ruta capaz de superar la coyuntura e instalarse en el mediano y largo plazo. Por entonces los intelectuales argentinos conocíamos la obra de Norberto Bobbio. En particular «Democrazia e Dittatura» incluido en *Política e cultura* (Giulio Einaudi Editore, 1954) pero que leímos a mediados de los años 60. Estrictamente —explica Delich— Bobbio fue decisivo por entonces para los jóvenes comunistas que rompían con el stalinismo pero sentían un futuro vacío. Era un empuje hacia una perspectiva socialista moderna o de izquierda democrática. Veinte años después estos jóvenes se sumarían a la reconstrucción.

A la hora de la acción, de comenzar la construcción de bases sólidas para un sistema político estable, todavía vulnerable a la reacción militar, un reciente texto de Bobbio nos esclareció y reorientó nuestras discusiones a escala regional. Me refiero a *Il futuro della democrazia* (Einaudi, 2004) uno de cuyos ensayos lleva el título del libro. Allí Bobbio organiza un discurso cuyo punto de partida y de llegada es a la vez elemental y riguroso: la democracia, sostiene Bobbio, es un sistema político dinámico y en permanente transformación, un sistema complejo.

Y a continuación enumera las deudas de la democracia, la representación de los intereses y el riesgo de una democracia neocorporativa, los rastros del poder oligárquico, la acción

del poder invisible, la educación de la ciudadanía ganada por la desconfianza y la apatía.

Eran también nuestros riesgos sobre todo la vigencia de una cultura y una práctica neocorporativas que abrazan tanto las breves experiencias democráticas como las largas intervenciones militares. Los intelectuales argentinos que nos habíamos expresado en *Crítica y Utopía* habíamos comenzado a repensar la democracia con Raúl Alfonsín desde 1978. Era por entonces un político diferente dentro y fuera de su partido: tenía una fuerte vocación por los debates de ideas. Entre sus lecturas estaba Norberto Bobbio.

De modo que en 1984 –me confesaba en esa última carta que Francisco me escribió– en plena tarea de construcción de una democracia moderna y estable Bobbio estaba presente. ¿Por qué no invitarlo a que dialogase con nosotros en la Universidad y con el presidente de la República? Lo invitamos a la Universidad para otorgarle un Doctorado *honoris causa*. Lo acogió el presidente para escucharlo como nosotros, fuera de todo protocolo, una lección histórica acerca de la naturaleza de los regímenes autoritarios como el fascismo y sus prolongaciones en nuestras tierras americanas. Y acerca de la necesaria originalidad –en relación a experiencias anteriores– de la transición a la democracia. El pensamiento de Bobbio era a la vez una prevención y un apoyo. No debíamos esperar los frutos inmediatos aunque comenzásemos a gozar del nuevo clima de libertad. La democracia –nos advertía Delich– era una larga construcción. Nos esperaba una lucha por la igualdad y la fraternidad en el marco de la tolerancia que la democracia aseguraba. Buenos Aires, 30 de enero de 2015».<sup>4</sup>

4 F. Delich, carta a Alberto Filippi del 30 de enero de 2015 sobre Norberto Bobbio y la Universidad de Buenos Aires.

Junto con el testimonio de Delich, sobre los debates que suscitaba entonces el pensamiento político-jurídico de Bobbio, es conveniente precisar que se debatía también en la Facultad de Filosofía y Letras, y específicamente en la nueva cátedra recién iniciada por Jorge Dotti de Filosofía Política.

En ese período –me comentaba Dotti–, el medio que más contribuyó a la difusión de este ideario fue la revista *La Ciudad Futura*, órgano de la renovación democrática de la izquierda. Dirigida por José Aricó y Juan Carlos Portantiero, los colaboradores habituales en esos primeros años pertenecíamos todos al Club de Cultura Socialista, una institución donde las ideas de Bobbio fueron ampliamente discutidas (y donde los visitantes italianos, de una determinada área cultural, encontraron siempre interlocutores atentos: pienso en Remo Bodei y en Giacomo Marramao). Ya con la certeza (si no definitiva, al menos lo suficientemente tranquilizante) de que la democracia está para quedarse, y, sobre todo, al consolidarse en la Argentina el triunfo de la neo liberalización populista piloteada por el presidente Menem, en simultaneidad con el hundimiento de la constelación ideológico política socialista a nivel mundial, la figura de Bobbio pasa a cumplir una función no antitética, pero distinta.

Por un lado –seguía recordando Dotti en su carta del año 2001–, permanece su rol de fuente bibliográfica indispensable en los estudios universitarios de la filosofía política moderna y contemporánea; por otro, sigue siendo la autoridad respetada, dadas las preguntas de candente actualidad que se le plantean a uno de los últimos ‘grandes’, el cual vive, en carne propia, la crisis profunda de sus ideales socialistas. A Bobbio no lo sorprende tanto la legitimación del nervio democrático y pluralista del socialismo, sino más bien la vivencia y

la experiencia más íntima del derrumbe de las ideas de izquierda en la era de la globalización capitalista.<sup>5</sup>

Añado que algunos escritos de Jorge Dotti de los años 1980 «llevan la marca tácita» —como él mismo reconoce— de otras ideas bobbianas que también discutíamos con Delich, Aricó y Portantiero, referidas a temas como «¿Viejo? liberalismo, nuevo ¿liberalismo?»,<sup>6</sup> y tampoco es casual que en el mismo número de la revista (pp. 28-29) se publicara el que va a ser uno de los textos más afortunados de Bobbio, «Las promesas incumplidas de la democracia»,<sup>7</sup> texto anteriormente aparecido en la revista romana *Mondoperaio* (Nº 5, 1984); «Democracia y socialismo: una decisión ética»,<sup>8</sup> «Sapere aude: sobre democracia, socialismo y filosofía».<sup>9</sup>

En otra coyuntura, no menos dramática para la Argentina, durante la presidencia de Menem, el politólogo Carlos Strasser —otro colega cercano a Delich— había propuesto un fundamentado análisis sobre el sentido y el alcance del concepto de «democracia», en diálogo con Bobbio. Específicamente, sobre la ecuación jurídico-política «democracia-igualdad» y su opuesta «democracia-desigualdad». La reflexión partía del análisis de uno de los ensayos, como hemos visto, más conocidos: *El futuro de la democracia*, del cual Strasser

5 Filippi, A., «La difusión de la filosofía del derecho y de la filosofía política de Norberto Bobbio en América Latina y en España», *Isonomía*, Nº 18, México, abril 2003.

6 Dotti, J.E., «¿Viejo? liberalismo, nuevo ¿liberalismo?», *La Ciudad Futura*, Nº 1, Buenos Aires, agosto 1986.

7 Bobbio, N., «Las promesas incumplidas de la democracia», *La Ciudad Futura*, Nº 1, Buenos Aires, agosto 1986, pp. 28-29.

8 Dotti, J.E., «Democracia y socialismo: una decisión ética», *La Ciudad Futura*, Nº 2, Buenos Aires, 1986, pp. 23-24.

9 Dotti, J.E., «Sapere aude: sobre democracia, socialismo y filosofía», *Espacios de Crítica y Producción*, Nº 1, 1985, pp. 20-25.

extraía indicaciones para referirse a la situación de aquellos años de fin del menemismo, que había eliminado las políticas sociales del Estado y, al contrario, en cuyo gobierno «eran apreciables los límites y los vicios antidemocráticos [presentes en las instituciones y superables sólo si tiene en cuenta] que la democracia es un régimen de gobierno, en efecto, pero inescindible de la sociedad y del tipo de Estado que la albergan».

En otras palabras, los citados vicios no son contingencias accidentales sino que están *dictados* por las circunstancias de la democracia, o, digamos, por su anclaje político, social, cultural, histórico, internacional determinado. Y sería voluntarismo esperar que no fuesen así o que pudieran reconvertirse en su contrario. En consonancia con ello, aquí hemos presentado en su momento a «la democracia real» como limitada, más liberal e institucionalista que popular, y aun así incompletamente, y defensiva, representada, con un sujeto crecientemente pasivo y un objeto desviado, y por último y de todos modos «mixta».<sup>10</sup>

Bobbio –argumentaba Strasser– habla de una sociedad política centrífuga, policéntrica y poliárquica reemplazando a la sociedad homogénea, que es en la teoría el correlato lógico de la forma política democrática; del predominio de los intereses particulares o sectoriales respecto del interés común, incluso entre los representantes; de la persistencia de las oligarquías en medio de la tradicional y sempiterna división entre gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos; debido a la tradicional asimetría entre «poder descendente» y «poder ascendente» y la falta de extensión de lo democrático al plano

10 Strasser, C., *Democracia & Desigualdad: sobre la «democracia real» a fines del siglo XX*, Colección Becas de Investigación CLACSO/Asdi, Buenos Aires, 2000, pp. 80-81.

social; de la intransparencia del poder, «del poder invisible» y «el doble Estado»; del «gobierno de los técnicos», etc. Todo ello –afirmaba Strasser– se revelan como «promesas incumplidas de la democracia».

La pregunta que «salta» al cabo de su análisis es la misma que se planteaba en general en esos años, tanto en Argentina como en Sudamérica: «pero, tales promesas ¿eran promesas que se podían cumplir?». La vena siempre esperanzada de Bobbio, si bien no optimista, lo lleva finalmente a sostener que «pese a todo» [sic] soy favorable a la democracia, a una democracia en tránsito hasta volverse una democracia real.<sup>11</sup>

## II. Los vínculos académicos con Italia y los desafíos de la «democracia integral»

Con Delich nos conocimos en mayo/junio de 1970 –durante el que fuera mi primer viaje a la Argentina– y nos presentó Portantiero, con quien había establecido una buena amistad entre los meses de diciembre de 1967 y enero de 1968 durante los trabajos del Congreso Cultural de La Habana, donde Juan Carlos participó como miembro del jurado del premio-ensayo presidido por André Gorz, de Casa de las Américas.

A nuestras conversaciones se unió desde el comienzo Aricó y el tema central, para quien venía desde situaciones tan diferentes como las de Venezuela y de Italia, como yo, era tratar de entender los hechos llamados del Cordobazo y su alcance político en contra de la dictadura y como un nuevo movimiento social. En una de esas reuniones participó Agus-

11 Strasser, C., *Democracia & Desigualdad...* ob. cit.; Strasser, C., «Sistemas políticos y la democracia en Bobbio», en Filippi, A. (dir. e introducción), *Norberto Bobbio y Argentina. Los desafíos de la democracia integral* (epílogo por Luigi Ferrajoli), Editorial La Ley, Buenos Aires, 2006, pp. 125-129.

tín Tosco y fue centrada en la interpretación de los acontecimientos que había hecho Delich en su libro, *Crisis y protesta social, Córdoba, mayo de 1969*, y en un ensayo en el número 9 (de 1965) de la revista *Pasado y Presente*, que planteaba la necesidad de analizar de manera nueva la determinante relación entre movimiento obrero y partidos políticos. Tema que se había vuelto central también en Italia durante los años de 1968/1969/1970 y que fue objeto de muchas reuniones del Issoco en Roma, con sociólogos y políticos, desde Alessandro Pizzorno, Paolo Sylos Labini hasta Luciano Gallino y el propio Lelio Basso, así como sus colaboradores más cercanos, redactores de la revista *Problemi del Socialismo*, los compañeros Antonio Lettieri y Franco Zannino.

También la profunda crisis de la democracia en Chile, hundida por el golpe cívico militar de Pinochet y una parte importante de la Democracia Cristiana, representó una etapa crucial para las reflexiones críticas y autocríticas que se acompañaran poco tiempo después al golpe militar en la Argentina de 1974. A ese punto de nuestros debates, algunos de los cuales en la intimidad de nuestras reuniones en México, en Venezuela o en Italia comenzamos a plantear como los temas centrales de lo que denominábamos como «transición al socialismo», ahora se habían vuelto, de manera dramática y urgente, en consideraciones acerca de cómo, en términos de teoría política y de práctica militante, podíamos/debíamos poner mano a la «transición hacia la democracia», con lo cual se volvió esencial el análisis mismo del concepto tan extenso y contradictorio de «democracia».

Son años durante los cuales los aportes de Delich fueron muchos y determinantes. Mantengo la idea –desde siempre compartida con Francisco y con Norberto Lechner– de que el seminario internacional organizado en 1978 por CLACSO en Costa Rica, con la participación, además de Lechner

y Delich, de Ricardo Lagos, Fernando Henrique Cardoso, Raúl Prebisch, Enzo Faletto, Raúl Alfonsín y cuyos aportes se publicaron en los primeros números de la revista *Crítica y Utopía*,<sup>12</sup> fue uno de los inicios del futuro y esencial debate sobre las «transiciones democráticas», sus alcances teóricos y las estrategias políticas de su implementación, diferente en cada uno de nuestros países.

Quiero decir, con énfasis, que una gran parte de la obra de Delich debe inscribirse –para la valoración de su trascendencia duradera– en lo que Lechner (y Aricó) destacaron como el gran cambio «producido en el campo intelectual por los golpes en el cono Sur», los cuales «desmitificaron el espejismo revolucionario e hicieron estallar el marxismo dogmatizado de los sesenta». Para decirlo con palabras del no olvidado colega Lechner, asistimos entonces al resultado «cruel y traumático de una crisis de paradigma, con un efecto benéfico, empero: la ampliación sustancial del horizonte cultural y la nueva confrontación con obras antes ignoradas o desdeñadas».<sup>13</sup>

Las colaboraciones de Delich y de mis colegas de los otros países, desde Pablo González Casanova a Theotonio Dos Santos, Aníbal Quijano y Héctor Silva Michelena, Celso Furtado y Ernesto Laclau fueron analizadas (y muchas de ellas por vez primera traducidas en Italia) en los dos tomos de mi

12 Véase *Crítica y Utopía*, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, N° 1, Democracia, Buenos Aires, septiembre, 1979. Es a partir de ese periodo –como la ha recordado Portantiero– refiriéndose a Lechner (y a Delich) que se comprendió la centralidad «de las llamadas 3D –desarrollo, dependencia, democracia– como los tres puntos aglutinantes del pensamiento social en América Latina» (Mocca, E., *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*, entrevista de Ediciones de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2012, pp. 137 y 104).

13 Lechner, N., «De la revolución a la democracia», *La Ciudad Futura*, N° 2, Buenos Aires, octubre 1986, citado por José María Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, 2da. edición, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2006, pp. 148-149.

obra mayor de ese periodo, de investigación y enseñanza en la Universidad de Camerino acerca de la peculiaridad hispanoamericana de nuestras instituciones y de la perspectiva de la superación de la tradición antidemocrática y antiliberal de los regímenes militares y los despotismos económicos y políticos que dominaron hasta los inicios de los años 80.<sup>14</sup>

Entre Italia y la Argentina la problemática bobbiana de la relación entre derechos y sociedad, de la «democracia integral» y en la perspectiva del socialismo liberal se extiende pocos años después desde Aricó a Delich, pasando por Portantiero.<sup>15</sup>

Mis vínculos con Delich se intensificaron a partir de la visita de Estado a la Argentina del presidente de Italia, Carlo Azeglio Ciampi, en marzo de 2001: a la amistad se fueron sumando una serie de iniciativas institucionales para ampliar y reforzar los vínculos académicos entre nuestros países.

14 Ensayos y traducciones recogidos con el título de *Teoría e storia del sottosviluppo latinoamericano*, 2 vols., Jovene, Napoli, Publicaciones della Facoltà di Giurisprudenza, Università degli Studi di Camerino. Volumen primero, *Questioni di teoria e di metodo*, Volumen segundo *Economia e Istituzioni. I dibattiti sulle formazioni politico-economico-sociali latinoamericane*. En estos analizo las teorías sobre la configuración histórica de las instituciones, de Celso Furtado, Gino Germani, Sergio Bagú, Armando Córdova, Aníbal Pinto, Pablo González Casanova, André Gunder Frank, Theotonio Dos Santos, Francisco Delich, Aníbal Quijano, Ernesto Laclau, Manuel Antonio Garretón y Fernando Henrique Cardoso.

15 Aricó, J., «Prólogo» a Alberto Filippi, *Instituciones e ideologías en la independencia Hispanoamericana*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1988 (traducción de Jorge Tula, edición a cargo de José María Aricó); Delich, F., *La crisis en la crisis*, Buenos Aires, Eudeba, 2002, ensayo en el cual retoma las agudas consideraciones sobre el carácter estructural para nuestras sociedades del fallido desarrollo industrial de la Argentina con el fracaso del «modelo de sustitución de importaciones», y la creciente dependencia, que Delich había planteado en su ensayo *Metáforas de la sociedad argentina*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1986.

Invitado por el consejero diplomático de Ciampi, el embajador Antonio Puri Purini, formé parte de la delegación italiana, y Francisco entre la Cancillería y la Casa Rosada asesoraba y colaboraba desde su oficina de director de la Biblioteca Nacional para proponer los temas de la agenda de las dos delegaciones, cuyos trabajos culminaron con el encuentro entre De la Rúa y Ciampi. La idea de fondo era la de retomar y potenciar el «Gran Tratado» que el presidente Alfonsín había firmado en Roma en 1987, del que fuera coautor por parte italiana el embajador en Buenos Aires, Ludovico Incisa di Camerana.

En lo que a mí se refiere fui elaborando una idea que, a su vez, con su reconocido prestigio Delich apoyó frente a las autoridades argentinas, la de fundar y organizar una red ítalo-argentina de universidades que le diera más importancia a las investigaciones sobre temas de interés común entre nuestros países y trabajara para lograr la reciprocidad en el reconocimiento de títulos de grado y posgrado.

Una de las originalidades de esta propuesta es que debía estar centrada en el hecho de que fueran universidades pequeñas y medianas las que constituyeran la red, así como lo era precisamente la Università di Camerino en Italia y las universidades de las provincias argentinas, como el caso de la Universidad Nacional de Córdoba, donde en 1990 Delich había fundado, siendo rector, el Centro de Estudios Avanzados.

La propuesta de la red/consorcio fue apoyada de manera convencida por el consejero del presidente Ciampi, el escritor Arrigo Levi, desde su juventud tan estrechamente vinculada a la Argentina, y del director para asuntos latinoamericanos de la Cancillería italiana, Ludovico Ortona. Esta propuesta de la red-consorcio fue presentada a los presidentes y recogida en las deliberaciones finales de los acuerdos que Ciampi y De la Rúa aprobaron y firmaron el 17 de marzo.

Sin embargo, y como bien sabemos, la anunciada y tan temida «crisis de la convertibilidad» se precipitó en diciembre de ese año de manera incontenible y trágica, vulnerando las instituciones y produciendo daños profundos a la economía y a la sociedad argentina cuyas negativas consecuencias se extendieron por meses y años.

En semejante coyuntura, con Delich y todos mis amigos argentinos de varios ateneos que habían participado en la elaboración del proyecto del consorcio-red y con los colegas italianos de las universidades de Camerino, Ancona, Macerata y Urbino, nos pareció que se había vuelto indispensable poner en marcha con urgencia la idea que nos había animado para afrontar la crisis incrementando las relaciones entre nuestros ateneos. Los embajadores Elsa Kelly en Roma y Giovanni Januzzi primero y Roberto Nígido después, pusieron todo el empeño y los buenos oficios para llevar adelante la iniciativa y en febrero de 2002 el proyecto que había formalizado como director del Departamento de Ciencias Jurídicas y Políticas de Camerino, fue aprobado por el Ministerio de la Universidad de Italia, y a los pocos días fue suscrito por el Consejo Interuniversitario Nacional, entonces presidido por otro amigo de Delich, el rector de la Universidad de Tucumán, Mario Marigliano, y siendo secretaria general del CIN, la abogada Norma Costoya.<sup>16</sup>

En la actualidad, como bien sabemos, el Consorcio/red es, sigue siendo, uno de los ejes de la colaboración entre Italia

16 El acuerdo se denominó textualmente: «Convenio de Cooperación Internacional entre el Consorzio Interuniversitario italiano per l'Argentina y el Consejo Interuniversitario Nacional» (acuerdo plenario N° 441/02, febrero 2002, Buenos Aires). Pero véase también la entrevista de Norma Costoya a Alberto Filippi en el Boletín del Consejo Interuniversitario Nacional (año 1, N° 5, junio-agosto, 2002) sobre la constitución del Centro Universitario Italiano en la Argentina y el acuerdo con el CIN.

y la Argentina: un ámbito institucional en el cual colaboran más de 20 ateneos italianos y argentinos, en actividades de investigación y docencia.

### **III. Repensar a Delich en la crisis actual de las «democracias incumplidas»**

La actividad pública de Delich a la raíz de la crisis de 2001, fue muy intensa dentro y fuera de la Argentina. A mediados de 2002 se realizó la XIV Asamblea General de FLACSO en Santiago de Chile y el representante de Unesco, Gonzalo Abad, convocó a una reunión en México para elaborar el plan de acción estratégica hasta 2010 que se precisó en las reuniones de París de marzo de 2003. El colega y también amigo de Italia, Maurice Aymard, presidente de la Maison des Sciences de l'Homme, coordinó la preparación de los «Proyectos Unesco de Investigaciones Estratégicas» que luego (en marzo de 2004) Delich lanzó a la discusión en una reunión extraordinaria del Comité Directivo de FLACSO. Uno de esos proyectos referidos a América Latina fue el de analizar las influencias del pensamiento de Bobbio en esos años, entre la «salida» de Brasil, Argentina y Uruguay de las dictaduras en tránsito hacia la democracia y el análisis de las nuevas realidades que las ciencias sociales en Suramérica debían afrontar por la que Delich denominaba la «crisis de los paradigmas», uno de los cuales, nos advertía, era/es que «debemos repensar, por qué estamos siendo repensados».

El tema bobbio, tanto central como trans e interdisciplinario, era el de comprender las causas del impacto negativo de las «promesas incumplidas» de nuestras democracias. Para ello organizamos el primer Seminario Internacional sobre Bobbio, junto a Francisco, en colaboración con Unesco y el

Ministerio de Educación de la Argentina, en las personas del subdirector General de Unesco para las Ciencias Sociales y Humanas, Pierre Sané, y el colega Daniel Filmus.

El tan esperado seminario se realizó el 21 de febrero de 2006 en el Salón Rojo de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires, precisamente con el título de «Las promesas incumplidas de las democracias actuales», con las ponencias de Michelangelo Bovero, Raúl Alfonsín, Miguel Vallone, Atilio Alterini, Celso Lafer, Eugenio Raúl Zaffaroni, Juan Carlos Portantiero, Leandro Despouy.<sup>17</sup>

A los participantes se les pidió intervenir, desde las diferentes disciplinas y experiencias políticas a valorar cómo se habían «transformado» (en el sentido de Karl Polanyi, decía Delich) los paradigmas de comprensión de los sistemas sociales y jurídicos-políticos que habían caracterizado el despotismo político y económico de las dictaduras militares, y cuáles eran las deudas pendientes que tenían nuestras «democracias» para la futura afirmación de los derechos humanos, sociales y culturales.<sup>18</sup>

Si leemos hoy esas actas nos podemos sorprender por la vigencia de aquellos debates que demostraron, al mismo tiempo, la precariedad de las instituciones democráticas de aquellas transiciones y el retorno bajo forma de deterioro institucional, de las flagrantes violaciones del Estado constitucional de derecho que atraviesa y sacude todo el continente americano, y que en estos años se han ido extendiendo a muchos países y sociedades del Occidente europeo.

17 Cuyas actas se publicaron en Filippi, A., *Norberto Bobbio y Argentina...* ob. cit.

18 Los ensayos de Delich que considero más pertinentes para esta reflexión comparada son, «La construcción social de la legitimidad política en procesos de transición a la democracia» (*Crítica y Utopía* N° 9, mayo de 1983) y «De la democracia como necesidad a la democracia como condición» (*Crítica y Utopía*, N° 13, diciembre de 1985).

La incuestionable actualidad de las enseñanzas de Bobbio y de Delich estriba, entre otras razones, en la capacidad crítica con la cual nos ayudaron a entender precisamente las renovadas transformaciones de las tradiciones negadoras de los derechos fundamentales que se fueron dando en Suramérica.

Interesante, desde esta perspectiva, es observar la recepción latinoamericana de Bobbio, en sus analogías y contrastes, con la que en los años 80 y 90 tuvieron los autores que en las universidades europeas se denominaban, parafraseando el título de una obra juvenil de Marx y Engels, como «la sagrada familia» de la filosofía política europea: Carl Schmitt, Hannah Arendt y Michel Foucault.

Quiero insistir en un punto: en la actualidad duradera de esos debates y recepciones se vuelve a plantear el rol de las instituciones y del «Estado» *versus* el «mercado».

La mayor o menor democraticidad de un régimen político —escribía Bobbio en el prefacio a *Igualdad y libertad* (1995)— se mide precisamente por la mayor o menor libertad de la que gozan sus ciudadanos y por la mayor o menor igualdad que existe entre ellos.<sup>19</sup>

Volver a Bobbio y a Delich es oportuno precisamente porque estamos obligados a constatar el retorno de muchas formas de neo-tradiciones antidemocráticas en virtud de las metamorfosis del despotismo político y del despotismo económico en nuestras sociedades y la neo-colonialidad descarada de nuestras culturas dominantes.

Tradiciones respecto al menoscabo y a la violación de los derechos fundamentales y a las políticas antiliberales y manipuladoras (como son las de medios concentrados de las corpo-

19 Norberto Bobbio, citado en Filippi, A., *Filosofía y Teoría Política. Norberto Bobbio y América Latina*, Hammurabi editor, Buenos Aires, pp. 50-51.

raciones transnacionales), que se han encarnado, a lo largo y ancho de todo Occidente, en sucesivas formas de dominación cuyo eje es (después de la crisis de 2008) la «financiarización» planetaria, que vulnera los mercados y privatiza los bienes comunes. Efecto antidemocrático de las economías, las cuales a pesar de que con desvergonzada ironía se (auto) definen como «neo-liberales», no hacen sino negar mundialmente derechos de libertad y de igualdad a los individuos y a los pueblos.

Alarmados, observamos todos los días cómo tanta más libertad, indiscriminada y concentrada, tienen los poderes económicos en el control monopólico de los mercados regionales y globales, tanto más semejante control se convierte en falta de libertad para los pueblos y los ciudadanos, que descarta y precariza a los jurídicamente más débiles, con la impotencia cómplice de la «deconstrucción» del viejo Estado social del derecho.

La palabra misma «libertad», sin una hegemonía civil y política que imponga –logre ejercer– la defensa de los derechos humanos y de los bienes jurídicamente comunes –generada por los que considero como los «movimientos instituyentes, sociales horizontales», que luego deberán generar los «movimientos constituyentes e institucionales verticales»– se vuelve palabra sacrílega y ofensiva.

Recuerdo que en ese mismo periodo, pocos meses antes, Francisco había publicado una de las obras de mayor rigor y alcance de su madurez intelectual y síntesis de su visión de futuro, en la cual hace hincapié en una de las constantes de su pensamiento: la relación «economía» y «sociedad», es decir, las economías políticas y las ciencias sociales del «desarrollo integral». Se trata del ensayo *Repensar América Latina*,<sup>20</sup> al cual Delich quiso añadir una fundamental entrevista a Celso Fur-

20 Delich, F., *Repensar América Latina*, Gedisa, Barcelona, 2004.

tado –quien fuera junto a Darcy Ribeiro y desde los años del exilio muy admirado por Francisco– que anticipaba las ideas centrales del Delich posterior a la crisis del 2001 cuyas consecuencias siguió con enorme atención personal y política.

Porque aquellas coyunturas –análogas en muchos aspectos a las del presente argentino y suramericano– nos obligan a ser rigurosos en los análisis socio-políticos y jurídico-institucionales de los procesos de transición, como de las promesas incumplidas de nuestras democracias.

Si durante el siglo XX el consumo podía «legitimar» un bajo grado de institucionalidad, la transición en curso presenta como una precondition la consolidación de las instituciones. La transición democrática tenía dos orillas, la del origen (sociedad tradicional y bajo grado de desarrollo industrial) y también la del punto de llegada (sociedad desarrollada, instituciones democráticas). Este nuevo siglo [XXI] reconoce el punto de partida, el colapso del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y con él la tan esperada modernidad, pero no reconoce, no tiene una meta, un proyecto unificado, una utopía integradora porque el futuro se está construyendo más cerca de la fatalidad, más por la imposición de una lógica enajenada que de un mundo mejor, más justo y solidario.<sup>21</sup>

#### **IV. Colofón gramsciano sobre la «hegemonía política»**

Esta (no) conclusión del razonamiento con/sobre Delich, la hago evocando un hecho muy peculiar, que tuvo lugar en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba en el año 2004, cuando él me llamó a dar un

21 Ídem, p. 100.

curso de posgrado sobre Bobbio en el marco de la primera edición del posdoctorado allí inaugurado por Francisco.<sup>22</sup> Le pedí que las últimas horas las diéramos juntos, debatiendo sobre un tema que estaba por devenir de crucial relevancia para las ciencias sociales y la teoría política: la «sociedad civil» en el pensamiento de Gramsci.

Propuse desarrollar con Delich el tema partiendo de la traducción que había editado José María Aricó en 1972, de un trabajo célebre de Bobbio titulado «Gramsci y la concepción de la sociedad civil» que tuvo notables repercusiones desde Caracas a Buenos Aires, desde México a Santiago de Chile, comenzando por las críticas de Jacques Texier y Louis Althusser, Perry Anderson hasta Juan Carlos Portantiero, Carlos Coutinho, Carlos Franco y Arnaldo Córdova.<sup>23</sup> Afectuosamente Delich aceptó la idea de este final de curso «a cuatro manos», y así se lo explicamos a los participantes, a los que les comentamos que esa era una feliz manera de recordar también a Aricó, el muy querido compañero de Francisco —de la patria chica cordobesa y de la grande nuestroamericana—.

Sobre aquel debate y mis consideraciones compartidas con Delich he vuelto recientemente en ocasión de los 80 años

22 Tal curso de posdoctorado se llevó adelante entre junio y agosto de 2004, se tituló «Sociología política» y estuvo coordinado por Carlos Strasser, Jean-Pierre Lavaud y quien escribe.

23 Uno de los últimos en analizar críticamente ese texto fue Arnaldo Córdova, el filósofo mexicano discípulo de Umberto Cerroni. Ver su artículo «Norberto Bobbio y el marxismo», en Córdova, L. y Salazar, P. (coords.), *(Re) pensar a Bobbio*, Siglo XXI editora, México, 2005, pp. 40-62. Véase también mi ensayo *Filosofía y teoría política...*, pp. 109-188. Para una visión de conjunto de la recepción de Gramsci en esos años 70 y 80 remito a mis artículos: «Homenaje a Juan Carlos Portantiero. Notas sobre la difusión de Gramsci en América Latina» y «Repensar a Gramsci después de los derrumbes comunistas. Consideraciones sobre socialismo y democracia a los setenta años de su muerte», en Filippi, A., *De Mariátegui a Bobbio. Ensayos sobre socialismo y democracia* (organizada y curada por Sandro Mariátegui), Minerva, Lima, 2008.

de la muerte de Gramsci, con un ensayo traducido también en el último número de la revista *Filosofia Italiana*, en Roma, «L'influenza di Gramsci in Italia e nel mondo. Nuovi studi e prospettive di ricerca» (Aracne editore).<sup>24</sup>

¿Qué dije más o menos aquella tarde cordobesa a partir de la cual quiero terminar estas reflexiones?

Ante todo, recordar que esa interpretación ofrecida por Bobbio y propuesta en América Latina por Aricó en varios trabajos, fue de gran relevancia para los debates que siguieron abriendo nuevas pistas de investigación y que continuarán incluso después de la muerte de Aricó, en 1991, para llegar hasta nuestros días.<sup>25</sup>

Investigaciones y reflexiones que iniciaron con el seminario internacional del año 1980 sobre *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y coordinado por Aricó y Julio Labastida (publicado en México en 1985); así como también los ensayos reunidos en el último libro póstumo de Aricó *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina* en el cual se reeditó el trabajo sobre el líder socialista argentino de 1981 y otro, muy importante, sobre «Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano» que había aparecido en 1978 como introducción a una compilación pu-

24 Y editado entre nosotros por Hugo Quiroga en *Estudios Sociales*, revista universitaria semestral, año XVII, N° 53, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, julio-diciembre, 2017, pp. 69-92, bajo el título «Gramsci en nuestra América a los ochenta años de su muerte: debates y reflexiones actuales sobre sociedad civil, hegemonía e instituciones jurídico políticas».

25 Sobre los aportes de Aricó a la cultura política de las izquierdas progresistas (socialistas o no) de mediados del siglo pasado hasta nuestros días, remito al reciente ensayo –la primera biografía intelectual del marxista cordobés– de Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2015.

blicada bajo el mismo nombre en la colección *Cuadernos de Pasado y Presente*.

La ponencia de Francisco en ese seminario internacional resultó de incuestionable relevancia por ser una de las primeras veces que él aplicaba las categorías gramscianas a la realidad sociohistórica de una dictadura «en curso», el régimen de Stroessner, para analizar el funcionamiento de la relación entre «hegemonía» y sus contrarios, comenzando por el «uso despótico de la legitimidad» y el vaciamiento de la «formalidad institucional» en virtud de la perniciosa aplicación anti-institucional del «consenso forzoso».

Delich dejaba planteada la cuestión, vista «desde Suramérica» de esos años, de la «alternativa aparentemente obvia (y contradictoria) entre una coerción legítima que corresponde a la sociedad política, y el consenso en la sociedad civil, aunque se exprese en la “sociedad política”». <sup>26</sup>

Partiendo de aquellos debates sobre la posible aplicación de las categorías de Gramsci, Delich articulaba y precisaba su interpretación/uso del marxista filósofo de la praxis para mejor entender el doble, contradictorio rol del Estado (y de su poder «protector» o «destructor») *versus* la «sociedad civil» tomando además en cuenta a otros autores italianos, posteriores a Bobbio: Biagio De Giovanni y Umberto Cerroni. <sup>27</sup>

Esta ponencia de Delich en Morelia (de 1980) marca un hito en su valoración para el empleo de la teoría de «hegemonía» en nuestras ciencias sociales, tal y como lo expliqué

26 Delich, F., «Estructura agraria y hegemonía en el despotismo republicano», en Aricó, J., *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 470-481.

27 De Giovanni, B., «Crisi organica e Stato in Gramsci», en AA.VV., *Politica e storia*, Actas del Seminario Internacional de estudios gramscianos, organizado por el Instituto Gramsci, Florencia 9-11 de diciembre 1977, edición a cargo de Franco Ferri, Editori Riuniti, Roma, vol. 1, 1977, y Cerroni, U., *Lessico gramsciano*, Editori Riuniti, Roma 1978.

esa tarde en la Universidad de Córdoba. Sostenía, en síntesis, Delich, introduciendo su ensayo,

supondremos que la ausencia de hegemonía social pareciera implicar la existencia de una crisis orgánica en la sociedad o en la superestructura política. De hecho [...] el establecimiento de una determinada hegemonía no es sino un orden social mutante, en el cual se forman, se constituyen, las clases sociales del nuevo orden hegemónico. En otros términos, sostendré la tesis de la capacidad de la dominación política de inducir mutaciones sociales generadoras de clases sociales.<sup>28</sup>

He retomado ese debate, parcialmente olvidado o deliberadamente soslayado, en mi volumen *Constituciones, dictaduras y democracias. Los derechos y su configuración política*,<sup>29</sup> en el cual vuelvo a analizar las propuestas gramscianas acerca del uso emancipador de las luchas para «constitucionalizar» los derechos y la configuración de una –nótese la expresión– «hegemonía democrática» en cuanto relación vinculante entre hegemonía y democracia, como lo expone Gramsci en el párrafo 191 del *Cuaderno Octavo*.<sup>30</sup>

Insisto en recordar que este fue un tema central –aunque todavía poco considerado– analizado por Gramsci con el título de «Pedagogía y hegemonía democrática de los derechos»,<sup>31</sup> donde escribía:

28 Delich, F., «Estructura agraria y hegemonía...», ob. cit., p. 477.

29 Especialmente en el capítulo VII, «Culturas jurídicas y hegemonías políticas en los procesos constituyentes de los derechos y la democracia».

30 El libro *Constituciones, dictaduras y democracias. Los derechos y su configuración política* con prólogo de Raul Eugenio Zaffaroni ha sido editado por Infojus, Buenos Aires, 2015.

31 Profundizado en el *Cuaderno Décimo* dedicado a «La filosofía de Benedetto Croce», párrafo 45, escrito en la segunda mitad del año 1932.

Esa «relación pedagógica» no se debe entender limitada a las relaciones específicamente «escolásticas» por las cuales las nuevas generaciones entran en contacto con las ancianas y absorben sus experiencias y los valores históricamente necesarios «madurando» y desarrollando su propia personalidad histórica y culturalmente superior. Este tipo de relación pedagógica existe en todas las sociedades en su conjunto y para cada individuo respecto a otros individuos, entre grupos intelectuales y de no intelectuales, entre gobernantes y gobernados, entre las elites y sus seguidores, entre dirigentes y dirigidos, entre las vanguardias y los cuerpos del ejército.

Toda «relación de hegemonía» es necesariamente una relación pedagógica y no se realiza solamente en el interior de una nación, entre distintas fuerzas que la componen, sino también en el campo internacional y mundial, entre los conjuntos de las civilizaciones nacionales y continentales.

Con formidable conocimiento de las relaciones internacionales de su tiempo entre Europa y el resto del mundo, no solo Gramsci entendía los aspectos «nacionales» de las relaciones hegemónicas de la pedagogía, sino también la dimensión «continental» e intercontinental, de las relaciones entre Estados hegemónicos y Estados subalternos.

Es decir, entre producción cultural hegemónica, respecto al vínculo, que fundamenta (o no) toda construcción social «de la hegemonía política y cultural de un grupo social, sobre la sociedad entera».<sup>32</sup> Construcción social de la hegemonía que determina el vínculo (activo o pasivo, positivo o negativo, hegemónico o subalterno) de las relaciones entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos. Cuestión esta que, a su vez —y en nuestro caso— remite al rol de los intelectuales,

32 El 6 de diciembre de 1930 en el párrafo 24 del *Cuaderno Sexto*.

a la función de los juristas-intelectuales, considerados en las diferentes formas de su actuación, en la sociedad civil o en la sociedad política.

Como sabemos, este es el motivo central de la iluminante confianza que Gramsci le hace a su cuñada Tatiana Schucht en lo que constituye la primera exposición en público (y no ya en el léxico, digamos reservado para él solo, de la escritura carcelaria de los *Cuadernos*) de su «teoría de la Hegemonía», que por la gran relevancia metodológica que le asigno vuelvo a citar:

Yo extendiendo mucho la noción de intelectual, y no me limito a la referencia corriente a los grandes intelectuales. Este estudio [que ha iniciado sobre los intelectuales en la historia de Europa y de Italia], conduce también a [hacer] ciertas determinaciones sobre el concepto de Estado, que casi siempre es entendido como sociedad política (o dictadura, o aparato coercitivo empleado para amoldar las masas populares según el modo de producción y de la economía en un momento dado), y no como un equilibrio existente entre la «sociedad política» y la «sociedad civil» (o hegemonía de un grupo social sobre la entera sociedad nacional, que se ejerce a través de las organizaciones que se denominan privadas como la iglesia, los sindicatos, las escuelas, etc.) y, es precisamente, en [esta] sociedad civil en la cual operan los intelectuales (Benedetto Croce, por ejemplo –concluye Gramsci– es una especie de papa laico y un instrumento efficacísimo de hegemonía, aunque de vez en cuando pueda encontrarse en choque con tal o cual gobierno, etc.).

En otros términos: la hegemonía cultural y política de un determinado grupo social se forja en las instancias y en la peculiaridad del obrar social, cultural y civil, establecien-

do, rompiendo, construyendo específicos «equilibrios» (o *no* logrando construir o rompiendo esos equilibrios) entre esta sociedad civil y las formas del Estado, en y desde las diferentes instancias de los municipios a las provincias, al Estado nacional, etc.

Semejante concepción metodológica acerca de la «idea-fuerza» en cuanto a la construcción social y cultural de la hegemonía política resulta ser sustancial para nosotros, tanto para interpretar la historia de las instituciones como para observar las rupturas institucionales de *dominación sin hegemonía democrática*, típicas de los movimientos destituyentes que se están produciendo en América Latina, como es el caso paradigmático y escandaloso del «golpe institucional» en contra de la presidenta Dilma Russeff en 2016.

Más aún, esta concepción de Gramsci permite analizar las *transiciones democráticas* (sus avances y sus retrocesos) como formas específicas de nuestras sociedades civiles y políticas concentrando la atención en la relación entre «hegemonía» y «democracia» en las instituciones jurídico-políticas.<sup>33</sup> Al mismo tiempo, permite responder cómo siendo todos nosotros intelectuales y operadores de las actividades culturales o políticas, se trata de la producción (no solo académica) de la que somos (o *no* llegamos a ser) sujetos protagonistas de la construcción político-social de una «hegemonía democrática».

33 Sobre las culturas políticas desde las cuales se iniciaron las transiciones en las diferentes situaciones remito a la «Introducción General» del citado volumen *De las dictaduras a las democracias. Experiencias institucionales comparadas: Brasil, Uruguay, Chile, Argentina (1964-2014)*, y a los ensayos de Javier Miranda, Paulo Abrão, Marcelo Torelly, Luis Niño, Claudio Nash Rojas, Tarso Genro, Alberto Filippi y Michelle Bachelet. Análisis comparado que permite comprender cómo en los diferentes países sudamericanos las transiciones democráticas, en las instituciones jurídicas, están vinculadas a la elaboración/construcción (o no) de estrategias políticas entendidas como hegemonía, dada la determinante reciprocidad que se establece entre «hegemonía» y «democracia».

«Hegemonía democrática» entendida como ejercicio y como síntesis de los derechos de libertad con los derechos de igualdad en todos los niveles (municipales, provinciales, nacionales) de la articulación, oposición, alianza, etc., entre las fuerzas, grupos y sectores que actúan en la sociedad civil y en la sociedad política, tanto en la Argentina, en Sudamérica, como también a nivel global, entre las «Regiones» y los Continentes.

Gramsci nos enseña que, como en su tiempo, también en el nuestro la «hegemonía» no se reduce a los «Estados-Nación» y ni siquiera a una sola región del mundo. Siendo las relaciones de fuerza entre Estados-dominantes y Estados-subalternos una lucha planetaria por la hegemonía, tanto los «nuevos grandes Orientes» de la China y la India y el «otro Occidente» nuestro americano, son la escena real de los conflictos por la hegemonía y la teoría política necesaria para comprenderlos.

El vínculo que se realiza en todo país o situación determinada entre «sociedad civil» como «teatro de cada historia» y la teoría de la política como lucha por las hegemonías ha sido desentrañado de manera admirable por Vacca como la agudísima reelaboración crítica de Gramsci de la «utopía» concreta superadora de las tradiciones europeas del Iluminismo y del Positivismo (fuentes primarias de las visiones pre-gramscianas del «socialismo utópico» primero y del «socialismo científico» después), siendo esta utopía como proceso en curso «una *idea-fuerza* justificable históricamente en una dimensión temporal de larga duración pero *no* indefinida».<sup>34</sup>

Han pasado muchos años desde ese diálogo con Francisco en Córdoba y las transformaciones en la «sociedad civil»

<sup>34</sup> Vacca, G., *Modernità alternative. Il Novecento di Antonio Gramsci*, Einaudi editor, Turín, 2017, pp. 227-228, y en general, remito al cap. IV, «Egemonia e democrazia».

han sido de enorme relevancia para la construcción de nuevos paradigmas capaces, precisamente, de afrontar las crisis actuales.

A la «despolitización» de la sociedad civil se ha añadido la pulverización del rol del Estado, con la vulneración antinacional de los mercados dominados, en todo Occidente, por la financiarización de las economías que han incrementado las desigualdades globales, regionales y «nacionales».

La lucha contra la subalternidad de las sociedades civiles a los poderes monopólicos son la premisa para la «refundación democrática» de nuestras sociedades a los dos lados del Atlántico. Por todo ello, es aconsejable que sigamos pensando «a la manera de Delich», con vigor y pasión, para que las generaciones que nos releven tengan la cultura política necesaria para superar «la lógica enajenada de la fatalidad» y poder así emanciparnos en «un mundo mejor, más justo y solidario» como nos había propuesto Francisco con su imperativo intelectual y político.

Un agradecimiento sincero a Juan Russo, que en aquellos años era uno de los colaboradores más queridos de Francisco y a Elizabeth Amador Márquez, cuya gentileza ha permitido estar en este *Liber Amicorum* en honor del amigo Delich, justo en el segundo aniversario de su fallecimiento el 20 de mayo de 2016.

Roma, Buenos Aires,  
2017-2018

## LA ERA DE GRAMSCI

Ángel Flisfisch

En un artículo publicado en diciembre de 1994,<sup>1</sup> Francisco Delich relata un encuentro con Gino Germani que tuvo lugar a mediados de 1970. Un amigo suyo lo llamó a Córdoba y le dijo que Germani había leído *Crisis y protesta social* y que le gustaría discutirlo con el autor. Escribe Delich: «Nos encontramos en un hotel de la calle Cerrito cerca de la medianoche... (Germani) me dijo con simplicidad “Su libro me gustó. Ahora dígame, ¿cuál es la diferencia entre la anomia y la crisis orgánica?”». Continúa escribiendo Delich: «La madrugada se convertía en mañana, y seguíamos, café tras café, cigarrillo tras cigarrillo, un interminable y apasionante intercambio de ideas y emociones... Así nomás. Anomia y crisis orgánica. Durkheim y Gramsci evocados en relación a un pequeño ensayo semiperiódico».

Delich afirma que conocía razonablemente a Durkheim por haber seguido en 1962-1963 un curso de Raymond Aron sobre Durkheim y Weber, pero que respecto a Gramsci si bien había leído desordenada y parcialmente algunos textos, podía no obstante descansar en lo que caracteriza como

1 «La memoria y sus desencuentros», *Estudios*, Nº 4, diciembre 1994, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Según se advierte en la publicación, el texto es el prólogo de la reedición de *Crisis y protesta social*, publicada en 1969, y reeditada el mismo 1994 por el Centro de Estudios Avanzados.

«el incomparable apoyo logístico intelectual de Aricó, lejos el mejor conocedor de Gramsci en estas latitudes». A continuación, Delich esboza en unas pocas líneas la relevancia política de Gramsci en la situación argentina de esa época tal como él la veía. Vale la pena transcribir el párrafo completo:

Para los jóvenes comunistas como Aricó, Gramsci era el puente que les permitía transitar del autoritarismo leninista hacia formas de socialdemocracia, de una visión esquematizada de las clases sociales a una perspectiva capaz de incorporar fenómenos sociales latinoamericanos, apartarse de concepciones verticales como el centralismo democrático en las organizaciones políticas y aproximarse a nociones horizontales y participativas. Para quienes debutaban políticamente en el marco de partidos populares como el radicalismo y el peronismo, Gramsci era un puente al socialismo capaz de reconocer identidades y movimientos populares.<sup>2</sup>

Un punto secundario que vale la pena abordar es cuáles son los actores que tiene en mente Francisco Delich respecto de quienes Gramsci puede cumplir esa función de puente. En lo que se sigue, se va a partir de la premisa que se trata, o bien de los que el mismo Gramsci rotulaba de intelectuales orgánicos, suponiendo a la vez que son personas con grados de influencia intelectual y político-estratégica no menor en la conducción de partidos, movimientos o ámbitos pre orgá-

<sup>2</sup> Delich reconoce que se sentía entonces más cerca de Durkheim que de Gramsci, pero que «sin embargo no encontré la respuesta apropiada». Es posible comparar a ambos a partir de la veta sociológica perceptible en Gramsci, pero Durkheim es netamente un sociólogo y Gramsci principalmente un teórico político. Mi opinión personal es que no es posible inferir grandes estrategias políticas desde Durkheim, y en cambio el pensamiento de Gramsci, fragmentado y poco articulado por las razones de todos conocidas, se orienta precisamente por ese objetivo.

nicos en términos de acción política, efectiva o potencial, o también de personas, particularmente jóvenes, que se aproximan a la política a partir de una mixtura de militancia o premilitancia, asociada con inquietudes político-intelectuales. El autor presume que el «joven Aricó» sería un buen ejemplo del primer tipo, aunque es una mera conjetura puesto que desconoce en detalle la vida política argentina de la época, y que «quienes debutan políticamente en el marco de partidos populares» pueden clasificarse en el segundo tipo. En todo caso, se trata de sectores de élites político-culturales, y en lo que sigue siempre estará implícita esa referencia.

Esta *función* que Gramsci cumpliría, según Delich, para grupos de jóvenes de izquierda en la Argentina autoritaria, a juicio del autor la cumplía también durante esa época en grupos de izquierda en Chile. En contraste con la situación argentina, las izquierdas chilenas estaban embebidas en la que ya estaba muy próximamente a ser una tradición marxista-leninista clásica, con raíces orgánicas en la Unión Soviética, que era el caso del comunismo, como asimismo en la concepción de lucha armada, asalto al poder y colectivización económica de acuerdo al modelo cubano, que era el caso del mundo socialista. A la vez, estas especificidades ideológicas venían asociadas a partidos políticos bien organizados, que habían competido durante décadas en un sistema democrático, con apoyos masivos de envergadura, participando en gobiernos de cuño progresista, y conquistando finalmente la presidencia con Salvador Allende en 1970. En los años posteriores al golpe militar de 1973, para estas izquierdas, particularmente para sus sectores más jóvenes, la situación que ahora viven plantea problemas en cuanto a acción política de difícil solución.

Por una parte, de acuerdo a las concepciones heredadas la democracia tiene un carácter instrumental y no constituye una arquitectura institucional que merezca ser permanente.

En cuanto existe, está destinada a ser sustituida por una democracia popular, radicalmente distinta de la democracia liberal que solo consume los valores de las clases dominante, en el supuesto que hay más de una. A la vez, la vía democrático-electoral de conquista del poder se ha revelado inviable como lo prueba el trágico fracaso del presidente Allende y la Unidad Popular. Por otra parte, la vía armada, inaugurada por una revolución cubana exitosa, paradigmática no solo en cuanto al objetivo de conquista del poder sino igualmente en términos de la construcción de una sociedad socialista, se muestra igualmente inviable a corto andar. De hecho, la lucha política antidictatorial deviene muy prontamente en una lucha política para reconquistar la democracia.

El dilema es claro: cómo dar un sentido a la democracia liberal que permita validarla como un sistema político que vale la pena reconquistar, y al mismo tiempo un significado al hacer política democrático-electoral que sea coherente con el ideario socialista, entendiendo que una idea clave de ese ideario es la sustitución del sistema capitalista por una economía socialista. En la lectura que de él se hace en la época de referencia, particularmente a partir de su interpretación oficial por el partido comunista italiano y el fenómeno más inclusivo de lo que se llamó eurocomunismo, Gramsci ofrece una respuesta original y convincente a esos dilemas aparentemente insolubles.

En el caso chileno, es la noción de hegemonía la que deviene en el salvavidas que permitirá navegar en las aguas democráticas, sin traicionar las premisas básicas que deben inspirar una forma de hacer política socialista o comunista.<sup>3</sup> En efecto, si el hacer-política democráticamente se concibe

3 Sobre los avatares y mudanzas de la noción de hegemonía desde Gramsci en adelante, se puede consultar Anderson, P., *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*, Verso, Londres, 2017.

fundamentalmente en términos de actividades, incluidas las propias de las campañas electorales, orientadas *pedagógicamente* con la finalidad de modificar *masivamente* mentalidades y sentidos comunes, en la acepción gramsciana de esta última noción, de acuerdo a los valores del ideario socialista, y al mismo tiempo transmitir de modo igualmente masivo conocimientos válidos sobre el capitalismo, las clases dominantes y su comportamiento, y la situación de las clases subalternas, hacer política democráticamente y en democracia es sinónimo de hacer política revolucionaria. Así, la acción política ya no persigue el derrocamiento de las clases dominantes, en el significado clásico de la palabra «derrocamiento», sino el progresivo desplazamiento de la hegemonía dominante por una nueva hegemonía, lo que en última instancia se traducirá en la sustitución de una sociedad capitalista por una socialista, proceso de sustitución en el que quizás el *momento de transición* pueda no estar exento de componentes de fuerza. Adicionalmente, es relativamente claro que llevar a cabo la pedagogía política esbozada supone un contexto significativamente liberal en cuanto a derechos ciudadanos y políticos como libertad de expresión, de asociación, etc.

La lectura de Gramsci en esos términos permitía validar una gran estrategia frente a la dictadura de Pinochet cuyo objetivo residía en ir conquistando condiciones para una recuperación de la democracia, expresiva al mismo tiempo de un compromiso con la democracia, dando así garantías a los posibles y necesarios miembros de una coalición lo suficientemente fuerte para vencer a la dictadura. De manera más general, esa lectura integraba la democracia liberal como parte del ideario socialista de modo no contradictorio con las premisas históricas de este.

Toda interpretación del pensamiento gramsciano plasmado en los *Cuadernos de la cárcel* enfrenta la dificultad que

plantea una colección fragmentaria de pensamientos sobre temas diversos, y por consiguiente la búsqueda de *un pensamiento* del que esos *pensamientos* son expresión, *pensamiento* subyacente que da un sentido coherente y global a los pensamientos específicos transcritos en los *Cuadernos*. El esfuerzo hermenéutico radica precisamente en reconstruir a partir del universo de fragmentos *el pensamiento* que les da coherencia teórica, pero obviamente, como ese *pensamiento* no quedó plasmado en ninguna parte, toda reconstrucción, por rigurosa y altamente plausible que sea de acuerdo a la evidencia disponible, está siempre expuesta a la emergencia de hipótesis alternativas contradictorias.

A la dificultad señalada, hay que añadir otra no menor. Gramsci escribe en la cárcel, sujeto a la censura, y hay consenso en admitir que estilo, elección de conceptos, y en general todos los escritos obedecen a un componente táctico que busca eludir la censura.

Todos quienes en Argentina y Chile escribieron y publicaron sobre temas con connotaciones políticas antidictatoriales durante los autoritarismos de la segunda década del siglo pasado, conocen perfectamente en qué consiste el uso de tácticas literarias, si se permite llamarlas así, para permitir evadir prohibiciones y censura. La evidente existencia de un componente táctico en los escritos de los *Cuadernos* plantea inevitablemente un contrafactual: si se hubiera encontrado en libertad, no sujeto a vigilancia y censura, ¿qué rumbos habría adoptado la teorización y el análisis político de Gramsci? Si bien se trata de un contrafactual que carece de una respuesta unívoca, como acontece por lo demás con casi todos los contrafactuales, los escritos de Gramsci del período previo a su encarcelamiento proporcionan algunas pistas en el sentido que su teorización sobre el hacer política revolucionaria no es esencialmente contradictoria con la de Lenin.

En los años 70 del siglo anterior, en pleno auge de la lectura oficial de Gramsci del comunismo italiano y su traducción en los planteamientos eurocomunistas, que es la lectura de Aricó y que hace suya Delich, surgen críticas a esa lectura. Así, en 1976 Perry Anderson da a conocer<sup>4</sup> las conclusiones de su esfuerzo por examinar de cerca el empleo de conceptos centrales en los *Cuadernos de la cárcel*, reconstruyendo los contextos políticos en que se originan y a los que se refieren los significados o connotaciones de esos conceptos. Por una parte, Anderson concluye que hay oscilaciones y contradicciones en los temas principales y originales de los *Cuadernos*. Por otra, sostiene que se demuestra que: «... hablando políticamente, Gramsci era un revolucionario de estirpe leninista, cuyo pensamiento estratégico podría sólo comprenderse dentro de los parámetros de la Tercera Internacional y sus debates».<sup>5</sup>

En el prólogo de la reedición de 2017 de *The Antinomies of Antonio Gramsci*, Anderson rescata como válidas las críticas de Eric Hobsbawm a ese libro que datan de 1977, utilizadas por Hobsbawm en *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*.<sup>6</sup> De acuerdo a Hobsbawm en una conferencia en Londres en 1977, repetición de una en Florencia dictada en la misma época, la originalidad crucial y clave del pensamiento de Gramsci reside en englobar conjuntamente los temas centrales para la teorización revolucionaria: la estrategia revolucionaria de conquista del poder y destronamiento del capital, y la construcción de la sociedad socialista. Respecto

<sup>4</sup> Se trata de un libro, *The Antinomies of Antonio Gramsci*, reeditado con el mismo título por Verso en 2017.

<sup>5</sup> Prólogo de la reedición de *The Antinomies of Antonio Gramsci*, Verso, 2017. La traducción es nuestra.

<sup>6</sup> Hobsbawm, E., *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*, Abacus, London, 2011.

de ambos objetivos, el concepto central es hegemonía. No obstante, para Gramsci el segundo tema tiene prioridad respecto del primero. En palabras de Hobsbawm: «... el problema básico de la hegemonía no es cómo los revolucionarios llegan al poder, aunque esta cuestión es muy importante. Es cómo llegan a ser aceptados, no sólo como los que efectivamente e inevitablemente mandan, sino como guías y líderes».<sup>7</sup>

Esta lectura de Gramsci proveniente de Anderson y Hobsbawm, obviamente contradictoria con la lectura oficial del Partido Comunista Italiano de esa época, no hace de Gramsci un teórico comprometido con la democracia liberal. De hecho, en la aseveración de Hobsbawm recién transcrita queda claro que en cuanto al régimen político, tanto en la transición al socialismo como en la etapa en que ya existe la sociedad socialista, lo que se tiene es una dictadura, independientemente del consentimiento del que supuestamente goza. Así las cosas, salvo que en la lectura de Aricó y Delich se presume que en el pensamiento gramsciano hay un compromiso con la democracia liberal que trasciende lo estratégico y la afirma consumando un conjunto de principios válidos en sí, lo cual parece más que poco plausible, se tiene que la apelación a Gramsci, si bien puede haber sido funcional a las izquierdas en los contextos autoritarios de las últimas décadas del siglo anterior, no contribuye en términos claramente constructivos a consolidar una relación sólida y transparente entre la democracia liberal y las izquierdas de hoy.

Por otra parte, contemporáneamente no tendría mucho sentido hablar de una Era de Gramsci, pero sí de una Era de Carl Schmitt en el mundo de las izquierdas. No parece necesario documentar<sup>8</sup> la presencia e influencia del pensamiento

7 Hobsbawm, ob. cit., la traducción es nuestra.

8 Sobre el punto, véase la extensa literatura debida a Chantal Mouffe y Ernesto Laclau.

de Schmitt en los ámbitos político-intelectuales latinoamericanos, un fenómeno que ciertamente trasciende esos ámbitos. La diferencia entre los inspiradores de ambas corrientes de pensamiento y teorización política no puede ser más radical. A guisa de ejemplo, la concepción de lo humano en Gramsci es altamente positiva, expresada en su nítido compromiso con las que denominó «clases subalternas». En Schmitt encontramos una concepción pesimista con rasgos nihilistas, donde prima la belicosidad —la oposición «amigo versus enemigo» como concepto fundante de su teorización política es expresiva de ello—, asociada a actitudes altamente deleznable: durante años se esperó la publicación de su diario de vida, solo para percatarse de que consistían únicamente de una colección de diatribas antisemitas.<sup>9</sup>

Si bien no se puede decir que Gramsci haya sido un gran amigo de la democracia liberal, en el caso de Schmitt lo que se tiene es un enemigo declarado de ella, tanto en su producción intelectual como en su vida política, entre otras cosas en cuanto militante del nazismo alemán. Por otra parte, el intento de comprender la democracia desde la oposición «amigo versus enemigo», o en términos de una versión atenuada que la sustituye por un conflicto entre adversarios, simplemente despoja a la democracia de rasgos esenciales como las dimensiones de cooperación que ella exige, la estructura de derechos básicos que necesita y a la vez salvaguarda, el rol crucial de las oposiciones, la división de poderes, los derechos de las minorías, etc. Así, izquierdas orientadas en su acción política por teorizaciones heredadas de Schmitt no lograrán consolidar una relación *auténticamente positiva* con la democracia liberal.

9 Müller, J.W., *A Dangerous Mind. Carl Schmitt in Post-War European Thought*, Yale University Press, New Haven, 2003.

No obstante, interesa destacar que todas las teorizaciones de raíz schmittiana que se viven hoy, a juicio del autor, han tenido principalmente una influencia en sectores académicos, cuya vinculación con la política activa es muy débil o simplemente inexistente. No es difícil dar con la razón de este fenómeno. Ni las teorizaciones del propio Schmitt ni la de sus posteriores seguidores son de una naturaleza tal que lleven a inferir orientaciones estratégicas y de acción política concretas, susceptibles de aplicarse en la actividad política cotidiana, como el tema de la representación por miembros del Congreso. Por ejemplo,<sup>10</sup> Chantal Mouffe<sup>11</sup> afirma que la conceptualización de Schmitt en lo que podría llamarse su estado químicamente puro, es incompatible con la subsistencia en el tiempo de una democracia representativa, liberal y pluralista. Para Schmitt, enemigo es quien pone en peligro la propia existencia social o aún la supervivencia física. Por consiguiente, en un contexto político en que las relaciones entre los actores se configuran en términos de *antagonismo* –la relación que opone a amigos contra sus enemigos– en definitiva la decisión política implica la aniquilación, social o biológica, de uno de los antagonistas y sus amigos. A partir de esta constatación, Mouffe desarrolla lo que podría llamarse un *schmittianismo light*, llevando a cabo una transformación de la noción de antagonismo en la de adversario. Esta relación que enfrenta en la arena política a *adversarios*, sería compatible con la existencia y persistencia en el tiempo de una democracia representativa. Un mundo de adversarios implica conflic-

10 En lo que sigue a continuación, reproduzco casi textualmente lo escrito en «Ética y decisiones políticas», *Análisis del Año 2015. Política-Economía-Sociedad-Cultura-Temas*, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, enero 2016.

11 Mouffe, Ch., *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

tos, que son *indecidibles*, esto es, no cabe respecto de ellos algo así como una decisión que ponga fin permanente al conflicto. A la vez las relaciones entre adversarios supone la constitución de una identidad –un *Nosotros*– que requiere a la vez y de modo necesario de la constitución de una exterioridad, un *Ellos* que se opone a ese *Nosotros*. En el fondo, la *política* como la expresión óptica de ese fundamento ontológico que es *lo político*, puede constituirse como una lucha permanente entre adversarios, y esa lucha, despojada ya de su carácter de lucha de vida o muerte, puede a su vez desarrollarse según el conjunto de reglas del juego que definen una democracia representativa. En este sentido, la lucha democrática es una suerte de transformación isomórfica de la lucha que tendría lugar como guerra pura y simple. La democracia es así posible como lucha entre adversarios y deja de serlo cuando retorna a su fundamento último: lucha entre antagonistas.

Aceptando esta teorización brevemente bosquejada aquí, surge entonces la pregunta sobre cómo desempeñarse en la adopción de decisiones políticas por parte de los políticos. Si se trata de decisiones que ponen en juego el *Nosotros versus Ellos*, partiendo de la premisa que los agentes políticos se articulan y organizan en términos de *identidades*, la regla de oro sería en definitiva votar con los propios, de modo coherente con la sustentabilidad y permanencia en el tiempo de esa identidad. De paso, vale la pena destacar que Mouffe da en el blanco cuando pone de relieve la indecibilidad de las cuestiones que atañen a esa sustentabilidad y permanencia: decisiones que destruyen identidades están necesariamente excluidas del dominio de la política, ya que ellas implicarían el retorno a la lucha entre enemigos. Por lo demás, es lo que está en la base del consentimiento como fundamento de una democracia representativa: se puede perder hoy, pero ganar mañana.

La dificultad con esa regla de oro reside en que no todas las cuestiones sobre las que se decide son de esa naturaleza. Contrariamente, cuestiones controvertidas sobre la sustentabilidad y permanencia de identidades fundamentales ingresan con escasa frecuencia a la agenda política. Aún más, se puede conjeturar que cuando ingresan, ello es a la vez un síntoma y una causa de un tránsito a tiempos políticos *extraordinarios* o de *excepción*, en el sentido que da a la noción de excepcionalidad política la propia obra schmittiana. Si se toma como ejemplo los procesos de discusión y negociación presupuestaria se tienen tipos de decisiones mucho más cercanas al tipo promedio de decisión política característico de la operación de una democracia representativa, y es respecto de estas decisiones donde las teorizaciones de raíz schmittiana carecen de elementos que orienten la actividad política.

Contemporáneamente, contrasta con esas teorizaciones de índole schmittiana lo que a falta de una mejor noción se podría llamar de *movimientismo*, esto es, concepciones que otorgan al *movimiento social* una prioridad por sobre las modalidades tradicionales de hacer política en el marco de la democracia, particularmente las que descansan en vínculos de representación electoral: parlamentarios, autoridades elegidas popularmente, partidos, etc. Ciertamente, el movimientismo configura de partida las que deben ser las modalidades concretas de hacer política y de acción política, lo que la corriente schmittiana no hace. Adicionalmente, si bien hay quienes sostienen que la relevancia adquirida por los movimientos sociales como modalidad de acción colectiva y el movimientismo como forma de comprensión de la política democrática, es una amenaza para la sostenibilidad de la democracia representativa, hay buenos argumentos y evidencia en sentido contrario. Los contextos democráticos contemporáneos se desarrollan sobre la base de ciudadanías que se perciben cre-

cientemente empoderadas y con vocaciones de participación que las formas clásicas de participación no satisfacen. El voto para elegir representantes aparece insuficiente y frustrante en sus resultados, y ello se asocia a fenómenos de decadencia en los niveles de confianza en instituciones y agentes políticos. En esos contextos, las movilizaciones ciudadanas pueden cumplir una función positiva en términos de generar efectos tanto en cuanto a otorgar visibilidad a intereses y transmitir por canales no clásicos demandas sentidas como relevantes por sectores de la sociedad. A partir de estos efectos, la emergencia sistemática y frecuente de movimientos sociales puede implicar un proceso de complejización de la democracia que, conservando la representación vía procesos electorales como dimensión esencial de ella, le confiera una naturaleza participativa más rica y satisfactoria en términos de una ciudadanía significativamente más masiva.<sup>12</sup>

Para terminar, vale la pena reflexionar sobre un último punto, asociado con los tratados hasta ahora. En general, parecen existir obstáculos para las izquierdas de hoy que no logran remontar y que las lleva contemporáneamente a apropiarse de modalidades de pensamiento y teorización, como las de raíz schmittiana, que de maneras diversas son contradictorias con la lógica y la dinámica de las instituciones democráticas y que les impiden, por el contrario, hacer suya de modo auténtico la democracia liberal, interiorizándola en sus pensamientos políticos.

Como dice Francisco Delich en su ya citado prólogo a la reedición de *Crisis y protesta social*, él creía ver en el pen-

12 Para una visión positiva de la acción colectiva, con un énfasis en movilizaciones sociales, véase Marisa von Bülow, «América Latina en movimiento: acción colectiva directa y la construcción de ciudadanía política», en PNUD, *Ciudadanía política: voz y participación ciudadana en América Latina*, Siglo XXI, Argentina, 2014.

samiento de Gramsci un puente que permitía transitar tanto hacia el socialismo desde partidos populares, como desde el autoritarismo leninista hacia formas de socialdemocracia. Independientemente del hecho de que esa creencia responde a una lectura de los *Cuadernos de la cárcel* que es poco plausible, según se ha visto más arriba. No parece reprochable inferir de esta opinión de Francisco Delich que en su visión era deseable una conjunción de izquierda hacia lo que denomina formas de socialdemocracia. No obstante, claramente no se trató de un anhelo que con el correr de los tiempos se cumpliera. Contrariamente, se tienen hoy izquierdas que continúan en una actitud radicalmente crítica de las instituciones democráticas, confiriéndole solo un valor táctico o estratégico.

Ahora bien, si lo que aparece deseable políticamente son izquierdas consolidadas como socialdemocracia, ciertamente ello implica una concepción teórico-política que otorga a la democracia un carácter valioso intrínseco: su validez no descansa en consideraciones de orden táctico o estratégico, sino en una concreción valórica específica, interiorizada como requisito esencial de formas de vida social masivas, y por ende individuales, provistas de la mayor dignidad posible. Asumida la democracia en esos términos, hay un hecho histórico que proyecta efectos irremovibles tanto en el presente como en el marco de desarrollos enmarcados en horizontes de futuro incognoscibles, y por consiguiente ajenos a realidades políticas posibles solo en mañanas cuya distancia hace de la percepción de ellas únicamente objeto de la imaginación o la fantasía. Se puede hacer política de la mano de alguien como Ernst Bloch, pero se puede predecir con la convicción de no errar que ese quiebre con el *realismo* exigido por un hacer política efectivo y humano, que evita resultados catastróficos, precisamente llevará a estos últimos.

El hecho histórico al que se hace referencia es la asociación que se presenta una y otra vez, en democracias consolidadas, en transiciones a la democracia y en consolidaciones de democracias, entre *democracia* y alguna *forma de capitalismo*. En opinión del autor, esa asociación no es meramente contingente. Puesto de otra manera, obtener la democracia, consolidarla y hacerla sostenible o duradera, implica necesariamente interiorizar una aceptación del capitalismo como modo de organización de la economía. Al hacer política desde posiciones socialdemócratas, un componente esencial es llevar a cabo luchas por obtener una configuración del capitalismo realmente existente como orden económico que favorece y es funcional a un progreso permanente del binomio *Igualdad y Libertad*.

Si bien es posible imaginar una *economía de comando* como alternativa a una capitalista, y también hay referentes históricos recientes de ese tipo de economía, no solo casi todas esas experiencias han fracasado sino que a la vez han demostrado su incompatibilidad con la democracia. El caso contemporáneo más relevante es el de la República Popular de China, que si bien es un caso de éxito económico, los últimos acontecimientos acaecidos en ella muestran que el maridaje de una economía de comando como la china y la democracia nuevamente fracasa. El problema es que para la mayoría de las izquierdas persiste en sus conciencias y creencias colectivas un anhelo profundo de superación del capitalismo, aunque hoy el por qué se sustituye no va más allá de una brumosa constelación de deseos imposibles de traducir en ideas políticas precisas. El autor ha llamado en otro lugar este anhelo profundo de superación del capitalismo la *ilusión del poscapitalismo*. Es esta ilusión la que obstaculiza el dejar de lado teorizaciones como las de raíz schmittiana, y esforzarse por alcanzar concepciones que recuperen el sentido básico de la democracia, integrándolo a esa asociación ineludible de ella con el capi-

talismo. En definitiva, tanto la comprensión y análisis de la realidad por las izquierdas, como la definición de estrategias, políticas públicas y formas de hacer política que produzcan avances efectivos hacia la ciudadanía social integrada con la ciudadanía política, se ven entorpecidas por la ilusión pos-capitalista, que clama a gritos ser echada por la borda de una vez por todas.

## UN HOMBRE DEL TAMAÑO DE LO QUE VEÍA, Y NO DE SU ESTATURA

Waldo Ansaldi

Francisco –*el Gringo* y también *el Polaco*– Delich se fue sin avisarnos que partiría, torpeza que podemos perdonarle porque fue, para decirlo parafraseando al gran Fernando Pessoa, un hombre del tamaño de lo que veía, y no del tamaño de su estatura. Y veía lejos, desde una posición polifacética: sociólogo, gestor, político, facetas escindibles analíticamente, pero indisolubles en su historia real. Vivió intensamente, con una rara capacidad para pensar y hacer, al margen de coincidencias y/o discrepancias con una u otra de esas acciones. El número 36 (julio-diciembre 2016) de *Estudios*, la revista del Centro de Estudios Avanzados de la UNC, incluye ocho testimonios personales de algunos de quienes estuvimos cerca de él. Curiosamente, solo uno es de una mujer. Digo curiosamente porque el número es injusto con la importancia (afectiva y/o académica) de algunas mujeres en su vida. Me consta porque mi cercanía personal con él fue muy estrecha durante dos décadas y esporádica durante tres.

En ese número, la semblanza trazada por César Tcach presenta tres etapas en el «itinerario intelectual» del *Gringo*, que a veces parecen ser las de tres Delich. Es una buena manera cronológica de acercarse a su vida. Como César lo ha descrito muy bien, a ese texto remito para entrelazar su mirada con otra, desde un mangrullo diferente, no necesariamente antagónica.

De las tres facetas arriba aludidas, tal vez la menos lograda fue la del político-hombre de partido, trayectoria errática, para decir lo menos, a veces inexplicable incluso para quienes estuvimos muy cerca de él. En cambio, en las de sociólogo y gestor, nadie podría minimizar su importancia. Cada quien encuentra en cada autor productos que le interesan, más o menos, en función del lugar desde donde los lee. Como sociólogo, yo destaco tres libros: 1) *Crisis y protesta social. Córdoba, mayo de 1969*, que tuvo una segunda edición ampliada, *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969-1973* –magnífico ejercicio de análisis de coyuntura caliente, en curso–; 2) *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*, un producto de investigación sociológica con sólido fundamento empírico, y 3) *Repensar América Latina*, agudo, lúcida explicación de cambios estructurales producidos, en el marco del capitalismo, en América Latina, región que, por acciones de gestión, conoció muy bien por recorrerla, no por lecturas. No es un dato menor que *Crisis* y *Tierra* se ocupara de cuestiones que tenían por escenario dos provincias muy conflictivas por entonces, particularmente por las reacciones contra la dictadura institucional de las Fuerzas Armadas, la autodenominada –¡qué absurdo!, ¡que ultraje al lenguaje! – Revolución Argentina. Señalo, de paso, que el trabajo de campo para *Tierra* –que antes de ser libro fue su tesis de doctorado– se realizó en el segundo semestre de 1966, cuando se implementó el llamado plan de reactivación de la industria azucarera, un eufemismo para lo que fue un capítulo más del proceso de concentración del capital.

*Repensar América Latina* es un libro que debe leerse con atención y teniendo siempre presente el momento en el que fue escrito (a comienzos de este siglo, y publicado en 2004), porque allí *el Gringo* planteó cuatro grandes cuestiones: 1) las transformaciones estructurales en el campo latinoamericano, 2) las transformaciones en las ciudades, 3) las características

de la industrialización latinoamericana (la ISI), con el papel fundamental del Estado y los pactos corporativos, y 4) la desarticulación de ese modelo. Una cuestión me parece particularmente relevante para destacar aquí, cuestión cuya importancia se apreciaría poco después en la sociedad, en la política y en el modo de hacer política, incluyendo las articulaciones entre movimientos sociales y acción política y, la más compleja y controversial, entre Estado, sociedad civil y mercado. Todas esas transformaciones –lo que ellas contenían y que yo no reseño aquí, algunas de las cuales, como las de marginalidad y de ciudadanía, fueron especialmente destacadas en el análisis– se expresaban en complejidades diferentes. Delich fue incisivo en subrayar la importancia crucial de las transformaciones en el campo, resultado de la incorporación de capital, tecnología y la consecuente redefinición de las relaciones de trabajo o, para decirlo en buen castellano, el impacto disgregador de las antiguas estructuras por la expansión del capitalismo, con su secuela de reducción de fuerza de trabajo. Una consecuencia era obvia, aunque no faltaron quienes le imputaron una exageración: la disminución de la importancia del movimiento campesino *qua* acción campesina y su transformación en movimientos étnicos, de afirmación identitaria como pueblos originarios o, si se quiere, el pasaje de campesino a indígena o, incluso, a indio, invirtiendo el carácter históricamente peyorativo y denigrante que las clases dominantes impusieron durante siglos.

Y, a riesgo de ser injusto, por no señalar otros títulos, resalto solo dos artículos: 1) «Las condiciones sociales de la democracia» (1979), trabajo que abre el primer número de la revista *Crítica y Utopía latinoamericana de Ciencias Sociales* – que prolongaba la por entonces reciente *Conferencia Regional sobre Condiciones Sociales de la Democracia* (San José, Costa Rica, octubre 1978), convocada por el Consejo Latinoameri-

cano de Ciencias Sociales (CLACSO) a iniciativa del propio Delich—, sino que sentaba las bases, a modo de documento preliminar, de un luego largo debate sobre la democracia en América Latina, un tema novedoso para los científicos sociales de la región, y 2) el formidable «Estructura agraria y hegemonía en el despotismo republicano paraguayo» (*Revista Paraguaya de Sociología*, 1981), un texto brillante, imprescindible si se quiere explicar la larga dictadura stronista y la articulación, extensible a toda América Latina, entre estructura agraria y poder político. Hay entre esos dos textos una articulación notable entre una propuesta de alcance general y el análisis de un caso puntual.

Sería muy interesante hacer el ejercicio de lectura crítica —en el buen sentido de esta expresión— de las fuentes teóricas en las que Delich abrevó, lectura que no debería estar sesgada por los virajes políticos del autor, porque estos, quiérase o no, a veces iban en contra de aquellas fuentes, en una ambigüedad difícil de entender y de explicar. Horacio Crespo, en su recordatorio en el citado número de *Estudios*, lo ha dicho bien: «más allá de opiniones y juicios encomiásticos, polémicos o adversos que se quieran y deban formular sobre su trayectoria como intelectual y hombre público» lo insoslayable es que «vivió y actuó de acuerdo consigo mismo, conforme a sus creencias y convicciones». No alcanza con su propia respuesta a la pregunta de si había cambiado con el paso de los años: «He cambiado la mirada, pero no el horizonte», expresión que no puedo dejar de asociar con la del poeta brasileño Thiago de Mello, que no recuerdo si él conocía: «Mis caminos de hoy son los mismos de ayer, lo que es nuevo en mí es el modo de caminar», pero no estoy seguro que quieran decir lo mismo. Aquella respuesta, que yo le escuché decir alguna vez, iba precedida de otra aseveración que César Tcach reproduce en el final de su artículo: reconocía haber cambiado, «con

toda seguridad, pero no tanto para no reconocer las propias huellas».

En distinta medida y densidad es posible encontrar fuentes, vertientes teóricas distintas, a menudo solapándose e incluso, sin ser explícitamente expuesto, casi (o sin el casi) hibridándose, sin ser nunca eclecticismo. Así, por ejemplo, abrevó en Karl Marx, Henri Lefebvre (y su marxismo crítico, antidogmático), Alain Touraine, Max Weber, Barrington Moore, Antonio Gramsci, Charles Wright Mills, Max Weber... En sus investigaciones sobre la condición y la clase obreras fue notoria la influencia de Touraine y algunos de los más destacados sociólogos del trabajo franceses, como Pierre Naville y André Gorz, muestra de apelación a perspectivas teóricas distintas. Estos autores eran objeto de análisis crítico cuidadoso en nuestras sesiones en los seminarios del Área Sociología del Trabajo en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, ámbito en el cual se llevó adelante el embate contra la sociología conservadora de Alfredo Povíña y los colegas estructural-funcionalistas. El estudio crítico de la obra de Robert Merton y Talcott Parsons fue motivo de algunas de las mejores sesiones de esos seminarios que aún hoy recuerdo. También el cuidadoso, detenido tratamiento de *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, cuya por entonces reciente versión en castellano prácticamente devoramos apenas llegados a Córdoba algunos pocos ejemplares. Tanto para él como para mí, la lectura, el estudio y el análisis de ese libro nos marcaron en lo atinente a investigar cuidadosamente la relación entre estructuras agrarias y poder político, cuestión que en la obra de Delich puede apreciarse en los antes citados artículos sobre el despotismo paraguayo y las condiciones sociales de la democracia y el libro *Repensar América Latina*, y en la fundamentación de la convocatoria de 1978 a la Conferencia sobre democracia.

Alguna vez modificó su apreciación sobre algún autor. Personalmente recuerdo el giro radical sobre Gino Germani, pasando de compartir el análisis crítico de Milcíades Peña al prólogo de aquel a la edición en castellano de esa obra todavía hoy maravillosa de Mills, *La imaginación sociológica* (que trabajamos en el seminario contra los estructural-funcionalistas), a una aproximación no exenta de cierto afecto, incluso de amistad, poco años después, tras una larga noche de conversación en Buenos Aires.

*El Gringo* era un gran interlocutor y en acuerdo y/o en disidencia, siempre el diálogo resultaba fecundo, estimulante. Los diálogos podían tener como contrapartida a los más grandes científicos sociales de América Latina (y de algún otro lugar del mundo), como al más modesto de los estudiantes de grado o de posgrado, en ambos casos siempre respetuoso, pues, en ese sentido, la soberbia –tan típica de la fauna– no iba con él.

## **I. La gestión como acción creadora, intelectual y política, no burocrática**

### *a. En y desde CLACSO*

Tengo para mí que fue en la gestión donde se puede apreciar a un Delich como potencia desarrollada. Es que la gestión no fue para *el Gringo* un lugar para prácticas burocráticas (a la que se prestan tanto las instituciones), sino un espacio para articularla creadoramente con la práctica intelectual (no dejó de investigar y escribir mientras gestionaba) y la política (en su sentido más amplio y cabal, no en el acotado de lo partidario). La gestión institucional no le condicionó en su pensamiento crítico, lo que no es poco, sobre todo en la del

ámbito internacional. El *curriculum* como gestor incluye una sucesión que va, en lo más destacado, desde 1976, cuando se hizo cargo, en un acto de coraje, de la Secretaría Ejecutiva del CLACSO, hasta su muerte, 40 años después. Así: secretario ejecutivo de CLACSO (1976-1983), rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires (1983-1985), rector de la Universidad Nacional de Córdoba (dos períodos, 1989-1995), director de la Biblioteca Nacional argentina (1999-2001), presidente de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO (también entre 1999 y 2001), director del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina (2007-2016). En breve, como bien han escrito José Casco y Lorena Soler, un forjador de instituciones.

Antes de que la VIII Asamblea General de CLACSO (Quito, 24-26 de noviembre de 1975) lo eligiera como secretario ejecutivo, *el Gringo* había tenido una importante gestión académica en dos actividades del Consejo. La primera de ella estuvo vinculada con la participación de científicos sociales latinoamericanos en la redacción del *Diccionario de Ciencias Sociales* patrocinado por la UNESCO, un proyecto de envergadura no exento de conflictos que tuvo como director del grupo latinoamericano –del que Delich fue parte activa– a Juan Francisco Marsal, a la sazón secretario coordinador del Grupo de Trabajo Desarrollo Cultural, de CLACSO. Uno de los puntos de discordia fue la participación de la contraparte española del *Diccionario*, el Instituto de Estudios Políticos, institución creada en 1939 que fue parte de la Junta Política de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas, es decir, núcleo duro de la dictadura franquista.<sup>1</sup> El *Diccionario* se publicó en Madrid,

1 Véase la excelente y precisa reconstrucción hecha por Paola Adriana Bayle y Juan Jesús Morales, «Itinerario del Diccionario de Ciencias Sociales en español

finalmente por dicho Instituto, en 1975 (dos tomos). CLACSO, empero, confió a Marsal la preparación de los *Términos Latinoamericanos para el Diccionario de Ciencias Sociales*, que el propio Consejo editó en Buenos Aires en 1976, con un esclarecedor prólogo de Marsal, quien señalaba que *Términos* perseguía «llenar la ausencia de terminología latinoamericana» en la obra patrocinada por la UNESCO, y destacar

la necesidad de una verdadera enciclopedia de ciencias sociales latinoamericanas que nos libre de la dependencia y la penetración cultural que ha significado, hasta ahora, la carencia de una obra de consulta con perspectiva propia y a la vez crítica de la evolución de las ciencias sociales en nuestro tiempo.

*Términos* se editó cuando Delich ya ejercía la Secretaría Ejecutiva de CLACSO y su protagonismo era mucho mayor que el tenido en la preparación de la obra. Recuerdo vagamente que todavía en 1977 tuvimos algunos coletazos de las diferencias surgidas durante la preparación del *Diccionario*. Esas diferencias eran de carácter académico, pero, sobre todo, políticas: la negativa a trabajar con instituciones académicas vinculadas al franquismo. En el contexto de proliferación de dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas en América Latina, esa negativa a colaborar con instituciones afines a las dictaduras, era toda una definición política.<sup>2</sup>

---

(UNESCO, 1952-1976)», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 80, N° 1, enero-marzo 2018, pp. 167-193.

2 *Términos*... puede descargarse de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/historico/rama.pdf>. En 1978, Delich firmó en Madrid un acuerdo de cooperación técnica permanente hispano-latinoamericana con el propósito de publicar una segunda edición, revisada y actualizada, de los *Términos*, iniciativa que finalmente no se pudo concretar, como tampoco un nuevo intento en 1981. A mi juicio, es una tarea pendiente.

La segunda actividad previa a su elección como secretario ejecutivo fue la organización del Curso Avanzado de Sociología Rural, un posgrado bienal de carácter itinerante, limitado a cuatro cohortes, la primera de las cuales (1974-1975) se desarrolló con sede en el Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, en Asunción, y el propio *Gringo* dirigió. Las sedes de las tres cohortes siguientes fueron Quito, Santo Domingo y San José. El curso no solo tuvo una concepción novedosa, original, por acotado en el tiempo y por la rotación de las sedes, elegidas conforme la estrategia de reforzar las ciencias sociales en determinados países, aunque la opción por San José de Costa Rica, sede del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), obedeció a razones de otra índole, que no vienen al caso aquí y ahora, sino también porque potenciaba la concepción básica de CLACSO, la latinoamericanización en la formación de nuevos científicos sociales y atendía a una cuestión muy importante durante esos años, la llamada transnacionalización de la agricultura, eufemismo para denominar el más peligroso, en buen número de países, desarrollo de relaciones sociales capitalistas en el campo latinoamericano. Otra vez, se convocaba a prestar atención a la necesidad de indagar en la articulación entre estructura agraria y poder político.

Hacerse cargo de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO, cuya sede estaba (y está) en Buenos Aires, en 1976, fue, por lo menos, un acto de coraje. Según sus Estatutos, la sede Consejo sería la ciudad de residencia del secretario ejecutivo, previendo la posibilidad de una sede itinerante. Los dos primeros –Aldo Ferrer y Enrique Oteiza– vivían en Buenos Aires cuando fueron designados, pero Delich estaba transitoriamente en Lima, mientras su esposa e hijos seguían aún en Asunción cuando fue elegido. Bien pudo haber sido la capital peruana o la paraguaya, la sede. Claro, no era tampoco, bajo

la dictadura stronista, el mejor lugar. La elección del *Gringo* de mantener la sede en Buenos Aires fue una decisión estratégica que apuntaba en varias direcciones y resultó exitosa, pese a todas las dificultades, para decirlo delicadamente. Para dar una semblanza: la dictadura argentina prohibió la circulación de... ¡los Estatutos de CLACSO! Siempre nos preguntamos si alguien los habría leído, porque si un texto tan anodino, aburrido y desprovisto de cualquier encanto (no tiene ni siquiera el literario) pudo ser considerado «subversivo», nada podía resultar sorprendente. No, al menos, en un país donde se prohibió la enseñanza de las matemáticas de los conjuntos o un alto jefe militar encontró que el «marxismo-leninismo» se había originado ¡en los tiempos de Pericles! Mirado a la distancia parece gracioso, pero en esos años estaba lejos de serlo. Pequeño ejemplo de lo que significaba hacerse cargo de la tarea en ese contexto. *El Gringo* no solo lo hizo. Desde allí pergeñó, *inter alia*, un formidable proyecto de solidaridad con los científicos sociales de los países con dictaduras que los perseguían y les quitaban sus trabajos y/o los encarcelaban, y que pese a eso decidían seguir resistiendo en esa especie de exilio interno en que se convirtió la vida cotidiana en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Guatemala, El Salvador, Paraguay, Uruguay... Así nació el Programa de Asistencia Académica Individual (PAAI), continuando y llevando a un nivel superior la precedente experiencia de la Bolsa de Trabajo, que CLACSO constituyó, cuando Enrique Oteiza era secretario ejecutivo, tras el golpe de Estado que instauró la dictadura pinochetista en Chile. La Bolsa fue iniciativa –¡oh tempora, oh mores!– de Fernando Henrique Cardoso y Ricardo Lagos, y contó con la importante ayuda del *World University Service* (WUS). Los aportes solidarios –política y financieramente y sin ningún condicionamiento– de organismos no gubernamentales y de algunas agencias gubernamentales fue, obviamente, clave. La

organización y puesta en marcha del PAAI fue la primera tarea que *el Gringo* me encomendó apenas me incorporé a la Secretaría Ejecutiva, en abril de 1977, en calidad de asistente especial, un virtual secretario ejecutivo adjunto, como más adecuadamente pasó a llamarse años después. El Programa comenzó a aplicarse en Argentina, Chile y Uruguay, los países más golpeados, y si bien su propósito solidario tenía carácter político y ético, no dejó de basarse en una selección de los beneficiarios conforme patrones académicos rigurosos, sin discriminación alguna, con un margen de flexibilidad en la selección conforme la situación en cada país. Así, por ejemplo, en Chile había que prestar atención a la distribución de las becas o subsidios atendiendo a la filiación partidaria (comunista, democristiana, socialista de los perseguidos), situación que no se replicaba en Argentina y Uruguay. El PAAI tuvo un hermano: el Programa de Asistencia a Grupos Académicos (PAGA), creado para favorecer el trabajo, ya no individual sino asociado de grupos o equipos de colegas perseguidos. El PAAI fue, realmente, un programa exitoso, tanto que sirvió de modelo para la organización, en 1984, de un Programa de Solidaridad con Científicos Sociales Centroamericanos, a cargo del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Cabe señalar, aunque sea al pasar, que en el comienzo de su gestión, en 1977, se impulsaron dos nuevos programas de becas de investigación, con objetivos tendentes a fortalecer las llamadas áreas deficitarias: el Programa Subregional Centroamérica para investigadores formados residentes en Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá; y el Programa Regional Formación de Investigadores, destinado a graduados universitarios, toda una novedad en la materia.

Por supuesto, podrían señalarse otros proyectos, impulsos y logros en los cuales, desde la Secretaría Ejecutiva de CLACSO como *locus*, *el Gringo* dejó su impronta en la ins-

titucionalización de las ciencias sociales latinoamericanas, lo cual requeriría de más espacio del aquí disponible. Quiera añadir y destacar el muy significativo proyecto académico-político de convocatoria y realización de la *Conferencia Regional sobre Condiciones Sociales de la Democracia en América Latina*, en San José de Costa Rica –todo un símbolo– en octubre de 1978; conexo con él, la edición de *Crítica y Utopía latinoamericana de Ciencias Sociales*, a lo que ya hice referencia en el texto para *Estudios N° 36*. Una relación importante, no explorada aún, es la que une a la Conferencia de San José con el *Seminario Regional sobre Dictaduras y Dictadores en América Latina*, realizado en junio de 1980 en México DF, conjuntamente con el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México. El Seminario fue una continuación y ampliación del debate sobre la democracia y sobre sus condiciones, ya que el análisis del fenómeno de la dictadura y del dictador es un paso obligado en la reflexión sobre la inestabilidad institucional que aqueja a la mayoría de los sistemas políticos latinoamericanos. En el encuentro se adoptó un enfoque histórico, apto para dar cuenta de la complejidad de los regímenes estudiados, si bien ello no excluyó la elaboración teórica en torno del concepto de dictadura, atendiendo al problema de la legitimidad política y a la especificidad que adquiere la problemática en la región. Conferencia y Seminario fueron dos mojones necesarios, claves para pensar, en la perspectiva de la larga duración, la pregunta sobre la democracia en América Latina, sobre las razones explicativas de sus dificultades para constituirse en la abrumadora mayoría de los países latinoamericanos (y no solo de ellos).<sup>3</sup> La propuesta

3 El material académico de ambos encuentros fue publicado en *Crítica y Utopía*, números 1 y 2, [setiembre] 1979 y [abril] 1980, para el caso de la Conferencia, y en el 5 [setiembre] 1981, para el del Seminario. Los aportes al debate inicial se prolongaron hasta el número 6, por lo menos.

apuntaba además de a plantearse problemas a enfrentar en el presente y en el futuro inmediato, a develar cuánto de pasado había, de manera viva y activa, en el presente o, dicho en otros términos, a conocer las condiciones sociohistóricas que obstaculizaron, impidieron y/o favorecieron el establecimiento de regímenes políticos democráticos en sociedades capitalistas dependientes. En clave de Barrington Moore, eso significaba (y significa) preguntarse por la cuestión de la violencia, aunque esta pregunta no estaba explícitamente planteada. Para una cabal comprensión del planteo de Delich recomiendo enfáticamente, ya que el espacio no permite reproducirlo íntegramente aquí, la lectura atenta de su artículo «Las condiciones sociales de la democracia», en el N° 1 de *Crítica y Utopía*.<sup>4</sup> Allí puede verse, desde el comienzo mismo del texto, la claridad de los objetivos propuestos.

En efecto, para *el Gringo*, la reflexión sobre la democratización del Estado y la organización democrática de la sociedad implicaba –añado: implica– no solo rastrear las particularidades históricas de cada coyuntura autoritaria, sino también los elementos estructurales que las hicieron posibles y recurrentes. Y enseguida incitaba a reflexionar –con un dejo weberiano– sobre el hecho –diría, obvio, pero no advertido por muchos– de que la presencia de elementos estructurales explicativos de las organizaciones autoritarias del Estado y de la sociedad supone, al mismo tiempo, la existencia de otros tantos elementos favorables a la organización democrática. La relación entre el Estado y la sociedad fue una preocupación muy fuerte en sus reflexiones y análisis. A su juicio, la cuestión central no era plantearse la restauración de la democracia,

4 Una versión digital no facsimilar puede verse en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/critica/nro1/delich.pdf>

sino *repensarla*, lo cual implicaba un desafío teórico fundado en el análisis de los procesos históricos concretos.

Más adelante, en el comienzo de la sección II, postulaba: «La historia de las formas sociales y de las formas políticas de América Latina está ligada desde la colonia hasta nuestros días por las consecuencias de las formas de apropiación y uso de la tierra», para enseguida *explayarse*, desde ese postulado, sobre las cuestiones claves a las que debe prestarse atención en el análisis de las condiciones sociales de las dictaduras y las democracias, muy en la línea de Moore, correctamente leído, al cual citaba párrafos más adelante. Al respecto conviene tener presente que la propuesta de Moore hibrida proposiciones marxianas y weberianas.

El debate sobre la democracia siguió luego un derrotero distinto al del impulso de la convocatoria de Delich, donde primaba, como he señalado, la perspectiva de atender a las *condiciones socio-históricas* de las democracias y de las dictaduras. El deslizamiento hacia perspectivas formales, institucionalistas, le quitó densidad a la controversia y, sobre todo, a las explicaciones. Guillermo O'Donnell, de activa participación en el debate, supo advertirlo en su momento (1995), señalando que en los estudios sobre la democracia se había caído en un exceso de politicismo, olvidando variables económicas y sociales que deberían haberse considerado. Muy certeramente añadía que el lenguaje posdictaduras se había tornado «casto» y que ese lavado del lenguaje era un triunfo del neoconservadurismo. Razón no le faltaba, pero a pesar de su fuerte impronta en los estudios y los debates sobre las democracias y las transiciones a estas desde las dictaduras, sus palabras tuvieron poco eco.<sup>5</sup> Cuando se tiene en cuenta esa lúcida observación

5 Dicho sea de paso, el campo del pensamiento crítico latinoamericano se debe una buena reflexión sobre la necesidad de recuperar el sentido y el significado de los conceptos y las categorías analíticas, y de allí una enérgica acción

crítica se puede apreciar mejor la distancia existente entre la convocatoria inicial de Delich y la deriva, que no le es imputable, que le siguió. La perspectiva de Delich era mucho más amplia, profunda y aguda que la de los sociólogos, politólogos y, más aún, de los historiadores partícipes de dicho debate (en todos los casos con las obvias excepciones), precisamente porque sabía escapar a las rígidas rejas de las jaulas disciplinarias.

Finalmente señalo tres creaciones institucionales impulsadas por Delich en 1982, sobre el final de la dictadura argentina: la Asociación de Estudios del Trabajo (ASET), la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) y la Sociedad Argentina de Estudios Históricos (SAEH), creaciones en las cuales también participé. ASET y SAAP se convirtieron en entidades de referencia, con una ya larga existencia. Sintomáticamente, los historiadores no pudieron sostener la suya y la SAEH desapareció tempranamente.

---

al respecto. El neoliberalismo, neoconservadurismo, liberismo o liberalismo fundamentalista, como quiera llamárselo, no solo licuó la política y «lavó el lenguaje», lo que significa vaciar de contenido a las palabras, a los conceptos. Al hacerlo, con un éxito notable, menosprecia la teoría y, por tanto, quita potencia a las explicaciones para dar lugar, en el mejor de los casos, a descripciones que no dicen nada. La «desaparición» de conceptos como clase, dominación, dependencia, entre muchas, o la adulteración del significado de otras (Estado, violencia, democracia, también entre muchas) no ha sido ni es un acto inocente desprovisto de importancia. Tampoco es trivial que una usual distinción de las clases sociales en altas, bajas y medias, pensada para diferenciarlas por el nivel de ingresos en lugar de por la posición que tienen en la estructura social respecto de los medios de producción y sus relaciones, oculte una concepción jerárquica bien vertical al expresarse en esos términos de alta, media y baja y no en los que, lógicamente y de acuerdo con dicha concepción teórica, debería decir clases de ingresos altos, medios y bajos. Cuando las clases devienen sectores, las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas, (en rigor, dictaduras burguesas por su contenido) se metamorfosean en dictaduras cívico-militares, o las derechas de siempre que han cambiado su lenguaje y su presentación se tornan nuevas, «algo huele a podrido en Dinamarca».

*b. En y desde la Universidad: Buenos Aires y Córdoba*

Dar cuenta de la gestión de Delich como rector de la UBA y de la UNC llevaría un espacio considerable, otra vez superior al aquí disponible. Limitado entonces, quiero destacar unos pocos puntos. Son apreciaciones valorativas personales, que pueden o no coincidir con otras. Como rector normalizador de la UBA en el comienzo de la etapa democrática, Delich apuntó a superar los daños causados por la dictadura, no tanto para restaurar —que lo hizo—, cuanto para innovar, que también lo hizo. Dos de sus primeras medidas fueron la abolición de los aranceles (retorno a la gratuidad de la enseñanza) y del examen de ingreso a las carreras, lo que no era otra cosa que terminar con el sistema de cupos impuesto por la dictadura.

Suele señalarse que creó las carreras de Ciencia Política y de Ciencias de la Comunicación; no siempre se dice o se recuerda que no las creó por acto de magia, ni por resolución tomada en soledad. Ambos fueron el resultado de procesos colectivos, con participaciones plurales. Me consta porque integré la Comisión para el Estudio de la Creación de la Carrera de Ciencia Política y sus Planes de Estudio, que trabajó entre febrero y junio de 1984, siendo, pues, una de sus primeras decisiones como rector. Esa Comisión, presidida por Carlos Strasser, la integramos Hugo Álvarez Natale, Natalio Botana, Eugenio Bulygin, Edgardo Catterberg, Mario Dos Santos, Osvaldo Guariglia, Carlos Herrán, Oscar Landi, Mario Justo López, Roberto Martínez Nogueira, Oscar Oszlak, Carlos Pérez Llana, Eduardo Rabossi, Beatriz Rajland y yo, siendo su secretaria Solange van Kemenade. La sola lectura de los nombres da cuenta del muy amplio pluralismo en su composición. Es cierto, forjaba instituciones, pero hacía de ello un acto colectivo.

Otra creación de envergadura fue el establecimiento, en 1985, del Ciclo Básico Común (CBC) como primer año de todas las carreras de la UBA, en reemplazo de los exámenes de ingreso. Era un proyecto pedagógico y mucho más. Por cierto, fue motivo de resistencias, de polémicas, indicadores claros de las dificultades de todo proyecto innovador, rupturista. Su composición es de dos materias globales, dos determinadas por la orientación de la carrera y otras dos propias de la carrera en sí. Sus objetivos, «brindar una formación básica integral e interdisciplinaria, desarrollar el pensamiento crítico, consolidar metodologías de aprendizaje y contribuir a una formación ética, cívica y democrática» (itálicas mías). Se apuntaba a corregir todo lo posible las desigualdades intelectuales con las que los estudiantes llegaban a la universidad. Formar a los futuros profesionales con convicciones éticas, cívicas y democráticas no es otra cosa que poner en acto las reflexiones previas sobre las condiciones sociales que posibilitaron / impidieron regímenes políticos democráticos, autoritarios o dictatoriales, y dotarlos, además, de pensamiento crítico. De allí que las dos materias globales, obligatorias para todas las carreras, hayan sido (lo son aún, pero no como fueron pensadas originariamente) «Introducción al Conocimiento Científico» y «Estado y Sociedad». Esta, Estado y Sociedad, fue pensada como espacio de reflexión sobre las relaciones, generalmente conflictivas, entre uno y otra, de búsqueda, de indagación sobre las condiciones sociohistóricas que explican las historias de nuestras sociedades. Lamentablemente, y el desvío no le es imputable al *Gringo*, la mayor parte de los cursos de la materia se metamorfosearon en historia política argentina, que es bueno conocer pero que no es igual a descular aquellas relaciones.

Un tercer logro alcanzado en su breve gestión como rector normalizador fue la creación, en 1985, del Centro de Estudios Avanzados (CEA), pensado como una instancia ins-

titucional cuyo objetivo era «contribuir al desarrollo y transformación del país y de la propia UBA» mediante «estudios interdisciplinarios relativos a problemas y encrucijadas de la sociedad argentina y la generación de conocimiento que combine aspectos de las ciencias exactas, las ciencias naturales y las ciencias tecnológicas», una ruptura de paradigmas fenomenal. También aquí, el decurso fue muy distinto a la pretensión original. En el desarrollo de sus actividades el CEA alcanzó logros más que interesantes, pero quienes sucedieron a Delich no hicieron todo lo que debía hacerse para consolidarlo institucionalmente y por añadidura no pudo resistir el embate de las tradiciones. Era y es muy difícil superar la resistencia al trabajo inter/transdisciplinario –y más aún al de hibridación de disciplinas–, particularmente en aquellos ámbitos (Facultades) en los que han existido y existen equipos de investigación con intereses y prácticas corporativas, renuentes al trabajo asociado, mucho más cuando se trata de articular investigación con equipos de otras disciplinas y pelear por recursos económicos. Más mal que bien y en medio de riñas de distinto tenor, el CEA UBA subsistió hasta 2003, cuando un rector y un Consejo Superior decidieron poner fin a la experiencia con argumentos poco consistentes y pese a la resistencia de quienes trabajábamos en el CEA. Su cierre se hizo, como denunció en su momento su ex director Carlos Mallmann –de previa experiencia rupturista más o menos similar en la Fundación Bariloche– sin una evaluación seria, independiente y profunda de cuanto el CEA había realizado en tan poco tiempo.

Mejor suerte tuvo, en cambio, el Centro de Estudios Avanzados que creó Delich, en 1990, en la Universidad Nacional de Córdoba, durante su primer mandato como rector. El segundo CEA tiene como objetivos, según se puede leer en la página web oficial:

- Realizar, implementar y coordinar estudios multidisciplinarios de posgrado en todas las formas y niveles, relacionados con las actividades de docencia, investigación y extensión, proponiendo el intercambio científico con instituciones locales, nacionales y extranjeras.

- Investigar en las diferentes áreas del conocimiento temas que tengan componentes multidisciplinarios.

- Propender a crear un ámbito en el que puedan organizarse y ejecutarse proyectos de perfeccionamiento académico multidisciplinario de posgrado, a los fines de aprovechar al máximo los recursos humanos y materiales existentes en el medio.

En menos de 20 años, el CEA UNC se ha convertido en un centro de producción y de formación científico-social de indudable relevancia. Siendo su director, cargo que no detenía cuando falleció, Delich impulsó la creación del primer y hasta ahora único Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, un espacio que expresa muy bien la vocación latinoamericanista del *Gringo*.

Sin duda es curioso que como rector no creara, ni en la UBA ni en la UNC, una Facultad de Ciencias Sociales, más notable en el caso de Córdoba, donde desde 1988 existía un proyecto preparado a requerimiento de su predecesor, el arquitecto Luis Rébora. En la primera se constituyó en 1988; en la segunda, recién en 2015. Sintomáticamente, en ambas la conformación del campo de conocimiento es reducido, dejando fuera disciplinas que deberían ser parte de ellas. Supongo que los intereses corporativos primaron por sobre los epistemológicos. Esta observación no opaca su especial preocupación por hacer de las universidades un espacio donde se puede ofrecer formación profesional y creación de conocimiento en la masividad. Esa preocupación tenía fundamentos varios –pedagógicos, académicos, políticos–, pero también

una explicación más simple, psicoanalítica, si se quiere: alguna vez le preguntaron por qué le gustaba la educación y respondió que porque su mamá murió analfabeta y él no supo enseñarle. Tal vez no supo, si se me permite, porque su educación básica le fue dada por los salesianos...

Termino retomando expresiones del *Gringo* que ya utilicé en el texto que publicó *Estudios*. Discúlpeleme por reiterativo, pero lo hago porque se trata de unas líneas que, a mi juicio, en su claridad, precisión, lucidez, compromiso y valentía (por el tiempo y el espacio en que fue escrito: 1980, Buenos Aires, plena dictadura) lo definían cabalmente. Apeló a la metáfora de David y Goliath para dar cuenta del desigual combate entre la fuerza y la razón, «dos constantes de nuestra historia latinoamericana»

Es cierto que en la era tecnocrónica una honda no es demasiado, pero no es irrelevante frente a un enemigo muy armado pero desnudo, porque tal vez el secreto del éxito no esté tanto en el instrumento como en la puntería.

(...) Constantes pero no determinantes..., la lógica de esta vieja confrontación [entre la fuerza y la razón] necesariamente marca la práctica de los científicos sociales en particular y de los intelectuales en general, *se expresa en la pertinencia o impertinencia temática, en los criterios de verdad, en la medida del buen uso teórico* [itálicas mías]. Es en el interior de esta relación desigual y no en un espacio vacío donde se define y debe definirse nuestro trabajo.

Todavía prosigue el combate de David y Goliath porque *-hélas-* ninguna pedrada es capaz de concluir con esta historia que estamos contando y que seguiremos contando y construyendo hasta donde podamos. Nuestra modesta responsabilidad nos obliga a perseverar,

dejando para otros tiempos el desaliento y el crepúsculo.  
Por eso *David y Goliath* se difunde desde Buenos Aires.

Treinta y ochos años después de haber sido escrito, pese a las coyunturas diferentes, buena parte de ese texto tiene una curiosa, lamentable, actualidad, razón por la cual considero pertinente traerlo a colación.

Tengo para mí que *el Gringo* Delich vivió la vida en los hermosos términos que definió Fernando Pessoa: *una posada del camino donde debo demorarme hasta que llegue la diligencia del abismo.*

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
verano de 2018

# CIENCIAS SOCIALES Y PROBLEMÁTICA LATINOAMERICANA. PERSPECTIVA PERSONAL DE CONVERGENCIAS Y COINCIDENCIAS SIGNIFICATIVAS CON FRANCISCO DELICH

Manuel Antonio Garretón

## I. A modo de excusa

No soy un buen exponente de la obra de otros. Creo no haber escrito nunca un artículo o dictado un curso sobre el pensamiento de un autor. Me preocupo menos por desentrañar lo que alguien quiso decir y más de aquello que me sirve para mi propio trabajo. Sin duda todo lo que escribo se nutre de lo que otros han hecho, pero asimilado o recuperado desde una perspectiva que muchas veces puede estar en contradicción con su fuente inspiradora. Tengo una relación subjetiva o utilitarista con lo que otros han dicho, siendo poco capaz de exponer el conjunto de sus planteamientos en forma «objetiva», sino que los uso como orientaciones para mi propia perspectiva. De modo que lo que puedo decir de los diversos autores es menos fiel a lo que ellos hicieron o dijeron y más cercano al modo como yo los vi y reflexioné.

Así, no creo ser un buen conocedor de la trayectoria y pensamiento de nadie y a lo que más puedo aspirar es a dar una visión de mi relación con un autor, ya sea en términos de trayectoria o de contenidos. Esto mismo me ocurre con Francisco Delich, con quien sin tener el mismo nivel de amistad que testimonia Fernando Calderón en sus palabras, compartimos afectos y experiencias intelectuales y de trabajo y nos teníamos

mutuo afecto. Entonces, a la hora de rendirle un tributo que no sean frases generales, me ha parecido más sincero referirme a los encuentros y convergencias que tuvimos a lo largo de los años y el modo en que ellos se relacionan con el desarrollo de las ciencias sociales en Chile desde mi perspectiva personal. Tales convergencias pueden ser intencionadas y directamente relacionadas, pero también pueden darse como coincidencias significativas o como una mezcla de ambos.

## II. La nueva coyuntura latinoamericana

El hito que marcará nuestra relación de trabajo e intelectual y las temáticas de convergencia es la elección de Francisco Delich como secretario ejecutivo de CLACSO en 1976. Recordemos que su predecesor, Enrique Oteiza, había realizado una profunda y amplia labor extendiendo la presencia de CLACSO en América Latina y convirtiéndola en el espacio que defendiera las ciencias sociales —a su institucionalidad y a quienes la cultivaban—, de las intervenciones militares en las universidades y las purgas de las dictaduras, principal, aunque no exclusivamente en el Cono Sur. Pasados los primeros momentos de emergencia y sin abandonar las tareas correspondientes, había también que plantearse los nuevos temas de fondo que surgían en la derrota de los procesos revolucionarios, populistas o desarrollistas. Las temáticas propias de la emergencia, más allá de las propiamente institucionales, estaban necesariamente constituidas tanto por una defensa intelectual de lo que habían sido esos procesos como de la denuncia de las nuevas formas de opresión bajo las dictaduras.<sup>1</sup>

1 Un ejemplo de esto es que en *Términos Latinoamericanos para el Diccionario de Ciencias Sociales* de CLACSO, 1976, se incorpora el término «Vía chilena al socialismo».

A Francisco Delich le tocará, desde CLACSO y aportando su propio bagaje intelectual, redefinir estas temáticas, en términos tanto de completar los diagnósticos como sobre todo de dejar planteados y generadas las formas de encarar dos temas: la naturaleza de los regímenes autoritarios y la búsqueda de salidas posibles.

Para mí el primer hito de abordaje del tema de la naturaleza de los regímenes autoritarios consiste en explorar la caída de los regímenes previos al autoritarismo que se inscribían en la problemática de transformación o revolución de la sociedad latinoamericana. Esta que había sustituido en los 60 la problemática del desarrollo dejaba paso a una nueva realidad con el advenimiento de las dictaduras o «nuevos autoritarismos» o «Estados burocrático-autoritarios». En enero de 1977 se organiza desde la Secretaría Ejecutiva de Delich el Taller de Coyuntura de CLACSO en Lima. Por un lado, se trataba precisamente de analizar la nueva coyuntura sociopolítica de América Latina definida por lo que se llamó la caída de las democracias a través de los golpes militares, y que se transformó en un tema central de las ciencias sociales no solo en la región sino también en Europa y Estados Unidos.<sup>2</sup> Por otro, se trataba de caracterizar los regímenes que surgieron de esos golpes, lo que se convertirá en la gran temática desde mediados de los 70.<sup>3</sup> En el Taller de Coyuntura señalado, que tuvo una segunda versión en São Paulo en 1979, junto con Tomás Moulian presentamos el estudio sobre el caso chileno,

2 Un texto clásico en esta materia es el de Linz, J.J. y Stepan, A., *The Breakdown of Democratic Regimes. Vol. 3: Latin America*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

3 Ver, entre otros, Collier, D., *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, Berkeley, 1979; O'Donnell, G., *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1ª ed. 1982.

a partir de un análisis de coyuntura que se convirtió en uno de los primeros trabajos hechos en Chile sobre el período de la Unidad Popular.<sup>4</sup>

Una de las consecuencias teórico-ideológicas más importantes en el estudio de los procesos que culminaron en los golpes militares fue que ello permitió ver no solo el *aspecto de derrota* de los proyectos históricos de carácter progresista o revolucionarios, sino también su *dimensión de fracaso*. Y el fracaso de un proyecto histórico lleva también a la discusión de las categorías intelectuales con las cuales fue pensado. Y en esta revisión, las orientaciones que venían de un marxismo distinto al imperante en la década de los 60 o de otras perspectivas permitía abrirse a nuevas corrientes más adecuadas para pensar lo que había pasado, la coyuntura presente y la salida de ella.<sup>5</sup> En estudios posteriores sobre la democracia posible en América Latina, y las transiciones a ella, este aspecto fue un eje determinante, como sugerimos más adelante.

4 La primera publicación parcial de este trabajo fue *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile 1970-1973*, Editorial Universitaria Centro América (EDUCA), Costa Rica, 1978. El texto completo fue publicado en Chile en 1973 bajo el título *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Ediciones Minga. Este trabajo sirvió de antecedente para el Proyecto desarrollado en FLACSO durante dos años, que me tocó dirigir, y que contó con un equipo de siete investigadores alojados en FLACSO, estableciendo, entre otras cosas, la primera cronología y bibliografía completa del período y cuyos resultados fueron publicados en seis volúmenes de *Ideología y procesos sociales en la sociedad chilena 1970-1973. Informe y materiales de trabajo*, FLACSO, Mimeo, 1976.

5 Ello ocurre por ejemplo con la influencia de Gramsci a través de José María Aricó y Juan Carlos Portantiero, con la revisión marxista que hace Guillermo O'Donnell sobre Teoría del Estado y con la mayor presencia de corrientes de ciencia política.

### III. La democracia necesaria

En octubre de 1977 la Secretaría Ejecutiva de CLACSO encabezada por Delich organizó un Seminario Internacional titulado *Las condiciones sociales de la democracia*, con presencia de intelectuales y políticos invitados por él. A mi juicio, este Seminario puede verse como una ampliación y profundización del primero, pero también como el lanzamiento de una nueva temática, menos dirigida a la reflexión sobre la naturaleza de la crisis que llevó a las dictaduras o al análisis de los autoritarismos. Me refiero a la cuestión de la democracia. Esta, a su vez, se distinguirá de las iniciativas que en otras partes se plantean sobre la salida de las dictaduras en términos de transición,<sup>6</sup> por cuanto se trata, por cierto, de examinar la transición posible, pero sobre todo de plantear como meta de salida y, por lo tanto, como nuevo concepto límite de las ciencias sociales la democracia, discutiendo cuáles son las condiciones particulares de ella en América Latina.<sup>7</sup>

En otras ocasiones he señalado que considerar el régimen democrático como un nuevo proyecto histórico de América Latina rompía con una tradición intelectual y política que concebía a esta como una resultante de fenómenos económicos y sociales y no como una meta en sí misma, lo cual en

6 Ejemplos emblemáticos de los estudios sobre transiciones, O'Donnell, G., Schmitter, Ph. y Whitehead, L. (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. 4 vols.*, Paidós, Buenos Aires, 1988; y Barba, C., Barros, J.L., Hurtado, J. (comps.), *Transiciones a la Democracia en Europa y América Latina*, Universidad de Guadalajara, FLACSO-México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, 1991.

7 He planteado esto en *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América latina. Estudios sobre transformaciones socio-políticas y movimiento social*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2014.

cierto modo constituía una mutación ideológica y cultural.<sup>8</sup> Pero poner la democracia como un objetivo válido por sí mismo y no solo por los otros bienes que pueda traer acarrea el riesgo de entenderla únicamente como acuerdos entre elites y reducirla a cuestiones de arreglos institucionales. La cuestión democrática había oscilado entre estos dos polos: el sociologizante, que menospreciaba en cierto modo la cuestión de la democracia formal y afirmaba la democracia sustantiva, y el politicista, que se limitaba a la democracia como reglas del juego. De ahí que el esfuerzo teórico consistía en superar esta dualidad y afirmar la democracia como un régimen pero que exigía condiciones de la sociedad y eso suponía la mutación teórica que hemos indicado. Repensar la democracia al mismo tiempo que luchar por ella era la tarea planteada al mundo intelectual de América Latina.

En el caso chileno se presentaba una cierta particularidad. Por un lado, el país había conocido el único proceso que se afirmaba a la vez como revolucionario y como democrático, en el sentido institucional de este último, aspirando como señalaba Allende a unir democracia económica y social con democracia política.<sup>9</sup> Por otro lado, el golpe militar de 1973 significó la derrota y el fracaso de ambos proyectos, el democrático y el socialista. Al final los únicos que defendieron la democracia expresada en la muerte de Allende en La Moneda eran los que defendían el proyecto socialista. ¿Cómo entonces repensar la cuestión democrática sin abandonar el proyecto socialista al que se le concebía como intrínseco a un proyecto democrático? Esto constituirá el núcleo de lo que se llamará el proceso de renovación socialista al que nos referiremos.

8 Ver *Política y sociedad entre dos épocas. América latina en el cambio de siglo*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, Argentina, 2000.

9 Salvador Allende, Primer Mensaje Presidencial, mayo 1971.

#### IV. Crítica y Utopía

A mi juicio, de alguna manera la tarea de pensar la democracia y el tipo de sociedad a construir está reflejada en la creación en 1979 de la revista *Crítica y Utopía* que, en el marco de CLACSO, dirigirá Delich. Su importancia es doble. Por un lado, y en esto hay una constante en la contribución de Delich a las ciencias sociales, se trata de crear un nuevo espacio de reflexión y discusión, esta vez a través de una revista, que responda a una triple vocación de aquellas: la búsqueda de conocimientos a través de la investigación empírica o teórica, la comprensión crítica de lo que se estudia y la búsqueda de la superación de aquello que se critica. Por otro lado, se trata de reflexionar sobre América Latina y, en términos de su nueva problemática, indagar respecto a cuál es la democracia necesaria ligada a la transformación profunda de la sociedad. De ahí el título de la revista.

La democracia para Delich era una necesidad y también una condición.<sup>10</sup> Pero en la época de las dictaduras no había tanto una discusión sobre la democracia misma sino sobre el modo de llegar a ella, lo que se llamó transiciones o democratizaciones. La discusión sobre qué democracia se trataba y, por lo tanto, qué sociedad busca construirse, está desde el inicio en la creación de este nuevo espacio, anunciando los debates posteriores sobre calidad de la democracia y el tipo de democracia deseable para América Latina.<sup>11</sup>

10 Delich, F., «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», *Estudios Internacionales*, vol. 18, N° 71, 1985.

11 Entre otros, Weffort, F., *¿Cuál democracia?*, San José de Costa Rica, FLACSO Sede Costa Rica, 1993; O'Donnell, G., *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires, 1997; PNUD, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, Buenos Aires, 2004; O'Donnell, G., Iazetta, O. y Vargas Cullell, J. (comps.), *Democracia, Desarrollo Humano y Ciu-*

En cierto modo, la dimensión utópica o la pregunta por la sociedad deseable replanteaba el tema del socialismo. En el caso chileno, en otras de estas coincidencias significativas, en los mismos años se iniciaba el proceso conocido como «renovación socialista».<sup>12</sup> Es evidente que había en él una influencia del debate mundial, con importante presencia del comunismo italiano encarnado en Enrico Berlinguer, pero también de las reflexiones anteriores sobre la derrota del proyecto de la vía chilena al socialismo. La gran lección del período de la Unidad Popular era que si se aspira a la transformación profunda de la sociedad en el marco institucional de la democracia se requiere la mayoría social y política; esta mayoría se construye de diferentes modo según los países, y en el caso chileno esto se hace a través de los partidos políticos. Pero junto a esta lección se trataba también de plantearse la cuestión central de la autonomía de lo político, es decir, de preguntarse si el socialismo, como expresión de la sociedad deseada que superaba el capitalismo, tiene un régimen político que le es propio. Rechazando los regímenes políticos de partido único, era evidente que el socialismo no podía sino tener como régimen político propio la democracia, pero que no se confundía con ella. La cuestión era pensar al socialismo menos como un tipo de sociedad o arquitectura social definida de una vez para siempre y más como un proceso permanente de lucha contra todo tipo de dominación, opresión, explotación o alienación, correspondiendo al sujeto político social la definición estraté-

---

*dadanía. Reflexiones sobre calidad de la democracia en América Latina*, Homo Sapiens Ediciones, Santa Fe, 2003.

<sup>12</sup> Este proceso tiene una dimensión intelectual en la reformulación teórica del socialismo y una dimensión política cuyo eje es la reunificación del Partido Socialista chileno. Ver Núñez, R. (comp.), *Socialismo: diez años de renovación*, 2 vols., Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1991.

gica respecto de cada una de estas formas de dominación.<sup>13</sup> Tal definición abría el debate sobre determinados conceptos que se desdogmatizaban, como los de utopía, hegemonía, y otros; planteando nuevos desafíos a las ciencias sociales.<sup>14</sup>

## V. Repensar América Latina

La reflexión sobre América Latina como conjunto, incluso podría decirse como tipo ideal histórico, fue uno de los objetos centrales de las ciencias sociales desde su nacimiento como disciplinas científicas.<sup>15</sup> Estas convirtieron a América Latina no solo en un área especializada o comparativa, «los latinoamericanistas», sino en un objeto de teorización como parte de la teoría y la acumulación de conocimiento sobre toda sociedad. La particularidad de las trayectorias desde las dictaduras y las transiciones a la democracia, así como los problemas de pobreza y desigualdad y los temas nuevos de identidades, entre otros, así como la especialización y profesionalización de las disciplinas, privilegiaron los estudios de casos nacionales o de procesos o temáticas específicas para un conjunto de paí-

13 Ver mis dos artículos «La renovación del socialismo» y «Socialismo renovado y democracia» en Ricardo Núñez, ob. cit.

14 Ello se hizo patente en el Seminario «Hegemonía y alternativas políticas en América Latina», Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, Morelia, febrero 1980.

15 Recuerdo, entre otras, las que fueron especialmente significativas para mí: Germani, G., *Política y sociedad en la época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1964; CEPAL, *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*, Santiago, 1965; Faletto, E. y Cardoso, F.H., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1968; Touraine, A., *América Latina. Política y sociedad*, Espasa, Madrid, 1989 [traducción de *La perole et le sang. Politique et societe en Amerique Latine*, Odile Jacob, 1988]; Weffort, F., «A América errada (notas sobre a democracia e a modernidade na América Latina em crise)», *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, N° 21, São Paulo, 1990.

ses. En otras partes hemos relacionado esto con el paso de las sociologías de grandes paradigmas a las ciencias sociales de focos temáticos.<sup>16</sup>

Delich retoma esta tradición el año 2004 con la publicación del libro *Repensar América Latina*.<sup>17</sup> Nuevamente se combinan aquí la dimensión de creación de espacio institucional (en su calidad de presidente del Consejo Superior de FLACSO, la Asamblea le encarga a Delich dos años antes la tarea de preparar la agenda para el proyecto estratégico de investigación de la institución, de la que resultará el libro mencionado) con la proposición de nuevos enfoques en las ciencias sociales para el análisis de la problemática latinoamericana. Combinando diversos enfoques teóricos, sin adscripción dogmática a ninguno, y en el marco que señala de las transformaciones de término de la guerra fría, revolución tecnológica, acotamiento de la soberanía del Estado, transnacionalización de los mercados, planetarización de la sociedad civil, Delich analiza el colapso del modelo de desarrollo ISI como el fenómeno central de nuestra época que deja a la sociedad del siglo XXI, a diferencia de la que emergía a mediados del siglo pasado, sin un punto de llegada, sin un horizonte de orden social, una meta, una utopía compartida.

Volviendo a nuestras coincidencias significativas, esos mismos años se publicaba en castellano, inglés y portugués un trabajo en el cual cinco autores, cada quien por su lado, compartían la misma búsqueda de Delich: un nuevo enfoque para definir la nueva problemática sociohistórica de América Latina.<sup>18</sup>

16 *Las ciencias sociales en la trama de Chile*, ob. cit.; De Sierra, G., Trindade, H., *Las Ciencias Sociales en América Latina en perspectiva comparada*, Siglo XXI, México DF, 2007.

17 Delich, F., *Repensar América Latina*, Gedisa, Barcelona, 2004.

18 Garretón, M.A., Cavarozzi, M., Cleaves, P., Gereffi, G., Hartlyn, J., *América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz socio-política*, Ediciones

En nuestro caso, hablábamos del concepto de *matriz socio-política*, que tenía semejanzas, sin haber habido intercambio al respecto, con el análisis del orden social que hace Delich considerando la interrelación entre cuatro campos o dimensiones: Estado, Nación, sociedad civil y mercados. Se trataba, por un lado, de superar los determinismos de una u otra estructura o ámbito de la sociedad que habían caracterizado los paradigmas del desarrollo y, por otro, plantear la hipótesis teórica de que es a través de esta matriz que se generan los actores y sujetos sociales pero que al mismo tiempo son estos últimos y sus luchas los que configuran una matriz.<sup>19</sup> Hablábamos de cuatro componentes de la matriz socio-política: Estado, sistema de representación, base socioeconómica (modelo de desarrollo) y cultural (orientaciones culturales) mediadas por el régimen político. La hipótesis histórico-empirica que postulamos es que asistíamos a la descomposición de la matriz estatal nacional popular que había predominado desde mediados del siglo XX, la que describíamos y analizábamos en términos de los cuatro componentes. Los procesos de globalización, la resignificación de la política, la expansión de identidades y los intentos de imponer una matriz neoliberal que habían fracasado (con excepción probablemente del caso chileno instalada durante la dictadura),<sup>20</sup> habían desarticulado la matriz estatal-nacional popular. Las nuevas luchas y nuevos actores sociales que emergen de este escenario de descomposición podían interpretarse en términos de la búsqueda de una

---

LOM, Santiago de Chile, 2004.

19 Mascareño, A., «Acción y estructura en América Latina. De la matriz sociopolítica a la diferenciación funcional», *Persona y sociedad*, vol. XXIII, N° 2, Universidad Alberto Hurtado, 2009.

20 Entre otros, ver Moulán, T., *Chile actual. Anatomía de un mito*, LOM Ediciones, Chile, 1997; Garretón, M.A., *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*, Editorial Arcis-CLACSO, Santiago de Chile, 2012.

autonomía, fortalecimiento y mutua complementariedad de los diversos componentes que se corresponde con los requisitos que plantea Delich para los campos que él define de un nuevo orden social. En esta nueva matriz, apenas emergiendo de la descomposición actual, la democracia se ha consolidado como régimen político, pero no ha sido redefinido el modelo productivo. Una de las cuestiones más significativas respecto de este enfoque es que una matriz socio-política no es solo una articulación de componentes sino que responde a una problemática histórico estructural, por usar el clásico concepto cepalino. Y en la situación actual esa problemática se definía en términos de la recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad con el horizonte o principio normativo de la inserción autónoma en el proceso de globalización y la igualdad, inclusión o cohesión social.<sup>21</sup>

#### IV. Reflexión final

He intentado mostrar el aporte teórico y la trayectoria de Delich en las ciencias sociales en América Latina en la tarea de estas por analizar la problemática de la sociedad y sus perspectivas, desde la coyuntura de las derrotas de los proyectos de

21 Sobre un nuevo concepto límite como objeto de estudio y principio normativo, *Las Ciencias Sociales en la trama...*, ob. cit. Algunos hablan de «vivir bien»: Farah, I. y Vasapollo, L. (coords), *Vivir bien. ¿Paradigma no capitalista?*, Cides-Umsa Sapienza, Oxfam, Bolivia, 2011. Se habla también, retomando el concepto de desarrollo, de desarrollo humano como el PNUD, o informacional, en Castells, M. y Himmanen, P., *Reconceptualización del desarrollo en la era global de la información*, Fondo de Cultura Económica, México, 2016 (Fernando Calderón desarrolla en este libro el concepto para América Latina). CEPAL habla de igualdad y de cohesión social: CEPAL, *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, CEPAL, Santiago, 2010; CEPAL, *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*, CEPAL, Santiago, 2007.

cambio de los 60 y comienzos de los 70 y la instalación de las dictaduras militares, el debate sobre la democracia y el tipo de sociedad deseable hasta la renovación del pensamiento sobre esta sociedad y desarrollo en el mundo contemporáneo. Ello desde la perspectiva particular de convergencias directas y de coincidencias significativas con mi propia trayectoria. En esta experiencia veo el aporte y trayectoria de Delich básicamente como los de un generador y promotor de espacios institucionales y temáticos, integrante indispensable de un movimiento más amplio que va redefiniendo las ciencias sociales y al que él entrega además su propio pensamiento.

Y esta doble dimensión expresada en cargos directivos (Secretaría Ejecutiva de CLACSO y Presidencia del Consejo Superior de la FLACSO), y en aportes sustantivos en investigaciones, libros y artículos, de alguna manera se cristaliza a mi juicio en su papel de rector de Universidad, tanto en Buenos Aires como en Córdoba. Más allá del rol jugado y la experiencia de gestión, está la reflexión y la defensa que Delich hace de la Universidad pública en momentos muy difíciles y cruciales para la vida de estas, amenazadas, entre otras cosas, por procesos de mercantilización de la sociedad y de la educación.<sup>22</sup> Esta problemática fue igualmente sufrida, muy intensamente, por la universidad pública chilena, donde el modelo neoliberal llegó al extremo generando un sistema de educación superior aberrante, y donde la lucha por la sobrevivencia, vigencia y hegemonía de la educación y la universidad públicas ha sido por lo tanto larga y difícil.<sup>23</sup>

22 Ver Garretón, M.A., «La Universidad Pública entre sociedades y mercados», *Revista de Sociología*, N° 19, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2005.

23 Ver Garretón, M.A., «Por la refundación del sistema de educación», *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Séptima Serie, N° 7, 2014; «Cuando hablamos sobre qué sistemas de educación superior queremos, estamos pensando en qué sociedad queremos», *Palabra Pública*, N° 3, 2016.

## FRANCISCO DELICH: POLÍTICO-ACADÉMICO LATINOAMERICANO

Francisco Rojas Aravena

América Latina y el Caribe ha sido tierra fértil en el desarrollo del pensamiento social. Es más, se critica a la región por tener más sociólogos, abogados, politólogos, trabajadores sociales, psicólogos y otros, que profesionales en ingeniería. El pensamiento social latinoamericano ha tenido en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), organismo internacional, intergubernamental, de carácter académico y autónomo, un referente central por más de seis décadas. La FLACSO, cuya sede original estuvo en Santiago de Chile, en la actualidad cuenta con una presencia en más de 17 países de la región y, en los hechos, es la principal universidad de posgrado de América Latina y el Caribe. Su sede central está en San José de Costa Rica. De igual forma, la región cuenta con un organismo de coordinación académica, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), fundado en 1967. Esta entidad agrupa a centros universitarios a lo largo de la región, es la organización académica, en el ámbito de las ciencias sociales, más amplia de la región. En ambas instituciones, Francisco Delich dejó un importante legado. En la FLACSO, como consejero miembro a título individual y presidente del Consejo Superior, además de sus aportes como profesor de la sede Académica en Buenos Aires, y en la CLACSO como uno de sus secretarios ejecutivos.

Referirse al legado de Francisco Delich en la región latinoamericana es referirse esencialmente a su labor en las instituciones anteriormente señaladas. Sin embargo, al reseñar su gran herencia en la Argentina, la debemos hacer como la de un *académico-político* o más bien, un *político-académico*. Francisco Delich fue un político que dedicó parte importante de su vida a la academia, pero también fue un académico que dedicó parte importante de su pensamiento a la reflexión y a la acción política. Como político-académico y como académico-político colocó en el centro de su pensamiento los derechos humanos, la democracia y la educación. Su impronta quedó marcada en la normalización de la Universidad de Buenos Aires, tarea que le encomendó el recién inaugurado gobierno democrático de Raúl Alfonsín. La Universidad de Buenos Aires se encontraba destruida por la intervención militar –al igual que como ocurrió con otras universidades en América Latina– y el impacto fue devastador. No solamente por la muerte y la desaparición de profesores, el exilio de importantes docentes e investigadores, la pérdida de estudiantes, sino también por el impacto negativo en el ámbito académico, en la libertad de expresión, la libertad de cátedra y en la reducción del pensamiento crítico y más en general de la producción científica.

El trabajo de recuperación de la Universidad fue tarea titánica. El entonces rector Delich, en una perspectiva contraria a las recetas que pregonaba con fuerza el neoliberalismo en el ámbito de la educación universitaria, mantuvo el concepto de una universidad amplia, plural, capaz de integrar a los más diversos sectores de la sociedad. Ello llevó a que, como lo señaló la reseña del diario *Clarín* el día de su muerte (21/05/2016), en el primer año de la normalización de la Universidad se inscribieron más de 80 mil estudiantes. Ello generó todo tipo de problemas logísticos, pero Delich

los resolvió. Coordinó con autoridades de la ciudad y de la provincia a efecto de ocupar fábricas desocupadas para poder dar espacio a todos los estudiantes y contratar profesores, aún con un presupuesto extremadamente reducido.

La gratuidad era un principio esencial para permitir que a las aulas universitarias llegasen alumnos de los sectores populares, de clases medias y otros(as), que de otra manera no tendrían ninguna posibilidad de acceder a la universidad. Delich pensaba, y así lo señalaba, que la gratuidad se constituía en un elemento correlativo y esencial para el mantenimiento y consolidación de la democracia.

Luego de la normalización efectuada en la Universidad de Buenos Aires entre 1983-1985, fue secretario de Educación de la Nación Argentina, entre 1986-1987, durante el gobierno del presidente Alfonsín. Posteriormente, Francisco Delich regresó a su provincia natal de Córdoba, donde volvió a cumplir la doble función de académico-político y de político-académico. Fue electo rector de la Universidad de Córdoba entre 1989-1995. De allí pasó plenamente a la política. Fue elegido legislador de la provincia de Córdoba, donde se desempeñó como parlamentario entre 1997-2001. Pocos años después, fue elegido diputado de la Nación Argentina, representando a la provincia de Córdoba, cargo que desempeñó entre 2005-2009.

En forma previa, en los años 70, Francisco Delich se desempeñó como secretario ejecutivo de CLACSO y, desde esa posición, jugó un rol esencial en la protección de la vida de cientos de personas que huían de los regímenes dictatoriales de América Latina. Tuvo un papel esencial en el caso de los chilenos. La década de los 70 fue un periodo importante en el conocimiento personal, con distintos líderes e intelectuales de la región, entre ellos dos que asumirían la Presidencia de la República tanto en Chile, en el caso de Ricardo Lagos,

como en el caso de Brasil, con Fernando Henrique Cardoso. Su formación intelectual, luego de cursar estudios de derecho, estuvo ligada a Europa, particularmente a Francia, con una fuerte influencia de Alain Touraine.

Decía que Francisco Delich estuvo ligado a FLACSO como profesor de la Sede Académica de Argentina y de manera importante, como consejero a título individual y presidente del Consejo Superior del organismo. Me tocó trabajar directamente con Francisco cuando estuve a cargo de la Dirección de FLACSO Chile y luego como secretario general de la institución. Tuvimos largos diálogos y conversaciones sobre América Latina, los cuales giraban esencialmente en torno a cómo pensar la región en su conjunto. Desde dónde *mirar* a la región y de qué manera observar y destacar su alta heterogeneidad, pero a la vez la marcada fuerza con la que también se destacan uniformidades. Estas reflexiones son las que están presentes en dos de sus últimas publicaciones: *Sociedades invisibles: la cultura de la ingobernabilidad en América Latina* (2007) y *Repensar América Latina* (2004), su trabajo tendiente a «redescubrir la especificidad de la región», ambos publicados por Gedisa. Este último trabajo se vinculó a un par de iniciativas generadas por la Asamblea General de FLACSO y su Consejo Superior en el año 2002, y en la coincidencia con el trabajo que impulsó el representante de la UNESCO y ex director y fundador de FLACSO Ecuador, Gonzalo Abad. De esta interacción fructífera para repensar la región, para redescubrirla, para generar nuevas miradas, surgieron varios libros –algunos de ellos auspiciados por UNESCO– lo que produjo un importante debate intelectual, a mediados de la primera década del siglo XXI.

Un primer aspecto que se resalta en esta reflexión –sobre el *Repensar América Latina*– corresponde a la visión sobre la «década perdida». La década de 1980 fue una década perdi-

da para la región latinoamericana y caribeña en relación con el crecimiento económico. Fue una década perdida en el desarrollo social latinoamericano y caribeño. Es en esta época donde las mayores desigualdades se evidencian con una gran fuerza. Es un período en el cual la falta de crecimiento, el aumento de la informalidad, el incremento de la pobreza, producen una mayor desigualdad, una creciente inequidad que se manifiesta hasta el día de hoy en la región. Somos la región más desigual del mundo, con la peor distribución del ingreso.

No obstante, Delich destaca que esta fue una década ganada para la democracia, para la promoción de los derechos humanos y, por lo tanto, para la dignidad de las personas. Quienes nos dedicamos a las relaciones internacionales señalamos que esta también fue una década ganada para la concertación política latinoamericana y caribeña. Fue una década en la cual se establecieron mecanismos efectivos que permitieron detener la guerra en Centroamérica y su expansión hacia el sur del continente. Fue así como, primero el Grupo de Contadora (México, Panamá, Colombia, Venezuela) y luego el Grupo de Río (Argentina, Uruguay, Brasil, Perú) se constituyeron en la principal defensa frente a la intervención externa en la región, la defensa de la paz y la promoción de la estabilidad a partir de la democracia. Lo anterior permitió que la democracia se afanzase de manera efectiva en los años 90 y que continúe en la actualidad. Este año 2018 se conmemoran los 40 años de la redemocratización de América Latina y el Caribe. La democracia electoral se instaló en la región, más allá de dificultades específicas que han aflorado en distintos países, pero hoy día, pese a las dificultades, aún con debilidades, la democracia –esencialmente la democracia electoral– es lo que rige en América Latina y el Caribe.

En 1989, se produjo la caída del Muro de Berlín. Fue el fin de la Guerra Fría. Nuestra región aportó a la estabilidad

internacional con el Acuerdo de Paz en Centroamérica, Esquipulas I y II, que posibilitó el cese del fuego en Nicaragua, el llamado a elecciones libres y en los años siguientes, en 1992 y 1996, los Acuerdos de Paz de El Salvador y Guatemala.

Es el momento en el cual el mundo tomó plena consciencia de la globalización. En palabras de Delich: «se terminó el estado de soberanía absoluta, el estado autárquico, que prevaleció en la fase anterior. La soberanía absoluta, que era un requisito para las políticas autárquicas, y eso ya no existe».<sup>1</sup> A la vez, junto con el impacto del desarrollo y la globalización, se produce la transnacionalización de los mercados y la planetarización de la sociedad civil. Todo esto, el conjunto de desarticulaciones, produjo dificultades en la estabilización de los sistemas políticos, estableció una ruptura de las articulaciones entre el Estado, la sociedad civil y el mercado (*Repensar América Latina*). Junto a ello, desaparecieron actores, aparecieron nuevos y se produjeron vacíos de representación «que ninguna dimensión (campo histórico) estaba en condición de asegurar: ni el Estado, ni la Sociedad civil, ni los Mercados» (*Repensar América Latina*). Parte importante de las reflexiones, pensamientos, dudas e ideas en la última década de vida de Francisco Delich estuvieron centradas en el Estado, la Nación, la Sociedad civil y los Mercados y en sus complejas relaciones, que marcan diferencias específicas para los países. El fin de la ilusión autárquica generó impactos en el sistema político. «El mundo no está para que haya autarquías o soberanías absolutas. Salvo una, que es la de la potencia dominante».

La reflexión sociológica que aportó Delich en la visión regional y en estudios de casos comparados fue importante.

<sup>1</sup> *Semanario Universidad*, 4 de agosto de 2005, San José, Costa Rica. Entrevista efectuada por Gilberto López.

No obstante, entre las 11 *interpelaciones* que él destaca en su libro *Repensar América Latina*, no aparecen en forma específica y en forma explícita, los procesos de integración regional. Esa es la visión del académico-político; sin embargo, en la visión del político-académico, los temas de relación de poder en el contexto de la globalización y en particular en las Américas, constituían parte importante de su análisis de coyuntura y de las perspectivas sobre «lo nuevo en América Latina».

Sobre esto, en la entrevista con Gilberto López antes mencionada, aparece con fuerza la idea de la globalización y la imposibilidad de perspectivas soberanas autárquicas, aunque sí una mirada sobre la «globalización asimétrica». Esta produce desventajas para la competencia que no se pueden revertir. «Hay una potencia hegemónica que garantiza ese orden y el camino que se hace una cornisa para tratar de encontrar un lugar en ese mundo que no signifique un retroceso para nosotros». En ese contexto, Delich destacaba

nadie puede cerrar su país al mundo sin que eso tenga gravísimas consecuencias. Pero uno puede decir, aceptemos que no somos autárquicos, pero podemos ser autónomos en algunas materias; hay un orden de decisiones que está en nuestras manos. Los países de América Latina no pueden volver atrás.

Al señalar esto, estaba pensando en el cierre del largo ciclo de la transformación agraria, la urbanización y el avance que logró la industrialización sobre la base del modelo de sustitución de importaciones. Este se vio colapsado, de manera fundamental, en el contexto de la Guerra Fría, y posteriormente con la crisis económica global, y el Consenso de Washington, que promovió la visión neoliberal en el mundo y que, en la región latinoamericana, fue el sustento de las dictaduras.

En su visión política de lo regional e internacional destacaba siempre que Brasil estaba más adelantado que el resto de los países de la región, en especial por los avances industriales de este país subcontinental. De igual forma, miraba los desarrollos en México, pero que conllevaban riesgos importantes por la suscripción del Acuerdo de Libre Comercio con los Estados Unidos. Él indicaba que era importante visualizar las experiencias de Chile y México en estos acuerdos con los Estados Unidos y, en el caso de este último país, reconocía un formidable avance en las exportaciones, pero a la vez un impacto inmenso en la destrucción de la economía agraria. Más allá de esto, incluso estaba la pregunta sobre la soberanía e independencia que esto producía en los países, señalando que «México ha podido mantener grados importantes de independencia y que una pregunta fundamental para el futuro es qué ocurre y qué ocurrirá con los veinticinco millones de mexicanos que viven en Estados Unidos».

Con Francisco Delich tuvimos importantes coincidencias y también significativas discrepancias sobre la integración regional, el modo de analizarla y asirla y esto se expresó en significativos debates que tuvimos con relación a los informes académico-políticos que presenté cuando me desempeñé como secretario general de FLACSO (2004-2012) y, en especial, en el periodo en el que coincidí con Francisco Delich como presidente del Consejo Superior y consejero a título individual de FLACSO. Estas coincidencias fueron importantes en torno al impacto de *El crimen organizado internacional: una grave amenaza en América Latina y el Caribe* (FLACSO SG, 2006), en donde ya en el año 2006 destacábamos a esta como una amenaza creciente a las democracias en América Latina y el Caribe. En la reflexión de Francisco Delich sobre este tópico destacaba que este era un punto importante en la «agenda planetaria de investigación», que debía ser tomado en

cuenta por las ciencias sociales, que esta temática fue relevante en el Foro Mundial de Ciencias Sociales, en el cual Francisco Delich jugó un rol fundamental, en el mes de febrero de 2006 en Buenos Aires.

El análisis de este fenómeno en el caso latinoamericano refleja que la violencia y la actividad de la criminalidad organizada se entienden y que se pueden encontrar las raíces y causales fundamentales en la debilidad del Estado, de sus políticas sociales, en particular del desempleo y la informalidad, en las crisis en los sistemas educativos y, más en general, en la exclusión y la pobreza que generan una desigualdad que se incrementa. Todo ello se expresaba y se expresa hoy con gran fuerza en el hecho que América Latina es la región más violenta del mundo.

Un debate particularmente significativo lo tuvimos en República Dominicana en el año 2007, en donde la secretaria general, conjuntamente con la Secretaría de Relaciones Exteriores de ese país, organizó un seminario sobre «Integración, Concertación Política y Cohesión Social». Para ese seminario y la reunión que desarrolló el Consejo Superior de la FLACSO el día siguiente, preparé un informe sobre *La Integración Regional: un proyecto político estratégico* (FLACSO SG, 2007). En ese seminario internacional, se expresaron puntos de vista diferentes sobre cómo abordar y analizar el tema de la concertación política, la integración regional y el rol y el impacto de la agenda de los Estados Unidos. En la mirada que entregó Francisco Delich, mucho más política que en otras ocasiones, era cómo responder a las perspectivas «unilaterales y hegemónicas», a diferencia de lo que yo –también con una perspectiva más política que académica– señalé en esa oportunidad, referido a la importancia de la concertación política latinoamericana y al análisis del impacto de la política norteamericana, del «unilateralismo radical» de los Estados Unidos,

sobre nuestra región. Estas visiones generaron un significativo, vívido y apasionado debate entre los consejeros a título individual, del Consejo Superior de la FLACSO, así como los representantes gubernamentales que en él participan y otros Estados observadores.

Seguidamente, a partir de las actas del Consejo Superior de FLACSO, (CSXXX), reproduzco parte importante de esta discusión para mostrar el debate latinoamericano en ese momento sobre estos temas, y los insumos que se generaban desde la Secretaría General de la FLACSO, con un fuerte acento en la mirada desde las relaciones internacionales y la ciencia política más que de la sociología política o de la sociología cultural. Estos debates posibilitaron compartir miras y, a la vez, establecer diferencias, así como buscar oportunidades de convergencia y reafirmar miradas y proyecciones desde la región, en un contexto global complejo.

## I. Debates sobre integración

En el Informe sobre la *Integración Regional como Proyecto político Estratégico*, entre los temas más relevantes incluidos en él destacan de manera sucinta: un análisis sobre la coyuntura de la América Latina y el Caribe; los principales factores que inciden en los diversos modelos subregionales de integración; los puntos de encuentro y desencuentro entre los procesos de integración más institucionales (SICA, CARICOM, MERCOSUR, Comunidad Andina de Naciones, entre otras) y los espacios de diálogo político y concertación (Plan Puebla-Panamá, Alternativa Bolivariana para las Américas, Comunidad Sudamericana, entre otras), cuyo desarrollo se encuentra fuertemente condicionado por tensiones históricas y de nuevo cuño en toda la región. Se describen los desafíos principales a

los que se enfrenta la integración latinoamericana y caribeña y mira con optimismo sus posibilidades en el futuro de mediano y largo plazo.

El consejero y presidente del Consejo Superior, Francisco Delich, destacó la importancia sobre «integración, concertación política y cohesión social en América Latina y el Caribe», que permitió un debate sustantivo sobre temas cruciales para la vida de la región. El informe que se acaba de escuchar es una parte de la gestión de la FLACSO y desea aportar con algunas reflexiones adicionales.

Señala que hay una omisión importante en la presentación. El documento no se refiere al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés). Se podría decir que esta iniciativa no es latinoamericana, pero lo cierto es que hay que incluirla porque ha creado un espacio subregional que no puede ignorarse. Nadie puede analizar a América Latina sin tomar en cuenta la globalización. Nadie puede pensar la integración como si estuviera en el vacío porque tal vacío no existe.

En la agenda latinoamericana, la construcción de «otras» agendas incide de manera decisiva. Eso es cierto tanto en lo que respecta a los EE.UU. como a las agendas de otros países centrales. En el caso de los EE.UU. cualquiera puede advertir que durante los años de la Guerra Fría tuvo como objetivo estratégico neutralizar todo lo que pudiese considerarse «comunismo». A partir del 11 de septiembre del 2001 el objetivo estratégico se ha mudado a la lucha contra el terrorismo.

En la agenda de la FLACSO esto no se puede ignorar. Sin embargo, la agenda de la FLACSO no debería definirse a partir de esa consideración sino construirse a partir de los aportes de las y los investigadores de la institución. La agenda que se debe proponer es la que los investigadores elucubran y trabajan, dichos temas tienen que ver más con las agendas de

sus referentes nacionales que con las prioridades de una gran potencia por hegemónica que esta sea.

¿Cómo responde la FLACSO ante una agenda que además de unilateral es hegemónica, centrada exclusivamente en un terrorismo definido a priori para la potencia hegemónica? Se pueden entender las razones que han llevado a los EE.UU. a adoptar la agenda actual, pero tal no es la agenda de América Latina y no debe serlo. No cree que la militarización del tema de la seguridad sea conveniente, pues la lucha contra el terrorismo que podría ser con toda justificación una prioridad para los EE.UU. no lo es para América Latina. Las agendas también se construyen diciendo lo que no se quiere hacer y este es un caso en que se debe formular la agenda de este modo, pues América Latina no tiene para qué seguir el designio norteamericano en la materia. Este es el siglo de América Latina: la FLACSO puede hacer un espacio de discusión esencial de los temas de la región. Este año el esfuerzo de la FLACSO debe estar orientado en la producción y consolidación de su propia agenda y la de América Latina.

El representante del gobierno de México celebra que el tono que prevalece en el Consejo Superior es de franqueza, respeto y propuesta. El informe presentado por el secretario general es articulado, denso y con matices que le dan un valor para la discusión y acepta con gusto su invitación al debate. Le llama la atención que en el Informe se aluda, en un par de ocasiones, a la falta de un faro específico en la región para la resolución de diferendos, conflictos y litigios. Esto hubiera podido pasar inadvertido si no fuera por una coincidencia: hace dos semanas en México tuve oportunidad de intercambiar opiniones con el embajador Bernardo Sepúlveda, juez de la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Aprendió, en esa ocasión, sobre la pluralidad de la integración de la Corte pero, además, uno de los temas fue la relación entre América

Latina y la Corte. La región que más casos lleva a la Corte Internacional de La Haya es América Latina. Esto suscita de inmediato un interrogante sobre por qué es América Latina la que más casos tiene en esa instancia. Para él, la razón es que se tiene confianza en La Haya. Sin excepción alguna, todas las resoluciones que se han adoptado en La Haya se han acatado en América Latina. Sabe y entiende que parte de la dificultad de articular una agenda regional pasa por la extrema complejidad del andamiaje institucional que tiene la región. En este sentido, se pregunta si se requerirá de un espacio regional propio para la solución pacífica de controversias como lo sugiere el Informe o si más bien se debería aprovechar el que ya existe en la figura de la Corte Internacional de Justicia.

El segundo comentario tiene relación con las palabras del consejero Delich. Los Tratados de Libre Comercio deben ser tema de discusión porque tiene infinitas raíces en la realidad nacional. Cree que hay que analizar los «rebotes» que tienen en la región las grandes iniciativas comerciales como las de los TLC. También vería algo similar respecto de la agenda monotemática y cansina de los EE.UU. sobre el terrorismo. Entiende que no se tienen que adoptar agendas ajenas y, sin embargo, si se analizan las políticas que han adoptado los EE.UU. y sus tremendos impactos sobre la región, se entendería que tampoco pueden ignorarse. Subraya: no se deben adoptar agendas exógenas pero tampoco se deben ignorar las consecuencias de tales agendas en el orden interno de nuestros países.

El consejero miembro a título individual, Dr. Francisco Rhon (Ecuador), se suma a la sugerencia de que se incorporen en un próximo informe algunas reflexiones en torno a los Tratados de Libre Comercio. También deberían analizarse otros acuerdos como la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA), el cual tiene la membresía de ocho paí-

ses latinoamericanos, cinco de los cuales son miembros de la FLACSO. Muchos de los ingresos de los países de la región provienen de la extracción directa de recursos naturales, recursos que no siempre son controlados por esos países sino que se encuentran en manos de transnacionales. Considera que deberían incorporarse un par de temas de «economía dura»: ¿Cuáles son las relaciones de mercado que le permitirían a América Latina insertarse mejor en el comercio internacional? Propone que el próximo tema de discusión del Consejo Superior siga siendo la integración, pero desde otro ángulo: viendo también la inserción de América Latina en la globalización, así como las visiones autóctonas. El tema debe seguir avanzando y profundizándose. El consejero ecuatoriano continuó señalando que la Secretaría General de FLACSO hizo una labor adecuada revisando el estado de las diversas iniciativas pero hay que avanzar en el entendimiento de las inteligencias regionales sobre la agenda regional. El debate que hemos tenido se abre a una discusión importante sobre cuál va a ser el eje de la integración a partir de elementos de la realidad latinoamericana.

El presidente del Consejo Superior, Dr. Francisco Valdés, México, hace un reconocimiento del trabajo presentado que culmina una fase de producción de materiales de gran nivel, asociado a la organización o la participación de la FLACSO en eventos en donde se ha elevado el perfil de la institución en ámbitos en donde es necesario estar presente. Coincide plenamente con el consejero Delich en cuanto a que la construcción académica de la FLACSO debe incorporar lo que hacen sus investigadores. Tal debería ser la dinámica en todos los órganos de gobierno. Ello no debería inhibir la posibilidad de que la Secretaría General aporte visiones regionales sobre temas de gran relevancia más allá de dichas agendas nacionales de investigación. También considera, al igual que Delich, que

es necesario atender la idea que el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) y los otros tratados comerciales establecidos entre los países latinoamericanos, los EE.UU. y Canadá deben incorporarse al análisis. Acoge la propuesta del consejero Rhon de incorporar una reflexión desde los países y subregiones «hacia» la mundialización.

Las agendas de otras regiones no son nuestra agenda necesariamente. Comparte, sin embargo, la idea de que las políticas que se desarrollan en los países centrales afectan de manera significativa a América Latina y el Caribe.

La consejera miembro a título individual, Dra. Carmen Miró (Panamá) felicita por el documento sobre integración regional presentado y el debate en el seminario que se tuvo sobre «Integración, concertación política y cohesión social». Se expresaron informaciones muy concretas sobre las experiencias nacionales, que hablan de la necesidad de conocer, con tanto detalle como sea posible, las estrategias que se están siguiendo para lograr un mayor desarrollo regional. La integración pareciera no ser todavía suficientemente sólida, no se encuentra consolidada y por lo tanto el tema debe seguir presente en la agenda latinoamericana y en los análisis de la FLACSO. Escuchando al consejero Delich, reafirma lo que aquí se ha señalado: avanzar como lo ha indicado el secretario general en una agenda que mire las consecuencias que las políticas antiterroristas y otras similares tienen en los escenarios locales.

A su juicio la preocupación de la FLACSO debería incluir al crimen organizado, las pandillas y otras expresiones ilegales como la corrupción, que se ha introducido en las organizaciones de policía y la falta de transparencia que, no siendo criminal, debe ser objeto de sanciones. Estas manifestaciones indican la existencia de realidades criminales nacionales con lógica propia. Cree que es muy importante estudiar

los tratados comerciales que se han suscrito con los EE.UU. y los problemas que estos han ocasionado. Concuera en que se ha de examinar la forma como América Latina, con ayuda de la FLACSO, puede adoptar una agenda que contribuya a mejorar la calidad de vida de las y los latinoamericanas y latinoamericanos.

La consejera miembro a título individual, Dra. Elizabeth Lira (Chile) agradece y felicita no solo por el Informe sino por la organización del Seminario Internacional realizado. Le parece que si bien la agenda no puede ser la del terrorismo no se puede prescindir de sus implicancias en los países de la región. Por su parte haría una diferenciación entre el tema del terrorismo tal y como lo definen los EE.UU. y las preocupaciones por el orden público y la seguridad de las personas que se encuentran en este y en el anterior informe de la Secretaría General de la FLACSO. Es importante hacer la distinción entre estos conceptos.

El consejero Francisco Delich toma nuevamente la palabra. Dice que el punto de partida sobre el análisis riguroso sobre los EE.UU. empezó en México en la década de 1970 por expertos latinoamericanos que lo hicieron con espíritu crítico y profundamente regional. No hay ninguna duda sobre la importancia de analizar a la potencia mundial pero otra cosa es admitir que la agenda de los EE.UU. tiene para nosotros el mismo valor que la propia. Dice que votará positivamente el Informe del secretario general, pero insiste en que debe variar su orientación a futuro. El secretario general es amigo y no tiene por qué tener la piel tan sensible. En los debates académicos se dicen cosas de manera franca e incluso brutal. El Consejo Superior de la FLACSO no son las Naciones Unidas. En este foro participan académicos latinoamericanos que piensan como piensan y lo dicen. Hay que ser sensible ante la producción de las y los académicos e investigadores de la

FLACSO y no someter a la institución a las prioridades de las agendas exógenas.

La representante observadora de Cuba agradece el importante documento preparado por el secretario general el cual denota gran cuidado y riqueza en su contenido. Expresa a nombre de su país y como académica el deseo de que en FLACSO se analice el impacto devastador del bloqueo de los EE.UU. en la vida académica y científica de Cuba. Conveniría que FLACSO en un futuro investigase sobre las consecuencias de esta política.

La presidenta del Comité Directivo, Dra. Giovanna Valenti (México) aplaude la polémica suscitada en torno al III Informe del Secretario General, al Consejo Superior, pues refleja el espíritu de una institución que es académica pero también intergubernamental. Sin abundar en las características del Informe, el cual considera de muy buena calidad, señala que –también– en las reuniones del Comité Directivo no es la primera vez que se discute la conveniencia de «academizar» más las reflexiones sobre políticas públicas.

El representante de Bolivia, observador en el Consejo Superior, agradece la invitación. En el Informe, el secretario general, hace una alusión al tema de las relaciones entre Bolivia y Brasil a propósito de la política sobre gas natural. Aclara que lo que en estos momentos acontece en las relaciones entre Bolivia y Brasil es un diálogo respetuoso y positivo entre gobiernos hermanos que entienden sus recíprocas necesidades y demandas. Considera que la FLACSO podría recoger mucho de lo que se está haciendo en el marco de los esfuerzos de cooperación e integración que se intenta dar en este nuevo contexto. Es una forma «nueva» de negociar. De allí se deriva el que no haya ninguna posibilidad de que el diferendo escale porque desde Bolivia se está aplicando la «diplomacia de los

pueblos», la cual constituye un nuevo aporte que merecería ser analizado por la FLACSO.

El representante de Chile agradece el Informe sobre el estado de la integración regional y se suma a la opinión de Carmen Miró. El gobierno de Chile atribuye al tema de seguridad y defensa la más alta prioridad en la agenda local e internacional. Este tema no debe de ninguna manera confundirse con la agenda antiterrorista de los EE.UU. Tiene que ver más bien con el accionar de poderosos intereses criminales transnacionales, así como con el impacto que estos tienen en las sociedades latinoamericanas.

El secretario general agradece las distintas intervenciones, observaciones y apuntamientos críticos. Coincide con el señalamiento del consejero Francisco Delich en el sentido que nada está más lejos de la agenda de la Secretaría General de la FLACSO y de la del secretario general en lo personal, que adoptar la agenda de los EE.UU. De hecho, siempre ha expresado que se ha de tener una posición contraria a la práctica de unilateralismo radical de los EE.UU. en lo que respecta a muchos temas centrales de la política mundial, incluida la lucha contra el terrorismo, la política ambiental, la guerra en Irak y Afganistán y la militarización de la lucha antinarcóticos, entre otros temas. A lo largo de los años ha publicado extensamente sobre la necesidad de prevenir la militarización de la seguridad y de la confusión de roles entre fuerzas armadas y policías.

Quizá lo que pudiese llevar al consejero Delich a una percepción errónea es el trabajo de seguimiento de las relaciones de los EE.UU. con América Latina en temas claves y de gran impacto en la política latinoamericana. Estos temas son parte de un proyecto llevado a cabo bajo el auspicio de la Fundación Ford, que se está haciendo sobre distintas políticas de los EE.UU., desde diferentes Unidades Académicas de la

FLACSO y está en su fase final de desarrollo para su publicación. En ellos se analiza el impacto en tres ámbitos: el comercial, el migratorio y el de la seguridad.<sup>2</sup> La producción de este proyecto ha estado siempre a disposición de los consejeros y del público en la página web de la institución.

Este fue un ejemplo del tipo de debates que tuvimos en el Consejo Superior de FLACSO, francos, abiertos, transparentes, sobre los temas de y para la agenda latinoamericana y, en particular, para producir recomendaciones de política, tanto a los actores gubernamentales, como a las organizaciones académicas, así como de la sociedad civil.

## II. Un futuro incierto en la concertación política latinoamericana

A dos años del deceso de Francisco Delich, los debates sobre integración latinoamericana han perdido fuerza. La integración y los espacios de concertación política regional se encuentran en crisis. La globalización asimétrica generó cambios sustanciales en las relaciones de poder en el mundo. La democracia se ha debilitado, tanto en Europa, en Norteamérica, como en América Latina. Lo característico en la actual coyuntura es la incertidumbre. La llegada de Donald Trump a la Presidencia de Estados Unidos ha aumentado las tensiones globales y, como señaló el secretario general de Naciones

2 Hernández Milán, J. y Lizano, A.C. (eds.), *América latina y la Segunda Administración Bush: Un debate sobre seguridad*, FLACSO SG, San José, Costa Rica, 2008; Hernández Milán, J. y Lizano, A.C. (eds.), *América latina y la Segunda Administración Bush: Un debate sobre comercio*, FLACSO SG, San José, Costa Rica, 2008; Hernández Milán, J. y Lizano, A.C. (eds.), *América latina y la Segunda Administración Bush: Un debate sobre migraciones*, FLACSO SG, San José, Costa Rica, 2008.

Unidas, António Guterres, las líneas rojas del retroceso histórico en torno a la paz, se incrementaron en el año 2017. Es necesario establecer mayores y mejores oportunidades para la prevención. Esa es la tarea que remarca el secretario general de Naciones Unidas cada día. Los Objetivos para el Desarrollo Sostenible es la mejor opción para superar las graves fracturas y desafíos globales.

Estas fueron las tareas que visualizó hace más de una década y media Francisco Delich, por los impactos globales en la cultura, en particular en la nuestra. «Las opciones drásticas están fuera del horizonte histórico; no se puede pensar en otro Estado parecido al modelo soviético. Pero tampoco se puede imaginar puro mercado, como lo hacen algunos fundamentalistas del mercado». De allí que su reflexión apuntó a que o somos capaces de integrarnos o no tendremos alternativas: «De modo que la opción está planteada así: o hay una Unión Sudamericana o no queda más alternativa que la incorporación al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que impulsa Estados Unidos».

En la actualidad, la opción sigue siendo avanzar en la concertación latinoamericana porque las opciones impulsadas por el gobierno de Trump son contrarias al libre comercio y apuntan a un aislamiento de su país. Ello ha generado tensiones militares, anuncia graves fricciones comerciales y se favorecen políticas discriminatorias. La *Unidad en la Diversidad* corresponde a la alternativa que surge de la región.

La FLACSO le reconoce y le agradece el tremendo aporte que realizó Francisco Delich a esta institución como consejero miembro a título individual y como presidente de su Consejo Superior. Francisco promovió debates profundos sobre la región latinoamericana, invitó a repensar constantemente sobre sus modelos de desarrollo y los avances y fluctuaciones de los procesos democráticos. Por 12 años, Francisco

Delich aportó de manera indudable al avance de la FLACSO como institución de sus unidades académicas, en particular de la sede de Argentina, y de la reflexión en el ámbito de las ciencias sociales. El reconocimiento efectuado por el Consejo Superior de la FLACSO se expresó en la Resolución CS-XXXI/24.208, en la que se señala,

además de ser un connotado académico latinoamericano, el Dr. Delich es también un distinguido político de su país, que ha sabido defender y promover las causas de la democracia, la defensa de los derechos humanos y la búsqueda de la equidad como reivindicaciones que están en la base de las aspiraciones que auspicia la FLACSO.

En lo personal, le estoy tremendamente agradecido a Francisco Delich por los debates intelectuales, por las enseñanzas en el ámbito de las ciencias sociales, por su amistad, que se reafirmó y se reflejó en las fuertes coincidencias, así como en la explicitación de las diferencias en el análisis de la región. Su pensamiento me acompañó a lo largo de mi primer período como secretario general de la FLACSO y, en forma previa, cuando fui investigador y luego director de FLACSO Chile. En la actual coyuntura de incertidumbres globales, de reflujos en nuestra democracia, de debilidad en sus procesos de integración y de estancamiento de las instancias de diálogo y concertación latinoamericana, el pensamiento crítico del político-académico Francisco Delich, nos hace falta. De allí que es necesario releer su obra, volver a mirarla, seguir enseñándola, para nuevamente volver a «repensar América Latina».

## LA UNIVERSIDAD PÚBLICA DE DELICH

José Joaquín Brunner

La principal servidumbre impuesta a las universidades estatales desde su origen y a lo largo del siglo XX en América Latina, habría consistido en definir su función central como la producción de certificados educacionales que habilitan para el ejercicio de las profesiones. Tal es la tesis interpretativa de Francisco Delich.<sup>1</sup> Este carácter profesionalizante de la universidad latinoamericana, según lo bautizó Luis Scherz<sup>2</sup> a este otro lado de la cordillera, sería la causa profunda de su colonización por los intereses privados. «Me permito llamar la atención sobre este último punto –escribe Delich en el texto recién citado– porque a mi modo de ver constituye el mayor

1 Delich, F., «La universidad pública entre sociedades y mercados», *Revista de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, N° 19, 2005, p. 134.

2 Scherz, L., *El Camino de la Revolución Universitaria*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1968, primera parte. En su estudio, Scherz analiza las universidades de la región latinoamericana a comienzos de los años 1960, «todas del modelo profesionalizante napoleónico», señala, que podían encontrarse en una de tres fases sucesivas o más de una combinadamente: «estática», «crítica» y «dinámico-dualista» (pp. 27-29). Su misión consistiría en preparar personas, en cuanto ciudadano del mundo, para vivir una vida socialmente útil, laboriosa y tolerante. La ciencia es reducida meramente al conocimiento útil o práctico (p.31). Esta definición de una universidad profesionalizante heredera del modelo napoleónico en su fase inicial iría luego transformándose en las siguientes fases, aunque manteniendo siempre su eje central en torno a la formación profesional.

de los atributos de poder reales de las universidades y simultáneamente su mayor debilidad». ¿Por qué? Porque genera en ellas, dice nuestro autor,

una cultura, unas estrategias [...] que establecen como primera prioridad la graduación. Para los estudiantes una meta. Para los profesores una limitación intelectual. Para la institución como tal un acotamiento, a veces salvaje, de su horizonte. Es el momento en el cual la universidad pública es colonizada por intereses privados.<sup>3</sup>

En la literatura actual, se señala que —a partir de ese momento— la educación superior se convierte en un bien de apropiación privada que genera un capital humano, cuyo retorno individual a lo largo de la vida constituye la rentabilidad de dicho capital.<sup>4</sup>

El argumento de Delich no se detiene sin embargo en los beneficios públicos y privados, individuales y colectivos, monetarios y no-monetarios que produce la educación superior.<sup>5</sup> En efecto, su preocupación, que viene desde el tiempo

3 Delich, F., «La universidad pública...» ob. cit., pp. 134-135. No es este el lugar para polemizar con el argumento de Delich en torno al significado del vínculo de la universidad con el mercado laboral. Baste decir que desde su origen la universidad prepara expertos para la burocracia monárquica o imperial o para la burocracia de la Iglesia católica o bien profesionales para el ejercicio de la abogacía, la medicina o la docencia. A su turno, y desde su origen, la universidad moderna forma asimismo —con diferentes énfasis— personas para el mundo del trabajo, ya bien con vistas a la «nobleza de Estado» (modelo francés), a la burguesía del *Kulturstaat* prusiano (modelo humboldtiano), o al status del *gentleman* (modelo británico).

4 Cfr. Woessmann, L. y Schuetz, G., «Efficiency and Equity in European Education and Training Systems», *EENEE Analytical Report* N° 1, Prepared for the European Commission, 2006; Johnes, J., Portela, M. & Thanassoulis, E., «Efficiency in education», *Journal of the Operational Research Society*, 68, 2017.

5 McMahon, W.W., *Higher learning, greater good: The private and social benefits of higher education*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009.

que fue rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires tras el fin de la dictadura entre 1983 y 1985, y luego rector de la Universidad Nacional de Córdoba (1989-1995), es con el impacto de la «burocratización» de las universidades públicas estatales en su funcionamiento organizacional. Su efecto más negativo, sostiene, sería «la generación de prácticas corporativas y neocorporativas».<sup>6</sup>

Así, a partir de su directa experiencia rectoral en Argentina, y su amplio conocimiento de las universidades estatales de América Latina durante el tránsito del siglo XX al XXI, Delich llega a la siguiente conclusión respecto de estas organizaciones:

protegidas del Estado por el principio de autonomía, establecido en muchos países en la propia Constitución Nacional y lejos de cualquier control institucional por parte de la sociedad civil, la institución se recluye en un espacio donde solamente se escuchan las voces de los distintos intereses. El contacto con la sociedad es mínimo, con el Estado casi nulo, indiferente a los mercados.<sup>7</sup>

Imagen perfecta de una organización volcada sobre sí misma, aislada de su entorno, capturada por los intereses y anhelos de su propio personal. Como se recordará, B.R. Clark proporciona una descripción similar de las universidades públicas italianas del último cuarto del siglo pasado,<sup>8</sup> situando al sistema de educación superior de dicho país en el vértice correspondiente a las instituciones dentro de su Triángulo

6 Delich, F., «La universidad pública...» ob. cit., p. 135.

7 *Ibidem*.

8 Clark, B.R., *Academic Power in Italy. Bureaucracy and Oligarchy in a National University System*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1977.

de Coordinación,<sup>9</sup> a gran distancia de los vértices del Estado y del mercado. En consecuencia, tal como propone Delich, Clark había arribado tempranamente a la misma conclusión; cual es que, en las circunstancias descritas, la coordinación del sistema queda en manos de los intereses corporativos de las principales universidades; en concreto, de sus «oligarquías académicas» internas, como las llama Clark.

De hecho, algo similar ocurría por esos mismos años con el conjunto de los sistemas nacionales de educación superior de la región latinoamericana, incluso allí donde ya existían universidades privadas, confesionales y laicas. Eran los catedráticos en la base de sus instituciones, los decanos elegidos por los catedráticos en el nivel intermedio del poder, y el rector que representaba a unos y otros ante el sistema político en la cúspide de la organización, quienes dirigían las corporaciones. Su función era obtener un trato preferente del Estado que debía garantizar su autonomía cuasi autárquica y financiar a las universidades públicas como un mecenas benevolente.<sup>10</sup> A cambio de estos privilegios corporativos, las universidades no asumían ningún deber de fidelidad con el Estado, como en los modelos napoleónico y prusiano, no debían rendir cuenta de la calidad y pertinencia de sus actividades ni de la eficiencia en el uso de los recursos fiscales. En cambio, quedaban a merced del poder y debían someterse a la intervención y a la represión cada vez que se interrumpía la democracia y se instalaban caudillos, dictadores o regímenes militares en el gobierno de la Nación.

9 Clark, B.R., *The Higher Education System. Academic Organization in Cross-National Perspective*, University of California Press, Berkeley, 1983, p. 143.

10 Brunner, J.J., «Educación superior en América Latina durante la década de los 1980: la economía política de los sistemas», en Kent, R., *Los Temas Críticos de la Educación Superior en América Latina. Estudios Comparativos*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1996, pp. 106-170.

Al propio Francisco Delich le correspondió asumir el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires en diciembre de 1983, designado por el presidente Alfonsín a la salida de la dictadura militar. Su misión era normalizar la Universidad, restituyendo la legitimidad a las autoridades académicas, recomponer la carrera del personal académico, restituir las libertades propias de estas instituciones y poner al día sus estructuras y funciones.

Al llegar a la Rectoría –recuerda Delich más tarde– él era perfectamente consciente de que las dificultades de la recuperada democracia no provenían solamente de «las condiciones políticas y sociales sino también de viejas prácticas universitarias en relación al uso del presupuesto». Y agrega:

La demanda de mayor presupuesto era tan razonable como habitual, en tanto se multiplicaban las actividades, pero su incremento más temprano que tarde generaría despilfarros e inequidades. Por ello, comenzamos congelando las vacantes administrativas.

No había necesidad de justificar demasiado la decisión desde el punto de vista político institucional y tampoco económicamente en una institución con escasos recursos. Sin anuncio ni difusión –señala– congelamos las vacantes no docentes de toda la Universidad.<sup>11</sup>

El rector normalizador constata, además, que la administración de la Universidad, a pesar de la complejidad de esta como institución académica, sin embargo era relativamente sencilla, al menos desde la perspectiva presupuestaria. Un 90% de los recursos recibidos del Estado se destinaba al pago de salarios y el resto al pago de servicios y al manteni-

11 Delich, F., *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2014, p. 44.

miento de la infraestructura. «En estas condiciones –agrega–, administrar es una tarea contable que no requiere imaginación. Peor aún: rechaza cualquier innovación en nombre de la contabilidad».<sup>12</sup>

Se plantea entonces la cuestión de la administración de la universidad estatal que, por su propia naturaleza, descansa en un orden esencialmente burocrático. Cuenta con un presupuesto asegurado por el Estado, la *accountability* de la organización es limitada, el control sobre el uso de los recursos fiscales es meramente formal y las inercias institucionales tienden a ser conservadoras en extremo. Agréguese a eso una división interna de poderes donde –como ya vimos– la autoridad reside en los decanos y sus facultades, en los catedráticos de mayor peso político al interior de la universidad y en el rector que cumple más bien un rol de representación externa y de cautela del interés corporativo.

Tal era entonces, en los años de Delich como rector normalizador, y luego en Córdoba, la antigua visión burocrática de la gestión de la universidad pública. Por el contrario,

el concepto de *management* era, aún, poco frecuente: usual en la empresa privada no parecía adecuado para la administración pública. No se utilizaba el término «gestión» que se confundía (o escondía) con el de administración. La pasividad de la administración burocrática, rechazaba el uso del activo e innovador concepto de gestión.<sup>13</sup>

En efecto, durante los años 1980 recién comenzaba a emerger en Estados Unidos –y en Europa algo después– el concepto del *New Public Management* (la Nueva Gestión Pú-

12 *Ibidem.*

13 *Ibidem.*

blica, NGP) que, en las décadas siguientes y hasta hoy, ha revolucionado la gobernanza de las universidades estatales,<sup>14</sup> a pesar de la resistencia de una parte de la academia que considera la NGP un producto puro y simple de la ideología y las políticas neoliberales.<sup>15</sup>

Delich, entre tanto, recuerda cómo, llegado a la Universidad de Buenos Aires, él se puso a buscar otras inspiraciones conceptuales y prácticas que le permitiesen superar el estrecho margen de la administración pública tradicional aplicada al manejo de estas organizaciones. Comenzó, dice, a leer a Drucker, que mezclaba sus raíces europeas con la eficacia norteamericana. Y a Crozier, el sociólogo francés que escribió sobre organizaciones burocráticamente bloqueadas. La conclusión de Delich en estos aspectos es que: «las grandes organizaciones tienden a desarrollar lógicas internas capaces de comprometer sus propios fines, cuando los desplazan paulatinamente para privilegiar su orden interno. Esa lógica interna no es inocente, se corresponde generalmente con intereses».<sup>16</sup>

Con esta manera de concebir la gestión de una universidad altamente compleja, como ya entonces –al término de la dictadura y distorsionada por esta– era la Universidad de Buenos Aires, su rector normalizador se enfoca en una suerte de versión *avant la lettre* de la NGP. Entiende que gestionar no podía asimilarse con las viejas formas de administración. Propone que la Universidad genere recursos más allá de los que recibe del Estado y optimice su utilización en función de sus fines y las reformas que se proponía impulsar. Remarca

14 Brunner, J.J. y Ganga, F., «Reflexiones en torno a economía política y gobernanza de los sistemas nacionales e instituciones de educación superior en América Latina», *Interciencia*, 41: 573-9, 2017.

15 Botticelli, S., «La impronta neoliberal en el new public management: gobernar a través del mercado», *Trabajo y sociedad*, (29): 677-692, 2017.

16 Delich, F., *808 días en la Universidad...* ob. cit., p. 45.

la necesidad de acompañar el *know how* técnico de la gestión con «una dosis suplementaria de honestidad y austeridad» según escribe, a propósito de haberse informado durante su primera visita al Hospital de Clínicas de la Universidad, del robo de un ascensor de considerable tamaño, su motor y caja incluidos. Días más tarde alguien roba las nuevas lámparas recién instaladas en el recinto hospitalario. Acota el rector que estos son robos miserables: forman parte «de una cultura de irrespeto a los bienes del Estado».

Una experiencia similar vivirá cuando se hace cargo de la Universidad Nacional de Córdoba. Llega allí con las lecciones aprendidas en la Universidad de Buenos Aires. De inmediato le llama la atención que su nueva institución «destina el 50% de su presupuesto al pago de los salarios de los no docentes; con el otro 50% se pagan los sueldos docentes». Más aún, «los sueldos para la administración duplican los sueldos para la docencia». A modo de ejemplo, el área del Rectorado contaba con 563 personas de nivel superior, 417 personas en el nivel de supervisión y 27 personas en el nivel de ejecución, con un total de 1007 personas.<sup>17</sup>

En relación con la labor sustantiva realizada por el rector normalizador y su equipo en la Universidad de Buenos Aires, su memoria, escrita 20 años después, señala esto: «teníamos la intuición [...] de que las respuestas estaban en la innovación, en un horizonte que no podía limitarse a recuperar las buenas tradiciones de 1918 y 1958», refiriéndose a la reforma estudiantil de Córdoba (1918) y al período anterior de renovación y modernización de la universidad bonaerense (1958). Por ejemplo, vale la pena recordar que en 1958 había nueve profesores con dedicación completa en la Universidad de

17 Delich, F., *La invención de la universidad*, tomo 2, Editorial Universitaria, Córdoba, 1990, p. 69.

Buenos Aires; en 1962 ya sumaban casi 500, y alrededor de 700 cuatro años después.<sup>18</sup>

*¿Qué puede recuperarse aquí de la gestión Delich iniciada en diciembre de 1983?*

Según destaca Buchbinder en su historia de las universidades argentinas,

El rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires, Francisco Delich, al señalar, poco tiempo después de asumir su gestión, los principales problemas que debía afrontar, manifestaba que se encontraba con una Universidad de masas, prácticamente sin investigación, con sus orientaciones profesionalistas profundamente acentuadas, inmersa en un proceso de deterioro de la formación de sus docentes y con graves problemas edilicios, agravados por la explosión que había experimentado la matrícula durante ese mismo año 1984. En términos generales las restricciones al ingreso, en la mayoría de las casas de estudios, fueron suprimidas, al igual que los aranceles que habían regido desde finales de los 70. La cantidad de estudiantes se incrementó entonces de manera sustancial.<sup>19</sup>

Efectivamente, en términos de la gestión política del rector, el desafío más importante fue el del ingreso a la Universidad, tanto en sus aspectos de selección como del financiamiento de la institución.

El primer aspecto se abordó a través de un sistema de ingreso definido como «irrestringido», es decir, aquel donde la úni-

18 Buchbinder, P.B., *Historia de las Universidades Argentinas*, Random House Mondadori, Buenos Aires, formato digital, 2012, pos. 2825-2840.

19 Ídem, pos. 3397.

ca exigencia para ser admitido en la carrera que el estudiante elige es el título de bachiller, que equivale a la licencia de la enseñanza secundaria superior. Durante el período militar, el gobierno había impuesto un régimen de ingreso restrictivo, mediante cupos de admisión por carrera. El nuevo gobierno democrático se había comprometido entonces a derogar aquella medida. Comenta Delich:

Así lo hicimos, pero esta decisión no resolvía el problema del ingreso ni en términos políticos ni pedagógicos; pero peor todavía, la confusión entre ambos niveles, las apelaciones a la justicia social, a la eficacia o a los costos financieros, no ayudaban a un debate fructífero.<sup>20</sup>

Las opciones de la política a seguir eran cuatro, según el autor: regresar al sistema restricto, con ingreso selectivo, pero sin cupos; ingreso directo e irrestricto; ingreso directo con cupos según carreras, e ingreso directo con nivelación obligatoria pero no selectivo.

Finalmente se adoptó un sistema de ingreso irrestricto con un mecanismo implícito, no coercitivo, de selección. En efecto, la tasa de deserción al término del primer año representaba un 50%, actuando como un medio oculto de selección. Por otro lado, y simultáneamente, se deterioró la calidad de la enseñanza. En efecto,

a medida que transcurrieron los años, el crecimiento de la matrícula incluyó cada vez más docentes interinos convocados con menores exigencias, espació los concursos y, en algunas universidades, fueron casi abandonados y reemplazados por evaluaciones que sostenían «carreras docentes» de dudosa calidad. Cada

20 Delich, F., *808 días en la Universidad...* ob. cit., p. 68.

vez más el cuerpo de profesores se alejó de la condición *full time* a dedicación simple; aunque también es verdad que las nuevas universidades intentan superar la burocratización de las universidades antiguas, innovando en materia docente y organizativa.<sup>21</sup>

*Entre tanto, ¿qué ocurría con el financiamiento de la educación superior?*

También, según lo prometido, se instauró la gratuidad para todos los estudiantes de pregrado en las universidades estatales. Eso sí, con plena conciencia de que se trataba de una solución inequitativa, al menos en el caso del rector normalizador. Dice en su memoria de aquel periodo: «la gratuidad de los tres niveles de la educación –primaria, secundaria y terciaria (N. del A.)– asegura la igualdad, pero no atiende a la equidad».<sup>22</sup> En concreto –observa Delich en 2014– a lo largo de los últimos 70 años, la participación de los hijos de trabajadores se ha mantenido más o menos constante en la Universidad de Buenos Aires, en alrededor de un 5%, muy por debajo de su proporción en la sociedad. En efecto, no había variado con los diferentes sistemas de ingreso adoptados, con el cobro de aranceles o la gratuidad, ni tampoco atendiendo a las variables políticas o a la naturaleza democrática o autoritaria de los gobiernos.

*¿Cómo explicar esta aparente anomalía?*

La clave no se encuentra en la entrada a la universidad, explica Delich, sino en toda la trayectoria anterior de las personas, desde la cuna hasta completar la educación secundaria. Adicionalmente, en la desigual acumulación de capitales de di-

21 Ídem, p. 112.

22 Ídem, p. 66.

verso tipo que acompañan a esas trayectorias. En suma, dice, «la gratuidad no alcanzaba a suplir la educación ofrecida a los sectores menos favorecidos económicamente de la población. [...] Cuenta la educación de los padres, el ambiente del hogar, la sensibilidad hacia las artes y la abstracción, las relaciones amistosas».<sup>23</sup>

Según puede verse, ya a mediados de los años 1980, cuando Delich asume la Rectoría de la Universidad de Buenos Aires tras una intensa carrera en las ciencias sociales latinoamericanas y en la renovación del pensamiento democrático de la capa intelectual de su generación, su visión del mundo universitario de su país y la región latinoamericana poseía un claro trasfondo sociológico. Además, no era, para nada, nostálgica ni populista. Era una visión renovada, puesta al día, que permaneció lúcidamente adherida a los ideales de la universidad moderna a lo largo de su vida. Es decir, una institución en condiciones de cambiar continuamente para poder responder a los desafíos de su entorno.

El entorno en que a su generación le correspondió desenvolverse, según escribió Delich hacia el final de su vida, había estado caracterizado por una cuádruple revolución, mirado desde el punto de vista de la academia. Primero, una revolución en las ciencias y las tecnologías; segundo, una revolución en relación al Estado; tercero, una revolución del vínculo entre la universidad y las empresas y cuarto, por último, una revolución/desafío «propiamente didáctica y de gestión institucional», según expresa él. Respecto de este último desafío, Delich no se confundía ni se dejaba distraer.

Debemos repensar la gestión de las universidades públicas, decía, transformada en gestión antigua, cara e ineficiente. De la didáctica de la enseñanza/aprendizaje

23 Ídem, p. 67.

en la universidad se han señalado sus defectos –verbalista, repetitiva, ritualista– y la necesidad de su reemplazo. Pero los esfuerzos son escasos y circunstanciales.<sup>24</sup>

Ante esta situación, proponía distinguir dos planos para enfrentar los retos que aquellas revoluciones traían consigo. En el primer plano, más envolvente, al nivel de los sistemas nacionales, se volvía imprescindible un cambio copernicano en la comprensión de lo público. Pues como señala Delich, «en el siglo XIX, público era sinónimo de Estado». En cambio, ahora, si bien «todo lo estatal es público, [...] no todo lo público es estatal»,

Ni de todos, ni de nadie, la educación es [...] un bien público y como tal puede ser administrado por el Estado en sus diferentes niveles (centralizado o descentralizado), o por la sociedad civil en sus diversas modalidades, pero no puede ser apropiado.<sup>25</sup>

Todo esto, sin duda, es muy actual y sitúa claramente a Delich –en su rol como intelectual público– en la línea de la renovación del pensamiento universitario en curso.<sup>26</sup>

En el segundo plano, acotado al nivel de las instituciones universitarias individualmente consideradas, el mayor riesgo según Delich, como ya vimos, era su identificación hacia dentro de sí mismas con los intereses corporativos y neocorpo-

24 Ídem, p. 109.

25 Ídem, p. 137.

26 Cfr. Brunner, J.J., «Lo público de la universidad a la luz de la historia larga», *Límite, Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología*, vol. 11, Nº 37, 2016, pp. 49-55; Brunner, J.J., «La idea de la Universidad pública en América Latina: narraciones en escenarios divergentes», *Educación XXI*, febrero, 2014, pp. 17-34; Brunner, J.J., «Transformaciones de la Universidad Pública», *Revista de Sociología*, Universidad de Chile, 19, 2005, pp. 31-49.

rativos de la organización. En estas circunstancias, previene nuestro autor,

el autogobierno que sostiene la autogestión, la elección democrática de los representantes de los diversos claustros, se convierte muchas veces en un intercambio de favores o eventualmente de homologación de intereses sectoriales. No siempre es así ni en todas las universidades, pero la tendencia al enclaustramiento, a la indiferencia hacia las demandas del Estado, la sociedad y los mercados se convierte en un alejamiento de su propia razón de ser, la construcción de un bien público. La universidad pública no obtiene ese carácter por su pertenencia al orden estatal. Estrictamente del Estado solo recibe su presupuesto (y no completamente) [...] Pero cuando mencionamos la universidad pública estamos señalando el carácter de una institución capaz de trascender el origen de sus fondos y alcanzar una identificación con el bien común de la sociedad.<sup>27</sup>

Digámoslo de una vez, para terminar: no es común, más bien resulta excepcional, escuchar a un rector y exrector de dos prestigiosas universidades estatales de América Latina, reflexionar en público, por escrito, de la forma como lo hace Delich. Con inteligencia crítica y con entera libertad. Afirmaciones como las que aquí glosamos, la mayoría de sus colegas rectores o exrectores solo osaría plantearlas tímidamente, en conversaciones íntimas y bajo estricta reserva.

Su discurso, por el contrario, trasciende los intereses puramente corporativos (y presupuestarios) de la universidad estatal y se dirige hacia las funciones sustantivas de estas instituciones en la sociedad. Sobre todo, Delich entendía que la misión contemporánea de una universidad pública –estatal

27 Delich, F., «La universidad pública entre sociedades y mercados», ob. cit.

o no– debía asentarse, hacia fuera, en la construcción de un bien común y, hacia dentro, en una rectoría conducida estratégicamente y apoyada en una eficaz gestión, capaz de adaptar la organización a un entorno en constante transformación.

Santiago de Chile,  
27 de enero de 2017

## FRANCISCO DELICH, LA DEMOCRACIA Y LA MODERNIZACIÓN

Juan Russo

Un aporte fundamental de Francisco Delich consistió en contribuir a la democratización como parte de la modernización argentina. La democracia como orden que privilegia los consensos para mantener «el estado de cosas vigente» no era de su interés. La democracia que le interesaba es la que avanza en la secularización, la democracia de los cambios, la que construye nuevos futuros de más igualdad y más libertades. De ahí su relación perenne con los jóvenes y con personas vinculadas a la innovación, de ahí su aprecio por el arte como espejo que refleja el porvenir. Más allá de disfrutar y apreciar obras del Bosco o de Borges, se interesaba por el nuevo cine como forma de acercarse al futuro. Francisco tenía una admirable capacidad de ubicar el presente del país y su vida misma en el arco de la historia. Y en general se entusiasmaba por el presente como apertura de cambios que se estaban iniciando. Siempre dispuesto a aceptar y construir nuevas propuestas, a pensar nuevas ideas. «¿Qué hay de nuevo para leer en México? ¿Qué hay de nuevo para leer en...?» son preguntas que escuché de Francisco, en una cena en Madrid con colegas, en la Casa Argentina en París, o en su casa de San Vicente, donde pasaría sus últimos años. Una pregunta que indicaba su humildad, su curiosidad, y también una forma de examinar al interlocutor.

Francisco Delich habita la memoria de no pocos sociólogos argentinos por su valentía y solidaridad durante la tenebrosa época militar. Recuerdo en San Juan, Argentina, a Leopoldo Allub agradeciéndole las gestiones ante una universidad americana para darle posibilidades laborales en el exilio; recuerdo en la Universidad de Guanajuato, México, en ocasión de un seminario que impartía Francisco, el agradecimiento de colegas por las gestiones como secretario ejecutivo de CLACSO, entrevistando a presidentes latinoamericanos para pedir por colegas de su país.

Este texto se construye a partir de la experiencia de amistad y de aprendizaje de uno de los buenos sociólogos de la región durante más de 30 años. Una parte de la experiencia asociada con la transición y democratización argentina desde 1982 a 1988, y desde el vínculo desde el exterior (desde Italia, España, Francia y México) y los frecuentes diálogos en Buenos Aires, y Córdoba.

## **I. Delich en la democratización**

En Argentina, 1982 fue el año en que los militares intentaron refundar su legitimidad para perpetuarse en el poder, dando lugar a la guerra de Malvinas, un dramático episodio que mostró al desnudo la naturaleza del régimen militar: el envilecimiento de la corrupción del poder más allá de cualquier límite (recuerdo las denuncias por el robo de las donaciones hechas por la población a los soldados durante la guerra de Malvinas); la concentración total de los medios de comunicación y el aislamiento. La guerra fue vivida como una situación intimidante no por el asedio de los ingleses (nuestros enemigos) sino por el propio gobierno. Se endurecían los controles y la represión cobraba nuevas fuerzas. La naturaleza del régimen implicaba

no solo al gobierno sino a la propia sociedad civil. Las banderas nacionalistas eran la plataforma de la enajenación. Que los medios de comunicación mintieran se justificaba desde el gobierno y medios de prensa, por razones estratégicas de interés nacional. En las universidades se organizaban comisiones de estudio sobre Malvinas y se preparaban planes sin contar con información verídica de lo que ocurría. En este año, la sociología en Argentina era parte de una historia que había acontecido casi 10 años atrás. El golpe de 1976 había dejado pocas carreras de sociología en pie. La Universidad de Buenos Aires, con una carrera organizada por escasos sociólogos, y la Universidad Nacional de San Juan, vaciadas ambas de contenidos teóricos, de actualización y de debate. Carreras silenciadas y enajenadas, como había ocurrido con la sociedad civil. En 1982 se debatía sobre si sería posible el triunfo de un partido de izquierda (el PSOE) en España después de cuatro décadas de dictadura franquista. El escepticismo reinaba en el país, y la guerra de Malvinas había echado un balde de agua fría a las críticas y movilizaciones sindicales y políticas contra el régimen militar. Junto con otros colegas recién egresados de sociología habíamos organizado el Colegio de Sociólogos, y en agosto decidimos organizar una conferencia sobre Malvinas y para ello invitamos a San Juan a sociólogos del país. Quien respondió de modo inmediato fue el secretario ejecutivo de CLACSO, Francisco Delich. Su visita fue para los sociólogos el inicio de la apertura democrática en la disciplina. Arribado a San Juan lo llevamos a la Facultad de Ciencias Sociales y por el reconocimiento a sus trabajos sobre el Cordobazo o sobre la producción azucarera en Tucumán (así también como por la ausencia de más de cinco años de sociólogos de importancia en la provincia), hubo una presencia masiva en su conferencia y una identificación inmediata entre estudiantes y colegas sobrevivientes en el interior del país. Nos encontramos con

una persona, que además de su enorme sencillez, escuchaba con atención y respeto a jóvenes de una provincia silenciada y alejada durante los años del proceso militar, de las novedades intelectuales del mundo. Con Delich llegó, en San Juan, la democracia a la sociología, y también su preocupación y sus reflexiones sobre la transición supusieron una inmediata sincronización, entre los que analizábamos desde dentro los acontecimientos con los que podían agregar la perspectiva contextual externa. Esto causó al mismo tiempo una fuerte identificación. Delich traía las novedades de lo que acontecía con la sociología en el mundo. ¿De dónde provenía la adhesión de muchos jóvenes en el interior del país con la democracia? Sin dudas la exclusión y el silencio impuesto por el autoritarismo generó una revalorización, que en esa época era manifestada solo en pequeños círculos de amigos y compañeros de carrera. Era claro después de Malvinas que el círculo se cerraba, la dictadura llegaba a su fin y el encuentro con colegas provenientes de otras regiones del país que también proponían la democracia, como idea de renovación política y programa, ponía de manifiesto que la idea democrática estaba fluyendo en la sociedad argentina. Planteamos a Francisco la necesidad de invitar a intelectuales a San Juan con la finalidad de organizar debates. Nos ofreció apoyo para organizar un seminario sobre epistemología de las ciencias sociales y propuso a Félix Schuster y a Gregorio Klimovsky (excluidos de las universidades públicas). Por supuesto que aceptamos y en el mes de noviembre de 1982 se dictaron los cursos con una masiva concurrencia de universitarios de diversas áreas (Klimovsky era todavía recordado en San Juan por muchos de sus ex alumnos de la Facultad de Ingeniería, en épocas que iniciaba su carrera docente).

Era claro que se estaba en el final del silencio impuesto por el proceso militar y el nombre de Delich dejará una hue-

lla durable (también a escala nacional) en la democratización universitaria argentina. Su carácter de impronta se debe a que es un actor central de la instauración democrática en el área educativa. A fines de 1983 Delich asume como rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires y tendrá como mandato presidencial gestionar la transición a la autonomía universitaria y al cogobierno. Para entender el plus de la gestión Delich es importante contextualizar lo que acontecía entonces en el resto del país. En general los rectores y decanos administraron en el país *tout court* las universidades, manteniendo gran parte del personal docente preexistente y regenerando un clima de convivencia. La administración de la transición se centró fundamentalmente en aplicar una agenda establecida por el Congreso de la Nación. Esto no supuso poco esfuerzo de parte de quienes tuvieron esas responsabilidades. Por el contrario, las administraciones debieron en muy poco tiempo procesar las tensiones propias de un nuevo ciclo político. Sin embargo, Delich en la Universidad de Buenos Aires gestionó no solo la transición sino la transformación de la casa de estudios con una agenda que planteó de modo pionero la necesidad de democratizar (respetando el pluralismo ideológico, aumentando la matrícula, con la eliminación de aranceles) y al mismo tiempo modernizar la universidad.

En la Universidad de masas más grande del país se impulsaron proyectos que trascendieron largamente la transición planteada en la agenda básica por el Congreso. Se creó la Facultad de Ciencias Sociales, las carreras de Ciencia Política y de Psicología, el Ciclo Básico Común, el proyecto UBA 21, pero fundamentalmente se planteó un nuevo horizonte para la Universidad: no se trataba de recuperar la gloriosa Universidad de los años 60, recordada por sus cuadros de excelencia internacional. Advertía Delich

conviene evitar el riesgo de la nostalgia... La nostalgia construye imágenes perfectas de momentos que no fueron precisamente perfectos pero, lo que es peor y peligroso, impulsa la acción hacia la restauración. Nosotros no éramos ni somos partidarios de ninguna restauración...<sup>1</sup>

Y más adelante:

pensamos que la vieja universidad debía ser transformada a partir del presente, que incluía lo mejor y lo peor del pasado, y en referencia a un proyecto acorde con la nueva sociedad (por definir), el nuevo Estado (por construir) y la nueva nación (por descubrir).

Se señalaron dos problemas inmediatos: la calidad de la enseñanza y la buena administración de una mega-universidad.<sup>2</sup> Más adelante considerará que hay tres problemas importantes en relación a la Universidad:

el análisis de la revolución científica y sus implicaciones generales para el mundo y la universidad moderna en formación... la relación entre docencia e investigación en la vieja y en la nueva universidad, y la relación entre producción científico-tecnológica y la universidad del futuro.<sup>3</sup>

Se trató de enfrentar los desafíos de la universidad de masas del presente expresado también por el crecimiento de la matrícula de mujeres. La presencia de Delich fue no solo en la Universidad de Buenos Aires sino en todo el país. Fue un

1 Delich, F., *Mega-universidad, discursos plurales*, Eudeba, Buenos Aires, 1986, p. 9.

2 Ídem, pp. 9 y ss.

3 Delich, F., *La invención de la Universidad*, tomo 1, Buenos Aires, 1988, p. 23.

punto de referencia para todos aquellos que ejercieron cargos en las universidades del interior. Delich representaba la posibilidad de hacer más por la universidad y también de explicar en qué punto de la historia se estaba, cuál era la misión de la nueva generación y cómo iniciar una buena universidad con un horizonte común al de las mejores universidades públicas. El tipo de cambio que impulsó fue consonante con el propio proceso político nacional, de democratización discontinua, rompiendo con el pasado inmediato y rescatando «las mejores tradiciones» para avanzar hacia el cambio. Delich pudo participar de una doble aventura (que afrontó de modo innovador), ser rector de la UBA y de la Universidad Nacional de Córdoba. Sobre esta última señalará que entre los principales déficits les estamos dando a los estudiantes «una enseñanza peor, los profesores ganan cada vez menos y deben esmerarse más, los laboratorios se caen a pedazos aunque ingrese más dinero al presupuesto. Las ciencias sociales casi no existen».<sup>4</sup> El énfasis en su gestión en Córdoba estará en la buena administración, en la equidad y transparencia en el uso de los recursos: «hay en la actualidad un solo Delich en la Universidad, y cuando deje de ser Rector, habrá en la administración un solo Delich».

La Universidad no puede ni debe guardar secretos ni académicos ni administrativos; todos tenemos derecho a saber qué hacemos cada uno y cómo lo hacemos, por qué lo hacemos; todos tenemos derecho a saber el monto y el destino de cada austral gastado; todos tenemos derecho a pedir cuentas pero también la obligación de rendir cuentas.<sup>5</sup>

4 Delich, F., *La invención de la Universidad*, tomo 2, Eudecor, Córdoba, Argentina, 1990, p. 22.

5 Ídem, p. 21.

Es claro que los cambios realizados en la Universidad de Buenos Aires no fueron resultado de las circunstancias de la transición democrática, como los juicios a los militares no fueron determinados automáticamente por el contexto sociopolítico. Por el contrario, estos hechos son resultado de decisiones de actores concretos y de una generación que en el contexto de cambio político y expectativas colectivas a favor de la democracia se propuso y supo cómo lograr cambios cruciales que cambiaron la historia de las instituciones y del país.

## II. Delich como sociólogo político

Delich tiene una prolífica obra, que abarcó diferentes estilos, desde importantes ensayos como «La metáfora de la sociedad enferma» (1983) o «Pacto corporativo, democracia y clase obrera» (1982), a estudios especializados de sociología del trabajo, como *El desempleo de masas en Argentina* (1997) que analiza desde las mutaciones sociales del siglo XX que afectan a Argentina, hasta cuestiones de sociología política como la de la orientación electoral de los desempleados. Delich es un sociólogo heterodoxo, al igual que los mejores sociólogos de Argentina, que rehúye a la adscripción a escuelas de pensamiento. Admirador de Robert Merton, Paul Lazarsfeld y Germani, y al mismo tiempo de Wright Mills. También es gran admirador de Carlos Marx «a quien lo releemos con frecuencia antes de comenzar cualquier investigación», en tal sentido se define marxiano, en tanto «lector atento y libre de su obra». <sup>6</sup> Su estilo puede ser empírico o metafórico pero tendrá como componentes básicos: la ubicación del problema en

<sup>6</sup> Delich, F., *Marx, ensayos plurales*, Comunicarte, Córdoba, Argentina, 2012, p. 14.

perspectiva histórica, el interés por un tipo de cambio social que afrontará como problemas de mutación:

Las sociedades están como el universo, siempre en movimiento. Aquí abandonamos las teorías del cambio y de la revolución del orden, tan frecuentes en los sesenta. Nos interesa este fenómeno escasamente visible, la mutación... las sociedades... cambian de forma, de apariencia, de lenguaje, de hábitos, se sienten distintas y simultáneamente idénticas, prolongación de antiguas raíces.<sup>7</sup>

Delich hizo aportes en relación a la teoría democrática. Los problemas de cambio político, esto es, de transición-consolidación a la democracia, son analizados desde el comienzo como ligados indisolublemente con la calidad democrática.<sup>8</sup> Los principales problemas para consolidar la democracia radican en el corporativismo, en la superficial modernización cultural argentina, y en la debilidad del Estado, como expresión pública de los derechos universales de los ciudadanos.

En octubre 1978, Francisco Delich, secretario ejecutivo de CLACSO, junto con Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, organizaron en Costa Rica una conferencia internacional sobre *Las Condiciones Sociales de la Democracia*. Esta conferencia en la que (como notó Norbert Lechner) presentó su último escrito Gino Germani, y en la que hizo su primera aparición internacional Raúl Alfonsín, fue el inicio de un cambio en el programa de investigación de las ciencias sociales dominante de la región, con un impacto que llega hasta nuestros días. Me refiero al análisis de la democracia como eje

7 Delich, F., *La crisis en la crisis*, Eudeba, Buenos Aires, 2002, p. 18.

8 Delich, F., «La construcción social de la legitimidad política en procesos de transición a la democracia», *Crítica y Utopía*, Nº 9, mayo de 1983.

problemático de los estudios en América Latina. Los trabajos presentados en la conferencia fueron publicados en la revista *Crítica y Utopía*, la pionera publicación latinoamericana que dedicaría sus diversos números a la democratización. La pregunta central de aquella conferencia, siguiendo las huellas de Seymour Lipset, apuntaba a indagar sobre las posibilidades y condiciones sociales de la democracia en la región. La respuesta de Delich, flexibilizando los resultados de Lipset que mostraban una fuerte correlación entre desarrollo y democracia, fue que ninguna condición social excluye en principio la emergencia de la democracia

si ésta es concebida como un proceso de socialización e institucionalización a la vez y no como una forma jurídica más o menos ritual, como un modo de organización del disenso y no como la inútil búsqueda de un consenso a veces imposible, como un medio de realización práctica de la libertad y la justicia.<sup>9</sup>

Para hacer justicia a la gran visión de aquella conferencia, basta recordar que 1978 fue un año de gran escalada de la represión en Argentina. En ese momento imaginar y discutir sobre la democracia era por una parte entrar en el terreno de la utopía, y por otra, adelantarse en un debate y en una agenda sobre las posibilidades de la democracia en América Latina (la mayoría de los estudiosos en el mundo estaban abocados al análisis de la caída de las democracias, de las que el trabajo coordinado por Juan Linz y Alfred Stepan, *The Breakdowns of Democracies* de 1978 es un ejemplo). La respuesta de Delich a la tesis de Lipset debe fundamentalmente leerse como una respuesta a las tesis fatalistas dominantes sobre la inviabilidad

<sup>9</sup> Delich, F., «Las condiciones sociales de la democracia», *Crítica y Utopía*, N° 1, Buenos Aires, 1979, p. 4.

de la democracia en la región, provenientes de las áreas centrales. Tales tesis suponían que la democracia era lujo de los países más desarrollados. La democracia empezaba a ser analizada como un orden político posible y gradualmente también como necesario.

En 1977 y apenas un año después del golpe militar argentino, comenzamos a trabajar en la recuperación teórica de la democracia y en su redefinición como razón histórica. Fue claro desde el comienzo del debate, que no se trataba de una recuperación ideológica, ni de un mito liberal capaz de oponerse exitosamente a la «revolución», sino de una utopía (era, como se ha señalado, respuesta a una situación de dictaduras generalizadas, pero no era exclusivamente la reivindicación de una necesidad; era una opción intelectual y política que definen un campo conceptual y una práctica política diferentes). La democracia es un modelo político válido para la transformación de la sociedad y del Estado tanto como para la construcción de un orden social. Era una condición para la crítica y para la utopía. El comienzo del debate se produjo en octubre de 1978 y los primeros números de *Crítica y Utopía* dan cuenta cabal de la riqueza de aquél debate. Pero –independientemente de su importancia– no tratábamos allí de una discusión puramente filosófica o lógica acerca de la naturaleza del Estado sino de una sociología del Estado, de una teoría de la política, es decir un análisis tanto de la naturaleza socio-histórica como y sobre todo de la difícil y contradictoria relación Estado- sociedad. La democracia aparecía como el eslabón perdido del razonamiento.<sup>10</sup>

10 Delich, F., «Nuevas críticas y otras utopías», *Crítica y Utopía*, N° 17, 1988, p. 5.

En este texto también enunciará un foco de análisis de gran relevancia: «asistimos a la singular paradoja de gobiernos democráticos instalados en estados estructuralmente autoritarios», un problema desarrollado a posteriori por una importante porción de politólogos de la región. Su tesis, retomada en numerosos textos, atañe a lo que considera la privatización del Estado en manos de las corporaciones.

Respecto del corporativismo, preocupación constante en la obra de Delich, ya en un texto publicado en 1982, «Pacto corporativo, democracia y clase obrera», señala como condiciones del pacto corporativo:

a) la estrategia económica prevaleciente a lo largo de este medio siglo (la industrialización por sustitución de importaciones), b) La peculiar alianza-conflicto de los sectores sociales que en su interior se conforman, la burguesía industrial y el proletariado industrial, la debilidad relativa de ambos, juntos o separados frente a sectores tradicionales (burguesías agroexportadoras, sectores medios urbanos) y c) la fragilidad del estado federal y de las instituciones políticas para controlar los resultados de a) y el surgimiento de b), y en consecuencia el implacable ascenso del ejército al rol de corporación hegemónica.<sup>11</sup>

Para Delich una democratización exitosa requería replantear el poder de las corporaciones a fin de lograr un Estado con poder decisonal, un Estado con suficiente autonomía para privilegiar lo público por sobre los intereses privados.

Un factor importante del tipo de democratización en Argentina lo constituye la salida del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (el modelo ISI). Es muy

11 Delich, F., «Pacto corporativo, democracia y clase obrera», *Crítica y Utopía*, N° 7, Buenos Aires, 1982, pp. 5-6.

interesante el aporte de Delich en explicitar las relaciones del modelo ISI con el tipo de sistema político imperante. En *Repensar América Latina*,<sup>12</sup> muestra el modo en que se articulan Sociedad civil, Estado, Nación y Mercado (cuatro categorías ya analizadas en su *La crisis en la crisis*). La articulación de un tipo de sociedad civil igualitarista, resultado del *Melting pot*, con movilidad social ascendente y expansión de las clases medias urbanas, produce una retórica dominante a favor de la integración social, del desarrollo y de la modernización. Por su parte, el Estado se fundamenta en la soberanía absoluta, en la autarquía política y en la política exterior de no intervención. La retórica legitimante es el interés. La nación es el orgullo colectivo y se propone como independiente y unida. La unidad nacional es la prioridad proclamada. El pueblo (no los ciudadanos) es el protagonista. En la retórica se postula la necesidad de construir un proyecto nacional. Por último, hay una economía cerrada con un fuerte mercado interno, controles de importación/exportación y control de cambios. El mercado externo es valorado en la medida en que fortalece los mercados internos. Se privilegia el sector industrial, de tal modo que la renta agraria y minera es traspasada al sector industrial. Hay un privilegio del consumo y una retórica de desarrollo y de bienestar social.<sup>13</sup> El modelo ISI implicará una escasa valoración de la democracia y de la participación ciudadana y un fortalecimiento del valor de la soberanía nacional. Un sustento de este modelo es el pacto corporativo, por lo que, según Delich, la salida del modelo implica la crisis y caída del pacto corporativo.<sup>14</sup>

Además de los problemas de calidad democrática, como la privatización del Estado por el poder de las corporaciones,

12 Delich, F., *Repensar América Latina*, Gedisa, Barcelona, 2004, cap. 4.

13 Ídem, pp. 90-92.

14 Ídem, p. 88.

plantea su análisis en perspectiva histórica, y participa en el estudio de cuestiones clásicas sobre el desarrollo argentino, como el problema del *tipo de modernización* y también de su decadencia (cuando se compara el comienzo de siglo XX con el comienzo del siglo XXI).

La última etapa de Delich es menos optimista (si no pesimista). Gran parte de la inestabilidad y de la «anomia argentina» obedecen a la poca modernización. A diferencia de Gino Germani, a quien considera «el mayor sociólogo argentino del siglo XX»,<sup>15</sup> Delich opina que la sociedad argentina es superficialmente moderna. En su libro *La crisis en la crisis*, terminado en París en 2002, en diálogo con Germani afirma:

tuvimos un tipo de urbanización y una clase de secularización no solamente asincrónicas sino cualitativamente limitadas. Nuestra urbanización fue parasitaria y rentística (como la propia economía), asentamiento de una cultura igualmente parasitaria, poco proclive al esfuerzo. La secularización fue formal, jurídica y se limitó al Estado. La sociedad se secularizó sin profundidad... La modernización de nuestras sociedades no era tan occidental como europea.<sup>16</sup>

Respecto de la decadencia,

nuestro lugar en la planetarización se mide... por la capacidad del Estado de establecer políticas de Estado, de la sociedad de orientarse culturalmente hacia la racionalidad y del mercado de introducir no sólo el consumo sino la producción. En nuestro país la distancia con la modernidad era menor al comienzo del siglo XX;

<sup>15</sup> Ídem, p. 44.

<sup>16</sup> Delich, F., *La crisis en la crisis*, ob. cit., p. 38.

¿menor a la que observamos ahora a comienzos del siglo XXI?<sup>17</sup>

La obra escrita, erudita y multidisciplinar de Francisco es un ejemplo de la buena sociología en América Latina. Sus lecciones: 1. El modo de afrontar la complejidad implica aprender a mirar un objeto desde distintos ángulos y disciplinas. 2. La necesidad de modificar la mirada: «no podemos permanecer inalterados ante un mundo que cambia». 3. Cuando se es sociólogo el objetivo es lograr la comprensión de lo que ocurre, con la mayor neutralidad, y al mismo tiempo con memoria histórica. 4. La misión de la sociología sigue siendo (como lo fue desde su fundación) la desacralización (y es ahí donde la autovigilancia es estratégica). 5. Más allá de los avatares personales y de la posición que como ciudadanos tenemos, la honradez intelectual no es un derecho sino un imperativo. Aquí Francisco se reencuentra con Gino Germani, con Juan Marsal y con Medina Echavarría, para citar a sociólogos con los que compartía ideales sociológicos. Por último, es claro que la democracia requiere de espacios de deliberación de calidad que no teman al futuro y que sean leales a los valores de pluralismo y tolerancia. En ese sentido, la lección de Delich fue la de proponer repensar y discutir públicamente todo, con el mayor rigor, con la aceptación de la complejidad, sin sacristías ni nuevos dioses.

Delich es uno de los actores importantes (junto con intelectuales como Carlos Strasser o Juan Carlos Portantiero) de la transición e instauración democrática en Argentina. Su aporte radica en gran medida en ser un pionero de una agenda innovadora y modernizadora sobre la democratización, y en la conjunción del pensar y el hacer, de «ver hacia dónde de-

17 *Ibidem*.

bemos ir» y «avanzar en el cómo». Construyó una perdurable red de amigos y solidaridades en épocas de miedo y aislamiento, en los peores momentos del autoritarismo argentino, justamente cuando las redes eran disueltas por el orden político. La gestión de Delich fue de gran impacto y está llamada a perdurar, por haber gestionado dos importantes casas de estudio: la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Córdoba (las más grandes del país) y por el momento histórico excepcional en que se produjo. Francisco Delich perdurará como uno de los constructores de la democracia argentina.

## FRANCISCO DELICH Y EL DEBATE TEÓRICO-POLÍTICO SOBRE LA DEMOCRACIA

Hugo Quiroga

Sin la obra de Delich no se puede entender el recorrido intelectual de la democracia como objeto de análisis en América Latina, desde fines de los años 70 del siglo pasado hasta los albores del siglo XXI. Desde el comienzo, la democratización fue la preocupación central en su pensamiento, que no solo implicaba reformar los procedimientos de las reglas de sucesión del poder en geografías impregnadas de «espacios sin ley», sino también hacer compatible la democracia con la estructura de clases, con el desarrollo económico y político.

La apuesta por la democracia se incorpora explícitamente en la agenda intelectual en 1978, como referencia a la reconstrucción de su genealogía. En efecto, se realizó en San José, Costa Rica, una «Conferencia Regional sobre las Condiciones Sociales de la Democracia» en octubre de 1978, convocada por el secretario ejecutivo de CLACSO, Francisco Delich. El propio Delich señala en su libro *Memoria de la Sociología Argentina*,<sup>1</sup> las bondades de «un encuentro de transferencia generacional de ideas» a partir de la presencia de jóvenes científicos sociales y dirigentes políticos junto a figuras de las dimensiones de Raúl Prebisch y Gino Germani. En esa reunión participaron Fernando Henrique Cardoso, Ricardo

1 Alción Editora, Córdoba, 2013.

Lagos y Raúl Alfonsín, más tarde presidentes de Brasil, Chile y Argentina, respectivamente.

Desde entonces hay un cambio de perspectivas en la discusión latinoamericana pasando del reclamo de revolución, de los años 60 y 70, a una demanda de democracia, conforme a la interpretación de Norbert Lechner. Comenzaba a cambiar el sistema de creencias. Así, en 1979 se crea bajo la dirección de Delich la revista *Crítica y Utopía*, que con sus altibajos perdura hasta 1989. La revista vino a cubrir un gran vacío en el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, en circunstancias y condiciones muy difíciles para la producción y difusión intelectual, especialmente en el Cono Sur, sometida por las dictaduras militares.

El estudio de la democracia, con textos pioneros como los de Pablo González Casanova y Norbert Lechner, y los estudios del Estado y la burocracia que promovían Guillermo O'Donnell y Oscar Oszlak a mediados de los 70, repercuten abiertamente sobre una productiva elaboración intelectual que no dejaba todavía de ser dispersa.

En el contexto histórico de la Argentina y de Latinoamérica se muestran las claves principales del desarrollo del pensamiento teórico-político de Francisco Delich. Un defensor a ultranza de la democracia como ideal moderno no solo político, sino también del paso de la «democracia como necesidad a la democracia como condición y como posibilidad». Pero esta viabilidad democrática requería de una cultura política capaz de observar el buen uso de las reglas, para contribuir a resolver eficazmente una coyuntura económica muy dramática, que Delich visualizaba a principios de los 80 en América Latina.

En los textos de esa época enfatiza dos cuestiones que forman parte de la estructura económica de los países de la región: la deuda externa y la inflación. Estos fenómenos tuvieron una dimensión estructural, y la Argentina es un buen

ejemplo de ello. Si bien esos fenómenos condicionan el orden político-democrático, en la visión de Delich no existe la idea de un determinismo económico. Sus opiniones sobre el entrecruzamiento de economía y política fueron sobresalientes, y de ninguna manera esa complicada relación entre ambas esferas ha desaparecido en el siglo XXI. Gran lector de Marx, como queda de manifiesto –entre otros textos– en el libro que Delich coordina bajo el título *Marx, ensayos plurales*<sup>2</sup> en 2012, en el que lo recupera como hombre de la modernidad fascinado por el progreso, por la ciencia y la tecnología predicada para la humanidad.

Delich reconocía, entonces, que el proceso de transición en América latina era doble. Por un lado, una transición política y, por el otro, una transición económica. La solución de los problemas es más compleja para aquellos países que han debido emprender simultáneamente las dos transiciones. A la ecuación que combina el sistema político con el sistema económico le falta un término indispensable: el sistema social. ¿Cómo articular los cambios políticos con los cambios económicos en sociedades atravesadas por grandes umbrales de pobreza y desigualdades múltiples? ¿Se podrá estabilizar una democracia sin articular justicia social con libertad? Estos clásicos interrogantes que tuvieron presentes en esa discusión conservan todo el vigor de su actualidad.

Delich explicita que cuando se extiende el debate sobre la democracia en América Latina, hacia 1978, hay una comprobación tan sorprendente como elocuente: la viabilidad de la democracia en condiciones sociales aparentemente disuasivas. El sistema político no necesariamente se correlaciona con un alto grado de desarrollo: «la democracia no es un lujo de los países ricos».

2 Comunicarte, Colección Posdoc, Córdoba, 2012.

Como intelectual comprometido, criticó a los regímenes autoritarios por varias razones. Dictadura y democracia aparecían como dos momentos históricos clave en el plano de la experiencia colectiva, en el que cada uno dejaba sus huellas, sus marcas, en la cultura política. Entendía que estos regímenes producían por lo menos cuatro efectos que cuestionaban su propia existencia. Primero, la despolitización del Estado y su privatización, esto es, la concentración absoluta del poder y la exclusión de la ciudadanía. Segundo, la ruptura del Estado con la sociedad civil es una condición para la toma del poder, pero se convertía finalmente en un factor de alto riesgo para el orden militar. Tercero, la separación y persecución de los partidos políticos y su incapacidad de reemplazo por otro instrumento idóneo. Cuarto, la incapacidad de estos gobiernos de transformarse en regímenes totalitarios.

En verdad, más allá de estas consideraciones, es difícil establecer una separación terminante entre democracia y dictadura, sobre todo en las complicadas circunstancias de la transición. Bajo el telón de fondo del autoritarismo, el examen de la democracia adquirió un nuevo realce y la historia reciente revela la estrechez de los marcos que la pretenden reducir a un mero sistema de votación. El siglo XX nos ha enseñado –y ahí está presente el pensamiento de Delich–, con su historia repetida de fracasos (desobediencia de los militares al poder civil, proscripciones, fraude electoral y falta de alternancia política), que la legitimación de la democracia requiere tanto de instituciones estables como de la *conformidad* de la sociedad con las reglas de la sucesión pacífica del poder, exigencias que otorgan validez al régimen democrático.

Lo que ha prevalecido en América Latina durante décadas fue una historia de sospechas y desencuentros entre dirigentes y ciudadanos con sus instituciones. Las Fuerzas Armadas fueron actores políticos permanentes de la vida na-

cional de nuestros países. Los pronunciamientos castrenses, los golpes de Estado, las juntas militares, constituyeron un rasgo típico de su historia. En 1980 ocho de las diez naciones sudamericanas estaban gobernadas por militares. Las únicas excepciones las constituían Colombia y Venezuela. Diez años más tarde, en 1990, la situación se modificó completamente, con el retorno masivo de nuestros países a la democracia. La era civil asomaba en el horizonte del Cono Sur, luego del retiro de las fuerzas armadas a sus cuarteles.

Sin embargo, los procesos políticos, como lo han demostrado nuestras realidades con dramatismo y contundencia, no son lineales. En 1992 se produjo el autogolpe de Fujimori en Perú, emulado por Serrano Elías en mayo de 1993 en Guatemala; el golpe frustrado del coronel Hugo Chávez en Venezuela en 1992, luego elegido presidente por el voto popular en 1998; rumores de golpe de Estado en Brasil para la misma época; la continuidad de Pinochet al mando del ejército chileno; el general Oviedo fracasó en su intento de golpe de Estado en Paraguay, y más tarde fue candidato en elecciones presidenciales; en Argentina el ex general Bussi, uno de los represores de la dictadura de 1976, fue gobernador de la provincia de Santiago del Estero y diputado nacional. En definitiva, estos son algunos indicadores de la persistencia de la relación particular entre civiles y militares que ha signado la vida política en Latinoamérica, con las diferencias y matices propios de cada uno de los países.

La desigualdad social en Latinoamérica apareció en la reflexión de Delich –y de numerosos de intelectuales que en ese momento soñaban con la democracia– como el inconveniente de más ardua resolución para la conformación de un orden democrático estable. En rigor, es la región que era y sigue siendo la de peor distribución de ingresos del planeta. No obstante, solo desde una mirada unívoca y lineal se podría

afirmar que los problemas económicos-sociales serían despedidos sin prestar atención a aquellas cuestiones inherentes al sistema político. Los problemas de los países latinoamericanos siguen ligados a la reforma político-institucional y a la propia concepción de democracia; en fin, a un sistema integrado.

Más adelante, Delich volverá –en un libro póstumo–<sup>3</sup> sobre la «desigualdad en la sociedad de la información», en un contexto histórico muy diferente en la segunda década del siglo XXI. Reconocía la relevancia de la desigualdad de género y de desigualdades socialmente explícitas, sin embargo la más decisiva fue planteada casi inmediatamente por la explosión de la Revolución Industrial, la difusión del capitalismo a escala planetaria, y esa fue la desigualdad en los niveles de riqueza y la extensión de la pobreza. Estas asimetrías se habían expandido hasta niveles impensables, entre comienzos del siglo XX y del siglo XXI. Todas las investigaciones de organismos internacionales, regionales y nacionales mostraban que la distancia entre sectores sociales era mayor. Mientras –escribía– se avanzaba en una cultura de la igualdad se consolidaba una estructura de desigualdades de vida. Frente a los peligrosos signos que conllevan el incremento de discriminación étnica y de desigualdades múltiples, en su opinión el debate debía ser triple: conceptual, teórico e histórico.

Francisco Delich fue fundamentalmente un sociólogo que integró una generación de intelectuales que promovió las ciencias sociales en Latinoamérica, que realizó una amplia labor de investigación y promovió la creación de sociedades abiertas y universalistas, como ideas rectoras en busca del camino hacia la libertad y la igualdad. No ignoraba –al contrario– que estas sociedades tienen historia y son heterogéneas.

<sup>3</sup> *Megalópolis. Política y vida cotidiana en Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2017. El libro fue entregado a la editorial pocos meses antes de su muerte, ocurrida el 20 de mayo de 2016.

Con una concepción pluralista, nunca dejó de pensar en la sociedad civil, esto es, en aquella reunión de agrupaciones del espacio público asociativo, que de manera formal o informal, explícita o implícita, constituye un universo de constelaciones vigorosas y creativas.

Con ideas atractivas y estimulantes, analiza en un libro de 2006 los 20 años de democracia transcurridos en América Latina, interpeándola con aquellas preguntas que aún persisten en un continente profundamente desigual: los desequilibrios históricos y estructurales. La virtud de este libro es que el autor nos propone repensar Latinoamérica como una manera también de reflexionar sobre las propias ciencias sociales, cuyos paradigmas explicativos han sido erosionados y puestos en cuestión. A través de evidencias empíricas buscó animar un debate en las ciencias sociales promoviendo la relectura de los autores clásicos de la sociología, tanto modernos como contemporáneos: Marx, Tocqueville, Weber, Simmel, Polanyi, Bourdieu, Barrington Moore, etc.

En su larga y laboriosa trayectoria, Delich nunca abandonó su desvelo por el tema del Estado, entre otras razones, por el desplazamiento de la categoría de clases sociales que transformaron su rol y porque había demasiado gobierno y poco Estado en la organización de la vida colectiva.<sup>4</sup> El giro neoliberal de los años 80 en Estados Unidos y Europa y luego en los 90 en Latinoamérica, modifica la relación entre Estado y mercado, entre democracia política y sociedad de mercado. Los programas neoliberales descansaron básicamente en tres pilares: la reforma del Estado, la desregulación de los mercados y la apertura de la economía. En la mayoría de los países de la región la reforma del Estado, cuyo eje son las priva-

<sup>4</sup> *Repensar América Latina. Con una entrevista a Celso Furtado*, Gedisa, Barcelona, 2004.

tizaciones, tuvo un claro sentido fiscalista: generar recursos fiscales para cubrir los compromisos con los organismos financieros internacionales. No había fondos disponibles para la reconversión industrial ni para mejorar la situación social de los ciudadanos. La salida de la crisis dependía de los mercados financieros internacionales. En una mirada realista, las autoridades públicas se pusieron a partir de ese giro a merced de los mercados.

La obra de Delich, comprometida con la democracia de cuño occidental, se empalma o quizá se origina con los estudios de la estructura social y la conciencia social campesina en Tucumán. De ahí, su primer libro *Tierra y conciencia campesina en Tucumán* publicado en 1970,<sup>5</sup> que forma parte de su tesis doctoral titulada *Reivindicación y forma de acción campesina*, obtenida en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba en 1968. La estructura agraria continuó siendo una temática siempre presente en sus reflexiones, como lo revela su artículo «Estructura agraria y hegemonía en el Despotismo Republicano», publicado en 1985.<sup>6</sup>

El centenario de la Reforma Universitaria de 1918 – crucial acontecimiento que se expandió a toda América Latina– resulta un momento más que propicio para reafirmar el espíritu reformista de Francisco Delich, principio que lo inspiró toda su vida. Estamos frente a un intelectual con una fuerte impronta pública que tuvo un compromiso vital con la universidad estatal. Fue convocado por el presidente Raúl Alfonsín, en el retorno a la democracia en 1983, para dirigir la normalización de la Universidad de Buenos Aires. En ese proceso de recuperación de la autonomía, Delich fue rector

5 Editorial Signos, Buenos Aires, 1970.

6 En el libro coordinado por Julio Labastida Martín del Campo, *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985.

normalizador durante «808 días».<sup>7</sup> Durante tal período llevó a cabo una significativa labor. Entre otras iniciativas, eliminó el sistema de cupo para el ingreso de la Universidad, mantuvo la gratuidad en la enseñanza y recobró los viejos –y nuevos principios– reformistas de 1918. Asimismo, fue rector de la Universidad Nacional de Córdoba durante dos períodos consecutivos, 1989-1992 y 1992-1995. En su primera gestión, creó el Centro de Estudios Avanzados (CEA), instituto de enorme proyección en el universo académico e intelectual de la Argentina y de la región.

Este intelectual con «fuerte proyección pública»<sup>8</sup> ejerció una acción eficiente y responsable desde los medios escritos, que lo alejó completamente de la tarea del tecnócrata, del profesor universitario, para comprometerse políticamente con el acontecer de su tiempo. Fue convencional constituyente en la reforma constitucional de 1994, diputado de la Nación, senador de la provincia de Córdoba, y director de la Biblioteca Nacional entre 2000 y 2002.

Delich nos ha dejado un legado prolífico: como investigador, como autor, como intelectual moderno, como legislador, como hombre de las ciencias sociales comprometido a rajatabla con la democracia. Este último vocablo tiene la función de insinuar el hilo conductor de su pensamiento. La palabra democracia, con dos matices que se encadenan, la democracia constitucional –que establece las reglas pacíficas y competitivas de sucesión del poder– y la democracia sustancial –que se refiere a los contenidos y a la sustancia de las decisiones, en las que se comparte los bienes sociales fundamentales–. Su enseñanza fundamental es la apuesta por la creación de una sociedad justa y deseable en la que pueda

7 Título de su libro *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2014.

8 Tomo prestado un término de Ralf Dahrendorf.

existir una convivencia razonable más allá de los conflictos y contradicciones.

Quizá en su último libro encontremos las reflexiones más actuales de un hombre abierto y perceptivo a las mutaciones del presente. En efecto, asistimos a un impactante cambio de época. En él operan una revolución comunicacional y los avances tecnológicos que reducen los tiempos y las distancias tanto de los bienes como de los servicios, que conlleva a la aceleración de nuevas formas de organización de la economía que superan las fronteras nacionales. En los términos de Delich, el proceso de globalización de las últimas décadas –que hoy se resquebraja– ha modificado las reglas de juego con respecto a la manera de organizar la producción y los negocios, pero también en el modo de interacción entre los mercados y los poderes públicos. Las nuevas tecnologías de la información y comunicación política (Internet, redes sociales, telefonía móvil), con las mutaciones culturales e institucionales que traen aparejadas, están transformando el orden político y social del siglo XXI. La profundidad y densidad del pensamiento de Francisco Delich le otorgan entera vigencia en el transcurrir de nuestra historia.

# FRANCISCO DELICH Y LA CUESTIÓN DEMOCRÁTICA EN EL DEBATE INTELECTUAL Y POLÍTICO LATINOAMERICANO

Oswaldo lazzetta

## I. Presentación

Francisco Delich fue uno de los integrantes más destacados de una generación que supo aunar capacidad analítica e intuición para identificar las urgencias de su tiempo, con una singular vocación de construcción institucional que contribuyó a afianzar la identidad y madurez de las ciencias sociales de nuestra región.

Su contribución no solo debe juzgarse por sus innumerables publicaciones sino también por su labor en diversas instituciones por las que transitó como hombre público: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Universidad de Buenos Aires (UBA), Biblioteca Nacional, Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), e incluso en sus últimos años, como legislador provincial y nacional.

En esta semblanza nos centraremos preferentemente en su labor al frente del CLACSO y en el impulso que brindó desde esta institución al debate sobre la cuestión democrática, convirtiéndola en un tema central –aún vigente–, en la agenda de las ciencias sociales de la región.

## II. Su gestión en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Promediando los años 70 —y tras una estadía «forzada» en Paraguay y Perú—, Delich asume como secretario ejecutivo de CLACSO, iniciando una fase que será tan decisiva para estas disciplinas como la que protagonizara, un par de décadas antes, la generación de los «renovadores» (Medina Echavarría, Germani, Fernandes, etc.).<sup>1</sup> Podemos afirmar, sin temor a exagerar, que las tareas encaradas esos años representaron una segunda fundación de las ciencias sociales, retomando, actualizando y extendiendo la labor iniciada por aquella generación. Delich no estuvo solo en esa empresa, pero tuvo en él a uno de sus protagonistas más decididos, impulsando nuevos temas en la agenda académica u originando proyectos institucionales que dejarán un umbral más elevado y perdurable para las nuevas generaciones de científicos sociales latinoamericanos.

Si nos detenemos un momento en la experiencia argentina, esos años 70 fueron especialmente pródigos para las ciencias sociales y muestran la vitalidad y empuje de una generación que construyó instituciones académicas en un contexto sumamente adverso, con universidades públicas inter-

1 Delich es electo para ese cargo en octubre de 1975 y se instala en Buenos Aires —donde funciona la sede de CLACSO—, en marzo de 1976, apenas unos días antes de que se produzca el golpe militar. Se desempeña hasta diciembre de 1983, cuando es designado rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires por el nuevo gobierno democrático encabezado por Raúl Alfonsín. Su gestión en CLACSO abarcó dos períodos de cuatro años y coincidió temporalmente con el gobierno militar argentino. Véase al respecto: Delich, F., «Contribuimos a instalar la cuestión democrática», entrevista realizada por Antonio Camou el 25 de agosto de 2003, en Camou, A. y González, O. (coords.), *Revolución, exilio y democracia. Debates político-intelectuales en América Latina*, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2017, pp. 326-341.

venidas y un ambiente dominado por el miedo, el exilio y la censura. En ese clima asfixiante que imponía la privatización de la existencia y la clausura de toda vida en común, afloraron emprendimientos académicos que sentarán las bases de unas ciencias sociales que alcanzarán mayor despliegue y esplendor con la recuperación de la democracia. La valiente y titánica labor llevada adelante en esos años difíciles por Delich desde CLACSO, O'Donnell, Oszlak y Cavarozzi desde el CEDES, Schvarzer desde el CISEA, Strasser desde FLACSO (aunque la lista es más extensa), será decisiva para dotar a las ciencias sociales de un campo académico innovador, riguroso y respetado a nivel internacional. Esas instituciones actuaron como auténticos refugios —las «catacumbas» a las que aludió la literatura posterior—, para sostener la producción, circulación y discusión de conocimientos sociales, en un contexto signado por la privatización autoritaria de la vida y vaciamiento de las universidades públicas.<sup>2</sup>

Delich fue parte de esa generación de intelectuales argentinos que tenía a su vez otros pares de igual estatura en Chile, Brasil, México, Perú, Colombia, Uruguay, etc. Su trayectoria académica e intelectual estará guiada por el afán de crear espacios de reflexión e intercambio que dieran sustento y estímulo a las ciencias sociales, pero también aspiraba a que estas tuvieran un fuerte anclaje en los problemas propios de la

2 A propósito de este tema véase: Oszlak, O., «Privatización autoritaria y recreación de la escena pública» y Landi, O., «Cultura y política en la transición a la democracia», ambos en *Crítica y Utopía*, N° 10/11, Buenos Aires, 1983, pp. 33-49 y pp. 71-91 respectivamente; O'Donnell, G., «Democracia en la Argentina: micro y macro», en Oszlak, O. (comp.), *«Proceso», crisis y transición democrática/1*, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1984, pp. 13-30; y Sábato, H., «Sobrevivir en dictadura: las ciencias sociales y la “universidad de las catacumbas”», en Quiroga, H. y Tcach, C. (comps.), *A veinte años del golpe, con memoria democrática*, Homo Sapiens, Rosario, 1996, pp. 51-57.

región, sin descuidar ni desechar los aportes y avances provenientes de otros rincones del mundo.

Su obra es rica y diversa, pero si fuera posible recortar un momento y un segmento que condense su contribución intelectual y académica, escogería su tarea de coordinación en CLACSO y especialmente, el impulso y sostenimiento de la revista *Crítica y Utopía* y su propia producción dentro de esta.

Esta revista, que existió entre 1979-1989, no solo introdujo la cuestión democrática a la agenda académica y política de la región sino que se convirtió en un punto de referencia que guió y orientó los debates que rodearon a la transición democrática a lo largo de una década en la que esos procesos se estaban registrando en nuestros países. El modo en que la revista fue marcando agenda sobre las características del autoritarismo, los desafíos de la transición, los dilemas e incertidumbres enfrentados por las nuevas democracias, la convirtió en un faro para quienes –desde el exilio interno– no contábamos con otras fuentes de información, actualización y debate.

Aunque no fue la única fuente disponible en esos años difíciles –recuerdo también el interés con el que aguardábamos *Punto de Vista*, creada en 1978, apenas un año antes que *Crítica y Utopía*–, la revista dirigida por Delich estaba enteramente orientada a discutir la problemática del autoritarismo y a imaginar la democracia cuando, bajo condiciones francamente desalentadoras, esta aún parecía una aspiración inalcanzable.

Los nombres más destacados y valiosos de las ciencias sociales están presentes en esos números y todos ellos ofrecen un claro testimonio de un momento de esplendor de nuestras ciencias sociales pese a las incertidumbres que rodeaban el trabajo profesional y la vida cotidiana. La revista publicó 18 números –el tercero fue confiscado de la imprenta por el ré-

gimen militar argentino y no llegó a circular–, en el período que transcurre entre septiembre de 1979 y junio de 1989.

La perspectiva que prevalece en los textos de Delich de esos años es deudora de una tradición teórica y de un contexto en el que la reflexión sobre la democracia estaba fuertemente ligada a los problemas del desarrollo y la modernización, es decir, entendida desde un registro muy cercano al que habían empleado los referentes «clásicos» de las ciencias sociales en nuestra región (Medina Echavarría y Germani, especialmente). Ciertos problemas estructurales y legados históricos como la propiedad de la tierra (la hacienda, latifundios y plantaciones resaltados por Medina Echavarría para pensar la singularidad de la problemática democrática en la región), o las tensiones entre modernización y democracia (Germani), seguirán presentes en el enfoque de Delich, mostrando un modo de entender lo político –ligado a lo económico y lo social–, que irá declinando a medida que la ciencia política se distancie de la sociología y adopte una perspectiva más centrada en su legalidad específica.<sup>3</sup>

La instalación de la cuestión democrática como un tema central en la agenda académica y política, será uno de los principales logros y méritos de la gestión de Delich al frente de CLACSO, en un clima aún tensionado entre la censura y restricciones de las dictaduras vigentes y la mirada desconfiada de cierta izquierda en el exilio que veía con recelo que

3 En efecto, cuando la ciencia política gana autonomía disciplinar, comienza a perfilarse una perspectiva politicista y un enfoque más institucionalista que tiende a desconfiar de los abordajes que se interrogan sobre las condiciones y anclajes sociales de los procesos políticos (Vommaro y Gené, «La sociología política y sus aportes para analizar la política argentina reciente», en Vommaro y Gené, *La vida social del mundo político. Investigaciones recientes en sociología política*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2017, p. 13), pero esa no es aún la perspectiva de Delich, una tradición que aún cuenta con reconocidos y respetados cultores en la región.

ese tema desplazara a las preocupaciones y aspiraciones que habían dominado la década anterior.

Muchos años después Delich recordará esos difíciles años iniciales de *Crítica y Utopía*: por un lado, el gobierno militar argentino prohibirá mediante un decreto los dos primeros números de la publicación pero sus editores decidieron sacarla igual, aunque, como ya señalamos, el tercer número fue confiscado antes de su distribución. La circulación y distribución de la revista no era sencilla en esos tiempos y se requería mucha valentía para sortear las restricciones de un gobierno que ejercía un celoso control capilar sobre los movimientos de la sociedad.

Al mismo tiempo, la aparición de la revista provocó una ruptura entre los exiliados:

(...) los grupos más radicalizados –recordará Delich algunos años después–, reaccionaron muy fuerte a la introducción de la temática de la democracia, imaginaron que era una traición a la lucha del pueblo, tuvieron una reacción muy negativa. Era obvio que había gente que no se iba a comprometer con la lucha por la democracia, y esa no era su perspectiva que era de carácter revolucionaria, estaba Nicaragua, los Montoneros preparaban su contraofensiva estratégica, seguía el Frente Manuel Rodríguez en Chile, etc. Esto no tenía el visto bueno ni de los cubanos ni de estos grupos. Cuando en 1979 salió *Crítica & Utopía* estos grupos –que todavía eran muy fuertes– salieron a condenar la aparición de la revista, firmaron manifiestos en contra, porque decían que todo lo que se publicaba en Buenos Aires tenía que ser aprobado por la dictadura, lo cual era un disparate. Por eso te decía que había diferencias

de perspectivas entre los que estaban adentro y los que estaban afuera...<sup>4</sup>

Sin embargo, estas críticas no pasaron inadvertidas para quienes acompañaban ese proyecto editorial y se mantenían decididos a sostenerlo. Una muestra de ello puede hallarse en el segundo número de la revista, publicado en abril de 1980. Una sección reservada al «Correo de Lectores» reproduce dos cartas fechadas en octubre de 1979 –con idéntico texto–, enviadas por «intelectuales chilenos» e «intelectuales argentinos» que respaldan enfáticamente la gestión de Delich al frente de esta nueva revista. Estas notas firmadas por los intelectuales más representativos de ambos países (Lechner, Garretón, Faletto, Moulian, Foxley y Ffrench Davis por Chile; O'Donnell, Oszlak, Frenkel, Balán, Jelin, Schvarzer, por Argentina), responden a las críticas elevadas por «respetados colegas residentes en México en relación a la aparición de la revista *Crítica y Utopía...*». Este respaldo refleja la postura de los centros académicos más prestigiosos de ambos países (FLACSO, CIEPLAN, en Chile; CEDES y CISEA, en Argentina), que mantenían sus actividades bajo los gobiernos militares y cobijaban a muchos intelectuales que no se habían visto forzados al exilio. Con un lenguaje encriptado –comprensible en aquellos años–, ambas notas recuerdan las duras condiciones en que había surgido esta iniciativa editorial: «Son suficientemente conocidas las difíciles condiciones para la elaboración y la difusión intelectuales por las cuales atraviesa la región, especialmente el Cono Sur». Estas respuestas salían al cruce de aquellas críticas que ponían en duda la autonomía de la revista frente al gobierno militar argentino,

4 Delich, F., «Contribuimos a instalar la cuestión democrática», ob. cit., pp. 336-337.

instalando una sospecha que ensombrecía este proyecto editorial en ciernes.

Revisar estas notas y los testimonios posteriores de Delich rememorando esos comienzos, nos ofrece una mejor y más clara dimensión de las acechanzas que rodeaban esta tarea al tiempo que ilustran el laborioso entramado y trabajo colectivo que sostenía a la gestión de CLACSO y la edición de la revista.

La pulseada que traduce ese debate probablemente no se haya zanjado del todo, pero tuvo el valor de anunciar un nuevo tiempo marcado por una inédita revalorización de la democracia que perdura hasta nuestros días, pese a los altibajos y al inevitable desencanto y desgaste que sobreviene cuando su permanencia parece asegurada, luego de tres décadas de vigencia.

La democracia se convirtió en un nuevo objeto de indagación que orientó el debate académico y político a partir de entonces y es fácil advertir que incluso cuando se hablaba del fenómeno del autoritarismo en verdad se estaba hablando de la democracia. Eso es lo que estaba presente detrás de las reflexiones sobre la naturaleza de los «nuevos autoritarismos» que fueron dominantes en esos años.<sup>5</sup>

Como bien destacó luego Lechner,<sup>6</sup> la revista contribuyó a promover un giro decisivo en las reflexiones de nuestra región: si la revolución había sido el eje articulador de la discusión latinoamericana en la década de los 60/70, hacia fines de los 70 y más decididamente, durante los 80, el tema central será *democracia* y el inicio de ese debate data de la

5 Véase Lechner, N., «Descubrimos la democracia cuando dejamos de tenerla», entrevista realizada por Antonio Camou el 20 de febrero de 1998, en Camou, A. y González, O., ob. cit., 2017, p. 60.

6 Lechner, N., «De la revolución a la democracia», *La Ciudad Futura*, 2, octubre 1986, p. 33.

conferencia sobre «Las condiciones sociales de la democracia» que organizó el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en 1978 en Costa Rica, cuyos materiales serán publicados un año después en el número inaugural de *Crítica y Utopía* y en algunos de sus números posteriores (2 y 4).<sup>7</sup>

En suma, el momento inaugural del debate sobre la cuestión democrática está indisolublemente ligado a la aparición de esta revista y a la gestión e impulso de Delich para sostenerla a lo largo de una década que será decisiva para el desarrollo de las ciencias sociales en nuestra región.

### III. El debate sobre la democracia

La obra de Francisco Delich es muy amplia y diversa. Abarca reflexiones sobre el campesinado y la cuestión agraria, sobre la configuración del campo de la sociología, sindicatos y clase obrera, teoría y práctica de los regímenes autoritarios, condiciones sociales de la democracia, transición democrática, corporaciones, educación y universidad, y un largo etcétera que refleja su fecunda labor intelectual.

Si en todos ellos se percibe originalidad y rigor académico, es en el esfuerzo por introducir el tema de la democracia donde mejor se percibe la combinación de intuición y audacia.<sup>8</sup> Por tal razón, recortaremos sus textos destinados a reflexionar sobre la cuestión democrática entre fines de los 70

<sup>7</sup> En la excelente entrevista realizada por Antonio Camou a Delich (2017) podrá hallarse un rico anecdótico sobre los avatares que rodearon la organización de ese encuentro y el posterior lanzamiento de la revista. Lechner (en la obra de la nota al pie 6, p.33) también recuerda que en ese mismo evento se produjo «... la última intervención de Gino Germani y la primera salida internacional de Raúl Alfonsín».

<sup>8</sup> En la entrevista efectuada por Camou, Delich sostiene con orgullo: «Contribuimos a instalar la cuestión democrática» (ob. cit., p. 236).

y mediados de los 80, pues resumen aquel clima intelectual y político, intenso y vibrante que rodeó a los procesos de transición en la región.

Para empezar, el texto convocante de la reunión sobre «Las condiciones sociales de la democracia», realizada en San José de Costa Rica en 1978, constituye un verdadero «manifiesto» fundacional sobre el tema (publicado en el número 1 de la revista *Crítica y Utopía*). En él encara una revalorización de la democracia cuando esta aún era percibida como lejana y distante para sociedades que vivían atemorizadas bajo gobiernos militares que declaraban no tener plazos de permanencia.

En esos años inciertos, la democracia era presentada de una manera que hoy, con la cómoda y ventajosa perspectiva que nos da el tiempo, puede parecernos un tanto ingenua. En efecto, en el número de presentación de la revista Delich lanza una idea fuerte y provocativa que lleva al límite la autonomía de la democracia respecto a las condiciones estructurales:

(...) todas las condiciones sociales son buenas para la democracia, algunas más aptas que otras como se menciona, pero ninguna que la excluya, si ésta es concebida como un proceso de socialización e institucionalización a la vez y no como una forma jurídica más o menos ritual, como un modo de organización del disenso y no como la inútil búsqueda de un consenso a veces imposible, como un medio de realización práctica de la libertad y la justicia y no como la legitimidad de un orden social presente o futuro, esto es en definitiva como una práctica del conjunto de la sociedad en todos sus planos.<sup>9</sup>

Esta aseveración –que forma parte de las conclusiones de la introducción escrita para el número inaugural de la re-

<sup>9</sup> Delich, F., «Las condiciones sociales de la democracia», *Crítica y Utopía*, N° 1, Buenos Aires, 1979, p. 24.

vista—, hoy resuena voluntarista e incluso contradictoria con el pensamiento de alguien que conocía los complejos y tensos vínculos entre democracia, desarrollo, modernización, pero también debe entenderse como un esfuerzo por aferrarse a la ilusión de que la democracia era posible aun cuando se partiera de condiciones socioeconómicas desfavorables.

En ese mismo texto, Delich trata de responder a un interrogante clásico de la literatura sobre el tema: «¿la democracia es un lujo de países ricos?»,<sup>10</sup> y buena parte de su esfuerzo argumentativo apunta a probar que la falta de desarrollo no nos condena necesariamente a formas políticas autoritarias y que «... la democracia no es una imposibilidad histórica para los países subdesarrollados o en vías de desarrollo».<sup>11</sup>

Esta idea Delich la va a reiterar en todos sus artículos publicados en *Crítica y Utopía* a lo largo de la década 1979/1989. En cierto modo, esa expresión se inscribe dentro del «optimismo democrático» que compartían muchos otros intelectuales de esa época y refleja la necesidad de aferrarse a una ilusión que aportara esperanza y ofreciera confianza y seguridad durante los duros e inciertos tiempos de la transición.<sup>12</sup> Ese estado anímico se irá diluyendo a medida que los propios avatares de la transición vayan mostrando la obstinada y pertinaz vigencia de ciertos condicionamientos estructurales que pondrán límites al despliegue de las nuevas democracias y que obligarán a atender dimensiones subestimadas bajo aquel clima de entusiasmos.

10 Ídem, p. 16.

11 Ídem, p. 18.

12 Puede hallarse una interesante caracterización de ese momento y de las «ilusiones» forjadas bajo contextos autoritarios en la autocrítica que Guillermo O'Donnell formula varios años después a la idea de consolidación democrática («Ilusiones sobre la consolidación», *Nueva Sociedad*, 180-181, Caracas, julio-octubre, 2002, p. 332).

Delich admitirá, dos décadas después, que aquella aseveración («... *todas* las condiciones sociales son buenas para la democracia...») sonaba excesivamente optimista: «... en ese momento –agrega– estaba bien decir eso, pensar eso, pero después de 20 años de democracia me suena un tanto *naif*». <sup>13</sup>

Aquel énfasis en las potencialidades de la democracia también debe leerse como una respuesta al desdén que los enfoques sobre el desarrollo habían mostrado hacia aquella. Vale recordar que entonces, para no pocos economistas al igual que para los organismos multilaterales de crédito, era aceptable postergar y sacrificar temporariamente libertades civiles y políticas si eso permitía una vía más acelerada al desarrollo. El autoritarismo modernizante de los años 60 (reflejado en los golpes militares de Brasil y Argentina de esa década), estaba basado en esa suposición y confianza. Ello explica el énfasis de Delich cuando propone incluir la democracia dentro de la problemática del desarrollo, porque hasta esos años –afirma– «... la idea de los desarrollistas era que la democracia no era importante, el problema era el capital, la modernización...», y el giro impulsado desde CLACSO sugiere en cambio «... la idea de que sin democracia el desarrollo era insostenible o bien era incompleto». <sup>14</sup>

Eso se refleja especialmente en un texto escrito en 1984 –cuando la democracia se está reinstalando en varios países de la región–, titulado «De la democracia como necesidad a la democracia como condición». <sup>15</sup>

En el mismo vuelve a sostener las ideas lanzadas un lustro antes en el número inaugural de *Crítica y Utopía*:

13 En la citada entrevista realizada por Antonio Camou a Delich, 2017, p. 340.

14 Ídem, p. 339.

15 El texto aparece en el N° 13 de *Crítica y Utopía* (diciembre de 1985), y también integra una compilación de Cepeda Ulloa et al. (1985).

comprobamos históricamente que la democracia como sistema político no necesariamente se correlacionaba con un alto grado de desarrollo, esto es, no era un lujo de países ricos; tampoco siempre se asocia con tasas altas de urbanización; concluíamos nada prematuramente, que todas las condiciones sociales eran potencialmente aptas para el cultivo de la democracia política (...) La coyuntura económica que atravesamos estos años últimos, marcada por la deuda externa y la inflación que prolongan esta coyuntura hacia la próxima década, establece los límites del desarrollo económico, pero no los límites del desarrollo político (...) Si se asume el paso de la democracia como condición a la democracia como necesidad y como posibilidad, si una cultura política fortalece el buen uso de las reglas, no es improbable que un sistema político liberado de lastres propios, contribuya eficazmente a resolver una coyuntura económica muy dramática. En tal caso la democracia tal vez aparezca como condición también para su resolución.<sup>16</sup>

El énfasis puesto en la democracia parece invertir la secuencia que los desarrollistas y los teóricos de la modernización habían formulado en los años 60. En efecto, si estos imaginaban a la democracia como un subproducto derivado del desarrollo económico, la democracia pasa ahora a considerarse una condición para alcanzarlo. Hay sin embargo un matiz importante que media entre ambas posturas. Delich –al igual que otros intelectuales de esos años–, no llega a postular a la democracia como *condición suficiente* para el desarrollo – algo que sí está presente en el modo en que este es presentado

16 Delich, F., «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», en Cepeda Ulloa, F. et al., *Democracia y Desarrollo en América Latina*, Grupo Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, pp. 48-49.

por los teóricos de la modernización al anunciar las chances de democracia—, sino como un régimen que aportará un ambiente más favorable para lograrlo, reduciendo la incertidumbre y revirtiendo una inestabilidad política crónica de la que no han quedado exentos los gobiernos autoritarios.<sup>17</sup>

Si buena parte del esfuerzo teórico inicial se había orientado a probar que la democracia era *posible* sin desarrollo, ahora se daba un paso más al sugerir que era *necesaria* para alcanzarlo.

Pese a los esfuerzos por matizar el problema, el texto —al igual que otras versiones del mismo tenor comunes en esos años—, no logra disimular cierta dosis de optimismo que llevó a sobreestimar la capacidad de acción autónoma de la democracia para promover cambios socioeconómicos. El entusiasmo creado por su recuperación impregnó los diagnósticos y tareas asignadas en la primera etapa democrática y alentó una sobrecarga de expectativas que veló la comprensión de los desafíos y la magnitud de los retos socioeconómicos que pondrán duramente a prueba la estabilidad de las nuevas democracias, poco después.

Delich no carecía de capacidad de autocorrección y buena parte de su obra posterior revela sus esfuerzos por actualizar esos diagnósticos y registrar la persistencia de viejos

17 En abierto contraste con la sensación de imprevisibilidad que el gobierno militar argentino instaló al desatar la guerra de Malvinas, la democracia comenzó a ser revalorizada por el marco de certidumbre y seguridad jurídica que podría aportar a una estrategia de desarrollo y modernización. Vale recordar que con la guerra de Malvinas, la arbitrariedad y discrecionalidad que hasta ese momento solo conocían y padecían sus ciudadanos en el plano doméstico, comenzó a proyectarse al campo internacional, generando incertidumbre no solo en el plano militar, sino también en materia económica al poner en cuestión contratos e inversiones extranjeras de un día para otro.

problemas –como el de la desigualdad–, que la democracia no logró remover y revertir pese a su inédita perdurabilidad.<sup>18</sup>

Lo que afortunadamente no ha perdido actualidad –y este es un logro al que ha contribuido activamente Delich–, es la aceptación de que la democracia, con sus límites, sigue ofreciéndonos un ámbito insuperable para dirimir pacíficamente nuestras divergencias y conflictos, y también las palancas institucionales para que los actores sociales y políticos puedan corregir bajo su vigencia las asimetrías que aún padecen nuestras sociedades. Aunque muchas de esas deudas suelen ser imputadas a la democracia también es hora de interrogarnos sobre cómo sus actores emplean y aprovechan las herramientas y oportunidades que ella ofrece, o para expresarlo en otros términos: qué es lo que hacemos *en* y *con* la democracia. Esta es una tarea impostergable, sobre todo si se aspira a revertir el legítimo sentimiento de frustración y desencanto que se extiende en muchas sociedades frente al desempeño de sus democracias. Hallar pronta respuesta a estos desafíos nos exige renovar, entre otras cosas, el mismo esfuerzo de reflexión, la misma audacia y lucidez de la que dio muestras la generación que en los 70 logró convencernos de que la democracia era posible.

18 Véase Delich, F., *La crisis en la crisis. Estado, Nación, Sociedad y Mercado en la Argentina contemporánea*, Eudeba, Buenos Aires, 2002.

# LAS ANTINOMIAS DE FRANCISCO DELICH: EL INTELLECTUAL ORGÁNICO Y LA SOCIOLOGÍA COMO CIENCIA EN AMÉRICA LATINA<sup>1</sup>

Esteban Torres

## I. El encuentro

A diferencia de sus amigos y compañeros de ruta, de los colegas de su propia generación, con Francisco Delich construimos una relación tardía. La marcada distancia generacional que nos separa, el carácter en gran medida azaroso de nuestro encuentro en los últimos años de su vida, y los motivos que consolidaron nuestra corta e intensa amistad, marcan el reconocimiento que estoy en condiciones de ofrecerle, pero sobre todo el tipo de reconocimiento que me interesa compartir con ustedes y con el mundo actual de las ciencias sociales. El hecho de no haber sido alumno ni discípulo de Francisco, de no haber estado bajo la órbita de sus ideas ni de sus quehaceres políticos en mi etapa formativa, incidieron también en la naturaleza del vínculo que establecí con él. Fue a partir de nuestras llamativas coincidencias intelectuales, de una experiencia de reconocimiento mutuo, que me sentí atraído

1 Quisiera agradecerles a Fernando Calderón, Carlos Strasser, Francisco Rojas Aravena, Juan Pablo Gonnet, Oscar Pacheco Failache y Ramiro Nicolás Chalamán por la lectura atenta y los comentarios al presente texto. Una versión preliminar fue publicada con el mismo título en *Utopía y praxis latinoamericana*, N° 80, vol. 23, enero-marzo de 2018.

por su figura y posteriormente motivado a leer sus textos.<sup>2</sup> Tal experiencia de lectura termina de conformar la idea que actualmente cobijo de Delich. Si bien atesoro múltiples y extensas conversaciones con Francisco, creo finalmente que la recreación y el dimensionamiento de su legado los establezco principalmente como lector.

Es a partir de las circunstancias mencionadas que mi texto adoptará una forma menos anecdótica, retrospectiva y personalísima, y más analítica, proyectiva y generalizable. De este modo, las preguntas centrales y duraderas que se me presentan en relación con Delich son las siguientes: ¿Por qué prestar atención a la trayectoria y a la obra de Francisco para un proyecto de desarrollo de las ciencias sociales en América Latina? ¿Cuál es el valor de Delich hoy para las ciencias sociales? Iniciaré la respuesta a tales interrogantes a partir del esbozo de un encuadre sociológico e histórico de su práctica intelectual.

## II. La primacía del sociólogo

Creo que la trayectoria y la obra de Francisco exhiben la potencia que acarrea el encuentro directo de una práctica inte-

2 De la alquimia acumulada de nuestros encuentros fue cobrando forma a principios de 2016 la ambiciosa idea de armar un Grupo de Trabajo en CLACSO destinado a una misión que ambos considerábamos urgente: la experimentación y la construcción de nuevas teorías sociales que nos permitan comprender en mejores términos los grandes cambios producidos en América Latina en las últimas décadas. Este proyecto, que se interrumpe drásticamente con la partida de Francisco, finalmente sale adelante con el apoyo de Edelberto Torres Rivas, quien acepta ocupar el lugar dejado por Delich como co-coordinador. Para llevar el proyecto a buen puerto también resultó de capital importancia la participación y el generoso involucramiento de Fernando Calderón, a quien Francisco invitó a participar del Grupo desde un primer momento.

lectual y una práctica política, así como las incomodidades, las contradicciones, los claroscuros y las limitaciones que suelen traer aparejadas aquellas experiencias vitales que pretendieron llevar adelante ambas pasiones sin descuidar ninguna, con la antigua y noble ilusión de poder encarnar una síntesis en la figura del intelectual total o del político estadista. Pese al desarrollo vigoroso, en simultáneo y en diferido, de una trayectoria intelectual y de una carrera política, entiendo que la pulseada entre ambos espacios de experiencias, entre su proyecto político, su proyecto político-académico y su proyecto sociológico, la batalla entre el político y el científico, en gran medida la ganó este último. Ahora bien, la afirmación de esta primacía sociológica merece algunas precisiones para el caso de Francisco, dado que adopta una forma específica y bastante singular.

En tanto intelectual y sociólogo, me atrevo a definir a Delich a partir de dos rasgos que se combinan y relacionan con acentuadas contradicciones. En primer lugar, entiendo que Francisco encarnó la figura del intelectual heroico, o en los términos de Bauman, del intelectual legislador, dispuesto a marcar el rumbo de la Historia.<sup>3</sup> Tal heroísmo demanda comúnmente, como ustedes saben, una relación orgánica con la política. Ahora bien, junto con ello, Delich personificó la figura del científico-social, del sociólogo moderno, dispuesto a conocer objetivamente el mundo para descubrir los secretos de su movimiento. Para hacer posible esta segunda función

3 La disposición heroica de Delich queda patente, por ejemplo, cuando recuerda en 1994 el momento de la creación de la revista *Crítica y Utopía*. Allí Francisco afirma: «Habíamos desafiado a la dictadura de Onganía con *Jerónimo*, habíamos contribuido a derrotarla. Habíamos reunido la razón y la acción. El futuro no se nos escaparía. ¿No se nos escaparía?» (Delich, F., «Prólogo», en Delich, F., *Crisis y protesta social -1970-*, Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba-CEA, Córdoba, 1994, p. 11).

Francisco hizo propia la necesidad de tomar distancia de los particularismos políticos de su propio espacio y tiempo, y muy en especial de las presiones que emanaban de los vaivenes y de las inclinaciones de su propio partido político.<sup>4</sup> Si el primer rasgo mencionado, el heroísmo intelectual, resultó ser un atributo común entre sus pares generacionales, constituyéndose en una marca de época, no sucedió lo mismo con el compromiso que asumió Francisco con una científicidad sociológica. Entiendo que esta última inclinación dejó a Francisco en una situación de profunda soledad local y nacional que nunca llegó a extinguirse. Experimentó la soledad en los 70, en tiempos de politización ascendente y de supeditación de la razón sociológica a un proyecto político revolucionario. Luego su soledad se actualizó en la década del 80, en tiempos de retracción política culturalista del campo intelectual progresista, movimiento que se apaga con la desilusión y la derrota del alfonsinismo. Finalmente una tercera fuente de soledad, posiblemente la más aguda y persistente, emana de la estigmatización de los propios políticos profesionales de su partido, para quien Francisco nunca dejó de ser «el sociólogo».

<sup>4</sup> A modo de ejemplo, Delich sostuvo que «Si la buena medicina no identifica al médico con su paciente la buena sociología tampoco identifica al sociólogo con su objeto de análisis, ni con la acción ni con sus actores cualquiera sea su marco de valores» (Delich, F., «Dos x uno: Diciembre 2001», *Carta política*, 21 de diciembre de 2011, s/n. Recuperado de <http://www.cartapolitica.org/sin-categoria/3258/>). Otra manifestación de su distanciamiento sociológico se puede observar, por ejemplo, cuando decide ponerse «más allá» de la derecha y de la izquierda, considerando en primera instancia toda cultura política como una tribu. En referencia a la cultura política de las izquierdas y de las derechas, de los autoritarios y de los anti-autoritarios, de los populistas y los antipopulistas, dirá: «Cada una de esas tribus tiene su propio estilo, sus propias reglas, a partir de las cuales interpreta las reglas explícitas. La acción política entonces es la resultante de la utilización de estos estilos en los límites de las reglas de juego explícitas del sistema» (Delich, F., «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», *Crítica y Utopía*, N° 13, 1985, p. 6.).

go», «el intelectual» o «el profesor»,<sup>5</sup> caracterización que lo convertía en un Otro de menor cuantía. Como es de saber común, a partir de la década del 70 la encarnación de un proyecto racionalista y moderno en las ciencias sociales en la Argentina queda representada paradigmáticamente por la experiencia marxista. Luego de la dictadura militar, con el retorno de la democracia, las expectativas racionalistas no se recuperan en ninguna ciencia social, a no ser bajo la forma de un empirismo estrangulado por una nula autoconciencia teórica. En aquel entonces, la actualización del marxismo como ciencia tuvo su epicentro en la ciudad de Córdoba, en el espacio intelectual de *Pasado y Presente*, el proyecto editorial encabezado por *Pancho Aricó*. Para Francisco, a diferencia de Aricó, el rescate de las ciencias sociales y la política de masas pasaba menos por una revisita crítica del marxismo que por una apuesta reformista y modernizadora que encuentra una primera compañía moral en la obra de Durkheim.<sup>6</sup>

En cualquier caso, a lo largo de la encendida trayectoria de Delich, la pugna entre el heroísmo intelectual-político y el distanciamiento sociológico no se resuelven para cada momento en una misma dirección ni adoptan una intensidad constante. Observando su trayectoria de punta a punta me atrevería a afirmar que esta ecuación vital se resolvió a favor de un compromiso más sociológico que político-orgánico. Tal registro se opone a la percepción generalizada en el campo universitario nacional, y particularmente a la aguda repre-

5 Conversación personal con Francisco Delich, mayo de 2016.

6 Parte de la discusión que mantuvo Delich con Aricó fue a propósito de Mariátegui. Mientras que Aricó era un gran admirador de este último, Delich lo era principalmente de Haya de la Torre. Según nuestro autor, Haya de la Torre entendió mejor América Latina porque tenía una mejor respuesta al problema de la indianidad. Al respecto ver en este libro la conversación de Delich con Fernando Calderón.

sentación que recrea el progresismo universitario cordobés, inspirada en cierto rechazo a las gestiones de Francisco como rector de la Universidad Nacional de Córdoba (1989-1995). El supuesto de la primacía del sociólogo ofrece a su vez un punto de observación privilegiado para dilucidar su modo de entender la política y la historia de América Latina, así como para observar el tipo de vínculos que construyó con el grupo de *Pasado y Presente*, con Gino Germani y su red académica inmediata, así como, en un plano regional e internacional, con la comunidad sociológica comandada por Alain Touraine.

De este modo, creo poder observar en la trayectoria de Delich la puesta en acto de una doble supeditación: supeditación del político al intelectual heroico y supeditación del intelectual heroico al sociólogo moderno. La figura que emerge de esta doble sujeción dista de ser típica. No se trata de la mezquina figura bourdieana y liberal que reclama para sí la autonomía de una sociología crítica liberada del supuesto patoterismo intrusivo del Partido Comunista y su ejército de intelectuales. Tampoco se ajusta a la figura del intelectual desarrollista, al estilo de Prebisch, familiarizado con la función del técnico, del experto o del asesor en políticas públicas. Se trata más bien de un tipo extraño de intelectual orgánico dispuesto a anteponer una sociología científica y universalista, de propensión reformista y latinoamericanista, al interior de un espacio político-partidario reacio en los hechos a las prácticas reformistas y una proyección política traccionada por un horizonte de expectativas autonómicas para la región. Si bien Delich se identificó en términos sociológicos e ideológicos con las empresas de Gino Germani y de don José Medina Echavarría (este último particularmente en su momento cepalino), a diferencia de ambos Francisco fue militante y funcionario todo terreno de la Unión Cívica Radical (UCR) de la provincia de Córdoba, espacio político potencialmente

abierto por tradición a las ideas y las utopías reformistas, pero marcado en su devenir contemporáneo por una impronta adaptativa y mayoritariamente conservadora.

Ahora bien, a partir de los elementos contextuales expuestos, quisiera retornar a las preguntas con las cuales inicié este texto. ¿Por qué prestar atención a la obra de Francisco? ¿Cuál es su valor en función de los desafíos que actualmente tienen por delante las ciencias sociales en América Latina? Y la respuesta que tengo para ofrecer es sencilla: su valor principal reside en el compromiso con la construcción de una perspectiva sociológica general, atenta a los grandes interrogantes del pensamiento social clásico y consecuentemente apegada a un conjunto de parámetros metodológicos elementales de la misma teoría sociológica creada en la transición del siglo XIX al XX. Antes que una teoría social propia, innovadora y sistemática, incluso antes que una narrativa sociológica rigurosa, Delich nos deja como legado una serie de escritos en los cuales se exhibe con nitidez un tipo de compromiso sociológico racionalista, totalizante, historizador, que a mi modo de ver lo convierten en uno de los intelectuales y científicos sociales argentinos *metodológicamente mejor orientados*. Mi impresión es que su talento, la capacidad que lo diferenció positivamente de la mayoría de los colegas de su tiempo, se asoció fundamentalmente con una intuición analítica muy desarrollada para actualizar los interrogantes esenciales atendiendo a los elementos novedosos del presente nacional y regional, y con una creatividad sociológica y una fuerza prospectiva llamativa para esbozar respuestas provisorias a tales preguntas. Se trata de un conjunto de atributos que emanan de una conciencia sociológica clásica, de un aparato de captura holístico, de lo que el propio Francisco llamó «una pasión completa». A ello habría que sumarle un tipo de rebeldía, de orgullo y de irreverencia que lo instaban a no aceptar como propias las ideas

de otros, y en particular las ideas dominantes de sus propios espacios de pertenencia intelectual y político.

Situados ante la necesidad de hacer frente a las tendencias actuales de las ciencias sociales en América Latina y en el mundo, sostendré que Francisco no debería ser considerado en primera instancia por los servicios prestados como propulsor regional de los procesos democráticos en América Latina, o bien como un hacedor del giro democrático de la intelectualidad progresista en tiempos de dictadura y posdictadura. Creo más bien que debería ser apreciado como aquel intelectual y político que aun estando comprometido ideológicamente con la expansión de la democracia política, o dicho en sus términos, con la democracia como condición y como necesidad para el desarrollo económico y social, sometió la pregunta por la democracia a un principio de científicidad sociológico clásico. La idea de una imaginación política motorizada y regulada por una sociología de propensión científica aparece continuamente en sus trabajos. En una de sus formulaciones más vistosas, Francisco sostiene que «la más dramática y fascinante revelación de la Argentina por mi generación es que teníamos una *sociedad por descubrir*,<sup>7</sup> una identidad y una política por construir, una identidad nacional por realizar».<sup>8</sup> Creo que la afirmación expresa con fuerza ese ansiado movimiento de retroalimentación entre el descubrimiento sociológico y la construcción político-identitaria. Al afirmar que el principio de descubrimiento en Delich se orienta por reglas clásicas quiero simplemente indicar que se ajusta a un conjunto de coordenadas metodológicas compartidas por autores ideológicamente tan dispares como Marx, Weber, Durkheim y Simmel. Si bien Francisco se inmiscu-

7 La cursiva es mía.

8 Delich, F., *Mega-universidad. Discursos plurales*, Eudeba, Buenos Aires, 1986, p. 15.

ye directamente con esta literatura, su lectura se agudiza y se vuelve más penetrante a partir de la influencia que ejercen sobre él dos grandes autores con los que entra en relación y admira profundamente: José Medina Echavarría y Barrington Moore. Si la salida ofrecida por Oscar del Barco y otros intelectuales exmarxistas duramente golpeados por la Dictadura Militar fue un rechazo virulento de toda pretensión científica del pensamiento social crítico –por considerarlo una manifestación totalitaria sujeta a la dominación del Sistema–,<sup>9</sup> Delich por su parte nunca renunció a la «sisífrica tarea de comprender y explicar las acciones humanas y sus consecuencias».<sup>10</sup> Contra el escepticismo político y científico imperante, Delich mantuvo viva hasta el final la creencia en la posibilidad de una razón científica puesta al servicio de la reconstrucción de una sociedad política y ética, actualizando con ello un horizonte de expectativas modernas desde la mejor tradición realista y antiprofética.

Ahora bien, el apego de Francisco Delich a una sociología con pretensión científica, identificada con la explicación del devenir sociohistórico de América Latina, o en los

9 El texto principal de la gran derrota de Oscar del Barco, que atestigua un escepticismo político y científico radical, es su libro *El otro Marx*, publicado en 1983, y cuya posición el autor actualiza sin grandes cambios en el post scriptum y el nuevo epílogo que redacta a la edición de 2008 (ver Del Barco, O., *El Otro Marx*, Milena Caserola, Córdoba, 2008). La impotencia, el escepticismo y la reclusión de Del Barco tuvo un impacto notable en la formación de toda una camada de filósofos políticos en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. A mi entender estos últimos no supieron o bien no estuvieron en condiciones de tomar la distancia suficiente para poder crear un nuevo proyecto de encantamiento generacional, vigoroso, expansivo y contemporáneo. Un proyecto que permitiese romper con una derrota y una posterior reclusión culturalista, comunitarista y reactiva que por una cuestión generacional no les pertenecía directamente y que se trasladó a un modo de entender la filosofía y las ciencias sociales.

10 Delich, F., *Señales*, Nueva Comunicación, Córdoba, 1999, p. 55.

términos exactos de nuestro autor, con la explicación de la mutación social contemporánea,<sup>11</sup> permite entender, entre otras cuestiones, los cambios que experimentó su visión de la democracia a lo largo de los años, desde aquellos primeros números de *Crítica y Utopía*, la emblemática revista de CLACSO que Francisco creó y dirigió entre los años 1978 y 1989. El carácter preponderante que adquiere su compromiso con un método sociológico clásico ayuda a comprender el creciente desencanto que va experimentando respecto a la capacidad regeneradora y transformadora de la política democrática en el país y en la región, desencanto que llega a su máxima expresión en los últimos años de su vida, reviviendo y actualizando el pesimismo del último Germani.

### III. Mutación social, democracia y método sociológico

El modo de aproximación de los intelectuales y los científicos sociales progresistas a la cuestión de la democracia en América Latina a partir de la década del 80 se puede resumir en dos posiciones prototípicas que suelen enfrentarse en el campo de las discusiones teóricas. La primera conlleva un rescate *a priori* del valor de la democracia, sea en los términos ya establecidos o apelando reformulaciones normativas, mientras que la segunda apunta a la consideración del valor de la democracia en función de una teoría sociológica del cambio social, y por lo tanto a partir del conocimiento emergente del análisis y la eventual explicación de los cambios sociohistóricos acaecidos en América Latina desde fines de los 70. Si la primera posición supedita la investigación social al golpe normativo de un

11 Delich, F., *Mega-universidad...*, ob. cit., p. 11; Delich, F., «Prólogo»..., ob. cit., p. 56; Delich, F., *La crisis en la crisis. Estado, nación, sociedad y mercados en la Argentina Contemporánea*, Eudeba, Buenos Aires, 2002, pp. 18-20.

*ex ante* democrático, la segunda hace pivotear la democracia como valor en relación a un método de análisis sociológico que incluye la jerarquización de un principio contemporáneo de realidad. En este último caso la democracia como valor no es un elemento *ex ante* ni *ex post* sino un vector definido y calibrado a partir de un recorrido de mutua afectación entre ambos registros. Creo que esta segunda posición es la que asume Francisco Delich. La primera posición no acepta o es reacia a revisar los valores que orientan la investigación a partir de los resultados de la propia pesquisa, mientras que la segunda todo lo contrario. Francisco parte de un apego férreo a la democracia como valor pero acepta cuestionar tal registro a partir del *output* de su análisis sociológico. Lo que el campo de las ciencias sociales en América Latina pone en juego en este punto es la disputa por el vector que domina el modo de compromiso del intelectual: si en la primera posición el vector dominante es el ideológico o el ético, en el segundo el vector que prevalece es el científico. De este modo, podríamos decir que la concepción de la democracia de Delich se define en primera instancia a partir de un compromiso sociológico. Si en la primera posición el valor de la democracia es un postulado normativo, inamovible y abstracto, en la segunda es una hipótesis a corroborar a partir de una investigación sociológica atenta a principios metodológicos clásicos.

Cuando la teoría de la democracia se supedita como en el caso de Francisco a una visión de la mutación social general, a una sociología del movimiento,<sup>12</sup> la clásica y polémica relación entre desarrollo económico y democracia política asume para cada caso la forma de un nudo problemático y no puede resolverse por una dictaminación normativa inicial.

12 Delich, F., «Nuevas críticas y otras utopías», *Crítica y Utopía*, N° 17, 1988, p. 2.

Ahora bien, lo que Francisco parece no aceptar en ningún caso es la completa extinción de la democracia como valor. De este modo, la democracia política no solo es para Delich un hecho social y un valor sino que es en primera instancia una energía y un impulso que anida en todo proceso social desde tiempos pretéritos. Entiendo que este horizonte de intelección ampliado, que integra un registro evolutivo de la civilización como un todo, convierte a nuestro autor en un gran observador de la modernidad. Si para Wallerstein y para Manuel Castells el flujo histórico de la modernidad se dirime en la lucha entre fuerzas de dominación y de autonomía, para Francisco esta se define en la pugna entre fuerzas democráticas y fuerzas autoritarias. Dicho en otros términos, Delich fija una relación de inmanencia entre la democracia como hecho y la democracia como valor desde el momento en que la fuerza democrática está sociológicamente presente de forma manifiesta y/o latente en todo proceso social. Ahora bien, el reconocimiento de este componente ontológico-social de la democracia no implica para Francisco el apego a una forma democrática específica, institucional y/o jurídica, ni su aceptación en cualquier circunstancia.

A diferencia de tantas mentes extraviadas que continúan haciendo de sus propias debilidades una epistemología y una postura intelectual, Francisco Delich tenía un método para observar la realidad social, para reflexionar sobre la democracia y eventualmente para imaginarla a futuro.

Entre los principios metodológicos clásicos a los que suscribía nuestro autor destacan el principio relacional, el principio multidimensional, el principio procesual y el principio holístico.<sup>13</sup> Respecto al primero, podemos constatar que para

13 Para un desarrollo de estos principios ver Torres, E., «El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales

Delich la visión de la democracia se supedita en lo inmediato a una teoría relacional del Estado, al estilo poulantziano, y en términos más generales a una teoría socio-relacional del poder. De este modo, nuestro autor dirá que «la discusión inicial sobre las condiciones de la democracia, mirada desde la sociología, necesariamente es una discusión sobre el poder».<sup>14</sup> En cuanto al principio multidimensional, podemos observar que su visión de la democracia se resuelve igualmente al interior de una lógica de articulación entre economía, política y cultura, y más en concreto asociado a lo que Delich llama «coeficiente de articulación». Si bien dicho coeficiente no asume en sus textos una forma conceptual sistemática, es constatable que se trata de un dispositivo socio-causal que señala el grado de interpenetración y los niveles de autonomía y de supeditación entre los cuatro subsistemas o dimensiones que organizan su teoría de la sociedad: el Estado (lo político-nacional), la sociedad (lo social-nacional), el mercado (lo económico-global) y la nación (lo cultural-nacional).<sup>15</sup> Este esquema se pone en movimiento, por ejemplo, cuando Delich identifica los fenómenos principales del fin de siglo XX: «la crisis de una forma de Estado (el Estado-nación de bienestar), la interpelación de la nación por la globalización, la expansión de los mercados y la mutación de los valores tradicionales en la sociedad civil».<sup>16</sup> Antes que reclamar *a priori* más y mejor democracia para un procesamiento superador de tales fenómenos, Francisco sostiene que estos demandan en primera instancia un replanteo de la relación entre el Estado-

---

en América Latina», *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, N° 48, segunda época, CLACSO, Buenos Aires, agosto de 2017.

14 Delich, F., *Memoria de la Sociología Argentina, 1960-2010*, Alción, Córdoba, 2013, p. 147.

15 Delich, F., *La crisis en la crisis...*, ob. cit., p. 38.

16 Ídem, p. 79.

nación, la sociedad civil y el mercado.<sup>17</sup> En cualquier caso, el coeficiente de análisis multidimensional de Francisco termina priorizando una lógica de articulación entre economía y política, bajo la premisa no declarada de que la cultura es una variable en gran medida dependiente de la interacción entre el par mencionado. La apuesta de Delich por definir y por redimensionar la democracia como hecho y como valor a partir del apego a una lógica de articulación entre economía y política lo distanció de la perspectiva de Touraine, con quien mantuvo una rica polémica en torno a este punto.<sup>18</sup> Contra toda aproximación estática, y contra toda comodidad normativista e institucionalista, Delich concebía la democracia supeditada a un principio socio-procesual que incluía el registro de una larga duración, desplegando un modo de historización ambicioso que deja entrever la influencia de Barrington Moore. De este modo, Francisco incubó desde siempre la idea de que la democracia y el autoritarismo, las fuerzas que propulsan la historia, «no son ni modelos ni circunstancias históricas sino procesos sociales que cristalizan en instituciones, que solemos designar, conforme a la mayor o menor preponderancia de uno u otro elemento (o conjunto de elementos) autoritario o democrático».<sup>19</sup> Para Francisco ambos procesos, el autoritario y el democrático, son formas de orden y de cambio social.<sup>20</sup> Es muy interesante observar cómo su idea de democracia como proceso se define a su vez al interior de una historia social que entrelaza el conjunto de las escalas espaciales, ya que su historia es simultáneamente local, nacional, latinoamericana

17 *Ibidem*.

18 Ver Touraine, A., Delich, F. y Mora y Araujo, M., «Democracia y desigualdades sociales», *Estudios*, N° 15, otoño 2014, pp. 189-217.

19 Delich, F., «Las condiciones sociales de la democracia», *Critica y Utopía*, N° 1, Buenos Aires, 1979, p. 1.

20 *Ibidem*.

y global, y que a su vez atiende y desborda una historia de la modernidad.

Entre los principios metodológicos a los que Delich recurre para reflexionar sobre la democracia y su perfeccionamiento, posiblemente el principio holístico sea el más determinante. El recurso a un principio de totalidad social lo inscribe de lleno en las coordenadas pre-disciplinares del pensamiento social clásico (y no solo del marxismo). Francisco solía decir que solo cuando miramos el conjunto somos capaces de advertir el cuándo y el cómo del movimiento, y por tanto el cuándo y el cómo de la democracia como proceso.<sup>21</sup> El heroísmo intelectual de Francisco se deja ver particularmente en relación con este principio. Al igual que para Aricó, para Francisco no se podía pensar la democracia sin pensar como un todo el *fin de siglo* latinoamericano, lo cual a su vez implicaba una forma de repensar el globo, ya que para nuestro autor «no hay rincones en el planeta ajenos a la historia común de los hombres».<sup>22</sup>

#### IV. Delich y la democracia en América Latina en el siglo XXI

Al permanecer constante en la obra de Delich el modo de aproximación analítica a la cuestión democrática, así como la propia definición de esta última, no es de extrañar que la consideración misma de la democracia experimente modificaciones sustantivas. Una teoría de la mutación social atiende a los cambios concretos producidos en la relación entre economía y política, y a partir de ello intenta percibir las mutaciones

21 Delich, F., *Mega-universidad...*, ob. cit., p. 2.

22 Delich, F., *Sociedades invisibles. La cultura de la ingobernabilidad en América Latina*, Gedisa, México, 2007, p. 22.

de la democracia. De este modo, la democracia como proceso, tal como Delich la define en abstracto, se conforma en su sociología nacional y latinoamericana más contemporánea atendiendo a un hecho estructural clave: la tendencia general a la creciente supeditación de la política a la economía y más en concreto a la creciente supeditación de la política estatal a la economía globalizada. Para Francisco esta tendencia se afirma principalmente en América Latina en la década del 80 a partir del impactante crecimiento de la deuda externa. Ya por esos años Delich va a reconocer que la deuda externa no corresponde a una coyuntura, aunque tenga como origen una coyuntura, sino que forma parte de la estructura económica y social de la región, y por lo tanto no está bajo control real del Estado. Para Francisco, se trata de un condicionamiento de tal magnitud que se convierte en la base del orden social y de la definición de sus tensiones principales. Nuestro autor dirá que el orden político-democrático no puede escapar al impacto del cambio estructural contenido en esta nueva dependencia económica.<sup>23</sup> Aquí Delich expresa con todo dramatismo la creciente impotencia del programa reformista del alfonsinismo, al mismo tiempo que deja en evidencia el error de aquella fracción de la intelectualidad progresista que creyó ver su principal desafío en el intento de democratizar la cultura política nacional desentendiéndose de la reforma de la economía. En cualquier caso, el reconocimiento del fracaso económico de la democracia se registra en los años 80 –y Delich no es una excepción a ello– bajo el temor del posible retorno a un gobierno dictatorial más exitoso económicamente, haciendo con ello realidad las peores elucubraciones de Medina Echavarría.

23 Ver Delich, F., «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», *ob. cit.*, p. 1.

La mayoría de las veces que Delich se refiere a la tendencia a la creciente supeditación de lo político a lo económico, opta por desagregarla en dos procesos, uno político y otro económico. En concreto se refiere a la tendencia al colapso del Estado-benefactor y a la tendencia a la creciente globalización y financierización del mercado económico **capitalista**.<sup>24</sup> (2008: s/n). Las inclinaciones durkheimnianas de Delich lo llevarán a insistir principalmente en la primera tendencia. Su idea del colapso del Estado-benefactor se ajusta sin inconvenientes a la tesis del declive tendencial e irreversible del poder soberano de los Estados-nación, del modo en que circula por el *mainstream* de la teoría social contemporánea global. A medida que se van profundizando las reformas neoliberales en Argentina y en América Latina compruebo que Delich se va desplazando del reconocimiento de la primacía de lo político-democrático a la primacía de lo económico-global, en sintonía con el diagnóstico de Giddens y con las hipótesis causales del materialismo histórico contemporáneo. A medida que se acentúa en la obra de Delich el reconocimiento de la creciente supeditación de lo político-estatal a lo económico-global, y a medida que nuestro autor observa cómo las desigualdades sociales estructurales se profundizan bajo los propios regímenes democráticos de la región, se va debilitando también su apuesta normativa por la democracia. Con el cambio de la realidad social en América Latina cambiará para Delich el sentido y el valor de la democracia. La esperanzada discusión respecto a la democracia como necesidad y condición de fines de los 80<sup>25</sup> va mutando hasta convertirse, en las reflexiones

24 Delich, Francisco, "Economía abierta y estado clausurado. La emergencia de nuevos patrones educativos y culturales". Revista *Estudios Digital*, N° 21, Primavera 2008.

25 El hilo rojo de la discusión de los primeros números de *Crítica y Utopía* pasaba por dilucidar en qué medida la apuesta por la democracia se ceñía a un

finales de Francisco, en una puesta en cuestión de la deseabilidad misma de la democracia como forma política del capitalismo de principios del siglo XXI.

Con el ingreso en el siglo XXI el problema número uno de la sociología de Delich pasó a ser el incremento de las desigualdades sociales bajo el capitalismo neoliberal, desplazando del podio al autoritarismo, que ocupaba el centro de sus preocupaciones normativas y sociológicas desde fines de los 70. El desencanto con la democracia política realmente existente, junto con el férreo sostenimiento de la creencia en la razón sociológica, parecen reprimir de algún modo sus fantasías democráticas. Si a partir del apego a su método sociológico nuestro autor llega a la amarga conclusión que la democracia como principio de organización general de la sociedad es estructuralmente imposible en la actualidad, no queda claro hasta qué punto está dispuesto a sostener la democracia como una utopía. Para Francisco la imaginación utópica debe regularse por el principio de realidad que provee la sociología. Desde el momento en que la utopía democrática deja de ser una utopía fundada sociológicamente, la democracia como valor corre el riesgo de desvanecerse. En cualquier caso, la gran pregunta de Delich, que hereda de Raúl Prebisch, continúa más vigente que nunca: «¿Es posible la acumulación de capital dentro del orden democrático para países de condición periférica?».<sup>26</sup> En sus últimos años, hun-

---

proyecto de recomposición ideológica y ética colectiva que había que sostener aún a costa de la retracción del crecimiento económico, o bien la propalación de la democracia era a su vez una condición social necesaria u optimizadora de la expansión económica. Las discusiones de aquel entonces incluían análisis comparativos entre gobiernos democráticos y autoritarios respecto a su salud económica (ver Delich, F., *Mega-universidad*, ob. cit., p. 16; Delich, F., «La democracia como orden posible», *Crítica y Utopía*, N° 16, 1988, pp. 1-8; Delich, F., «Nuevas críticas y nuevas utopías», ob. cit., p. 7.).

<sup>26</sup> Delich, F., «Nuevas críticas y nuevas utopías», ob. cit., p. 6.

dido en cierto pesimismo, nuestro sociólogo cordobés comparte la visión de Wolfgang Streeck: si el reloj ya está corriendo para la democracia, tal como la hemos conocido, nada nos invita a pensar que también esté corriendo para el capitalismo.<sup>27</sup> La vida de Francisco se extingue en un momento de plena incertidumbre, en el cual este parece no poder imaginar cuáles serán las utopías que encenderán a América Latina en el futuro. La única certeza que nos deja nuestro amigo es que no habrá un futuro promisorio sin la apuesta por el desarrollo de una sociología científica, de inspiración clásica, comprometida con el destino de nuestras sociedades.

27 Streeck, W., *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz, Buenos Aires, 2013, p. 9.

## LA CONSTRUCCIÓN DE REDES PARA LA CONSOLIDACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES: DELICH Y LA ARELA

Andrea Spreafico

Los procesos de democratización de una sociedad pueden ser estimulados por la consolidación de la investigación –teórica y empírica– que se ha producido dentro de ella, en el ámbito de las ciencias sociales. Es posible intensificar la reflexión sobre la interconexión entre democracia, ciudadanía y cohesión social instaurando un diálogo entre estudiosos del tema y experiencias diferentes de las que ha vivido cada uno, sobre todo cuando se trata de dialogar con tradiciones investigativas que se encuentran en una fase de fuerte desarrollo. Todo esto Francisco Delich ya lo había entendido muy bien en los años 70. Se trata de una toma de conciencia muy importante, ya que la democracia –igual que la investigación social– está hecha de hombres. La construcción de redes de expertos que creyeron firmemente en los valores de la libertad y de la igualdad, así como en su equilibrio, y en cuyo molde se habían vaciado sus intereses científicos y sus propias vidas, ha sido una conquista de Delich que no se puede borrar y de la que ahora estoy ofreciendo un testimonio a través de este escrito. Incluso creo que soy un ejemplo concreto del hecho de que lo que estos investigadores construyeron antes que yo no desaparece ni desaparecerá con la muerte de sus cuerpos físicos.<sup>1</sup>

1 Hoy, por ejemplo, Francisco Delich y Alberto Spreafico ya no están con nosotros, pero seguimos Juan Russo y yo, que nos hemos encontrado y he-

Generaciones de discípulos y amigos suyos esparcidos por el mundo transmiten lo que han aprendido de los modos más diversos. Por tanto lo que voy a tratar de hacer aquí es solo mostrar una pequeña parte –pues está limitada en el espacio y en el tiempo (Argentina e Italia en los años 90)– de esa red científica que Delich contribuyó a construir con tanto ahínco. Una red que no se limitó a construir relaciones, sino que dio impulso a una reflexión científica que ya nació post-nacional y cosmopolita, algo inevitable dada la envergadura tanto de los protagonistas como de sus estudios. La reflexión científica llevada a cabo por Delich en ese ámbito contribuye además –según veremos más adelante– a demostrar la perdurable actualidad de su sociología.

Mi punto de arranque es 1980, año en que se fundó en Florencia (Italia), la AMELA (hoy ARELA), es decir la «Asociación MEditerránea LATinoamericana para la investigación, la formación y la documentación», una asociación que ha producido muchos estudios, investigaciones y simposios internacionales en el campo de la sociología, de la ciencia política, de la historia y de la filosofía de raigambre euro-mediterránea y latinoamericana al mismo tiempo. Estudios cuyo objetivo ha sido, desde el principio, el análisis de los procesos de transición democrática y del comportamiento electoral en una óptica comparada y a menudo multidisciplinaria e interdisciplinaria. La fundación de AMELA era el fruto de la colaboración entre Alberto Spreafico y José Vidal Beneyto, un científico político italiano y un sociólogo español que se conocieron en 1963 y que nunca dejaron de trabajar juntos para la democracia. Al principio lo que les unía era el anti-franquismo, pero luego empezaron a compartir un estudio,

---

mos instaurado –cada uno a su manera– un diálogo y una colaboración ítalo-argentina-mexicana que estaban pendientes de llevarse a cabo, por lo que le estoy muy agradecido.

en sentido amplio, de los procesos de transición, y a este se sumó la formulación de proyectos concretos para la transformación de los sistemas políticos, partidistas y sociales. Una alianza a la que a partir de los años 70 se incorporó Francisco Delich, quien por un lado había conocido a Vidal Beneyto cuando fue nombrado secretario ejecutivo del CLACSO, en 1976, y por otro a Spreafico, a través de otra persona que ambos conocían, Gino Germani, también en los años 70. Esto llevó luego a Delich a participar en el acto de fundación de AMELA y a ser miembro de esta a todos los efectos desde el primer momento, permaneciendo también en ARELA hasta 2016, año de su fallecimiento. La presencia de Delich era solo el preámbulo del apoyo que posteriormente intentaría ofrecer al proceso de democratización argentino, sosteniendo en varias ocasiones la candidatura y la presidencia de Raúl Alfonsín desde 1983 (por ejemplo en 1983 en San Juan, invitado por Delich y Juan Russo. Más tarde, en junio de 1987, AMELA organizó un «Encuentro con el Presidente de la República Argentina Raúl Alfonsín sobre los problemas de la democracia en América Latina»).

En el encuentro de 1980, AMELA reunía a miembros de más países, además de Italia y España: Argentina (Delich, Cavarozzi), Brasil (Mendes, Trindade, Lamounier), México, Costa Rica, Puerto Rico, Túnez, Grecia y Francia. Y fueron precisamente unos franceses los que resultaron ser fundamentales para la empresa ameliana: Alain Touraine, a quien Delich había conocido en París a principios de los años 60, cuando se encontraba en esa ciudad perfeccionando su formación en la Sorbona; Edgar Morin, quien aportaba progresivamente su visión multidisciplinaria, que ya estaba abierta a un pensamiento mediterráneo y a la Tierra-Patria; y Maurice Aymard,

un historiador que tenía la misma amplia visión global<sup>2</sup> de los fenómenos políticos, económicos y sociales y cuyo rol habría de revelarse fundamental después del fallecimiento inesperado de Spreafico, en 1991. El proyecto de AMELA pudo seguir adelante gracias a Aymard, quien asumió la presidencia de la asociación –que ya se había convertido en ARELA– durante toda la década de los 90 hasta el día de hoy, justo cuando escribo estas líneas (diciembre 2017). Aymard, que también compartía intereses con Delich desde hacía tiempo, junto con este último condujo la asociación hacia el nuevo milenio, de tal modo que pudieron llevar a cabo alguno de los propósitos que fueron desde el principio la razón de ser de la fundación. Mientras se producía todo esto, Vidal Beneyto seguía muy de cerca la vertiente española de AMELA, y así lo hizo hasta su fallecimiento, en 2010. A lo largo de toda la década de los 90 hasta el comienzo del siglo XXI, el rol de Francisco Delich cobró más importancia aún si cabe, y sobre este aspecto enfocaré mi trabajo.

En 1993, cuando AMELA se convirtió en ARELA (Asociación para la Investigación Euromediterránea Latinoamericana), Anna Moriero Spreafico empezó a ocuparse de las relaciones que se habían establecido en los años anteriores, teniendo en Delich y en Roberto Gritti un gran apoyo. Gracias a este último, que en aquella época era director del ICIPEC (Instituto para la Cooperación Política Económica y Cultural internacional) de Roma, y al rol fundamental de Carlo Savoini,<sup>3</sup> Anna pudo organizar el primer simposio de gran

2 El espacio latinoamericano y mediterráneo constituían un interesante lugar de conjunción y de experimentación de los problemas del desarrollo, de la formación continua de centros y de periferias en el camino de larga duración de la globalización.

3 Algunas de las actividades de los años 90 se pudieron realizar gracias a Carlo Savoini (a la sazón director general de la DGV, *Emploi, relations industrielles et affaires sociales*, de la Comunidad Europea).

interés que llevó por nombre «Rol y perspectivas del sindicato en los procesos de integración regional en Europa y en América Latina». En tal evento colaboró, entre otros, el CLACSO y Delich figuró como ponente durante los tres días (10-12 de mayo). El simposio abordó el tema de la dimensión social de los procesos de integración supranacional (CEE, Mercosur, Nafta) y el rol de los sindicatos y de los sistemas de protección social frente a las crisis económicas. Como resultado del éxito de la iniciativa (en la que participó también Gino Giugni) al año siguiente se publicó el libro *Sindacati e integrazione regionale: Europa e America Latina, due casi a confronto*, recopilado por Gritti y Giorgio Lauzi. La obra recogía el ensayo de Delich «Los sindicatos en los años 90; liberalización económica, democracia política e integración regional». Volvían a reanudarse las relaciones científicas entre América Latina y Europa cuyos temas de base fueron la integración supranacional y el rol de los sindicatos en la cohesión social. Delich estaba tan satisfecho de ello que decidió presentar el libro en la Universidad de Córdoba, Argentina (de la que en aquella época era rector) en mayo de 1994, y en el acto participaron, entre otros, Paolo Guerrieri y Loralba Bellardi. Delich escribió también un Recuerdo de Alberto Spreafico y en esa misma ocasión entregó a Anna una placa en memoria de Alberto y en nombre de la Universidad Nacional de Córdoba. La imagen a continuación recoge un momento de ese acto (Delich y Moriero Spreafico tomando algo invitados por Raúl Altamira Gigena).



Se abría el camino para un estudio más profundo de los procesos de integración supranacional y de globalización, un camino abierto también al tema de la redefinición de las ciudadanías. Por tanto Delich, la Universidad de Córdoba y ARELA, contando una vez más con el apoyo de la Comunidad Europea, decidieron organizar en Florencia, del 5 al 7 de abril de 1995, el gran simposio internacional «Europa y Mercosur: rol y perspectivas del sindicato en los procesos de globalización y de competitividad». Fue uno de los primeros simposios sobre globalización que se organizaron en Italia y en el que hubo una gran concurrencia, pues entre los participantes figuraban Paolo Sylos Labini, Torcuato S. Di Tella, Elpidio Torres, Bruno Trentin, Innocenzo Cipolletta, Raffaele Morese, Francisco Delich, Gianfranco Bettin Lattes, Paolo Giovannini, Danilo Zolo, Maurice Aymard y muchos otros. Para el libro que se publicó a partir del simposio (editado por Aymard junto con Antonio Annino y publicado ese mismo año con el título *Il mercato possibile. Sindacati, globalizzazione, Mercosur e Cee*) Delich escribió dos ensayos, uno de carácter introductorio, titulado «Mercosur: un proceso sin vuelta atrás», y otro sobre las «Ciudadanías rescatadas en las sociedades que cambian», donde hablaba de la relación triangular entre Estado, sociedad y mercado frente a la entrada brusca de los países latinoamericanos en una economía globalizada, y donde alertaba sobre la necesidad de que existieran Estados autorizados, es decir dotados de un sistema político legítimo, por tanto con un elevado nivel de calidad de la representación política democrática (lo que reconducía al rol de la ingeniería institucional). Pero esto no era suficiente, ya que la igualdad en el voto iba pareja a la desigualdad social, dejando demasiado espacio a las lógicas corporativas y pseudo-representativas de una sociedad civil que sin embargo ambicionaba cada vez más la efectividad de los derechos de ciudadanía. Todavía hoy

sigue siendo muy significativo el interés de Delich, según manifestaba en ese mismo artículo, por la necesidad de coexistencia entre una ciudadanía social y una ciudadanía que atendiera a las diferencias culturales, así como el interés por la fallida representación real de muchos grupos sociales o por el fallido equilibrio en su representación, justo cuando los procesos de integración supranacional abrían nuevos retos a la idea misma de ciudadanía y al mismo tiempo ofrecían el flanco débil a la lógica potencialmente desintegradora del mercado. Había llegado el momento de investigar más a fondo el tema de la ciudadanía. Muchos se daban cuenta de ello (en esa ocasión Zolo y Bettin habían lanzado varios comentarios inspiradores en este sentido) y Delich y ARELA no dejaron escapar esa oportunidad.

La curiosidad científica, el debate y la difusión de los textos entre las redes que iban creándose, contribuyeron a que ARELA y Delich junto con la Universidad Nacional de Córdoba y la DGV de la Unión Europea decidieran promover otro simposio internacional en Florencia: «Europa y América Latina, mercado y nuevas ciudadanías», que fue patrocinado además por la Facultad de Ciencias Políticas «Cesare Alfieri» y que se celebró entre el 3 y el 5 de junio de 1996. También esa vez los participantes eran de alto nivel y, entre los muchos ponentes, quiero recordar a Natalio R. Botana, Georges Couffignal, Francisco Delich, José Luis Fiori, Laura Leonardi, José Murilo de Carvalho, Michel Offerlé, Riccardo Petrella, Horst Pietschmann y Raffaele Romanelli. Atendiendo a la fórmula de los simposios celebrados anteriormente, también este redundó en la publicación de un libro muy importante, *Le cittadinanze di fine secolo in Europa e America Latina*, recopilado por Aymard y Annino en el mismo año del simposio. El libro, que incluía dos artículos de Savoini, recogía el destacado ensayo de Delich «Colapso del Estado, mutación social,

multiplicación de las ciudadanías», donde –como sociólogo político y estudioso de las instituciones (y con una conciencia lúcida y constante de lo que era la dimensión histórica de los fenómenos político-sociales)– introduce el concepto de «conductas estatales» (esto es el Estado haciente, encarnado por personas e intereses, pletórico de valores sociales y morales, que «dialoga» con el ciudadano) a fin de comprender el colapso del Estado en Argentina y en América Latina, por ejemplo en el campo de las empresas públicas estatales, pero de forma más amplia en muchos de sus cometidos de servicio al ciudadano. Hubo un proceso de «colonización social del Estado» en el momento en que el Estado, por no haber resistido a la presión de la sociedad y por no haber sido capaz de imponer sus reglas, dejó sitio a la corporatización de las relaciones entre Estado y sociedad, con intereses particulares que pretendían hacerlos pasar por comunes, gracias también al rol menoscabador desempeñado por funcionarios estables con funciones de dirección, en parte por los sindicatos y por la ineficiencia administrativa y financiera de un Estado híper-centralizado. Al igual que en las empresas estatales, también en los servicios públicos hubo una progresiva concesión de porciones de dichos servicios y a veces hubo formas de privatización de las mismas, por ejemplo en el campo de la salud, de la justicia y de la educación.<sup>4</sup> El colapso del Estado es además un colapso moral, donde diversas formas de corrupción corren el riesgo de comprometer su legitimidad, mientras la ciudadanía normativa sigue chocando con su reducida realización concreta. A todo esto hay que añadir la entrada en organizaciones plurinacionales, un proceso en el que Delich intuía dificultades:

4 Cfr. Delich, F., *La invención de la educación: un siglo del sistema educativo argentino*, Editorial Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1993.

estamos avanzando hacia la constitución de ciudadanías múltiples, regionales, nacionales e interestatales. El proceso es complejo, no sólo por la distancia entre los actores sociales y los actores políticos, no sólo por la redefinición de las relaciones con el Mercado, sino también porque hay que replantear los sentimientos mismos de pertenencia.<sup>5</sup>

Si por un lado hoy día los medios de comunicación masivos –poderosos instrumentos de influencia, al menos potencial, ante sociedades conformadas por individuos aislados e indiferentes– contribuyen a crear las ciudadanías contemporáneas, por otro sin embargo no son capaces de vencer algunas resistencias sociales desplegadas por grupos sociales de diversas dimensiones que actúan como filtro para comunicaciones particularistas. En cambio la globalización corre el riesgo de alterar el equilibrio entre Estado y Mercado, es decir entre la lógica integracional-social del Estado y la lógica selectiva y potencialmente marginadora del Mercado, de manera que este último termina limitando el poder del ciudadano. Estado, democracia, ciudadanos, medios de comunicación y mercado son elementos todos ellos que el proceso de globalización económica tensa sin corregir las asimetrías. Delich pone de manifiesto su reflexión premonitora cuando concluye revelando quiénes serán las próximas víctimas de la globalización económica (y en parte de los procesos integradores súper-estatales sin acabar o mal acabados, o en los cuales la dimensión económica ha aventajado la dimensión política y social): los jóvenes, los ancianos, los nuevos pobres, los des-

5 Delich, F., «Collasso dello Stato, mutamento sociale, moltiplicazione delle cittadinanze», en Annino, A. y Aymard, M. (eds.), *Le cittadinanze di fine secolo in Europa e America Latina*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1996, pp. 260-261.

empleados. El sociólogo argentino había entendido lo que iba a ocurrir en muchos lugares del mundo, no solo en América Latina, sino también en Europa, y lo que sigue ocurriendo aún hoy día en Italia: el mercado pudo aprovechar la progresiva interconexión global y la desarticulación de los difíciles equilibrios Estado-nacionales para intentar subyugar una dimensión política –debilitada por el intento de extensión post-nacional– a una dimensión económica que en cambio se fortalece a la vez que va extendiéndose más allá de las fronteras.

Uno de los problemas más difíciles de solucionar, y que otorga un carácter de in-efectividad a una ciudadanía cabal, era y es el problema del desempleo. Es por ello por lo que Delich y ARELA decidieron profundizar en esta cuestión de manera urgente, de hecho para ellos fue el siguiente tema a tratar. Es así como se llegó a organizar otro simposio internacional, esta vez en la ciudad de Córdoba (Argentina) del 16 al 18 de septiembre de 1998, «Cultura del trabajo y desempleo», promovido por ARELA, la Maison des Sciences de l'Homme de París, la Universidad Nacional de Córdoba y la DGIB de la Unión Europea, y que contó con el apoyo, entre otros muchos, de la Municipalidad de Córdoba, de Lamberto Dini y de Gianni Billia. Con el objeto de seguir demostrando la riqueza de la red de relaciones científicas que se seguía construyendo y ampliando a ambos lados del océano, quiero mencionar una vez más al menos algunos de los expertos que participaron en el simposio: Adriana Buffardi, Carmelo Cedrone, Giulio de Caprariis, Francisco Delich, Susana Ferrucci, Alberto José Figueras Castells, Giuseppe Iuliano, Ettore Masucci, Enrico Pugliese y Arnold Sywottek. Como cierre de esta década de intercambios y de ebullición político-económica, en 1999 apareció la acostumbrada publicación del libro *Cultura del lavoro e disoccupazione. Unione Europea e Mercosur*, esta vez editado por el propio Delich junto con Aymard, los pilares

de ARELA, una asociación que desde el principio se extendía en varios Estados y continentes. Este libro, en cuya redacción contribuí «entre bastidores», recoge dos escritos de Delich: la introducción, que escribió a cuatro manos con Aymard, y el interesante ensayo «Hacia una sociología del desempleo», desde cuyas líneas Delich señalaba que hoy se puede considerar el desempleo como un problema social que marca la crisis de la sociedad masiva, donde de esta manera podría llegar a faltar un importante canal de integración y de orden social de la sociedad civil, pero de momento esto se produciría solo en un ámbito estatal, ya que no hay un verdadero mercado global del empleo. Sin embargo existe cierta discontinuidad entre orden social y orden productivo, si bien están interrelacionados entre sí. Discontinuidad dada, por ejemplo, por las distintas edades en las que está previsto que se pueda entrar en el aparato productivo y en las que se pueda salir siendo titulares de alguna forma de pensión, aun siendo parte del orden social en distinto grado y permaneciendo en él también en distinto grado. Lo que cuenta es por tanto la división específica del trabajo social dominante en una determinada época y en una determinada sociedad, con sus reglas específicas, derechos y obligaciones, que sin darnos cuenta, con el tiempo terminamos dándolos por descontado (no hay duda de que hoy día estamos viviendo una nueva fase de transición entre una clase y otra de división social del trabajo, dentro de las cuales el propio significado de la categoría «desempleo» va cambiando, así como el sentido que se le puede atribuir a sus diversas causas).

Hoy por hoy seguramente la ausencia de correspondencia entre el crecimiento de la producción durante las fases de recuperación y el aumento del empleo es causa de preocupación, y también lo es la ausencia de correspondencia entre la desregulación de la negociación colectiva y el aumen-

to del empleo. Al mismo tiempo Delich se refiere al cambio tecnológico y a la robotización como a un factor de riesgo estructural, pero recomienda prestar una atención constantemente «multi-variable» a los diversos factores que intervienen, factores que pueden ser detectados solo refiriéndose a más disciplinas de las ciencias sociales. Por último, una teoría del desempleo es «una teoría de la transición entre órdenes sociales» y la división del trabajo del futuro, que ya es presente, será la que priorice «los factores de la inteligencia, del control de la abstracción y del intercambio simbólico». <sup>6</sup> Una vez más, su conciencia histórico-social y su mirada global llevaron a Delich a ver con toda claridad una de las líneas maestras de desarrollo del cambio social contemporáneo. Esto no puede hacerlo cualquiera y la multidimensionalidad de su razonamiento es una de las cosas que más echamos de menos hoy, cuando a menudo la sociología se convierte en rehén de especializaciones sectoriales carentes de lo que Morin llamaría un «pensamiento complejo». Y no solo eso, pues el razonamiento de este concienzudo experto argentino no ha dejado nunca de volver a todos esos temas que aquí me he limitado simplemente a apuntar. Más tarde encontró una síntesis de valor en *Repensar América Latina*, donde pudo articular sociología histórico-comparativa y reflexión teórica para afrontar los retos de la contemporaneidad, recordando por ejemplo la diferencia entre marginalidad y exclusión e incidiendo en el hecho de que

la nueva división del trabajo desplaza definitivamente la energía humana y la reemplaza por energía renovable o no renovable, potenciada por el desarrollo tecnológico.

<sup>6</sup> Delich, F., «Verso una sociologia della disoccupazione», en Aymard, M. y Delich, F. (eds.), *Cultura del lavoro e disoccupazione. Unione Europea e Mercato*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1999, p. 59.

Cambian las tareas (es la comprobación más superficial) pero sobre todo se produce un deslizamiento de lo concreto a lo abstracto. El orden social en formación se construye con intangibles: la información, la comunicación, los códigos simbólicos.<sup>7</sup>

Calidad de trabajo, competencias proponibles a nivel global, reducción de un nivel de desigualdad que desde hace tiempo ha rebasado todo límite razonable y de una movilidad social descendente en expansión. Todas ellas son cuestiones ineludibles para un Estado del siglo XXI.

Este análisis es el resultado de una larga trayectoria intelectual y creo que hay que recordar lo mucho que en él pueden haber incidido los estímulos recogidos en determinados encuentros que se han podido llevar a cabo gracias a la impareable tendencia de Delich por construir redes para el progreso del conocimiento sociológico. Conocimiento y acción andan parejos y los resultados se pueden extender a cualquier lugar en el tiempo.<sup>8</sup>

7 Delich, F., *Repensar América Latina. Con una entrevista a Celso Furtado*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2004, pp. 100-101.

8 Conocí personalmente a Francisco Delich al comienzo de los años 90 porque en aquella época colaboraba con ARELA y el ICIPEC. También por este motivo, a la hora de reconstruir algunos de los acontecimientos que he relatado aquí, he tenido que recurrir a los consejos y a las reconstrucciones orales de algunos testigos privilegiados que en diciembre de 2017 me ofrecieron algunos elementos útiles para ampliar y relacionar entre sí la información que iba recabando a través de la lectura de los textos que figuran en las referencias bibliográficas. Agradezco por tanto la colaboración de estos testigos valiosos: Maurice Aymard, Anna Moriero Spreafico, Cécile Rougier Vidal y Juan Russo. También he aprovechado algunas conversaciones que tuve entre 2008 y 2010 con Ana Alejandra Germani, que falleció prematuramente en 2015.

# FRANCISCO DELICH: UNA SOCIOLOGÍA PARA CONSTRUIR LA DEMOCRACIA

Guillermo Campero

## I. Mi encuentro con un grande de la sociología

La primera vez que conocí a Francisco Delich fue en Ciudad de México durante un evento organizado por CLACSO. Ahí me enteré que sus amigos la decían afectuosamente *el Polaco*. Por entonces yo era apenas un sociólogo sub-30, para usar un lenguaje futbolístico. Con todo, había asumido recientemente la conducción de la Comisión de Movimientos Sociales de CLACSO. Al observar el Programa del encuentro observo que el comentarista de mi ponencia sería Delich.

Entré en pánico. Francisco era para mí en esa época (y sigue siéndolo) uno de los «grandes». Alguien a quien había leído como estudiante de sociología en la Universidad Católica de Chile y después en París, en la *École des Hautes Etudes*, el mismo instituto en que Delich hizo sus estudios de doctorado, dirigido también por el *maestro* Alain Touraine. No pude dormir la noche previa a mi presentación pensando si mi trabajo estaría a la altura de un lector como Francisco. Decidí buscarlo temprano y conversar con él sobre mi presentación. A ver qué podía decirme. Encontré una persona no solo inteligente, obviamente, sino extremadamente afectuoso e interesado en conversar. Y, entonces me dijo: «Che, ¿sabés lo que me gusta de lo que me comentas? Tú, como yo,

nos interesa una sociología que aporte al debate público, que contribuya a ofrecer con evidencia y base empírica propuestas para la acción». «Veo eso en lo que me estás diciendo. Entonces lo que vamos a hacer es analizar por cierto tu texto en su consistencia conceptual y metodológica, pero sobre todo abrir un debate acerca de tu tema: el sindicalismo en la dictadura de Pinochet». Fue todo un éxito. Ese fue el inicio de una larga y fructífera relación intelectual y humana. Los eventos de CLACSO fueron espacios en que nos encontramos muchas veces.

En adelante he organizado este texto en las temáticas que más nos congregaron, las que más siento que me aportaron y probablemente muchas de las cuales han sido y serán contribuciones lúcidas a las ciencias sociales y a la sociología de América Latina.

## **II. Conocimiento y acción. Una relación conceptual que compartimos y conversamos a menudo**

El compromiso activo de Francisco con la democracia y los derechos humanos se expresó con decisión y coraje en la acción que desde CLACSO desarrolló para defender las ciencias sociales en los países que, como Chile, sufrían el rigor de dictaduras militares en los 70 y 80. Esa acción permitió la subsistencia de centros de investigación social y salvó la vida de muchos científicos sociales que, después, fueron líderes relevantes en la recuperación de la democracia en sus países.

Esa adhesión a una ciencia social que estuviera siempre aportando a la acción se expresó también cuando, recuperada la democracia en la Argentina, asumió entre 1983 y 1986 la

responsabilidad de ser rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Encontró una Universidad devastada por la intervención dictatorial. Delich luchó por reinstalar la libertad de expresión, eliminar la represión, promover el pluralismo, expandir el acceso, la gratuidad y la autonomía. Todo ello fundado en sólidos conceptos sobre el rol de la Universidad en la sociedad y en los instrumentos que se requerían para hacerla el lugar privilegiado de la libertad y la cultura pluralista. Esta acción le valió duros enfrentamientos, que no eludió, y que permitieron avanzar en la vía de una Universidad republicana.

De allí fue al Servicio Público como secretario de Estado y Educación de la Nación entre 1986 y 1987. Luego dirigió la Biblioteca Nacional entre 2000 y 2002. Fue también legislador nacional y provincial en diversos períodos y convencional constituyente en 1994. Regresó después a la vida académica como rector de la Universidad Nacional de Córdoba (1989-1995).

Más tarde, en los 90, a mí me tocaría también ir al gobierno al asumir el primer presidente elegido democráticamente después de la dictadura. Desde Patricio Aylwin hasta Ricardo Lagos. Por 16 años tuve la experiencia de aplicar el conocimiento a la práctica política.

### III. Democracia y desarrollo

A propósito de su artículo «Las condiciones sociales de la democracia»,<sup>1</sup> conversamos sobre la relación entre democracia y estabilidad política, democracia y crecimiento, democracia y redistribución equitativa. Temas todos de una indiscutible

1 Publicado en *Crítica y Utopía*, Nº 1, Buenos Aires, septiembre 1979.

actualidad. Pero tal vez lo que más me interesó fue el último párrafo del artículo donde sostiene o insinúa que todas las condiciones sociales pueden ser, en general, pulsiones que favorezcan la democracia. Ello siempre y cuando estas sean recogidas apropiadamente por los líderes demócratas, orientadas a una gobernabilidad plural y a la construcción de institucionalidades que garanticen el ejercicio de los derechos y las libertades. Esto me parece muy relevante.

Acostumbrados como estábamos muchos en el mundo de la izquierda a cierto «estructuralismo», donde ciertas condiciones sociales conducían a la democracia o al socialismo, y otras generaban comportamientos autoritarios, tal reflexión cobra un especial valor. Nos hace pensar, por ejemplo, si el llamado «consumismo» hoy en boga, necesariamente conduce al individualismo y debilita el sentido de la acción colectiva. Creo que esto no es necesariamente así. El acceso a estándares más elevados de consumo es una aspiración normal en sociedades modernas. La globalización y la apertura del comercio mundial han abierto posibilidades de acceso a bienes que, en países como Chile, hace 50 años, eran impensables. Combatir aquello como casi perverso no me parece ser una adecuada comprensión del fenómeno del consumo. La democracia requiere ofrecer acceso a bienes que la gente demanda, no castigarla por ello. Lo que sí debe hacer es combatir el abuso de un modelo financiero que endeuda a miles de familias y proteger sus derechos ante el mercantilismo desatado de aquellos que lucran a cualquier precio. Así, este tipo de condiciones sociales, hoy presentes en casi todas nuestras sociedades, pueden ser examinadas con un lente abierto y nuevo que nos permita conceptualizar el fenómeno y entender los cambios culturales que están ocurriendo, para pensar desde ahí cómo configuramos un pensamiento democrático moderno.

No sé si Francisco compartiría estas reflexiones plenamente. Pero sí estoy seguro de que sería un brillante interlocutor para examinarlas con lucidez y apertura intelectual. Así ocurrió cuando él publicó en 1982 el artículo «Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical»,<sup>2</sup> el mismo año en que yo publiqué en Chile mi libro *El sindicalismo chileno bajo el Régimen Militar*.<sup>3</sup>

Comentando estos trabajos observamos que ambos, pese a las diferencias entre nuestras sociedades y nuestro sindicalismo, identificaban dos puntos que parecían claves.

El neoliberalismo, como se acostumbra a llamar al modelo instalado por los golpes militares, en realidad no podría ser definido solo por su obsesión por el mercado como el instrumento fundamental de la organización y funcionamiento de la sociedad, sino también y tal vez principalmente, por su aversión a la acción colectiva, a la sociedad civil organizada. La gente organizada molesta, entraba la racionalidad del mercado. Lo mejor sería entonces una sociedad de individuos aislados que actúan conforme a sus intereses privados: el *rational choice*. Por esto se buscó eliminar los sindicatos, incluso a las asociaciones gremiales de empleadores. Este neoliberalismo, muy distinto al liberalismo clásico, se funda en el temor a la gente, a las ideas diversas; en fin, a la cultura pluralista.

El otro punto se refiere a que, contrariamente a lo que muchos pensábamos, en realidad los grandes ganadores de estos «modelos» mercantilistas no fueron siempre las capas dominantes clásicas, sino el mundo de las finanzas, el de las finanzas especulativas. Esto a nivel global. La crisis sub-prime de 2008/9 mostró que esto es una realidad vigente. La solución fue para los bancos, no para la gente.

2 Publicado en *Crítica y Utopía*, Nº 6, Buenos Aires, marzo 1982.

3 Ediciones ILET, Santiago de Chile, 1982.

Más allá de la certeza que estas observaciones puedan tener, el diálogo con Delich sobre estos trabajos fue una experiencia magnífica de cómo pensar, a partir de estas intuiciones o evidencias provisorias, los caminos que se abrían para la recomposición de la acción colectiva y para el sindicalismo. También para la política y la economía de base democrática. De hecho, hoy estos temas están en la agenda de debate en la región. CEPAL está hablando de esto desde 2010 a lo menos. Sus publicaciones *La Hora de la Igualdad* (2010) y *Pactos para la Igualdad* (2014) se introducen con rigor en los temas de las asimetrías estructurales, del poder de la economía financiera sobre la economía real y de sus impactos sobre la redistribución y el acceso de las sociedades a niveles más equitativos de progreso material y social.

En estos intercambios, nos divertíamos también recordando la historia de la publicación de mi libro sobre los sindicatos y la dictadura chilena. En esa época estaba prohibido publicar sin autorización y menos sobre esos temas. Así que el libro se imprimió en una imprenta clandestina y se distribuyó por mano a todas las universidades importantes. Incluso llevamos varios ejemplares a la Biblioteca Nacional y sacamos el ISBN para la publicación. Los sindicatos recibieron también muchos ejemplares. Todavía se pueden encontrar en varias bibliotecas de Chile, y emociona ver la cantidad de estudiantes que han pedido el libro en estos últimos 25 años. *Pancho*, con ese humor afectuoso me decía «Che, boludo, se la jugaron. Por ahí te metían preso». Pero yo le contaba que dice el mito urbano que Pinochet pensaba que «estos pelotudos que escriben tonteras, solo se leen entre ellos, así que no gastemos tiempo en esa gente».

#### IV. Los movimientos sociales también fueron parte de nuestra comunes preocupaciones sociológicas y políticas, no solo el sindicalismo

*Tierra y conciencia campesina en Tucumán*<sup>4</sup> es una obra en que se advierte la presencia del *maestro* Alain Touraine. Yo había leído de este autor en la universidad *La Conscience Ouvrière* (Ed. Du Seuil, Francia), en los años 80, y cuando descubrí el libro de Francisco, algo después, percibí esa idea fundante de Touraine respecto a que la identidad de un colectivo social, si adquiere una visión de la sociedad, de su lugar en ella y de lo que quisiera cambiar, puede convertirse en un movimiento social transformador. Este era un tema apasionante que traté en los 80 de indagar estudiando a los pobladores urbanos pobres de Santiago y también investigando el mundo y la cultura empresarial durante la dictadura.<sup>5</sup>

*Crisis y protesta social. Córdoba mayo de 1969*<sup>6</sup> es otra obra de Delich que se interna en estos temas de las luchas sociales, de las identidades en confrontación y de sus impactos en la sociedad. *El desempleo de masas en la Argentina*<sup>7</sup> se sumerge en el tema del trabajo, sus mutaciones en el tiempo, sus efectos sobre el trabajador y la sociedad. La relación entre educación y trabajo.

Este Delich multifacético que se interna en la sociología de las movilizaciones sociales, que indaga en actores socioinstitucionales como el sindicalismo, que emprende la tarea de recuperar la UBA, que es secretario de Estado en educación, que incursiona en la política, que vive, en fin, practicando esa

4 Editorial Signos, Buenos Aires, 1970.

5 *Entre la sobrevivencia y la acción política: los pobladores urbanos de Santiago*, ILET, 1984, y *Los empresarios en el Régimen Militar chileno*, ILET, 1983.

6 CEA-UNC, Córdoba, 1970.

7 Ed. Norma, Kapeluz, Buenos Aires, 1997.

difícil combinación entre el intelectual y el hombre de acción es lo que hace tan atractiva su persona y su pensamiento. Pero hay más.

## V. La cuestión de la meritocracia

El logro por adquisición y no por herencia. Este fue otro de nuestros temas. En una entrevista del diario *Clarín* de Buenos Aires (12 de marzo de 2006, Sección Sociedad), el periodista le pregunta a Delich por qué le gusta la educación. Y él responde, «porque mi mamá murió analfabeta. Yo no supe enseñarle». El periodista dice entonces: «Usted es la imagen de esa Argentina en que el hijo de una analfabeta terminaba estudiando en París». Sé muy bien de ello. Estudié en un liceo público en Santiago. Se llama José Victorino Lastarria, en homenaje a un notable liberal del siglo XIX, que impulsó el combate intelectual contra las oligarquías, los dogmas religiosos y las desigualdades de Chile. Mi liceo era un lugar republicano. Allí aprendimos a conocernos y respetarnos hijos de profesionales, con otros que venían de orígenes muy distintos y vulnerables. El colegio público quería ser, en ese entonces, el lugar donde lo diferente se amalgama con lo común, con la nación. Nunca podré estar suficientemente reconocido de haber estudiado allí por 12 años.

Delich dice en esa entrevista que los 90 son una época neoconservadora. Esta época no ha sido mayormente liderada por los que pasaron por la enseñanza pública. Algunos sí, pero no la mayoría. Hay aquí, señala, una cuestión moral y una responsabilidad política que está marcando los 90.

Esta idea de llegar más adelante, con el propio esfuerzo, es también algo que cala profundo en los migrantes que,

como la familia de Francisco, construyeron un espacio admirable en la Argentina para el pensamiento y el progreso.

## VI. La corrupción

En la entrevista mencionada, Francisco explica que acaba de ser designado vicepresidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la Cámara de Diputados. Militante histórico del radicalismo argentino, forma allí el «Frente Nuevo contra la Corrupción». Hoy este tema de la corrupción es recurrente en la región. Una década antes Delich ya estaba en esa trinchera. Estaba por la transparencia pública y privada, contra el nepotismo y por generar institucionalidad para detener el avance de este cáncer que corroe las democracias.

## VII. Ciencia y tecnología

Francisco fue un apasionado de la vinculación entre las universidades y el mundo de la producción. Tenía la convicción de que ahí estaba una de las claves del desarrollo. Capital humano altamente calificado. Conocimiento aplicado. Estos temas los aborda con distinta intensidad en *La invención de la Universidad*,<sup>8</sup> en *La educación argentina hacia fin de siglo*<sup>9</sup> y en *Mega-universidad, discursos plurales*.<sup>10</sup>

En 1970 tuve un breve paso como joven profesor por la Universidad Técnica Federico Santa María en Valparaíso. Ahí se forman algunos de los mejores ingenieros industriales de Chile. Yo hacía una cátedra de Sociología del Trabajo. Allí

8 Talleres Gráficos, Buenos Aires, 1988.

9 Funam, Buenos Aires, 1993.

10 Eudeba, Buenos Aires, 1986.

conocí experiencias valiosísimas de relación entre empresa y universidad. En 1971 me fui al Instituto Nacional de Capacitación Profesional (INACAP), institución formada por la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), ambas instituciones públicas dedicadas al desarrollo industrial y a la formación de trabajadores altamente calificados. Esa fue otra experiencia que me ayudó a entender mejor y compartir las ideas de Delich sobre universidades y mundo productivo. El INACAP hoy es privado y pagado. Fue traspasado a los gremios empresariales por el gobierno militar. Esto fue parte de la demolición de ese Estado que, aunque limitadamente, estaba avanzando en hacer realidad el sueño meritocrático de que hablamos antes.

## VIII. Repensar América Latina

El Delich de los 2000, recuperada la democracia en los países que sufrieron dictaduras, se inserta en los debates globales del desarrollo de la región. Nos dice que hay que reflexionar sobre el tema de las transiciones y sobre todo a qué tipo de sociedades nos conducirán. Dice Francisco en *Repensar América Latina*<sup>11</sup> que las ciencias sociales deberían brindarnos herramientas para articular la modernización con las brechas de desigualdad y las asimetrías que se han profundizado en las últimas décadas, para articular las persistencias de la sociedad y economía del «Desarrollo hacia adentro» de los 40 a los 60, de la sustitución de importaciones y de las clases medias de los 40 y 50, con los nuevos modos de organizar la economía y la sociedad y con las nuevas capas sociales emergentes que están surgiendo con las economías abiertas, de mercado y

11 Gedisa, Barcelona, 2004.

financieras y que parecen muy distintas de aquellas. Delich quiere entrar ya en aguas profundas. Ello, argumenta, exige una relectura de los clásicos desde Tocqueville hasta Barrington Moore, pasando por Marx, Weber y Polanyi. Recuperar a Bourdieu y Simmel para presentar un marco articulado capaz de organizar un mapa cognitivo diferente de América Latina.

Para nosotros en Chile, en 1990, recién recuperada la democracia, el debate estuvo en cómo hacer gobernable el proceso de la transición. La dictadura, como la de Franco en España, dejó amarres institucionales complejos. Pinochet siguió como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, se establecieron senadores «designados», todos adherentes al pinochetismo. El mismo dictador fue senador designado después de dejar la Comandancia de las Fuerzas Armadas. La Constitución mantuvo el sistema electoral binominal mayoritario, que otorgó a la minoría de derecha el mismo número de representantes en el Congreso que a la mayoría democrática. En ese contexto, el debate global que plantea Delich en 2004, se recoge en Chile en los 2000. Pero desde 1990, recién recuperada la democracia, la cuestión de la transición dominaba la escena.

Por cierto, hubo en ese tiempo y sigue habiendo debates sobre el paradigma de sociedad que debíamos construir y el papel que para ello jugaba la transición. No era para muchos indiferente si ella privilegiaba excesivamente la estabilidad, que implicaba mantener continuidades del antiguo régimen con cambios graduales, que si se emprendían transformaciones más profundas que abrieran caminos más veloces para construir una sociedad abierta y democrática, sólida y en forma, en el menor tiempo posible. La cuestión planteada por Delich estaba subyacente.

Este debate fue duro. El rol fundamental que jugó Edgardo Boeninger, entonces ministro Secretario General de la Pre-

sidencia, fue definitivo para hacer prevalecer el gradualismo y la estabilidad de la transición por sobre las opciones más rupturistas. Esta estrategia primó hasta el gobierno del presidente Ricardo Lagos (2000-2006), aunque fue bajo su presidencia que se abrieron espacios múltiples para ese «repensar América Latina» que proponía Delich en 2004. El propio presidente Lagos insistía, y lo sigue haciendo hoy en día, que había que comprender los cambios que estaban experimentando Chile y la región en cuanto a su estructura social. También en cuanto a los paradigmas de interpretación de estos cambios. Es decir, indagar en el mapa cognitivo que Francisco nos estaba proponiendo. Para Ricardo Lagos esto era particularmente urgente para la centroizquierda chilena, que había gobernado la transición, pero que requería reconocer que entre 1990 y los 2000 estaba surgiendo una nueva realidad social y cultural que impactaba la capacidad de representación del sistema político y la capacidad de la institucionalidad pública para reaccionar frente a un nuevo tipo de ciudadano, menos próximo al Estado existente, menos cercano a las grandes utopías colectivas, pero al mismo tiempo más decidido a hacer efectivas su libertades y derechos.

Con todo, hay que mencionar que desde el principio de la transición y aún antes, Manuel Antonio Garretón ya estuvo reflexionando con el rigor y la vitalidad que lo caracterizan sobre estos temas, invitando a insertarse en la comprensión de la ruptura de los antiguos paradigmas y en la emergencia de otros nuevos y diversos, e identificar su impacto sobre la vida social y la política. Así también el equipo que trabajaba en el PNUD en la elaboración del *Informe de Desarrollo Humano* para Chile y otros países de la región. Particularmente en los 2000, este *Informe* impactó con fuerza en este paso que había que dar desde la reflexión sobre la transición en sí misma, hacía pensar el presente y el futuro que se estaba formando, sin

lo cual la brújula política y analítica de progresismo seguro se vería extraviada.

Hoy en Chile y en la región este discernimiento sobre la actualidad y el futuro de nuestras sociedades ya se ha tomado la agenda. El mapa cognitivo que alentaba Francisco en el 2004 es ya un tema de búsqueda creciente e incluso angustiosa en muchas partes de este continente en que aparecen progresivamente nuevas derechas que ganan espacios y, a la vez, las experiencias que aparecieron en países como Venezuela y otros parecen ahogarse en dilemas dramáticos. De modo entonces que esta convocatoria de Delich, ya vigente en *Repensar América Latina*, es hoy más actual que nunca.

En 2007, Francisco publica *Sociedades invisibles. La cultura de la ingobernabilidad en América Latina*.<sup>12</sup> Esta obra es una continuación de *Repensar América Latina*. Allí Delich observa que en muchos países de la región se confunde la democracia electoral con lo que llama la «república institucional». Entonces, dice, tenemos mucho gobierno y poco Estado. Pero su tesis fundamental es que los sujetos sociales no han desaparecido, han sido desplazados e invisibilizados, opacados. Entonces la historia de los actores no ha terminado, sigue expresándose en su construcción de relaciones sociales. Y el nuevo modelo de sociedad probablemente surgirá de la acción de estos actores, tanto cuanto recuperen su papel de sujetos con sus nuevos valores y formas de relacionamiento y discernimiento de la vida social.

Este tema fue uno de los últimos temas que comentamos con Francisco, a propósito del debate sobre estos en Chile y en la región. Coincidimos en que la idea de una sociedad latinoamericana del siglo XXI estaba todavía vaga e indefinida, pero que ya estaba en la agenda social. El problema era si

12 Gedisa, Barcelona, 2007.

la centroizquierda, al menos en Chile, estaría en condiciones de percibir este movimiento subterráneo de múltiples actores y proponerse aportarles valor intelectual y representación política.

Estas reflexiones que hemos recogido en este breve texto muestran sin duda el aporte de Francisco Delich a las ciencias sociales en la región. Un aporte que estuvo siempre entregado a través el debate intelectual y la acción. En la diversidad de sus producciones, pero también en la unidad de su propósito: contribuir a la construcción de la democracia y a la profundización de las libertades.

Delich, intelectual y actor, no solo planteó los grandes temas de la sociología latinoamericana sino que fue un protagonista de ellos desde la academia, desde la vida pública y desde la calle.

# HOMENAJE A FRANCISCO DELICH. CAMBIAR LA MIRADA PARA REPENSAR AMÉRICA LATINA

Isabel Licha

## I. Introducción

En estas notas he querido rendir homenaje a la memoria de Francisco Delich, expresando mi reconocimiento y gratitud por su grandioso legado, en términos de lo que principalmente valoro por su significativa contribución como intelectual y científico social latinoamericano: i. Su aporte al desarrollo del pensamiento crítico en las ciencias sociales latinoamericanas; ii. Su profundo humanismo; y iii. Su papel transformador de las universidades públicas. Tuve el privilegio de conocer a Francisco Delich desde que me inicié como profesora-investigadora en el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela, y durante el periodo que allí permanecí (1980-1995) pude asistir a sus conferencias en el marco del programa de Doctorado en Estudios del Desarrollo y en varios seminarios organizados en Caracas por los grupos de trabajo de CLACSO en los que participábamos investigadores del CENDES. Guardo un recuerdo imborrable de su sencillez como persona y de su profundidad y compromiso con el debate de las ideas que marcaron esa época y que felizmente pude presenciar.

## II. Desarrollo del pensamiento crítico en las ciencias sociales latinoamericanas

Francisco Delich formó parte del *Working Group of World System Analysis*, coordinado por Immanuel Wallerstein. En el seminario de este Grupo que se realizó en Caracas bajo la convocatoria del CENDES, se impulsaron ideas novedosas en el campo de las ciencias sociales, principalmente relacionadas con el proceso de globalización y con los nuevos enfoques de abordar los temas de la pobreza y la marginalidad.<sup>1</sup> Un grupo muy destacado de académicos contribuyó a articularlas: Wallerstein, Samir Amin, Michel Wieviorka, André Gunder Frank, Francisco Delich, Osvaldo Sunkel, Norbert Lechner, José Agustín Silva Michelena, Heinz Sonntag y otros miembros del CENDES y de la Universidad Central de Venezuela.<sup>2</sup>

En el *World-System Analysis* Immanuel Wallerstein ofrece un enfoque sistémico para comprender la historia y el desarrollo del mundo moderno, con foco en las estructuras de conocimiento en las que se basa, de acuerdo con una metodología que se ha convertido en referencia del debate sobre la globalización. Dicho constructo tiene claros aportes basados en el esfuerzo académico compartido en el seno del *Working Group*, comprometido con crear un modelo de análisis que permitiera comprender el desarrollo capitalista en el Sistema Mundo, reconociendo centro y periferia, a partir precisamente de la idea de los académicos latinoamericanos de vincular el análisis de la realidad económica con el desarrollo histórico del sistema capitalista, para comprender las realidades subdesarrolladas y dependientes. Parte de este ejercicio de crea-

1 5ª Reunión Anual del Coloquio de Economía Mundial, Caracas, Venezuela, julio 1983.

2 Arenas, N. y Aponte, C., «Heinz Sonntag: Desafíos para pensar el desarrollo en América Latina», *Cuadernos del Cendes*, 30 (83), 2013, pp. 107-116.

ción de un nuevo enfoque de análisis del desarrollo (Sistema Mundo Moderno) ha sido atender un conjunto de problemas metodológicos relacionados con la interdisciplinariedad de los estudios, el análisis comparado, una revisión crítica de las categorías de conocimiento social en contextos particulares, y la articulación entre las estructuras de conocimiento y las esferas de toma de decisiones, así como la creación de metodologías adecuadas.<sup>3</sup>

Desde dicha perspectiva, Delich impulsó la investigación y la formación en estas diversas áreas de conocimiento en las ciencias sociales, contribuyendo a conformar una matriz de investigación multidimensional, interdisciplinaria y articulada entre sí, como queda evidenciado en su logro más reciente que fue la creación del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina de la Universidad Nacional de Córdoba, en 2007. Con base en los contenidos académicos de ese programa podemos afirmar que Delich impulsó la formación, investigación y el debate académico en temas fundamentales para comprender la realidad latinoamericana: la sociología histórica, el modelo de industrialización latinoamericano en el siglo XX, las transformaciones sociales y la inflexión teórica en las ciencias sociales, la modernización tardía y la autarquía intelectual (tomando como referentes a Germani, Prebish y González Casanova), la formación del Estado-nación y su expresión en las ciencias sociales, las revoluciones (boliviana, guatemalteca y cubana) y su impacto en las ciencias sociales.

Otro tema que logra impulsar es la historia social y política de América Latina, desde una perspectiva que articula

3 Sonntag, H., «Seis tesis sobre el Sistema mundial, la dependencia, la globalización y el desarrollo», Conferencia dictada en CEAP-CIPOST, Coloquio: Cultura y Transformaciones Sociopolíticas en Tiempos de Globalización, Caracas, 15 al 17 de junio 1998. Recuperado de <http://rci.net/globalizacion/2004/fg478.htm>

tres dimensiones centrales: la configuración de los Estados nacionales, los procesos de construcción de ciudadanía política y social y la constitución de los distintos tipos de regímenes políticos. En el abordaje de esas tres dimensiones, se analizan problemas clave tales como las características de los actores colectivos, el peso de los sectores corporativos, la pugna entre formas de legitimidad política alternativas, la tensión entre la dimensión republicana y democrática y la fuerza de los valores y prácticas autoritarias. De acuerdo con este enfoque, en función del análisis tridimensional, se identifican denominadores comunes y se establecen las diferencias de los procesos sociopolíticos de los diversos países de la región, a fin de avanzar en el análisis y comprensión de fenómenos centrales que marcan la vida política latinoamericana.

También Delich supo aportar al desarrollo del análisis interdisciplinario de historia y política contemporánea, con el foco puesto en las dificultades de la construcción de una historiografía latinoamericana y en los debates que tienen lugar en torno al tema. En el Doctorado impulsó el desarrollo del tema de partidos y gobiernos en períodos de transición, para abordar así la doble transición de América Latina (la transición democrática y la transición liberal), lo que ha contribuido ampliamente a la profundización de la comprensión del complejo tema de la democracia y de la transformación del modelo de desarrollo como vertientes de un cambio de época, reivindicando la diversidad en el contexto de un movimiento histórico común pero no uniforme (homogeneidad *vs.* heterogeneidad) en las rutas y resultados de las transiciones.<sup>4</sup>

Delich además creó el programa multidisciplinario de posdoctorado para la formación continua de doctores en Ciencias Sociales, Ciencias de la Comunicación, Humani-

4 Ver <https://sociales.unc.edu.ar/estudiossocialesdeamericalatina>

dades y Artes, también en el Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), cuyo objetivo es la creación de un espacio de excelencia mediante un conjunto de seminarios y simposios de alto nivel, coordinados por expertos de reconocida trayectoria. Tal espacio ha permitido que los participantes puedan recorrer múltiples investigaciones conducidas por académicos de reconocida trayectoria y a la vez presentar las propias. En su versión más reciente, de 2017, el posdoctorado trabajó en el tema de ciencias sociales: Balance y Perspectivas, en homenaje a la memoria de Francisco Delich. Los temas que el posdoctorado ha ofrecido a lo largo de su existencia son muy variados y complementarios, a saber: sociología política; literatura, semiótica, comunicación y cultura; sociología, economía, historia y política; sociología, historia del arte, comunicación y cultura; metodologías y técnicas de investigación en ciencias sociales y humanidades; subjetividades; economía, sociedad y construcción de conocimiento en el mundo contemporáneo; ciudades y megalópolis reales, simbólicas e imaginarias; la era de la información.<sup>5</sup>

### **III. Profundo compromiso humanista**

Su condición humanista quedó plasmada tanto en su trabajo institucional y académico, como en las reflexiones diversas que compartió sobre temas clave que afectan a la sociedad latinoamericana, en su larga y destacada trayectoria intelectual. En el mensaje de Pablo Gentili, actual secretario ejecutivo de CLACSO, sobre el fallecimiento de Francisco Delich (1937-2016), se pone de relieve que a Delich le correspondió dirigir

<sup>5</sup> En <https://w3.sociales.unc.edu.ar/content/ciclos-antiores>

ese Consejo en «la época más dura de nuestra institución, durante la última dictadura militar de Argentina y en un contexto regional de gobiernos autoritarios». También subraya que

fue su convicción humanista y su enorme compromiso con la democracia y los derechos, lo que lo llevó a redoblar esfuerzos y compromisos para que la red de centros de investigación y académicos/as que es CLACSO fuera también red de solidaridades para preservar el pensamiento crítico y la vida de tantas y tantos colegas.<sup>6</sup>

La creación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en 1967, constituyó un hito muy importante en el desarrollo de las ciencias sociales de la región. CLACSO fue concebido como una red de centros e institutos de investigación, con el fin de promover el desarrollo de las ciencias sociales en la región latinoamericana. La Secretaría Ejecutiva se estableció en Buenos Aires y la adhesión de centros e institutos fue progresiva, con más de 100 centros miembros a finales de los 80. CLACSO está integrado por centros e institutos académicos de universidades públicas y privadas y por organizaciones independientes.<sup>7</sup> CLACSO actualmente promueve la investigación, articula una red de posgrados en ciencias sociales, crea grupos de trabajo en torno a temas clave, genera conocimiento sobre la pobreza y las desigualdades y difunde conocimiento.

El proceso de institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales, sobre todo de la sociología y la ciencia política, avanzó en un contexto regional muy autoritario y

6 En: [https://www.clacso.org.ar/difusion/CLACSO\\_Despide\\_Francisco\\_Delich/francisco\\_delich.htm](https://www.clacso.org.ar/difusion/CLACSO_Despide_Francisco_Delich/francisco_delich.htm)

7 Pérez Brignoli, H., *Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina*, Editorial Juricentro, San José de Costa Rica, 2008.

represivo, que imponía obstáculos serios al quehacer académico. Las dificultades enfrentadas tenían que ver con la polarización existente entre izquierda y derecha, aunque ello no impidió el trabajo desarrollado en ciencias sociales por destacados y comprometidos académicos, entre ellos Delich, que contribuyeron exitosamente con la formación de cohortes de intelectuales competentes y comprometidos con el desarrollo democrático e inclusivo de la región latinoamericana. Esta pugna política generó que muchos investigadores, instituciones y revistas científicas en el campo de las ciencias sociales quedaran sin apoyo, y muchos investigadores fueran expulsados de las universidades públicas acusados de izquierdistas-subversivos.<sup>8</sup>

Durante 1976-1983, periodo durante el cual Francisco Delich fuera secretario ejecutivo del CLACSO, se publican los resultados de estudios numerosos y relevantes que aportaron a la comprensión de los diversos problemas y desafíos importantes que enfrentaban las sociedades latinoamericanas, como se puede apreciar en los siguientes títulos: *Migración y Desarrollo. Las relaciones campo-ciudad a través del proceso migratorio*,<sup>9</sup> *Investigación e Información Sociodemográficas. Hacia un sistema integrado de estadísticas en América Latina*,<sup>10</sup> *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*,<sup>11</sup> *El Subempleo en América Latina*,<sup>12</sup> *Distribución de ingresos en América Latina*,<sup>13</sup> «Dictadura y dictadores en Amé-

8 *Ibidem*.

9 CLACSO, Buenos Aires, 1977.

10 CLACSO, Buenos Aires, 1977.

11 Hardoy, J.E. *et al.* (comps.), CLACSO-Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1978.

12 Klein, E. y Tokman, V. (comps.), CLACSO-El Cid Editor, Buenos Aires, 1979.

13 Muñoz Gomá, O. (comp.), CLACSO-El Cid Editor-Cieplan, Buenos Aires, 1979.

rica Latina»,<sup>14</sup> *Uruguay: el país urbano*,<sup>15</sup> Cooperación inter-regional en Ciencias Sociales para el desarrollo,<sup>16</sup> «3ª Conferencia Regional»,<sup>17</sup> «Democracia, sociedad civil e identidad nacional»,<sup>18</sup> «La regionalización en las Ciencias Sociales»,<sup>19</sup> «Medio ambiente y urbanización»,<sup>20</sup> *Comunicación y democracia en América Latina*,<sup>21</sup> *Instituciones y procesos agrarios en Chile*,<sup>22</sup> *El discurso público de Pinochet (1973-1976). Un análisis semiológico*,<sup>23</sup> *La industria frigorífica en el Río de la Plata*,<sup>24</sup> *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*,<sup>25</sup> *Medio ambiente y turismo*,<sup>26</sup> *David y Goliath*, N° 44-45,<sup>27</sup> *Sectores populares y vida urbana*.<sup>28</sup>

Esta amplia, pertinente y relevante agenda de estudios económicos, políticos, sociales, ambientales y comunicativos refleja el quehacer de las ciencias sociales en la región, y esos temas progresivamente se van complejizando, ganando den-

14 Delich, F. (ed.), *David y Goliath*, Año XI, N° 38-39, CLACSO, Buenos Aires, 1980.

15 CLACSO-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1981.

16 Segunda reunión sobre investigación-comunicación y enseñanza, CLACSO-COLCIENCIAS, Bogotá, 1981.

17 Delich, F. (editor), *David y Goliath*, Año XII, N° 40, CLACSO, Buenos Aires, 1981.

18 Delich, F. (editor), *David y Goliath*, Año XII, N° 41, CLACSO, Buenos Aires, 1981.

19 Delich, F. (editor), *David y Goliath*, Año XIII, N° 42, CLACSO, Buenos Aires, 1982.

20 Delich, F. (editor), *David y Goliath*, Año XII, N° 43, CLACSO, Buenos Aires, 1982.

21 CLACSO-DESCO, Lima, 1982.

22 Gómez, S., CLACSO-FLACSO, Santiago de Chile, 1982.

23 Munizaga, G. y Ochsenius, C., CLACSO, Buenos Aires, 1983.

24 Buxedas, M., CLACSO, Buenos Aires, 1983.

25 Del Campo, H., CLACSO, Buenos Aires, 1983.

26 CLACSO, Buenos Aires, 1983.

27 Delich, F. (ed.), Año XIV, CLACSO, Buenos Aires, 1983.

28 En [https://www.clacso.org.ar/clacso/novedades\\_editoriales/libros\\_clacso/libros\\_por\\_programa.php?campo=programa&texto=20](https://www.clacso.org.ar/clacso/novedades_editoriales/libros_clacso/libros_por_programa.php?campo=programa&texto=20)

alidad, formalización y articulación en los diferentes espacios de encuentro, debate y formación, también impulsada y apoyada por las figuras más reconocidas de las ciencias sociales de las universidades latinoamericanas. Una vitrina particular que muestra esta expansión temática de las ciencias sociales latinoamericanas son los congresos anuales de ALAS:

Nº del Congreso	Año	Lugar de celebración	Presidente del Congreso	Tema central
XII	1977	Quito, Ecuador	Agustín Cueva Presidente de ALAS 1981-1985	Teoría social y procesos políticos en América Latina
XIII	1979	Ciudad de Panamá, Panamá	Marco A. Gandásegui Presidente de ALAS 1977-1979	Democracia y desarrollo capitalista
XIV	1981	San Juan, Puerto Rico	Denis Maldonado Presidente de ALAS 1979-1981	Análisis histórico-social
XV	1983	Managua, Nicaragua	Pablo González Casanova Presidente de ALAS 1969-1971	Las Ciencias Sociales y el pensamiento crítico

Cuadro 1. Elaboración propia con base en la información registrada en <http://sociologia-alas.org/congresos-realizados/>

Temas permanentes de esta misma agenda son retomados con mayor contundencia en el libro de Delich *Repensar América Latina*,<sup>29</sup> donde plantea con fuerza la necesidad de repensar la sociedad y considerar la posibilidad real del desarrollo económico y social de la región, enfocándose en los

29 Delich, F., Gedisa, Barcelona, 2004.

problemas fundamentales del desarrollo en el continente a lo largo del siglo XX, problemas que desafían el trabajo en el campo de las ciencias sociales. Delich insiste en la importancia de hacer una revisión conceptual con el propósito de estudiar los problemas emergentes de la región, definir soluciones que hagan compatible la equidad con el crecimiento, y repensar el desarrollo latinoamericano en la economía global. La globalización la entiende como un proceso de integración-exclusión que tiende a ampliar las desigualdades sociales y territoriales al interior de los países en desarrollo y a erosionar algunas de las instituciones laborales que en los países desarrollados fundamentaron la seguridad económica y social de amplias capas de población. Plantea que para generar estas nuevas dinámicas de desarrollo se requiere de nuevas formas de articulación entre Estado, Nación, Mercado y Sociedad Civil. Dichos ámbitos deben ser entendidos de acuerdo a su propia lógica e intereses. Su propuesta consiste en tratar de ver el proceso de articulación entre esos cuatro campos a la luz de los problemas actuales para comprender las razones del quiebre existente en esas relaciones, que principalmente se han debido a las distorsiones del modelo económico generadas por exclusiones ocurridas en los pactos, y al recorte de las políticas de protección social. Concretamente hace énfasis en la necesidad de coordinación entre la política económica y social y termina planteando una agenda de investigación que ayude a comprender las dinámicas de nuestras sociedades hoy. También deja muy claramente planteada la centralidad del tema de la ciudadanía, afirmando que en la región latinoamericana la ciudadanía se conformó con características particulares, exhibiendo un déficit en derechos civiles y políticos, y por ende, se conformó como una ciudadanía frágil, aun cuando se puede observar un cierto avance en la ciudadanía social gracias a las políticas distributivas y de inclusión social. No obstante, la lucha por los derechos humanos es vista por Delich como

la expresión de la demanda ciudadana de los derechos civiles y políticos, en un contexto en el cual también se observa un recorte de los derechos sociales.

Es necesario tener presente que Delich habla desde su compromiso profundo con la universidad pública, con la construcción de la democracia, la ampliación de los derechos ciudadanos, y con su pasión por comprender la especificidad de la región latinoamericana y su proceso de desarrollo. Delich reconoce el progreso que ha alcanzado la región en términos de democracia y modernización, pero a la vez subraya la brecha entre ricos y pobres, que se hace cada vez más profunda. Frente a esta realidad propone un conjunto de herramientas para reflexionar y transformarla desde las ciencias sociales, ofreciendo un marco de análisis más idóneo que ayude a conocer mejor la región. Directamente propone cambiar la mirada para repensar América Latina, mediante la actitud propia de un observador comprometido, no neutral, sin prejuicios académicos, abierto al aprendizaje, para así poder entonces entender la realidad y repensar nuestra sociedad.<sup>30</sup>

#### **IV. Su papel transformador de la universidad pública latinoamericana**

En la nota de pésame de Luis Alberto Quevedo, director de la FLACSO Argentina sobre el fallecimiento de Francisco Delich, dice lo siguiente:<sup>31</sup>

30 Delich, F., *Repensar América Latina*, ob. cit.; De la Torre, C., «Reseña de *Repensar América Latina*, de Francisco Delich», *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* (21), 2005, pp. 115-117. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50902111>

31 En <http://flacso.org.ar/noticias/profundo-dolor-por-el-fallecimiento-del-dr-francisco-delich/>

Supo ser la guía y maestro de muchos investigadores que hoy forman parte del campo intelectual y académico de las ciencias sociales en nuestra región. Siempre lo recordaremos por ser un ejemplo de pensador crítico y por su compromiso con los tiempos que le tocó vivir. Pero sobre todo lo recordaremos por haber sido un excelente compañero de trabajo y una permanente fuente de inspiración para quienes pudimos conocerlo y aprender de él. Pero más allá del intelectual destacado, Francisco Delich será siempre recordado por ser un gran compañero de trabajo y por su irrenunciable compromiso con la educación.

Beltrán<sup>32</sup> narra que cuando Delich se convierte en el rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1983, toma un par de decisiones muy importantes que estaban en la plataforma con las que el radicalismo llegó al poder, a saber: i. Derogar los cupos en el ingreso y los aranceles, y ii. diseñar un sistema que al cabo de un año permitiera que la UBA pudiera albergar a todos los estudiantes que quisieran estudiar en la universidad pública. En dicho marco nace el llamado Ciclo Básico Común que se inició en 1985, con la aprobación del Consejo Superior de la UBA ese mismo año, que incluyó en su plan de estudios dos materias para asegurar un giro democrático frente a lo aprendido por estos bachilleres que hicieron toda su secundaria durante la dictadura: Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado, e Introducción al Conocimiento Científico.<sup>33</sup> Delich era dirigente de la Franja, movimiento político que nació en 1967, impulsado por jóvenes comprometidos con un proyecto reformista que reivindicó los principios del Mo-

32 Beltrán, M., *La Franja: de la experiencia universitaria al desafío del poder*, Aguilar, Buenos Aires, 2013.

33 Ídem, p. 219.

vimiento de Córdoba de 1918 (autonomía y cogobierno) e interesados en una propuesta de cambio social pacífico y gradual. La Franja se convirtió en un semillero de líderes políticos y un factor decisivo de la vida universitaria.<sup>34</sup>

Delich fue también rector electo por los claustros de la Universidad Nacional de Córdoba por dos períodos consecutivos (1989-1992 y 1992-1995). Esa experiencia le permite escribir *La invención de la universidad* (tres tomos publicados respectivamente en 1988, 1990 y 1991). En esa obra plantea que la vuelta de la democracia en Argentina significó para las universidades nacionales la recuperación de la autonomía y el desarrollo del pluralismo de las ideas, pero pronto la institución se vio subsumida en un conjunto de problemas inmediatos (tales como la masificación de la matrícula y la discusión sobre el presupuesto) que le impidieron asumir el debate esencial sobre su propia transformación.

Un aporte fundamental de Delich en al ámbito de las universidades públicas es su intento de estructurar una concepción de la universidad pública, poner en claro los problemas esenciales, y sugerir propuestas de reformas, con la expectativa de construir una universidad capaz de pensar y de construir una cultura de paz, utilizando rectamente la razón, el conocimiento científico y los criterios éticos.<sup>35</sup>

34 Helfgot, M., «La Franja: un relato de luchas, sueños y fracasos de jóvenes en busca de poder», *Clarín*, 17/06/2013. Recuperado de [https://www.clarin.com/politica/franja-luchas-suenos-fracasos-jovenes\\_0\\_B1vgWXwowmx.html](https://www.clarin.com/politica/franja-luchas-suenos-fracasos-jovenes_0_B1vgWXwowmx.html)  
35 Chanaguir, E., «Universidad: Debatir el Modelo. Reseña de *La Invención de la Universidad* de Francisco Delich, Tomo I, Fundeco, Córdoba, 1988, 155 págs.; Tomo II, Ed. Eudecor, Córdoba, 1990, 126 págs.; Tomo III, Ed. Eudecor, Córdoba, 1991, 142 págs.», *Estudios*, N° 1, 1993, pp. 164-168. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/14416>

En el blog *Carta Política* Delich escribió una entrada el 23 de mayo de 2011 titulada «Ranking de Universidades». Entre otras cuestiones allí señala:

Estos países nuestros *siguen siendo sociedades desiguales y democracias elementales*: la educación está siendo generalizada pero necesitamos más calidad y el medio ambiente sigue siendo depredado por multinacionales y poco estimado por los nacionales. «Et ainsi de suite». Pero estamos ingresando a un momento civilizatorio diferente, con diferentes actores –como digo más arriba– y en circunstancias también diferentes al siglo pasado y más todavía a aquellas del siglo XIX.

Como recordé en mi *Repensar América Latina* (Gedisa, 2006) la gran pregunta es si seremos capaces de pensarnos nosotros mismos sin complejos, como años atrás intentaron el mexicano Guillermo Bonfil Batalla, el brasileño Darcy Ribeiro y el argentino Oscar Varsavsky. Quiero decir *pensar teóricamente. Para pensar es necesario cambiar conceptualmente, convertir situaciones en casos y casos articulados en marcos analíticos.*

Que el ejemplo y legado de Francisco Delich nos sirva siempre de inspiración y contribuya a transformación social posible y deseable de nuestra región.

## EL DESARROLLISMO Y SUS ETAPAS: UN FENÓMENO LATINOAMERICANO. A FRANCISCO DELICH, EXIMIO SOCIÓLOGO Y GRAN TIPO

Marcelo Cavarozzi

El fin de la Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias profundas para América Latina, especialmente en los países que habían optado a partir del período de entreguerras por una vía más autárquica de desarrollo que ubicaba a la demanda del mercado interno como el motor principal de dinamismo económico, es decir Brasil, México, Argentina, Chile y Uruguay.<sup>1</sup>

Por un lado, se tornó evidente que el sistema mundial no retornaría a los tiempos de la *belle époque* y el *laissez faire* que había predominado, salvo algunas concesiones al proteccionismo, en el capitalismo del norte hasta 1914. Pero, por otro lado, los países centrales concertaron estrategias que cambiaron drásticamente el modelo que había predominado en las décadas de entreguerras. A nivel internacional se generaron instituciones que regularon el comercio mundial, el sistema monetario y el mercado de capitales revirtiendo el síndrome de caos y guerra económica del período 1918-1939. A nivel

<sup>1</sup> Conviene diferenciar las trayectorias de los países que se internaron en la ruta autárquica de aquellos a los cuales Díaz-Alejandro definió como «países débiles o pasivos», como los centroamericanos y caribeños y varios de Sudamérica, que tuvieron un desempeño mucho menos satisfactorio desde el punto de vista del crecimiento en la década de 1930 (Díaz-Alejandro, C.F., «Stories of the 1930s for the 1980s», en Aspe Armella, P., Dornbusch, R. y Obstfeld, M., eds., *Financial Policies and the World Capital Market: The Problem of Latin American Countries*, University of Chicago Press, Chicago, 1983).

doméstico, como lo analizó inteligentemente Claus Offe, en el Atlántico norte se profundizaron los mecanismos de intervención estatal en la economía y en las relaciones de clase y se generalizó la democracia de partidos como modelo político.<sup>2</sup> Asimismo, como es bien sabido, el desenlace de la guerra y la configuración de un nuevo escenario mundial no solo tuvieron consecuencias económicas, sino también políticas. La Guerra Fría ubicó claramente a América Latina en el espacio en que el poder disciplinador de Estados Unidos agregó a su renuencia a tolerar posturas o gestas nacionalistas como las que habían emergido en México y Nicaragua entre 1910 y 1940, el rechazo violento a toda presencia o intento de aumento de influencia de los partidos marxistas en la política interna, como se vio tempranamente en los casos de Chile (1946-1948) y Costa Rica (1948).

Claramente, la derrota de las potencias del Eje, la implementación de los mecanismos que Harry Dexter White, secretario del Tesoro norteamericano, y John Maynard Keynes crearon en Bretton Woods y la circunstancia que después de la Segunda Guerra la «lotería del precio de los commodities» –Carlos Díaz-Alejandro *dixit*– continuó perjudicando a la mayoría de los países de América Latina, no se tradujo inmediatamente en el diseño de estrategias explícitas y políticas medianamente planificadas para hacer frente a los renovados problemas de falta de capitales y la intensificación de los desequilibrios externos.<sup>3</sup> Lo que, en cambio, sí comenzó

2 Offe, C., «Competitive party democracy and the Keynesian welfare state: Factors of stability and disorganization», *Policy Sciences*, 15:3, abril 1983.

3 Una excepción parcial a la ausencia de respuestas de economía política a la nueva situación se dio en Brasil y Chile donde surgieron políticas públicas en el campo de la producción de acero durante la década del 40 con la creación de la Compañía Siderúrgica Nacional en Volta Redonda y de la Corporación de Aceros del Pacífico en Concepción. Ambas iniciativas contaron con apoyo financiero y de asesoramiento técnico por parte del gobierno de Estados Unidos.

a florecer a fines de la década del 40 fue un par de doctrinas que propusieron diagnósticos acerca de los problemas económicos que afectaban a la región que derivaban en propuestas totalmente antagónicas acerca de cómo responder al estancamiento y las brechas internas y externas que generaba: el liberalismo económico y el desarrollismo. En estas notas me concentro en el desarrollismo pero resulta pertinente hacer un esbozo de las doctrinas que más adelante serían rebautizadas como neoliberales.

El neoliberalismo latinoamericano tuvo sus raíces en el pensamiento liberal británico en sus vertientes económicas (Adam Smith, David Ricardo) y políticas (David Hume, John Locke, James Mill) pero las síntesis que articula a partir de mediados del siglo XX contienen muchos rasgos de originalidad, especialmente en lo que se refiere a sus propuestas de cómo imbricar economía y política. Si bien el liberalismo recién se traduciría en políticas económicas concretas en Chile y Argentina bajo los regímenes militares de la década de 1970, los diferentes ingredientes que alimentaron su construcción se articularon durante el cuarto de siglo precedente. Inspirándose en pensadores como el vienés Friedrich Hayek y el norteamericano Milton Friedman, los aportes de economistas e intelectuales latinoamericanos a la corriente que en algunos ámbitos profesionales se conoció como monetarismo fueron decisivos. Se debe reparar que ambas circunstancias, el peso que tuvo la experiencia latinoamericana del neoliberalismo y la centralidad del tema de la moneda (y la inflación) estuvieron indisolublemente ligadas.

Los precursores en la región fueron un grupo de economistas brasileños, Eugênio Gudin, Roberto Campos y Otávio Gouveia de Bulhões, a quienes se sumaron jóvenes colegas argentinos y chilenos, en este último caso a partir de una crucial iniciativa de la Universidad Católica que, con el finan-

ciamiento del departamento de Estado de Estados Unidos, contrató en 1955 a profesores de la Universidad de Chicago y envió a becarios a estudiar economía en dicha universidad para crear una Escuela de Economía. Cuatro de ellos llegaron a Chile precisamente ese año cuando el país atravesaba el pico más elevado de su profusa historia inflacionaria superando el 100% anual. Con Arnold Harberger a la cabeza, subrayaron lo que a su juicio era uno de los factores que constituían el núcleo del problema económico chileno (y latinoamericano): la relación entre una moneda débil y un Estado sobredimensionado que «artificialmente» ahogaba a las fuerzas de mercado, negando sus principios básicos, que eran, claro está, los principios «naturales» de acuerdo a los cuales operaban los comportamientos humanos. En Argentina, los primeros economistas que adscribieron sistemáticamente a esa corriente transitaron las aulas de las universidades nacionales de Tucumán y La Plata.

El diagnóstico de los monetaristas de Chicago y sus contrapartes en América Latina apuntaba a la Industrialización Dirigida por el Estado (IDE) como la principal causa de que los países de la región se hubieran apartado de la sana ruta del «capitalismo naturalista», expresión esta última utilizada por Gudín. Los monetaristas concebían al Estado como una construcción artificial –no reconociendo que tanto el mercado como el Estado son construcciones sociales– y argumentaban que el estilo de industrialización que se había desplegado en América Latina desde el período de entreguerras no respondía a los procesos del mercado, en contraste con la producción de alimentos y materias primas sobre las cuales se había basado el crecimiento de la región hasta la Primera Guerra Mundial.

Peor aún, concluían los monetaristas, la IDE había favorecido el surgimiento de sectores sociales «parásitos» que medraban bajo el ala del proteccionismo, es decir los industriales

y la clase obrera industrial. Estos sectores interactuaban con un Estado interventor y despótico que, a su vez, era manejado por una clase política corrupta y discrecional –los populistas– quienes, en el límite, se deslizaban peligrosamente a variantes del socialismo. En esta primera fase de despliegue del pensamiento neoliberal, en la cual se sustentó la crítica a las que veían como las expresiones políticas de este fenómeno –el peronismo, el varguismo e incluso el ibañismo en Chile– el remedio propuesto confiaba todavía en la capacidad de persuasión en relación a las masas: por lo tanto, se proponían educarlas en el marco de debates técnicos no necesariamente antagónicos a la democracia política. El deslizamiento abiertamente autoritario del liberalismo recién comenzaría a producirse en la década de 1960, en paradójica coincidencia con un viraje similar del desarrollismo, tema que discuto más extensamente en las próximas páginas.

A diferencia del liberalismo, el despliegue del desarrollismo, que se extendió desde fines de la década del 40 hasta la década del 70 del siglo pasado, lo convirtió en un «producto» latinoamericano, es decir es un «original», en el sentido que le dio Fernando Henrique Cardoso al concepto. Fue, en contraste con el marxismo, una ideología y una práctica reformista, ya que no se planteaba como objetivos ni una transformación global de la sociedad, ni un cuestionamiento de la asociación dependiente de América Latina en el marco del sistema capitalista mundial. Como discutí más arriba, el surgimiento del desarrollismo a comienzos de la segunda mitad del siglo XX no fue casual, ya que respondió a cambios que se dieron, por un lado, en la economía política mundial y, por el otro, a dilemas que se plantearon en la región a fines de la Segunda Guerra Mundial. El desarrollismo no implicó un corte radical con las iniciativas de política económica que se habían producido ya en el período de entreguerras, pero

introdujo una novedad fundamental al enfatizar e intentar conceptualizar el rol central del Estado en los procesos de desarrollo económico y político y al crear instituciones públicas específicamente encargadas del tema del desarrollo.

En las páginas precedentes ya he señalado cómo a partir de 1945 el triunfo de la gran coalición hegemónica por Estados Unidos –más allá del rol decisivo que jugó la Unión Soviética en la derrota militar de la Alemania nazi– marcó el comienzo de una etapa excepcional de «reconstrucción» del capitalismo mundial, que se extendería durante el siguiente cuarto de siglo. La posición de América Latina dentro del nuevo orden mundial ya se había tornado más periférica después de la Primera Guerra, con la excepción de Venezuela y su petróleo. Este fenómeno se acentuó después de la Segunda Guerra, hecho vinculado a la circunstancia de que el sistema mundial ingresó en una fase de expansión acelerada del capitalismo sobre la base de la reconstrucción del mercado de capitales y el crecimiento del comercio internacional, procesos que, como he ya señalado, acentuaron la marginación de América Latina. Además, la creación del Fondo Monetario Internacional –hecho en el cual formalmente participaron todos los países de la región excepto la Argentina– significó que las monedas latinoamericanas quedaran relegadas a una «segunda división», condenadas por la inestabilidad crónica que afectó a la mayoría de ellas con posterioridad al fin de la guerra.

La región, desde la visión de los Estados Unidos, no dejaba de tener cierta importancia desde la perspectiva de los negocios: los de exportación –que en muchos casos eran controlados exclusivamente a través de la propiedad de empresas norteamericanas, como el petróleo en Venezuela, el azúcar en el Caribe, el banano en las zonas tropicales y el cobre chileno– y los asociados a la elaboración o el armado de produc-

tos manufacturados para los mercados latinoamericanos y la prestación de servicios bancarios. Pero, en todo caso, en la internacionalización de la economía mundial con eje en Estados Unidos que se produjo a partir de 1945, el espacio que ocupó América Latina fue cada vez más reducido. La preocupación central del gobierno norteamericano fue otra, esto es que los países latinoamericanos se ubicaran «correctamente» en el clivaje Este-Oeste, circunstancia que comenzó a tornarse evidente a partir de 1946, cuando los comunistas chilenos fueron incorporados al gabinete ministerial del nuevo presidente Radical, González Videla. Tanto en este caso y en muchos otros, como en Costa Rica y Guatemala, los Estados Unidos intervinieron directa o indirectamente para lograr que se persiguiera a los comunistas o para derribar a gobiernos que fueron considerados cercanos a ellos o que se diagnosticó que estaban infiltrados por personajes «peligrosos».

Hacia principios de la década de 1950 la nueva configuración del sistema mundial determinaba que los países latinoamericanos, sobre todo los que más habían avanzado en el proceso de Industrialización Dirigida por el Estado, se enfrentaran a serias crisis económicas, determinadas por la falta de capitales de inversión, la caída de los precios de sus exportables en conjunción con una menor demanda de la mayoría de ellos y la conformación de un club informal de monedas fuertes, hegemónico por el dólar estadounidense, del cual estuvieron excluidos. El resultado fue que se agravaran los déficits de balanza de pagos y fiscales —síndrome que algunos economistas caracterizaron como la «doble brecha»— fenómeno que, no accidentalmente, estuvo asociado a la intensificación de los conflictos sociales en torno a la distribución de ingresos. Durante los años iniciales de la década del 50, entonces, los gobiernos de Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y México en particular, ingresaron en una coyuntura

de inestabilidad económica y política que, excepto en el último caso, generaron cambios en las coaliciones de gobierno e incluso golpes de Estado, como el que afectó a la Argentina en 1955. En ese clima, se fue articulando progresivamente una respuesta, que en buena medida se apoyó teóricamente en las recomendaciones de un par de economistas de la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina) de las Naciones Unidas, el argentino Raúl Prebisch y el chileno Jorge Ahumada: la modernización desarrollista. En las dos décadas siguientes también fueron significativos los aportes de economistas como Celso Furtado y Helio Jaguaribe (Brasil), Aníbal Pinto (Chile), Víctor Urquidí (México) y Aldo Ferrer (Argentina). Este último tuvo un rol destacado en la creación del primer *think tank* desarrollista en la Argentina en 1958: la Junta de Planificación Económica de la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, la Junta no sobrevivió los vaivenes políticos de la Argentina; fue disuelta con posterioridad al golpe militar de 1962. En contraste con el caso argentino, instituciones similares en Brasil tuvieron tanto mayor continuidad como influencia; entre ellas la Fundación Getúlio Vargas, el ISEB (Instituto Superior de Estudos Brasileiros) y en el plano de las agencias gubernamentales, la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste (SUDENE) cuyo fundador fue precisamente Celso Furtado. En Chile, hubo una verdadera precursora del ideario desarrollista, la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción). Había sido creada por el presidente Radical electo en el marco del Frente Popular en 1938, Pedro Aguirre Cerda, y sus promotores habían sido un grupo de ingenieros que detestaban a los políticos y se habían formado como gerentes públicos durante la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). Sin embargo, y paradójicamente, la CORFO perdió todo su impulso de transformación durante la segunda presidencia del militar

entre 1952-1958 para ser prácticamente liquidada durante el siguiente período presidencial, el del empresario conservador, Jorge Alessandri.<sup>4</sup>

Uno de los pilares del desarrollismo fue la propuesta que los países más industrializados de la región debían orientarse en la dirección de expandir la base industrial logrando encadenamientos «hacia atrás», es decir creando sectores productores de bienes intermedios y de capital, y también «hacia adelante», entre otros mecanismos, procurando mejorar la infraestructura de transportes y comunicación y la calidad de los servicios. En general, asimismo, el diagnóstico de los economistas cepalianos apuntaba en la dirección de promover la inversión extranjera, tanto en la industria como en la expansión de la infraestructura, que en la mayoría de los países se había deteriorado, con excepción de la inversión norteamericana, a partir de los años de la Primera Guerra.

Poco tiempo más tarde, el desarrollismo recibió otro aporte teórico: las teorías de la modernización, que fueron propuestas por sociólogos, historiadores y economistas, muchos de ellos de origen norteamericano. Uno de los popularizadores más destacados fue el historiador de la Universidad de Stanford, John Johnson, quien subrayó el rol de los «sectores medios» en el proceso de desarrollo e identificó quiénes eran, a su juicio, los principales agentes de la modernización en América Latina: los industriales que, según Johnson, se comportaban de manera muy diferente, los terratenientes, atrasados y neofeudales en su visión, y los políticos de clase media, portadores de la democracia y adversarios, por lo tanto de los clanes clientelares y conservadores de raigambre oligárquica y los militares autoritarios.

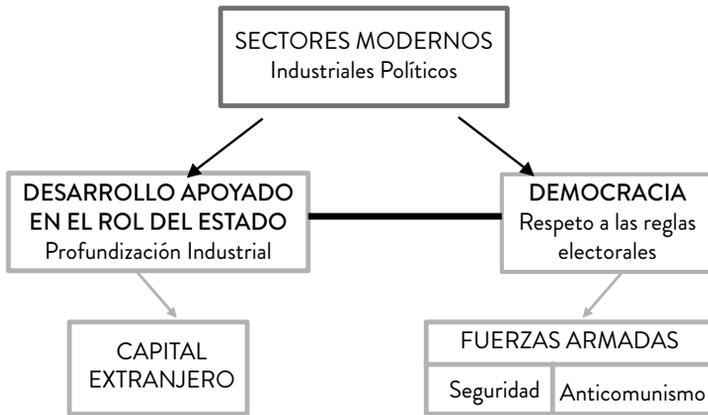
<sup>4</sup> Analizo la trayectoria de la CORFO en mi libro *Los sótanos de la democracia chilena, 1938-1964. Las esferas de «protección» de los empresarios industriales: la CORFO, represión a los obreros y la inflación*, Ediciones LOM, Santiago, 2017.

Como es bien sabido, estos enfoques no se limitaron a poblar los estantes de las bibliotecas universitarias, sino que sirvieron de base para el lanzamiento de una iniciativa del gobierno de Estados Unidos cuando el político demócrata, John F. Kennedy, se hizo cargo de la presidencia a comienzos de 1961: la Alianza para el Progreso. Kennedy y sus asesores, obviamente, no estaban preocupados solamente por las estrategias del Partido Comunista de la URSS –redefinidas a partir de la creación de la Cominform en 1947– que fijaba la línea para los Partidos Comunistas tradicionales de América Latina, sino que tenían una preocupación mucho más cercana: la revolución cubana, que amenazaba convertirse en un peligroso ejemplo para la «atrasada» América Latina. No resultó sorprendente, entonces, que la Alianza apoyara reformas en la región, incluyendo en el ámbito agrario, y que promoviera a políticos, como Eduardo Frei en Chile, Rómulo Betancourt en Venezuela, Víctor Paz Estenssoro en Bolivia y José Figueres en Costa Rica, quienes representaban, desde esa visión, un *middle of the road* apartado tanto de los tiranos tradicionales que todavía abundaban en América Latina, como de los nuevos, y peligrosos enemigos, representados por Fidel Castro y el Che Guevara. Incluso las fuerzas armadas, ahora integradas por una gran mayoría de oficiales que provenían de las clases medias, tenían reservados nuevos roles que las apartaban de su tradicional papel de caudillos que generaban inestabilidad en la superficie pero que, al mismo tiempo, servían para reforzar y consolidar el poder de las clases altas premodernas, según recitaba el relato de las teorías de la modernización.<sup>5</sup> Por

5 Esta tendencia a desconocer que las oligarquías reinantes en Brasil, México, Chile, Uruguay y Argentina de fines del siglo XIX, ciertamente férreas opositoras de la democratización, eran asimismo clases capitalistas portadoras de la modernización capitalista y constructoras de Estados que abrieron los resquicios por los cuales se filtraron las demandas democratizantes, es un error

supuesto, tenían que combatir a la amenaza comunista, ahora encarnada en las guerrillas rurales, pero como «ciudadanos con uniforme» y burócratas de perfil técnico, y que se podían encargar asimismo de tareas de promoción comunitaria, habilidades para las cuales pasaron a ser convenientemente entrenados en la academia que Estados Unidos montó en Panamá.

El Gráfico 1 esquematiza los componentes fundamentales de la visión del desarrollismo:



Las propuestas del desarrollismo se aplicaron de modo sistemático solo en un caso, el mexicano, donde se desplega-

---

repetido por obras mucho más respetuosas de las evidencias históricas como el texto de Dietrich Rueschemeyer, Evelyne Huber Stephens y John D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy* (University of Chicago Press, Chicago, 1992). Los militares profesionales que surgieron como parte del proceso de construcción estatal tuvieron una relación ambigua con la cuestión democrática a lo largo de la primera mitad del siglo XX; ciertamente no estaban apegados a los valores de la democracia, pero al mismo tiempo desconfiaban de las oligarquías que habían manejado la política desde el último tercio del siglo XIX. Este rol fue muy diferente al que jugaron los militares en regímenes sultanísticos como los del Caribe y Centro América.

ron vigorosamente entre principios de la década del 50 y fines de la del 70 del siglo pasado. No resultó accidental que fuera en México donde el desarrollismo prácticamente se desplegó sin interrupciones durante un cuarto de siglo: a la estabilidad política de ese país, se sumó que el partido-Estado que lo gobernó desde el período de entreguerras hasta el 2000, es decir el Partido Revolucionario Institucional (PRI), adoptara al desarrollismo como su doctrina oficial. Sin embargo, la continuidad de la fórmula desarrollista en México no solo se debió a la permanencia del PRI en el gobierno de su país durante más de siete décadas. El desarrollismo mexicano sobrevivió largamente porque el régimen pudo resolver un dilema ante el cual sus contemporáneos sudamericanos sucumbieron; el conjugar desarrollo, estabilidad política y «moneda sana». Este fenómeno fue el resultado de la excepcional capacidad que tuvieron los gobiernos del PRI para reprimir las protestas populares que reclamaban que el elevado crecimiento que tuvo la economía mexicana con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial –que estuvo muy por encima del promedio regional– permitiera mejorar la desigual distribución del ingreso. Al patrón mexicano, y esto no fue casual, sus propios arquitectos lo bautizaron como Desarrollo Estabilizador; lo que no explicitaban Arturo Ortiz Mena y los otros técnicos que manejaron la Secretaría de Hacienda y Crédito Público –es decir el Ministerio de Economía de su país– que «estabilizar» significaba lograr bajos índices inflacionarios a través de mecanismos de represión salarial que descansaban en el exterminio de las dirigencias sindicales que reclamaban reajustes, como sucedió con los maestros y los trabajadores del ferrocarril. La plataforma sobre la cual se erigió el Desarrollo Estabilizador a partir de la década de 1950 fue cimentada en la década anterior. Bajo las presidencias de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés (1940-1952) se produjo

un acercamiento con los Estados Unidos y se implementó el pacto que estallaría con Luis Echeverría 30 años más tarde, aquel por el cual la gran burguesía mexicana se abstuvo de intervenir en política mientras los políticos «de clase media» del PRI garantizaban las condiciones para que sus negocios prosperaran incesantemente y sin sobresaltos.<sup>6</sup>

No ocurrió lo mismo en el resto del continente; en casos como los de Brasil, Chile y Argentina, los reclamos de mayores salarios o de subsidios para las tarifas del transporte y otros servicios públicos abrieron períodos de conflictividad social en que los respectivos gobiernos tuvieron menor capacidad de maniobra que el mexicano: combinaron concesiones, por un lado, y respuestas represivas, por el otro, con lo que minaron la estabilidad monetaria y el balance de las cuentas públicas. Los tropiezos de los gobiernos desarrollistas se tradujeron en el recrudescimiento de la inflación y el estancamiento económico. A medida que concluía la década del 50 y comenzaba la siguiente, la visión desarrollista experimentó un decisivo giro ideológico, especialmente en los casos de Brasil y Argentina. En las etapas iniciales, como hemos visto, el desarrollismo planteó que el crecimiento económico asociado a la industria y el juego democrático partidario eran componentes compatibles, y hasta necesarios, del proceso de modernización de «sociedades atrasadas». Desde esa visión, los políticos e ideólogos del desarrollismo fueron en parte reaccionarios; es decir rechazaron las variadas modalidades de activación y organización de los sectores populares que habían predominado en las décadas anteriores. Pero, en todo caso, si los desarrollistas les criticaron a varguistas y peronistas su veta populista, incluso imputándoles sesgos autoritarios, lo hicieron desde una

6 Dos textos que analizan brillantemente estos procesos son el de Loeza, S., *Clases medias y política en México*, El Colegio de México, México, 1988, y el de Aguilar Camín, H., *Después del milagro*, Cal y Arena, México, 1989.

perspectiva que no abolía la democracia de partidos. Gradualmente, sin embargo, los políticos en general, y no meramente los populistas, comenzaron a ser concebidos por el desarrollismo como un obstáculo en el camino de la modernización, o peor aún, como una amenaza a la misma. El nuevo diagnóstico desarrollista tendió a percibir la acción política como un obstáculo porque concluyó que la negociación partidista tradicional generaba una madeja de transacciones y concesiones que impedían implementar políticas de modernización que, a su vez, exigían rupturas con el pasado populista y la imposición de sacrificios a los sectores asalariados. En el caso brasileño, para agravar las cosas, el último político desarrollista en el poder, João Goulart, cometió otro pecado aún más grave desde el punto de vista de las fuerzas armadas. En los meses de su mandato que precedieron al golpe militar de 1964, cuestionó el ordenamiento jerárquico de las fuerzas armadas al promover la movilización, o al menos el activismo, de los suboficiales a los cuales, erróneamente, suponía más proclives que el generalato a compartir el contenido de sus programas. A una conclusión parecida arribaron los militares argentinos entre 1958 y 1966 cuando atribuyeron a los políticos, tanto a los gobernantes como a los de oposición, el ser los causantes del fraccionamiento que afectó a las fuerzas armadas, especialmente al ejército, y que los llevó a cruentos enfrentamientos armados en bases militares y en la misma ciudad de Buenos Aires en un par de ocasiones. En este contexto, el desarrollismo inicial viró gradualmente en la dirección de un Desarrollismo Autoritario que, no accidentalmente, alimentó ideológica y técnicamente a los regímenes militares que surgieron en Brasil y Argentina en 1964 y 1966, respectivamente. En términos conceptuales, del esquema del Gráfico 1 se eliminaron (o se redujo la vigencia de) dos elementos: los políticos y la democracia. Este fenómeno fue analizado originariamente

te por Guillermo O'Donnell en su aguda crítica de la visión optimista de las teorías de la modernización —que suponían una confluencia feliz de modernización capitalista y democracia—. La discusión o'donnelliana sobre la emergencia de los regímenes burocrático-autoritarios en Brasil y Argentina en la década de 1960 alimenta varios de mis argumentos.<sup>7</sup>

En resumen, el último envión del desarrollismo se desplegó en Sudamérica bajo un signo autoritario que se prolongó en Brasil hasta principios de la década del 80 y colapsó en Argentina cuando las presidencias de Juan Carlos Onganía (y la de su efímero sucesor, Roberto Levingston) se derrumbaron al enfrentarse con dos poderosas energías desestabilizadoras: por un lado, las protestas populares que tuvieron su clímax entre el primer y el segundo Cordobazo —mayo 1969/marzo 1971— y, por el otro, las maniobras de sectores de las fuerzas armadas que favorecían una transición pactada de la cual surgiera un régimen semi-democrático de carácter cívico-militar. Es decir, a Onganía y Levingston los debilitaron drásticamente los obreros y los estudiantes, pero a ambos los echó otro general con un proyecto diferente en el que las preocupaciones acerca del modelo de desarrollo estaban totalmente ausentes: Alejandro Lanusse. En México un corte decisivo también fue marcado por una revuelta estudiantil, la de 1968 en Tlatelolco que, como se sabe, fue reprimida de manera mucho más sangrienta que en Argentina. Pero, como he sugerido en las páginas previas, en el caso mexicano no se repitió la secuencia

7 O'Donnell, G., *El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Editorial Belgrano, Buenos Aires, 1982. Por cierto que, como sugiero sucintamente en mis comentarios acerca del neoliberalismo, los regímenes autoritarios de la década de 1970, especialmente los de Chile y Argentina, no estuvieron inspirados por el desarrollismo, sino por el liberalismo autoritario. En textos posteriores, O'Donnell no tuvo en cuenta esta diferencia fundamental entre los golpes del 60, es decir los de Brasil y Argentina, y los del 70, esto es los de Uruguay, Chile y Argentina.

brasileño-argentina porque el desarrollismo estabilizador del período «clásico» (1952-1970) nunca tuvo los ingredientes democráticos de regímenes como los Juscelino Kubitschek y Arturo Frondizi. Más adelante, tanto Luis Echeverría Álvarez como José López Portillo (1970-1982) fracasaron en revitalizar el impulso desarrollista, pero no abandonaron sus objetivos de industrialización e inclusión controlada desde arriba de los sectores medios y populares.

En el sur las rutas que siguieron Brasil y Argentina a partir de los golpes de la década del 60 divergieron claramente. En el primer caso, el desarrollismo sobrevivió hasta 1980-1982, si bien con un dinamismo mucho más menguado que el de los años del llamado milagro bajo la presidencia de Emílio Garrastazu Médici. No fue por capricho que durante la década del 80 sociólogos, economistas y politólogos de Estados Unidos como Stephan Haggard, Bela Balassa, Peter Evans y Gary Gereffi, así también como funcionarios de los organismos internacionales, continuaron incluyendo a Brasil (y México) como los ejemplos latinoamericanos del conjunto bautizado como NIC (Newly Industrializing Countries) en el que figuraban prominentemente, entre otros, Corea y Taiwan.<sup>8</sup> En cambio, el desarrollismo en Argentina quedó sepultado, literalmente, en las feroces disputas internas del peronismo a partir de su vuelta al poder en 1973 –disputas que consumieron entre otros al último ministro de Economía de orientación desarrollista, José Ber Gelbard– y en el subsecuente, y rápido, retorno al poder de los militares del Proceso de 1976 que, como ya señalé, adhirieron a una visión que, al menos retóricamente, se proponía arrasar con el estatismo

8 Cfr. Haggard, S., «Review: The Newly Industrializing Countries in the International System», *World Politics* 38:2, enero 1986.

que había prevalecido en Argentina durante el medio siglo anterior.

El agotamiento irreversible del desarrollismo quedó atado a la clausura del ciclo de Industrialización Dirigida desde el Estado en el contexto turbulento generado por la crisis de la deuda durante la década de 1980. Dicha crisis afectó irreversiblemente la capacidad, aunque fuera mediocre, que tenían los Estados latinoamericanos –en particular en los cinco países de desarrollo capitalista temprano– para actuar como agentes medianamente eficaces en la provisión de bienes y servicios públicos, en la redistribución progresiva de ingresos y en la formación de capital. Ese es un vacío que todavía no se ha llenado. Lo señalaba a fines de aquella década Fernando Fajnzylber cuando se refería al síndrome del «casillero vacío» en nuestra región, aludiendo a que en ningún caso se ha podido conjugar crecimiento sustentable, equidad creciente y regímenes democráticos.<sup>9</sup> Treinta años después enfrentamos parecida encrucijada. Las democracias del presente siglo –tanto en las experiencias centradas en el cesarismo presidencial y el retorno del estatismo, es decir Venezuela, Bolivia, Argentina, Ecuador y en menor medida Brasil, como en los países que confiaron casi excluyentemente en la coordinación a través de los mecanismos de mercado, como ha sido el caso en los países del Pacífico sudamericano y en México– no han podido revertir el proceso de deconstrucción estatal, lo que se manifiesta, entre otros problemas, en el agravamiento de la inseguridad pública y la crisis de la educación pública en prácticamente toda la región.

9 Cfr. Fajnzylber, F., «Industrialización en América Latina: de la “caja negra” al “casillero vacío”», *Cuadernos de la CEPAL*, Santiago, 1990.



## HOMENAJES INSTITUCIONALES



## HOMENAJE DE CLACSO A FRANCISCO DELICH

Pablo Gentili, Nicolás Arata y Pablo Vommaro

En ocasiones, las trayectorias de un individuo, de una institución y de un país se intersectan en una encrucijada de la historia, dando lugar a una resignificación de todos ellos. Es el caso de Francisco Delich, quien asumió el desafío de dirigir CLACSO entre 1976 y 1983, durante el período más oscuro de la historia argentina. Delich timoneó la institución en un momento complejo y trágico para las sociedades del cono sur y para las ciencias sociales latinoamericanas, que cuentan miles de científicos, investigadores y profesores desaparecidos, cesanteados, perseguidos y exiliados. Durante su gestión, el Consejo fue el ámbito de cobijo de numerosos y numerosas intelectuales, que eran expulsados/as de sus universidades o perseguidos en sus respectivos países. Fue la convicción humanista de Delich, combinada con su enorme compromiso con la democracia y los derechos, lo que lo llevó a redoblar esfuerzos y compromisos para que la red de centros de investigación y académicos/as que es CLACSO fuera también una red de solidaridades para preservar el pensamiento crítico y la vida de tantas y tantos colegas.

En muchos pasajes de este merecido homenaje, los lectores podrán encontrar referencias a Delich asociado a la figura de un reconocido escritor, intelectual y político, cuya trayectoria ha estado estrechamente vinculada a la defensa de la democracia y de la universidad pública en América Latina. En

efecto, Delich fue abogado y doctor en Derecho y Ciencias Sociales, cursó sus estudios de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Córdoba y en la École des Hautes Études de la Universidad de París. Su destacada actuación fue reconocida con la entrega de doctorados *honoris causa* por parte de diversas universidades latinoamericanas y extranjeras como San Marcos (Perú, 1991), Nottingham (Inglaterra, 1993) y Soka (Japón, 1994).

Con la vuelta a la democracia en Argentina, Francisco Delich dejó CLACSO para asumir un gran desafío: ser el rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires, la mayor casa de estudios superiores de su país, función que desempeñó entre 1983 y 1986. Encontró una universidad arrasada por la intervención dictatorial, por el autoritarismo, la represión, la persecución y la censura. Delich enfrentó ese nuevo desafío con convicción y coraje. Luchó por retomar el camino y los principios de una universidad democrática, por la expansión, la gratuidad, la autonomía y el cogobierno. Unos años más tarde, fue rector de la Universidad Nacional de Córdoba (1989-1995), siendo así la máxima autoridad de dos de las más importantes universidades de Argentina. Fue también presidente del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Su compromiso con lo público se expresó también en los numerosos cargos que desempeñó en su país, fuera del ámbito universitario, como secretario de Estado y Educación de la Nación (1986-1987), director de la Biblioteca Nacional (2000-2002), legislador nacional y provincial en diversos períodos, y convencional constituyente en 1994.

Dirigió la revista *Crítica y Utopía*, y fue autor de numerosos libros, entre los que podemos mencionar *Crisis y protesta social* (1970), *Tierra y conciencia campesina en Tucumán* (1970), *Metáforas de la sociedad argentina* (1986), *La inven-*

*ción de la educación* (1993), *El desempleo de masas* (1997), *Señales* (1999), *La crisis en la crisis* (2002) y *Repensar América Latina* (2004).

De los múltiples registros que dan cuenta de las iniciativas de Delich al frente de CLACSO también queremos destacar las tareas de articulación entre equipos de investigadores y de producción editorial, permitiendo mantener latente el intercambio de ideas en sociedades donde el autoritarismo había implementado un apagón cultural que alcanzó el ámbito de las universidades y los centros de investigación. Frente a este escenario, el CLACSO que lideraba Delich redobló sus esfuerzos, supliendo con esas acciones las iniciativas que se habían vuelto inviables en los planos nacionales.

Los seminarios y mesas de trabajo, las becas y los apoyos a la investigación comenzaron a crecer durante su gestión, construyendo un ecosistema donde no pocos intelectuales pudieron continuar con sus trabajos e incluso algunos, salvar su vida. «A fines de los '70 CLACSO ya funge como uno de los motores que dinamizan y alientan el desarrollo de una ciencia social crítica a los regímenes militares y a las visiones teóricas prevalecientes en el período de pregolpes militares».<sup>1</sup>

Bajo su Secretaría, CLACSO convocó a una recordada Conferencia Regional, titulada «Las condiciones sociales de la Democracia» –cuya organización estuvo a cargo de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y del propio Delich– en la que, según numerosos observadores, entre ellos Lechner (1984), se «marcó un punto clave en torno a las transiciones a la democracia en América Latina, y coadyuvó también para que estas preocupaciones tuviesen un alto impacto a nivel

1 Gilbert, J., *Introducción a la sociología*, LOM, Santiago de Chile, 1997, p. 595.

internacional». <sup>2</sup> Una carta del propio Delich a Gino Germani da cuenta de la concepción que guiaba dicha iniciativa. En su comunicación al fundador de la sociología argentina, Delich resaltaba:

La sucesión de experiencias autoritarias que sufren numerosos países de la región en los últimos años demandaban fuertemente a los científicos sociales y consecuentemente a los grupos o centros de investigación que forman parte de CLACSO, la importancia de examinar en el menor tiempo posible, la naturaleza de esos regímenes y, al mismo tiempo, las condiciones sociopolíticas necesarias para establecer formas de organizaciones político-democráticas para todos los países de América Latina. <sup>3</sup>

En el esfuerzo por construir redes de colaboración e intercambio académico, dos publicaciones —el boletín *David y Goliath* y la revista *Crítica y Utopía*— fueron iniciativas promovidas bajo la Secretaría de Delich. Las publicaciones alcanzaron gran prestigio a nivel regional, constituyendo la base para posteriores iniciativas de regionalización de la producción científica en el continente. A propósito de *David y Goliath*, decía Delich

El Boletín fue durante años uno de los pocos, sino el único vínculo con que los científicos sociales latinoamericanos contaban para comunicar sus actividades (...) un puente entre los centros afiliados, entre los investigadores, el nexo entre CLACSO y las

2 Camou, A., Tortti, M.C., Viguera, A. (coords.), *La Argentina democrática: los años y los libros*, Prometeo, Buenos Aires, 2007, p. 33.

3 Germani, A.A., *Antifascism and sociology*, Taylor y Francis, New York, 2008. La traducción es nuestra.

organizaciones similares, un vocero de los Grupos de Trabajo, en fin, un ámbito informativo y de intercambio de la comunidad académica. Pero también algo más: un órgano de opinión político-académica adecuado a estos tiempos.<sup>4</sup>

La gestión de Delich al frente de la Secretaría tuvo lugar sobre un trasfondo de profundos cambios en los modos de pensar el papel de las ciencias sociales en el continente. En el discurso de apertura de la XI Asamblea General de CLACSO, Delich señalaba las transformaciones que habían tenido lugar en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas:

A veces imperceptiblemente, a veces explosivamente las ciencias sociales se han transformado vigorosamente y los científicos sociales hemos mudado de piel (...) la conciencia de los investigadores, el nivel de calidad alcanzado por las investigaciones, a la originalidad y a veces la impertinencia con que el nuevo pensamiento latinoamericano se desenvuelve nos hace pensar que hemos alcanzado un umbral de autonomía suficiente para no solamente intentar otras metas sino en todo caso para garantizarnos que no habrá retrocesos en ese camino.

En aquella oportunidad, a propósito de la convocatoria a la XI Asamblea General de CLACSO, Francisco Delich puso en circulación una carta abierta en la que llamaba a pensar nuevos roles para el trabajo de los científicos sociales, convocándolos a «seguir avanzando, que es tanto como decir profundizar la investigación, alertar a la sociedad civil, proponer nuevas formas de solidaridad. ¿Cómo podemos abrir y

<sup>4</sup> Delich, F. (ed.), «Dictadura y dictadores en América Latina», *David y Goliath*, Año XI, N° 38-39, CLACSO, Buenos Aires, 1980, p. 1.

transitar nuevos caminos? ¿Cómo podemos transformar ideas en proyectos de acción?». <sup>5</sup>

Sin lugar a dudas, CLACSO jugó un papel protagónico en la construcción de una perspectiva propia, situada de las ciencias sociales en el continente. A propósito de las palabras de Delich, y aunque hay algunos trabajos en curso, queremos subrayar la importancia vital que tiene para la comprensión de nuestro campo la realización de estudios sistemáticos sobre los aportes que la red de investigadores, profesores e instituciones que conforma CLACSO tuvo en el fortalecimiento de las ciencias sociales, con especial atención al período de la transición democrática, aunque, desde ya, no solo a aquel período.

Dos trazos más sobre la gravitación de Delich, en los que queremos recuperar su visión prospectiva. En una de sus notas editoriales en *David y Goliath*, él ya adelantaba uno de los principales problemas de la agenda de las ciencias sociales latinoamericanas: las luchas contra las diversas formas de desigualdad. Para ello, partía de una lectura que combinaba el reconocimiento de la diversidad étnica, la diversidad regional, la diversidad sectorial y sus demandas, y el reconocimiento de la desigualdad social y de la asimetría de poder y oportunidades que de allí se deriva <sup>6</sup> como puntos de partida y horizontes insustituibles en la construcción de un modo de pensar el trabajo científico en esta región del mundo.

Por otro lado, Delich subrayó la responsabilidad que las ciencias sociales tienen de romper los espacios de confinamiento a los que las ciencias tradicionales se han reducido, para producir y promover conocimientos que impacten en la

5 Delich, F. (ed.), «3ª Conferencia Regional», *David y Goliath*, Año XII, N° 40, CLACSO, Buenos Aires, 1981, p. 1.

6 Delich, F. (ed.), «La regionalización en las Ciencias Sociales», *David y Goliath*, Año XIII, N° 42, CLACSO, Buenos Aires, 1982.

vida de la sociedad, mejoren su calidad de vida, contribuyan a un ejercicio más pleno de la democracia, de un mayor autoconocimiento de sus problemas y de sus desafíos:

Nunca seremos lo suficientemente enfáticos en la defensa de la libertad de expresión. Nunca lo suficientemente reiterativos, hasta los límites del aburrimiento, cuando se trata de mostrar la necesidad que la sociedad tiene de reflexionar sobre sí misma –y no solamente para artistas e intelectuales– el derecho de argumentar y discutir, de preguntar y de responder sin restricciones.<sup>7</sup>

En el momento de la reapertura democrática, cuando Delich se retiraba y la Secretaría quedaba en manos del sociólogo Fernando Calderón, lanzaba otro desafío. Frente a las transiciones democráticas que dejaban atrás para siempre las dictaduras, el secretario de CLACSO llamaba a construir nuevos horizontes y a extremar las responsabilidades:

Si en todos estos años fuimos capaces de resistir dictadores y dictaduras, ahora es el momento de resistir pequeñas demagogias, la invitación a renunciar a nuestro rol específico de intelectuales; tenemos mucho que hacer y mucho que decir en América Latina. CLACSO no tuvo vacilaciones hasta ahora y no debe tenerlas en el futuro.

Este es la herencia que hemos decidido continuar, actualizándola frente a los desafíos de nuestras sociedades y de una red que ha continuado expandiéndose con los compromisos que mujeres y hombres de la talla intelectual de *Pancho* nos han sabido legar.

7 Delich, F. (ed.), «Democracia, sociedad civil e identidad nacional», *David y Goliat*, Año XII, N° 41, CLACSO, Buenos Aires, 1981, p. 1.

## HOMENAJE AL DR. FRANCISCO DELICH

Luis Alberto Quevedo<sup>1</sup>

Hace algo más de dos años nos dejaba nuestro querido maestro, colega, compañero de trabajo y amigo Francisco *Pancho* Delich. Un intelectual que dejó una obra importante en América Latina y en particular en Argentina pero que también dejó su marca de gestión en distintas instituciones académicas nacionales y regionales. Francisco fue reconocido como sociólogo, educador, político y gestor de prestigiosas instituciones como la UBA, CLACSO o la Universidad Nacional de Córdoba, en su provincia natal. Pero también merece nuestro recuerdo y gratitud por ser el formador de muchos académicos que hoy se desempeñan en el campo de las ciencias sociales y que fueron sus discípulos o que lo acompañaron en sus distintas gestiones. Pero hay algo más, en lo que personalmente me siento involucrado: Delich fue también alguien que guió y acompañó a numerosos jóvenes que tomaban decisiones sobre sus carreras académicas y él supo ofrecer no solo su sabio consejo sino también su acompañamiento e interés durante estas experiencias. Yo fui uno de ellos y le estaré por siempre agradecido.

También Francisco merece un reconocimiento como pensador y ensayista que realizó un aporte muy significativo a las ciencias sociales de América Latina y el Caribe durante varias décadas. Por otra parte, en su gestión al frente de CLACSO –donde se desempeñó como secretario general– tuvo el

<sup>1</sup> Director de la FLACSO Argentina

coraje de llevar adelante políticas de promoción de las ciencias sociales, impulsar debates y fortalecer el sistema de publicaciones en aquellos difíciles momentos de las transiciones democráticas en los años 80, cuando nuestra región recuperaba la democracia en varios países.

No menos importante fue su rol como rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires luego de la dictadura militar. Siempre se destacó por ser un gran defensor de la universidad gratuita, abierta y pública: heredero de la Reforma Universitaria sobre la que también escribió y realizó aportes en distintos momentos de su trayectoria. Supo también acompañar y guiar a la FLACSO a lo largo de toda su vida y eso merece un reconocimiento particular de quienes formamos parte de este sistema latinoamericano. Además de ser profesor en la Sede Argentina y otras sedes de nuestra Facultad, Delich se desempeñó como presidente del Consejo Superior, máximo órgano académico y de gobierno de todo el sistema FLACSO.

En su provincia natal, Córdoba, Francisco dejó su marca como intelectual (con varios escritos sobre el Cordobazo en los años 60) pero también como gestor (fue rector de la UNC) y donde pudo desarrollar también una carrera política dando lugar a otra de sus vocaciones: fue electo diputado nacional por la provincia de Córdoba y esto le permitió que su palabra en el Congreso y en espacio público tuviera también una dimensión nacional.

Francisco se recibió de abogado en Córdoba, luego realizó un posgrado en Economía y Sociología en la École des Hautes Études de la Universidad de París y se doctoró en Derecho y Ciencias Sociales también en la Universidad Nacional de Córdoba. Fue distinguido con doctorados *honoris causa* en las Universidades de San Marcos (Lima, Perú, 1991), Nottingham (Nottingham, Inglaterra, 1993) y Soka (Tokio, Japón, 1994). Tantos honores y reconocimientos absolutamente

merecidos jamás lo hicieron perder su tono provinciano, su humildad, amabilidad y buen humor, pero mucho menos lo hicieron disminuir su dedicación al trabajo cotidiano de la docencia y la escritura.

Entre sus numerosas publicaciones quiero destacar *Crisis y protesta social* y *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*, ambos textos publicados en el inicio de los difíciles años 70 que daban cuenta de una época compleja para la Argentina. Estos textos son hoy necesarios para cualquier investigador que quiera reconstruir y repensar aquellos tiempos. Durante la transición política fundó la revista *Crítica y Utopía* donde escribió numerosos ensayos. En la década de los 80 publicó *Metáforas de la sociedad argentina* y unos años más tarde *La invención de la educación*, *El desempleo de masas* y *Señales*, estos dos últimos en los años 90. En los primeros años del siglo XXI publicó otros ensayos como *La crisis en la crisis* y *Repensar América Latina*, en el año 2004.

Como he dicho, Francisco supo ser la guía y maestro de muchos investigadores que hoy forman parte del campo intelectual y académico de las ciencias sociales en nuestra región. Siempre lo recordaremos por ser un ejemplo de pensador crítico y por su compromiso con los tiempos que le tocó vivir. Pero sobre todo lo recordaremos por haber sido un excelente compañero de trabajo y una permanente fuente de inspiración para quienes pudimos conocerlo y aprender de él. Por eso, más allá del intelectual destacado, será siempre recordado por los aportes que realizó a fin de pensar, criticar y soñar proyectos para nuestra región y también por su irrenunciable compromiso con la educación.

El querido Francisco Delich estará siempre en nuestra memoria y más aún en un rincón destacado de nuestro corazón. Celebraremos siempre todos los homenajes y merecidos actos de recordación para nuestro querido amigo *Pancho*.

## DIÁLOGOS Y ENTREVISTAS



## A PROPÓSITO DEL CORDOBAZO, LA ASAMBLEA POPULAR Y LA PARTICIPACIÓN POPULAR. CONVERSANDO CON FRANCISCO DELICH

Fernando Calderón

En el segundo semestre del 2015 invité a mi clase sobre movimientos sociales en el CEA en Córdoba a Francisco Delich, para que conjuntamente analizáramos tres experiencias históricas importantes en las luchas sociales en el continente: el Cordobazo en Argentina (1968), la Asamblea Popular en Bolivia (1971) y la participación popular en Chile (1973).

El punto de partida fue el Cordobazo y el libro que escribió Francisco sobre dicha protesta social. La experiencia se destaca tanto por la multi-dimensionalidad de sus componentes (obrero, urbano, regional, estético y político) como por su impacto en las otras experiencias estudiadas. El Cordobazo tuvo efectos en Argentina, pero también se discutió en Bolivia y en Chile fue una referencia importante.

Nuestra conversación no terminó allí. Conversamos un largo tiempo sobre la cuestión de las protestas y los movimientos sociales en la región. Estábamos entusiasmados, así que decidimos grabar el diálogo como una referencia para un trabajo posterior que nos planteamos hacer. Por mi parte, además, deseaba indagar sobre la vida intelectual de mi amigo.

He aquí el diálogo.

*Lo primero que quiero que conversemos es sobre el contexto político y cultural y de vida que tenías tú en Argentina y en Córdoba cuando*

*escribiste el texto sobre la protesta social del Cordobazo. ¿Cuál era el contexto intelectual y político de ese entonces? ¿Cómo era el mundo y la coyuntura intelectual en el segundo quinquenio de los 60?*

En lo personal, yo estaba excluido de la Universidad. Había vuelto de París a mediados del 64; en el 65 empecé a dar clases como jefe de trabajos prácticos de Sociología Económica en la Facultad de Ciencias Económicas. En el 66 pasé a ser profesor adjunto interino (todavía no había concurso). Ese mismo año, después del golpe de junio, se complicó la situación de los profesores de izquierda y a comienzos del año académico del 67 quedé fuera de la Universidad. En ese momento era profesor adjunto interino de la Facultad de Ciencias Económicas. A raíz de que, acompañado del profesor titular que era amigo mío también, fui a solidarizarme con un grupo de curas que hacían una huelga de hambre contra la dictadura, al día siguiente salió en el diario que habíamos ido los dos profesores al Cristo Obrero a solidarizarnos, y al otro día me llamó el decano y me dijo que estaba cancelada mi tarea. Como era profesor interino, era muy fácil para un decano proceder así, porque la Universidad ya estaba intervenida y habían nombrado un decano que era un economista bastante conocido en Córdoba y también fuera.

*¿Y el ámbito intelectual? ¿Pasado y Presente? ¿Con el primer Touraine? Porque te formaste en la relación con el primer Touraine...*

Sí, con el primer Touraine, pero también mucho con Lefebvre. Lo mío era una formación extraña porque yo tomé cursos varios años con Lefebvre y también con Touraine, que era más conocido. Pero también tomé un curso de metodología con Lazarsfeld (en París, en L'École Pratique), que venía de Columbia e iba de camino a Israel a hacer la primera gran investigación comunicacional. Fue un año nada más y era fuera de currícula pero a mí me venía muy bien porque tenía poca

formación en el trabajo empírico y además era muy novedoso, porque en ese momento era novedoso el análisis de la comunicación.

*O sea tuviste una base de formación histórica, de derecho y de filosofía, y también una fase de especialización, donde confluyen en tu pensamiento Touraine –preocupado por la industrialización, el mundo obrero, el origen de la acción colectiva, etc. –, Lefebvre, que era el pensamiento marxista ilustrado, innovador, cultural, crítico (pienso en su análisis sobre las tres fuentes del marxismo) y, en tercer lugar, el empirismo racionalista de Lazarsfeld, con el estudio cuantitativo más completo que se ha hecho en la sociología contemporánea.*

Y además hice un curso de un poco más de dos semestres sobre Parsons, que era un puente con Germani, que estaba en ese momento vivo y era profesor en Harvard con Parsons. Lo hice en París, donde detestaban a Parsons, donde no estaba traducido.

*¿En esos años Germani ya estaba ahí?*

Sí, claro. Estaba con Parsons y me contó la vida cotidiana con Parsons, que es otro capítulo. Pero sí, lo que sé de Parsons, aunque no soy un especialista, lo conocí de ahí. Después lo leí en inglés. Pero por entonces tampoco sabía inglés, así que cuando aprendí razonablemente inglés, leí Parsons y lo podía conversar con Germani, que era un desmitificador de Parsons, que usaba muy bien la categoría de *pattern* y otras cosas, como están en su libro, pero a la vez decía que no era un parsoniano...

*Era y no era... porque Parsons era un Weber de derecha, para decir algo, y Germani era un Weber de izquierda, porque era socialista italiano.*

Claro, Germani era un socialdemócrata.

*¿Y con qué te reencontraste en Córdoba como campo intelectual?*

Me incorporé, desde París, a *Pasado y Presente*, cuando ya *Pancho* [Aricó] había hecho el examen de conciencia, que era un punto de partida. Yo era muy antiestalinista; no era comunista, nunca lo fui.

*Pero sí parcialmente marxista...*

Era «marxólogo» (actualmente soy un gran admirador de Marx). Me parece que fue uno de los fundadores de la sociología moderna.

*¿Qué hace que en Córdoba, y no en Buenos Aires, se introduzca con potencia un marxismo ilustrado que fue tan importante para la región? ¿Por qué un marxismo ilustrado se impulsa desde Córdoba? ¿Por qué Plejánov, Bujarin y tantos otros son traducidos y analizados? ¿Qué tiene que ver Plejánov con Córdoba?*

Yo sobre todo venía con una formación tourainiana sobre la clase obrera y además compartía con *Pancho* Aricó la lectura de los italianos. Cada vez que iba a Roma pasaba a conversar con los italianos, que eran unos marxistas muy divertidos, por otro lado. Pero yo creo —no sé, nunca lo pensé— que el clima intelectual aquí era muy provinciano.

*Sí, pero se dio acá y no en Buenos Aires. ¿Por qué? ¿Qué había acá? ¿Era esta cuestión de la autonomía cordobesa? Una ciudad muy urbanizada, con rasgos modernos, con un Partido Comunista que permitió una crítica, con una tradición universitaria...*

Era una sociedad muy católica y más bien conservadora... con una cierta elite... Es raro. Yo creo que nosotros accedimos a partir de la idea de América Latina, porque —para mí como para mucha gente— el descubrimiento fue París. Yo conocí antes París que Montevideo, porque acá se estaba muy aislado.

*¿Y por qué fuiste a París? ¿Por qué Touraine?*

A París fui a estudiar y a Touraine me lo recomendó el único sociólogo de verdad que tenía Córdoba, que se llamaba Juan Carlos Agulla.

*¿Por qué se produce en Córdoba un marxismo muy latinoamericano e ilustrado?*

Y muy original también...

*Además, ustedes no solamente experimentan el Cordobazo; también pasa el Che Guevara, que no puede ser aislado de Córdoba. ¿Era, quizá, la universidad?*

Sí, era la universidad, la clase alta. Todos sus amigos cordobeses son todos «chetos», toda gente de clase alta.

*Pero había seguramente un campo cultural que era una producción institucional universitaria. No me explico el fenómeno de otra forma, aunque Aricó no viene de la universidad. Viene del sindicato y del PC.*

Y de familia. Pero yo creo que el «descubrimiento», entre comillas, o mejor, para ser más estricto, «la versión cordobesa de América Latina», es que Córdoba es la frontera. Yo lo digo en un libro. Córdoba es la frontera con Buenos Aires. Buenos Aires no es América Latina, los porteños mismos lo dicen. Esto es muy interesante. Ahora que estoy escribiendo sobre Buenos Aires, hay un par de textos, incluyendo los de Beatriz Sarlo (que no es un texto, es una declaración), donde por ejemplo Sebreli dice, en relación con el Gran Buenos Aires, que es la frontera. En el análisis de Sebreli la visión del Gran Buenos Aires está vinculada a la última migración que viene de América Latina (bolivianos, paraguayos, peruanos), que no solo son intrusos, son vecinos (no son los italianos).

*Y también los migrantes del interior...*

Y la migración del interior, claro. Esto no es Buenos Aires. Buenos Aires es cosmopolita, lo cual es cierto también. Pero se marca muy netamente que la Avenida General Paz efectivamente los aísla y ellos quieren ser aislados; después tengo otro ejemplo en literatura y demás.

*Pero hablando ya como habitante boliviano de Buenos Aires, histórico, lo que significa Buenos Aires para un boliviano relativamente intelectual, y no solamente para mí sino para otros latinoamericanos que vivimos o hemos vivido en Buenos Aires, tú entre ellos. Algo que está instalado en el corazón de todo el pensamiento colonial porteño es que, por un lado, es comercial, y por tanto se vincula con el mundo. Pero por otro lado, mantiene un patrón terrateniente colonial, que se cierra sobre sí mismo produciendo, paradójicamente, una cierta cultura insular. Cuando vienen los migrantes de distintas partes del mundo universalizan esto pero dentro de los límites de la frontera. Es curioso; yo siempre digo: llegaron en búsqueda del horizonte de un continente y se quedaron encerrados en una ciudad, y de alguna manera reprodujeron un patrón de alta modernidad muy elitista.*

¡Tal cual!

*¿En qué otro lugar de América Latina hay un teatro Colón, la Sociedad Rural o el Centro Kirchner?*

Que es uno de los mejores del mundo... no hay una sala de conciertos como la Ballena Azul. Yo le digo a la gente que es mejor que el Beaubourg, que siempre citan acá como ejemplo.

*Es que es el imago: tenemos que ser como los europeos porque no somos como los del interior. Ahora, ¿esto estaría constituyendo un*

*discurso cultural de una fronda conservadora de largo alcance histórico?*

Sí, porque las elites cordobesas tienen necesidad desde la República de ligarse y subordinarse a las elites porteñas. Vos pensá que la economía de Córdoba se basaba en el comercio con Potosí, cuando mandan las mulas los jesuitas, así que hay razones económicas principalmente. Pero también hay razones culturales que te empiezan a explicar las primeras actitudes políticas cuando llega la República. ¿Vos sabés que Córdoba no manda diputados a Tucumán para la independencia? No manda porque dos años antes, en 1814, mandó diputados a una convocatoria de Artigas, el núcleo duro del federalismo argentino, y si alguien odiaba a los porteños era Artigas; los convencionales que fueron ahí, aparte de Córdoba, es lo que va a ser después la Banda Oriental y Entre Ríos, Santa Fe.

*Más bien interregional. En cambio del Alto Perú sí vienen diputados de Potosí, y Sucre.*

Claro, tal cual.

*Pero entonces me estás diciendo que habría una fusión intelectual, cultural, entre una elite exportadora y financiera con mentalidad de puerto y una elite conservadora agrícola, que vive de la renta de la tierra y de las grandes haciendas. Desde allí se configuraría una ciudad bajo un proyecto cultural de alta modernidad de elite en Buenos Aires.*

Sí.

*Y que tienes una contra respuesta en este momento —y en otros momentos de la historia— de un lugar moderno, industrializado, integrado, que recibe también migraciones en la Argentina, que integra pero que no reproduce, porque no puede, este modelo elitista de mo-*

*dernidad o de ilustración, para ser más preciso, sino que reproduce uno más iconoclasta. Más heterodoxo y más de «baja modernidad».*  
Absolutamente.

*Y lo mismo le pasa a Pancho Aricó y a los otros amigos que tenemos, que también son hijos de migrantes, pero instalan una cosa más plebeya, pero también ilustrada.*

Sí, puede ser. No lo pensé así.

*¿Por qué hacen esa producción ustedes? ¿Contra quiénes? ¿Por qué piensan así? ¿Por qué no reproducen el modelo porteño, culturalmente hablando?*

Claro, también podríamos ser críticos como los porteños. Porque la elite marxista de Buenos Aires trae el marxismo directamente de Alemania. Juan B. Justo, que funda el Partido Socialista, lee a Marx en alemán y en Alemania todavía estaba vivo Engels, y entra en la Segunda Internacional. Eso llega muy tardíamente a Córdoba. El Partido Socialista era un enclave urbano industrial, porque empieza la clase obrera con una burguesía relativamente interesante. A comienzos de siglo ya hay una burguesía industrial local, que se puede pensar que se fortalece a partir de la Primera Guerra. De modo que Buenos Aires es...

*Perdóname, pero Buenos Aires no produce lo que ustedes producen intelectualmente. Produce otra cosa, respetable, pero quien hace la producción intelectual renovadora son ustedes.*

Así es, en los 60, para la revista. Básicamente se expresa en *Pasado y Presente*.

*Sí, Pasado y Presente, pero también la universidad, el movimiento estudiantil y después el Cordobazo no es ajeno a ello.*

Así es, porque también lo nuestro es una vinculación directa con París. No hay vinculación directa con Estados Unidos, por ejemplo. ¿Por qué París? Porque París (y también Roma) era el centro del mundo todavía, antes de la Segunda Guerra.

*Déjame que te cruce con otra pregunta: en esa discusión que tenían ustedes acá, cuán presente está el debate y el pensamiento desarrollista, en su primera fase, del 47 en adelante, con Prébisch y compañía, ¿qué tiene que ver esa otra tradición latinoamericana? ¿Qué tiene que ver con el desarrollismo histórico estructural, como dirían nuestros amigos, y con Córdoba? ¿Tiene peso o no?*

En los 60 no tiene.

*¿No discuten la CEPAL?*

No, muy poco. No es un referente para nosotros la CEPAL en esos años.

*Pienso en autores como Prébisch...*

No.

*¿Y Germani?*

Tampoco. Yo lo conocí a Germani antes de viajar a París porque era una referencia en el interior de la sociología. Yo vivía en el corazón de la vieja sociología y daba clases cuando vivía don Poviña, que era el «patrón» de la sociología de América Latina, era el jefe. Era de acá. Entonces, como yo era súper crítico, porque era un hombre muy conservador y muy ligado a los golpes militares...

*Con el cual Germani se peleó.*

Claro, desde el comienzo. Germani lo detestaba, que es otra de las razones de mi amistad con él. Yo era un germaniano en

el corazón del poviñismo, no sé cómo llamarle a eso, era un desastre.

*Para pelear contra Poviña.*

Como lo digo en el libro de la sociología argentina, lo traté muy mal. Si lo hiciera ahora no lo trataría así, pero bueno...

*Pero este es un hito importante Francisco. O sea, aquella producción intelectual que ha sido decisiva en los últimos 60 años, y todavía sigue siéndolo en América Latina, que es el «estructuralismo histórico» (para ponerle un nombre), ¿cuándo tiene presencia en Córdoba? ¿Cuándo tiene presencia en tu pensamiento? ¿Cuándo se problematizan todas estas cosas que estamos hablando en tu reflexión? Me puedo imaginar que en Pancho [Aricó] no, pero sí en nuestro amigo Toto [Schmucler]...*

Cuando yo lo conozco a *Pancho*, no. Pero sí a *Toto*, claro. Porque también era comunista y la primera ruptura de él es con el Partido Comunista, es una ruptura en el interior del PC. Para mí no tenía mucha importancia porque yo no era comunista.

*Pero quisiera que respondas como generación: ¿por qué no entró el desarrollismo cepalino? ¿Por qué no hubo una «alimentación» a esta evolución iluminista neomarxista que ustedes tenían en Córdoba?*

No es que no entró. Ahora me estás haciendo pensar. En realidad entró por la ventana, pero entró. Mirá, ahora creo entender mejor esto. Porque en el año 58, cuando es la elección de Frondizi, él tiene un discurso...

*¡Prebischiano!*

Claro, absolutamente. Pero nosotros somos anti-frondicistas. Y vos entendés a Frondizi en Córdoba (porque tiene mucho éxito en Córdoba) porque esta nueva burguesía industrial,

que aparece ligada a las grandes inversiones del automóvil, generó una burguesía local de la industria autopartista. Estas grandes fábricas generan una industria autopartista bastante interesante, porque al principio traen todo de Estados Unidos y Francia pero rápidamente el gobierno va protegiendo esta industria autopartista, que es la que sobrevivió a la desindustrialización de Martínez de Hoz en los años 80. Esa es la única industria fuerte, la autopartista, que también puede exportar. En el año 58 eso todavía es la parte nacional de la industrialización, y Frondizi retoma eso y tiene mucho eco. Pero yo creo que para nosotros no es importante. Es importante la industrialización por la clase obrera. Nosotros miramos la industrialización desde la clase obrera y desde la clase obrera el pensamiento prebischiano, de la CEPAL, tuvo una incidencia limitada. Prebisch era demasiado progresista para las élites cordobesas. Y nosotros éramos críticos de eso mirando todo desde la clase obrera. Personalmente, yo estaba en contacto permanente, sobre todo después del golpe...

*Estás planteando un tema central: ¿cuál es el papel de la clase obrera como actor en estas estrategias desarrollistas promovidas por la CEPAL y de alguna manera por los movimientos nacional populares o populistas en la región?*

Nunca lo pensé desde ahí, pero, digo, la industrialización cordobesa, la implantación de la fábrica, tenía un aliento innovador y modernizador, que yo lo recogía sobre todo en la Facultad de Ciencias Económicas. Hasta los años 60 no hubo carrera de Economía en Córdoba. Eran solo contadores. Recién al año siguiente de mi incorporación en el 64, crean la carrera de Economía. ¿Y quiénes son los profes? Todos alumnos que cursaban sus doctorados en Estados Unidos. Ellos traen lo mejor de la ciencia económica americana, la ponen en la facultad.

*Pero no Keynes.*

No, pero tampoco son neoliberales. Son lo que era un joven economista que viene de Estados Unidos a mediados de los 60... Venían con la teoría de la curva de Kuznets, era su Biblia. Es decir, nosotros teníamos que crecer y vendría el derrame, que acompañaría el desarrollo.

*¡Qué curioso! En la historia intelectual boliviana es distinto. Es genial cómo se suceden los procesos intelectuales y los cambios culturales. Sin ir tan lejos, las preguntas sobre la viabilidad de una nación de indios las hace Franz Tamayo a principios del siglo XX y los bolivianos seguimos respondiendo esa pregunta hasta ahora. Evo Morales es una respuesta, quizá la más interesante, a la pregunta de Tamayo. Y la pregunta es si es posible que haya indios modernos que conduzcan una nación moderna sin dejar de ser indios.*

Bueno, vos tenés un artículo sobre eso.

*Exactamente. Y con la Guerra del Chaco se redefine la pregunta, porque ahí surgen nuevos interrogantes para la reflexión. Y esto termina intelectualmente con la Revolución del 52, que produce una discusión sobre política, cultura y desarrollo donde se entremezclan tres fronteras intelectuales. La primera es, como acá, el pensamiento marxista. Curiosamente en Bolivia tuvo más fuerza el trotskismo que el estalinismo, aunque el PIR fue muy importante y se vinculó con Córdoba.*

Es verdad.

*El PIR, con los Anaya y los Arce, que eran sus intelectuales, tenían una fuerte vinculación con el marxismo que se hace aquí en Córdoba. La segunda orientación es más nacional-popular, y retoma las tesis de Tamayo y a los teóricos nacional-populares. Ahí también hay una vinculación muy importante con Argentina, y con autores como Manuel Ugarte, y con el APRA en Perú. Entonces hay una comu-*

*nidad intelectual nacional-popular que reflexiona la viabilidad y la posibilidad de una nación; Montenegro es el que hace el discurso y el puente con Argentina.*

¿Sabés quién tiene repercusión y que es casi el equivalente (en Córdoba, poco, pero sí en Argentina)? Abelardo Ramos, que es el maestro de Ernesto Laclau.

*En Bolivia tenían un intelectual renovado que fue el ícono de mi generación que se llamaba Sergio Almaraz Paz. Era un tipo absolutamente sensacional que escribió varios libros clave: Réquiem para una República, que es la crítica a la Revolución del 52; El poder y la caída, sobre el estaño, sobre el petróleo. Fue un intelectual absolutamente brillante.*

Abelardo Ramos me contó de la importancia de su amigo boliviano, que conocía muy bien.

*En Bolivia él fundó lo que se llamó «la izquierda nacional».*

Exactamente.

*Tenían un grupo que giraba en torno al Chueco Céspedes; él y nuestro común amigo, que en ese entonces tenía 21 años, René Zavaleta Mercado.*

Ah, por eso es nacional popular.

*Él está en el grupo de Almaraz. Ese era el grupo. Entonces piensan, viven, comen, chupan, juegan, se ríen, se burlan. Tenían un humor sarcástico, malicioso. El tercer núcleo de influencia, en eso sí se diferencia de la Argentina o por lo menos de Córdoba, es el del pensamiento desarrollista neo-keynesiano, tanto en su versión norteamericana como cepalina. Hay dos misiones de Naciones Unidas en Bolivia que se dan antes del 50 incluso. Una se llamó Kenensyde y planteó una estrategia de desarrollo de integración nacional. Y quien recoge esa estrategia de desarrollo es el Dr. Paz Estenssoro y*

*su hombre de acción más importante, que es Gumucio «el ingeniero descalzo». Esas son las tres vertientes que influyen en la constitución de un pensamiento moderno, y algo más que es interesante es la influencia y la discusión con importantes autores externos: intelectuales clásicos, sociólogos y políticos. El más clásico es Huntington, que hace un estudio comparativo entre la revolución boliviana y la mexicana. Está en Social Class and Political Order. Ahí su pregunta es buena, la respuesta no tanto. La pregunta es: ¿qué diferencia la revolución boliviana de la revolución mexicana? ¿Por qué la revolución boliviana claudica tan rápidamente y la revolución mexicana no? Y coloca la respuesta en la violencia y en la clase de elite política que constituía el MNR. Es una mirada conservadora de la revolución, pero modernizadora. Sin embargo, la mirada fundamental es la de Medina Echavarría en su famoso estudio sobre el 52. Allí se pregunta sobre la institucionalización de la revolución y sobre los actores que coordinan institucionalización y desarrollo. En tal ensayo Medina Echavarría dice que se pueden postular estrategias de desarrollo, de industrialización, pero el problema es cuáles son los actores. Ahí hace un salto respecto a la mirada económica del desarrollo. Más adelante construye su teoría en las Consideraciones sociológicas del desarrollo económico. También hay otro estudio de Antonio García, un gran sociólogo colombiano.*

Claro, él trabaja sobre la reforma agraria.

*Era asesor personal del presidente Siles Suazo, participaba de las reuniones de gabinete, y escribió uno de los textos más fantásticos de la revolución boliviana sobre la cuestión sindical, sobre la relación entre sindicato y revolución. Y luego está la discusión de la viabilidad campesina, algo que creo que no hay acá o al menos no en la magnitud que hubo en el Perú.*

Acá tomamos esa discusión en los 60.

*¿Quién es el campesino? ¿Quién es el indio? Hice una tipología muy «tourainiana» que decía que en Bolivia había un triángulo que*

*organizaba los largos ciclos históricos entre clase, etnia y nación. O predominaba una orientación de clase que organizaba la nación, lo étnico y lo comunitario (esos eran los marxistas con sus varias caras y lo más avanzado fue la Asamblea Popular), o había una orientación nacional popular (el MNR) que organizaba la clase y organizaba lo comunitario. O una orientación indigenista, como la de Evo, que organizaba la nación y la clase. En el MNR hubo una lucha de estas tres. Y ahí destacó a Ñuflo Chávez, que fue vicepresidente y que era marxista y campesinista y a quien hoy Evo Morales le da parcialmente la razón probablemente sin saberlo.*

Con lo cual los soviéticos no querían saber nada.

*Claro, Ñuflo Chávez llegó a discutir a Kula.*

Kula era un historiador polaco, pero no tiene nada que ver...

*No. Pero Chávez hacía el seguimiento del campesinismo y las discusiones que introdujo Kula. Era muy ilustrado y sabía sobre el comunitarismo ruso y Tolstoi, uno de los intelectuales más brillantes de la época. Y lo hacía también en el exilio en Lima, donde daba un curso sobre El Capital...*

¿Así que él introduce a Kula?

*Introduce toda la discusión campesinista en la revolución boliviana.*

Es un discípulo de Braudel.

*Exactamente, aunque no sé si lo habría leído.*

Yo era compañero del hijo de Kula, lo conocí muy bien al hijo.

*Pero nadie dice esto en Bolivia. El primer masista o el primer evista es este señor que te digo, don Ñuflo Chávez Ortiz, y era del Beni, ni siquiera era aymara. Y él era el ala campesinista del MNR.*

Había una teoría del campesino revolucionario y el que la toma es Mao Tse Tung.

*Eso decía don Ñuflo Chávez el año 56: «En Bolivia una clase política con pretensiones históricas ciertas es el mundo campesino».*

Sí. Pero eso era Mao. La diferencia de Mao con Stalin, no solo por teoría, después hay otras, claro.

*Tendría que estudiar y pensar mejor, pero ese es el mundo de la discusión en Bolivia cuando se instala el MNR en el poder, con todas estas variaciones. Pero después del primer cuatrienio se instala definitivamente un desarrollismo y el plan decenal de desarrollo que crecientemente se va asociando con la estrategia norteamericana de la alianza para el progreso, que es el final ya de la revolución. Se integra un desarrollismo en función de una dependencia del modelo fordista norteamericano. Eso fue Paz Estenssoro.*

No imaginaba que había estas tendencias campesinistas en el sentido ruso del término. ¿Y la reforma agraria? ¿Por qué no retoma eso? Porque la reforma agraria fue más bien capitalista en el sentido de dividir la tierra.

*Se trató más bien de la discusión en la cual perdieron los que eran más indigenistas, campesinistas, comunitaristas. Y crearon entonces la otra vía de Paz Estenssoro, la del campesino «farmer». Había que crear un empresariado pequeño, moderno. Eso es lo que decía la versión desarrollista del campesinado: hagamos del campesino, con la reforma agraria, un mediano productor moderno. Esa fue la apuesta de la reforma agraria: distribuyeron tierras, trataron de dar inversión y después dieron terrenos con la colonización. Y de ahí sale los indígenas multiculturales.*

Claro, se generó un enorme grupo de minifundistas.

*Terminó en el minifundio, la crisis y el clientelismo. Ahora, Ñuflo Chávez era muy divertido porque un día, y perdón por esta anécdota, en una reunión en Bolivia (ahora salió un hermoso libro sobre eso), hubo una discusión por una guerra civil comunal que se hizo*

*en el valle alto de Cochabamba, entre dos subregiones, se llamaba la «champa» guerra (la guerra en la pampa). Se enfrentaron entre sindicatos campesinos como locos y Barrientos fue el gran pacificador y por eso fue presidente después. Y la pregunta es por qué se produjo esta «champa» guerra en pleno proceso revolucionario y de reforma agraria. Y nuestro amigo Jorge Dandler decía que se trataba de una pugna, como vos decías, entre dos tipos de sistemas productivos: o se instalaba y se reproducía una economía comunitaria, o se instalaba y se reproducía una pequeña propiedad agrícola. Y Jorge tenía razón, en Cochabamba, que fue la cuna de la reforma agraria, ya desde la colonia predominaba la pequeña y mediana propiedad agrícola. No eran grandes hacendados.*

A diferencia de acá...

*O de Santa Cruz. En Cochabamba nunca hubo grandes terratenientes que tuvieran miles y cientos de miles de hectáreas. Entonces había un complejo hacienda-pequeña de propiedad agrícola. En La Paz no; era hacienda-comunidad. Es otra historia. Pero la discusión era la pugna de dos tipos de reproducción social: te reproduces como pequeña propiedad o te reproduces como comunidad. Y lo discutimos esto con José Matos Mar en Lima. Y don Pepe utilizaba esa discusión, sobre todo con Jorge y Nuflo Chávez. Entonces, Nuflo Chávez le decía más o menos a Jorge Dandler: «No Jorge, todo eso está bien para los libros y la investigación; en realidad eran pugnas al interior del MNR por el control político del aparato del partido. O sea, yo me estaba peleando para controlar la región de Cochabamba que era estratégica contra el ala derecha del MNR, que quería crear esta línea de pequeños «farmers» en Bolivia cuando yo estaba peleando por un campesinado como clase política, que se tome el poder».*

Fíjate. Para mí es muy novedoso y muy importante por los años, ¿no? Porque yo conocí recién en los 60 lo que era el descubrimiento que trae Shanin a la discusión de las primeras revoluciones campesinas y lo que era la vida comunitaria en Rusia y a los que Stalin aniquila, como 10 millones.

*Estas ideas estaban instaladas en el medio de un proceso revolucionario, de una renovación intelectual pero donde la discusión desarrollista está presente. En ese sentido, en Bolivia el marxismo clásico se estanca. Yo no puedo hablar de una innovación del marxismo como se dio aquí en Córdoba, ni en la versión trostkista ni en la versión estalinista.*

Y no, porque hay mucho más control. La identidad del marxismo oficial es muy fuerte. Era muy fuerte. Pensá que la izquierda, el PC, te estigmatizaba como un traidor a la clase obrera. Eso que vos contabas de Gramsci era una visión extrema... el tema libertario. El estalinismo tiene un peso terrible en este país. Es propiamente hegemónico. Y también en las ciencias sociales.

*Probablemente el peso del PCUS y la Internacional en la Argentina y en Uruguay fue mucho más fuerte que en Chile. En Chile es desde adentro que se vinculan con el estalinismo. Aquí da la impresión que desde afuera controlan el movimiento obrero. Y por eso tú tienes un Partido Comunista tan dependiente acá y en Uruguay y en Bolivia, mientras que en Chile es mucho más autónomo.*

Exactamente. Mirá Fernando, para tener una idea de lo que era el estalinismo acá: el jefe del PC acá era un italiano, Vittorio Codovila. Este señor fue el jefe y delegado de la Unión Soviética en España y era el jefe de la represión a trostkistas y a anarquistas y demás. O sea, te estoy hablando de un cuadro de la Unión Soviética internacional. Tan cuadro y tan importante que cuando se murió llevaron su cadáver a la Unión Soviética y lo pusieron en el muro al lado de Stalin.

¿Qué?

Al lado de Lenin no porque no está enterrado.

*¿Está en el mausoleo?*

Tal cual, pero al lado de Stalin, para que te des una idea de quién era el jefe del Partido Comunista Argentino. Yo le decía siempre a *Pancho*, ¿por qué no elegiste otro para pelearte que Codovila? «No –dice–, ya se había muerto». Sí, se murió pero este era como el muerto de la AFA, que ahora que murió Grondona quedan los cachorros que pueden ser peores, o que eran sus sirvientes. Era un Partido Comunista súper leal y por eso se entiende por qué el Partido Comunista Argentino pierde el control de la clase obrera, porque tenían una CGT muy fuerte acá hasta 1945. Se plantea la huelga de los obreros de la carne y el PC decide que no va a adherir a la huelga porque los que la hacen son argentinos y deciden en términos argentinos. El PC quiere asegurar el comercio en la lucha contra Alemania y por la Unión Soviética, y por eso pierde el control del sindicato y también el control de la CGT, que son importantes.

*¿Y esta no es una de las causas que me explica por qué surge este movimiento intelectual en Córdoba? Que es más autónomo, más propio...*

Quizás, más ligado tal vez. Porque la crítica yo siempre la entendí como una crítica. La crítica al stalinismo lleva a una confluencia, lleva a la izquierda más revolucionaria a este acercamiento que tenemos nosotros, pero claramente con otra mirada. Lo que uno podría decir es ¿por qué en Córdoba esto tiene esa importancia? Me quedó dando vueltas esa pregunta, pero también porque después de Codovila, el más abierto de los dirigentes de la cúpula comunista es Héctor P. Agosti de Córdoba, que es un intelectual puesto en la dirección del Partido y del cual *Pancho* es amigo y es el único que le permite a *Pancho* traducir a Gramsci. Agosti lo autoriza, con algunos cortes y un poquito de censura, pero *Pancho* gana

plata, sobrevive con la traducción y hasta ahí está todo bien. En realidad después la ruptura de *Pancho* con el PC es una ruptura desde los revolucionarios, porque viene *Pasado y Presente*, se acerca mucho a Debray, lo traduce, la larga marcha del castrismo, eso está ahí, y la revista, cuando sale es la crítica a los cubanos, al Che Guevara y a Castro, a los soviéticos, es el punto de ruptura. Tampoco les interesa mucho Gramsci, porque están rompiendo por otras razones.

*En esta última parte hablemos de tu libro sobre la protesta social. Aquí se está respondiendo complejamente en un entorno latinoamericano, porque ese texto tuyo tiene que ver con la confluencia de flujos de pensamiento diversos. Las ideas de ese texto tienen un cierto impacto en la discusión en la Asamblea Popular en Bolivia (1971) y también en las Comunas Populares en Chile (1971-1973), que a mí me tocó vivir y estudiar, y en la discusión del rol de una clase obrera autónoma en la construcción de una opción política que no dependiera ni de partidos ni de la clase media o media alta, que es tan común en Chile y en otros países.*

Y visto después del Cordobazo, también es verdad que hay un repliegue de una parte de los participantes. Toda esta exaltación de Tosco..., de lo que sigue. Nadie quiere admitir que hay un repliegue de los participantes cuando Tosco se empieza a inclinar hacia la radicalización del Cordobazo (él nunca fue hacia la guerrilla). Tosco en realidad acota el espacio del Cordobazo como movimiento social porque lo radicaliza; entonces buena parte de los participantes gremiales y no gremiales, estudiantiles y demás, ya no lo siguen. Por eso yo creo que él comete un gran error político cuando decide enfrentar a Perón como candidato presidencial. **Yo decía que [el peronismo] es el movimiento popular** del cual el Cordobazo es origen y consecuencia y lo demuestra la propia conducción de los organizadores. Piro Torres y López son peronistas, poco

más de izquierda, el otro más socialdemócrata, pero ellos son peronistas. Entonces, la expresión política del Cordobazo peronista son ellos dos, que votan a Perón por supuesto y que están por la vuelta de Perón.

*Pero también podríamos decir lo mismo del caso boliviano o del caso chileno. Yo quisiera que veamos el Cordobazo y tu libro como un acto de modernidad, como algo que trasciende su circunstancia, donde también los mataron, los asesinaron, es un hecho grave; pero colocó un tema que trascendió a su circunstancia, que es el de la posibilidad de una clase obrera autónoma en América Latina.*

Autónoma y moderna.

*Claro. Es eso lo que se trata de producir. No funciona en Bolivia y en Chile, de manera más sofisticada en una versión más sindicalista, tampoco.*

Sí, porque su mejor virtud es también su defecto, porque en esa lectura es socialdemócrata. ¿Quiénes son sus interlocutores intelectuales? Me refiero a los míos y los de *Pancho* también: la discusión italiana a partir de Fiat, porque tenemos Fiat acá. Entonces, la política de Fiat acá, y también en Italia, estaba en plena expansión y nosotros leíamos las respuestas de los sindicatos. Ahora estuve leyendo a Tarantini, por ejemplo, que habla del valor de la utopía y demás, pero sigue siendo comunista y sigue próximo a la clase obrera. Él es como Serge Malé, tiene la visión de la nueva clase obrera que es a la vez socialdemócrata pero legitimada, digamos.

*En ese sentido Córdoba tiene una mirada más moderna que la Asamblea Popular y los Comandos Populares. Porque si bien apelan a la misma problemática, el tipo de respuesta es distinto. En Córdoba es progresivo porque busca un «espejo» en un lugar superior, futuro, actual, contemporáneo. Pero en Bolivia y en Chile se busca*

*un «espejo» en el pasado. En el caso chileno es el retorno a la Revolución rusa, y en Bolivia, en gran medida, el retorno al pasado particularmente ligado al pensamiento de Trotski.*

Tal cual. Es importante eso Fernando.

*¿Frei era el Kerensky chileno? Allende, ¿quién es? ¿El Lenin? ¿En qué fecha de 1917 estamos? ¿En Octubre o en Septiembre?*

¡Muy bueno!

*Y para hablar en Chile de política con los intelectuales —yo entre ellos—, tenías que hablar de en qué momento te situabas en relación con la historia de la Revolución rusa. Y esto llegó a ser más sofisticado, pues también algunos miraban la Guerra Civil Española. Hay algo, sin embargo, que es distinto en Bolivia y en Chile, que yo no sé si está presente en la Argentina, y es en la Asamblea Popular, sobre todo con los intelectuales vinculados con el desarrollismo del general Torres que eran sensibles a la Asamblea Popular: Quiroga Santa Cruz, René Zabaleta, Ortiz Mercado, y sobre todo el gran Sergio Almaraz Paz. De allí surge una impronta surrealista, anarquista y existencialista a la vez. En México también se da eso. Había una preocupación sobre la existencia. El caso del gran anarquista Liber Forti (secretario de Cultura de la Federación de Mineros en Bolivia) es particularmente interesante, pues fue sobre todo un artista comunitario con el grupo de teatro «Nuevos Horizontes».*

En relación con esta introducción que hacés del concepto de tiempo histórico, hay una discusión cuya referencia es este pasado, otros miran el futuro.

*Pero se trata de un pasado existencial. La revolución te lleva a preguntarte, quién eres, quién soy. ¿Cuán absurdo es esto? Porque una opción liberadora es la muerte. Eso es Allende.*

Me libero con la muerte. Me suicido.

*Como un rito sacrificial. Y además está muy ligado al populismo y al líder carismático o al gesto más moderno de colocar la literatura universal existencialista en esta discusión. Como te decía, lo que hizo el grupo «Nuevos Horizontes» con Forti, donde lo más vanguardista del teatro porteño se metió en las minas de Bolivia.*

¡Poner Ionesco en las minas! ¿Qué te parece?

*Y Liber [Forti] terminó exilado en Francia. Entonces, había una discusión. Si lees el libro sobre Lechín (de Lupe Cajías), para comparar con Tosco, una parte de su discurso es existencial. Es una cosa sobre el absurdo. Nosotros tenemos además un cuento que es maravilloso, que fue el premio nacional de literatura al año siguiente de la revolución, que se llama «Por qué los muertos se están poniendo demasiado indóciles», de Medina Ferrada.*

¡Claro! ¡Y aparecen de nuevo! ¡No se mueren!

*Entonces, esa es la historia de un episodio en la revolución, en el cual en una calle están los revolucionarios tratando de ayudar a un compañero que está herido en medio de la calle, que trató de atravesar una avenida para conquistar una cholita que estaba en la vereda del frente, y un nido de ametralladoras del ejército les impide pasar a socorrer al amigo que se muere. Entonces el cuento es la reflexión sobre la muerte y la revolución que tienen los protagonistas desde la trinchera: el obrero, el estudiante, el ex combatiente de la guerra del Chaco, el profesional joven, el del taller, las clases sociales que hicieron la revolución, discuten sobre el absurdo y sobre la muerte.*

¡Qué bárbaro! Es que es un absurdo.

*Y eso es un acto de modernidad. En el fondo es el tema del sujeto. La revolución coloca el tema de la existencia del individuo, que estaba muy presente en la Guerra Civil Española.*

El punto final de la opción existencialista es la muerte. El ser y la nada.

*Claro, ese es el diálogo que tienen en la cárcel el anarquista y el comunista en el libro de André Malraux L'Espoir. Los protagonistas dicen al final: ninguno de los dos tenemos razón porque mañana los dos vamos a estar muertos. Eso es también español.*

Tal cual, la idea de la muerte en España.

*Eso sucede allá y en Chile, pero no sé si sucede aquí ese tipo de cosas.*

Es que acá, a diferencia de lo de Chile y Bolivia, no está planteada la revolución. Es una protesta que no se mira desde la revolución. Tiene consecuencias en la mirada... es posterior, me parece, a la revolución. Algunos entran a la revolución como entran los izquierdistas.

*Pero ¿qué personaje de acá, en el ámbito cultural, es una figura existencial? No solamente en el momento del Cordobazo. Yo te decía que el Che Guevara es parte del Cordobazo aunque no haya estado ahí. Él es una figura existencial. Lo vemos siempre como un caballero quijotesco, pero es una figura existencial. Él ganaba muriendo.*

Bueno, él se lo dice en la despedida a la madre, ¿no? Él le dice: yo soy un aventurero y no soy un buen médico, soy un aventurero.

*Un dato que es clave: tenía bajo su almohada a León Felipe.*

Sí. En el Diario también. Él sabe que su final existencial es la muerte.

*Igual que Allende. Él no estaba en la vía armada pero sabía que su final era existencial, que su victoria estaba en la muerte.*

Es la parte masona, ¿no? La importancia de la visión de la masonería, esta épica kantiana. ¿Cómo termina él? No es por leninista.

*¿Y cuál sería el código ahora? Si estamos diciendo que estos tres movimientos como construcciones culturales y políticas plantean esta cantidad de temas que hemos abordado, hoy día, los nuevos populismos vinculados con ese ciclo largo de la historia del pensamiento, ¿cómo se estarían reconstituyendo?*

Buena pregunta. Yo creo que una vía tiene que ver con lo que llamaría, exagerando, la desaparición del sujeto histórico. La desaparición del sujeto histórico no les gusta a los revolucionarios, les gusta solo a los que no saben qué quiere decir. Te digo porque lo escribí y te preguntan: ¿qué es el sujeto histórico? Yo no lo entendía cuando era alumno de Touraine; lo entendí mucho después. ¿Qué quiere decir Touraine con *le sujet historique*? Es la versión existencial, o no sé cómo llamarle, tourainiana. Pero fíjate que llegando a los años 80, con la desindustrialización, lo que se produce es la baja del efectivo obrero, pierde importancia la clase obrera en la sociedad. Yo escribí eso en un *paper* y lo llevé a una reunión de socialdemócratas en Alemania en el año 1981, junto con Raúl Alfonsín. Fuimos con Dante Caputo, que se ocupaba de una visión más internacional, política. Yo llevé un *paper*, que después se publicó en *Crítica y Utopía*, en el que me preguntaba qué pasaba con una clase obrera que pasaba del 40% al 20% en el término de 10 años.<sup>1</sup> Entonces no di una buena respuesta. Ahora sí la daría. La repercusión inmediata de este fenómeno fue en el peronismo: la pérdida de poder obrero en el interior del peronismo. Un alemán escribió como 30 páginas para decir «¿Quién es este traidor de la clase obrera que viene a decir que la clase obrera desapareció si la clase obrera es para siempre y la revolución todavía no ha llegado?». Pero

<sup>1</sup> Delich se refiere al artículo «Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical», *Crítica y Utopía*, N° 6, marzo 1982, CLACSO, Buenos Aires, pp. 1-9.

mi pregunta era: si no ha llegado la revolución y te quedas sin clase obrera, ¿qué es lo que pasa? Bueno, lo que pasa es que no va a haber revolución.

*Claro. ¿Quizá la pregunta es si hay una reconstitución de sujetos y quiénes son? ¿Qué papel tiene ahí la vieja clase obrera o la nueva clase obrera? Lo que me parece que se tiende a agotar en la Argentina, y me gustaría que reflexiones sobre eso, son las formas de organización social de la clase obrera que son los sindicatos, mientras que la clase obrera se re-funcionaliza a lo Luhmann y se complejiza.*

La clase obrera, porque tenés que ver cómo es el nuevo sindicalismo argentino, que es una versión de la «sociedad de bienestar», donde los sindicatos se convierten en protectores de la clase y entonces eso altera su relación con el poder. O sea, esto no solo viene con el peronismo sino con cualquiera que esté en el gobierno. Pasaste a ser un actor corporativo, prevalecen tus intereses como organización sobre los intereses de la clase, para decirlo de algún modo. Yo quería preguntarte, Fernando, por el momento en que en Bolivia la distinción entre indio y campesino se hace visible. Porque esa distinción fue invisibilizada, pero es la que permite que pueda haber una alianza a partir de que indio y campesino no son lo mismo. Los indígenas que están en el campo siguen siendo indígenas, pero su principal cultura no es necesariamente rural o campesina, sino étnica. Ahí me parece que se plantea otra política, ¿no?

*Yo creo, como te decía, que nunca lo indígena ha estado ajeno. O sea, nunca el mundo indígena, como en México, ha estado ajeno al centro de la historia. Por ejemplo, en Bolivia nunca se ha dicho «no hay indios, solo campesinos». Ni siquiera el marxista más cerrado decía eso, ni el modernizador hubiera dicho «vamos a acabar con los indios y que solo haya campesinos». Eso nunca ha sido significativo ni intelectual ni políticamente. Pero siempre ha predominado este discurso más clasista o modernizador sobre el discurso culturalista.*

Es que ahí es donde tropieza Mariátegui. En el PC la pregunta sería: «¿Qué son los indios? ¿A qué clase pertenecen?».

*¡Claro! Es un tema fascinante y mucho más complejo que el de clase. Lo que pasa es que el sindicalismo campesino y de las centrales sindicales campesinas fracasan con el MNR y con la dictadura militar. Entonces, ante el fracaso del proyecto «campesinista fordista» emerge un movimiento indígena, autodefinido como tal: el katarismo. El katarismo, además, es resultado de una formación universitaria. Xavier Albó tiene un trabajo muy lindo sobre la emergencia de una elite intelectual aymara en la Universidad de La Paz. Es una elite muy fuertemente influenciada por varios autores del más alto nivel intelectual del mundo, siendo el más significativo John Murray, un rumano que ha hecho, en mi opinión, el aporte más importante en la historia del pensamiento andino. Sus investigaciones y su vida entera estuvieron dedicadas a descubrir y elaborar la teoría de los pisos ecológicos. Vivió en Bolivia, en Ecuador, en Perú. Para él no existía Bolivia, Perú, Ecuador...*

Claro, lo conozco. Para él existía el mundo andino.

*Yo le decía: «Tú eres el único que conoce personalmente el mundo andino». Y él decía: «Sí, yo conozco a todos». Y agregaba: «Ah, ¿eres de tal lugar? Entonces tu primo es tal y entonces debes venir de ahí». Así era John Murray. En el libro en el que tú también participaste tengo una hermosa entrevista con él.*

Yo no lo conocí personalmente pero fue parte de las discusiones con Matos Mar.

*Claro, todos «bebieron» de Murray y de Elena Rostorovski de Díaz Canseco, que es la mejor historiadora del Tahuantinsuyo. Hay también otra versión de un indigenismo urbano, en la que también he participado. Porque el indigenismo también impulsa un proceso de modernización urbana. Gracias a la modernización y a la interlocución con el mundo urbano se redescubre algo que trasciende lo*

*rural y se coloca un tema urbano-cultural. O sea, el mundo andino es también urbano.*

Visto desde el pensamiento tradicional latinoamericano, esto que vos decís sobre la transformación urbana en relación con el mundo [indígena] es muy importante.

*Y también se ha inventado mucha mitología. Como todo movimiento social inicial, sobre todo ahora, se ha reinventado un pasado. Intelectualmente es así.*

Parte de mi discusión con Pancho Aricó, más amistosa y fraterna, era a propósito de Mariátegui, porque él era un gran admirador de Mariátegui, y lo ves en *La cola del diablo*. Y yo no, yo soy de Haya de la Torre. Porque Haya de la Torre entendió mejor América Latina que Mariátegui. Él sí tenía respuestas para la indianidad, porque decía: «El APRA es el reconocimiento de que no es una clase», es el pueblo y es un factor revolucionario. Mariátegui seguía con la clase obrera que no existía en Lima, existía solo en Trujillo.

*Pero el mérito de Mariátegui es que quería introducir el mundo andino en el mundo de clase. Quien resuelve mejor eso no es Mariátegui, sino ese maravilloso escritor peruano José María Arguedas, el de El zorro de arriba y el zorro de abajo. En nosotros pesa porque te devuelve a la pregunta de Tamayo.*

Pero es como debe ser porque esto es una tradición cultural. Entonces vos decís: «nosotros somos también eso».

## ENTREVISTA A FRANCISCO DELICH: «CONTRIBUIMOS A INSTALAR LA CUESTIÓN DE LA DEMOCRACIA»<sup>1</sup>

Antonio Camou

*Profesor Delich, comenzamos con un pequeño prontuario. ¿Cuándo y dónde nace? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cómo llega a las ciencias sociales?*

Yo nací en Córdoba hace 66 años, mis padres eran unos inmigrantes que llegaron al país apenas terminó la Primera Guerra Mundial, eran de origen campesino y se instalaron en lo de un hermano mayor de mi padre que tenía una especie de almacén y estuvieron trabajando. Después mi padre durante muchos años tuvo un reparto de chacinados de un frigorífico, casi hasta que se jubiló. Yo soy el octavo hijo de la familia y el único que estudió, obviamente, no había muchas condiciones para eso. Yo estudié en la Universidad de Córdoba, me recibí de abogado, y apenas me recibí tuve una beca. Me presenté a dos becas, una para FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) que recién empezaba en Chile y a una beca francesa. Gané las dos pero opté por la beca francesa y me fui a París ni bien me recibí. Eso fue en el año 61. En París hice un Diploma de Estudios Superiores en la Universidad de París. Volví y me incorporé en la Universidad de Córdoba por concurso, y también comencé a trabajar en el CONADE

<sup>1</sup> Entrevista realizada por Antonio Camou el 25 de agosto de 2003, y publicada originalmente en Camou, A. y González, O. (coords.), *Revolución, exilio y democracia. Debates político-intelectuales en América Latina*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2017, pp. 326-341.

(Consejo Nacional de Desarrollo) que lo dirigía un querido amigo, el ingeniero Roque Carranza y allí en el CONADE yo preparé una investigación sobre campesinos en Tucumán y esa fue mi tesis, mi primer libro en realidad, mi tesis en la Universidad de Córdoba, eso fue en el año 67 y el libro se publicó en el 70, salió un poquito antes del libro sobre el Cordobazo, salieron los dos libros casi juntos.

*¿Cómo era la formación en Sociología en Córdoba en aquella época?  
¿Eso era la «otra» sociología, era la sociología de Raúl Orgaz, de Alfredo Poviña?*

Claro, Orgaz ya había muerto pero la tradición era Alfredo Poviña, era el anti-Germani, era muy complicado. Yo no tenía nada que ver con eso porque cuando volví para comenzar mi carrera académica y de investigación ya volví de Francia y me interesaban otras cosas. Si bien en esa época yo todavía no tenía tanto trato con Germani, sí tenía relación con Jorge Graciarena, que era un poco el «segundo» de Germani, y que después hiciera importantes contribuciones a la sociología del desarrollo, su trabajo en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). En fin, yo venía «equipado» con otras visiones a la Universidad. Además no había carrera de Sociología en Córdoba, pero era un momento interesante porque había vuelto también Juan Carlos Agulla, que se había estado formando en Alemania, y después también contrataron al Dr. Crito, que había sido alumno de Paul Lazarsfeld en Columbia, un muy buen metodólogo. Entonces en ese momento, años 65, 66, se armó un grupo bastante interesante aunque con orientaciones diferentes...

*¿Cuáles habían sido sus referentes en Francia?*

En primer lugar, estudié con Touraine y con Lefebvre, los dos en paralelo. También hice cursos con Raymond Aron y con

George Gurvitch porque para hacer las equivalencias del título de abogado tenía que dar unos exámenes en la Sorbona, entonces ahí hice cursos. Pero básicamente mi referencia era Touraine.

*¿Qué otros compañeros de generación latinoamericana estaban estudiando con Touraine en ese momento?*

Bueno había un Seminario de Investigación, allí me hice muy amigo de un mexicano, Julio Labastida, y entre los argentinos estaban Silvia Sigal, José Pepe Nun, Manolo Mora y Araujo, que venía de Chile, porque él había hecho el curso en la FLACSO y después vino a París, y naturalmente muchos franceses –como Daniel Pécaut– que en muchos casos se especializaban en América Latina. Ahí tomé un curso con Lazarsfeld, porque él casualmente se había tomado un año sabático y fue a París, así que era un momento muy excepcional de la sociología francesa y del pensamiento francés, estaba explotando Levi Strauss, también empezaban a aparecer Foucault, Roland Barthes, naturalmente era muy importante Sartre, así que era un momento muy interesante. Todo esto era antes del 68 que no me tocó porque me vine antes.

*¿Cuando regresa a la Argentina se inserta entonces, a la vez, en la universidad y en el CONADE?*

Efectivamente. Tenía unas horas en la docencia y muy poquito en la investigación, y en la CONADE para investigar. Nos contrataron porque –para variar– había una gran crisis en el azúcar en Tucumán. Durante el gobierno de Illia se habían cerrado como ocho o nueve ingenios y había una crisis muy fuerte. Entonces el CONADE decide hacer una exploración en la cual un equipo de sociólogos trabajamos juntos, pero yo tomé a mi cargo a los pequeños campesinos y con ese material armé mi tesis dos años después. Y hasta ahí llegué, porque

después nos echaron. Vino el golpe del 66 y unos meses después nos cancelaron los contratos en el CONADE y también en la facultad. Yo era jefe de trabajos prácticos. Hice toda mi carrera en la facultad de Ciencias Económicas, vinculado a la economía, yo daba Sociología Económica. Ahí nos cancelaron, yo era profesor en Córdoba y en La Rioja, era una universidad provincial en aquella época, y quedé cesante en el 67 y en Córdoba también a mediados en el 67.

*Entonces con el Golpe de Onganía se quedó sin trabajo...*

Me quedé sin trabajo y allí decido recuperar mi título de abogado, abrí un estudio aunque mantenía los contactos con Germani. Ahí Germani se fue a Harvard enseguida pero más o menos me mantenía en contacto con él. Cuando salió mi libro sobre el Cordobazo a él le gustó, y volví a encontrarme con él en Buenos Aires. Y ahí volví a trabajar mucho y bien, porque en el 70 el gobierno de Lanusse llamó a concurso en las universidades: yo me presenté y gané la cátedra de Sociología Económica. Después, ahí estuve hasta el 74. A comienzos del 74 acepté la Dirección de un Posgrado en Sociología Rural en Paraguay, que se hacía en Asunción con apoyo de la UNESCO, lo organizaba CLACSO y con financiamiento de la Fundación Ford y Naciones Unidas. Yo tenía un contrato por dos años (1974-1976) así que me fui a vivir a Asunción y pedí licencia en la Universidad de Córdoba en donde yo era *full time*. Era profesor titular. En diciembre del 74, las «Tres A» hicieron un operativo en la casa de mi papá, donde yo supuestamente debería haber estado y por supuesto no me encontraron, de lo contrario no estaríamos hablando tranquilamente acá y hubiera sido una lástima para este libro de memorias... En fin, para mí era muy claro que era una operación clandestina porque esa noche yo había viajado en ómnibus a Buenos Aires y a la mañana muy tempranito me instalé en la

central de la policía federal porque tenía que llenar un pasaporte, estaba en la policía. Entonces allanaron mi casa y yo estaba en la policía. Me contaron lo que había pasado y volví a Asunción, e inmediatamente salí para Perú, y una semana después allanaron mi casa en Paraguay.

*¿Cuál era su militancia política?*

Yo no tenía en ese momento militancia política, más bien era una persecución en el plano intelectual. Yo había quedado muy marcado por el libro del Cordobazo y porque además, antes del libro, yo estaba vinculado a un grupo que editaba una revista que se llamaba *Jerónimo*, una revista muy linda, un semanario político-cultural (de hecho mi libro apareció primero allí), que dirigía un periodista radical, del Partido Radical, que ya murió, Miguel Ángel Picatto, él se exilió en México y murió. Quedamos muy marcados, muy anti-Onganía, era muy fuerte. La actividad era muy fuerte, estábamos vinculados a un grupo de curas también, unos curas cordobeses muy combatidos ligados al movimiento obrero. Estoy hablando de los años 70, 71, en el tramo final de la dictadura...

*¿Cuál era su vinculación con el grupo de Pasado y Presente?*

Yo había sido miembro del comité de *Pasado y Presente* durante la primera época, en la segunda época de *Pasado y Presente* ya no estaba, se incorporaron nuevas gentes, me salí pero al principio había estado, hasta antes del Cordobazo. Entonces yo tenía una visibilidad político-intelectual bastante fuerte.

*Y ahí es donde decide ir a Perú. ¿Por qué Perú?*

Yo había tenido un ofrecimiento de Darcy Ribeiro que estaba exiliado en Perú. Él era el director de un proyecto de Naciones Unidas, en ese momento era la Revolución Peruana,

estaba Velazco Alvarado. Darcy tenía ahí un proyecto y yo le había comentado este episodio que me había sucedido, lo había llamado a él y a varios amigos más. Allí también estaba Oscar Varsavsky, que se había exiliado en el 66, éramos un grupo de profesores que estábamos dando vueltas por América Latina. Entonces Darcy me llamó enseguida y me fui para allá porque el segundo allanamiento había sido oficial, era la policía paraguaya dirigida por un policía cordobés (!), un tal García Rey, que dicho sea de paso después se recicló y terminó como Jefe de Policía de Menem en La Rioja... En fin, lo cierto es que hacia el año 75 yo estaba en Perú.

*¿Cómo se produce su acceso a la Secretaría Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)?*

A fin del 75 se retiraba Enrique Oteiza, que había asumido la Secretaría de CLACSO después de Aldo Ferrer. Oteiza se retiraba y pasó por Lima, conversó conmigo, hablamos bastante de lo que se podía hacer, y a mí lo que más me interesaba era la posibilidad de volver a Buenos Aires, a pesar de que tenía peores condiciones económicas porque en Naciones Unidas ganaba muy bien y CLACSO era una institución bastante austera. Pero me importaba mucho volver a la Argentina. Así que me eligieron en octubre del 75 y volví, estaba por supuesto la señora Isabel Perón, y entre preparar el traslado, el cambio institucional, la mudanza, resulta que volví a Buenos Aires en marzo del 76...

*Con un enorme sentido de la oportunidad...*

Sí, con una gran visión, con mucha lucidez. Vine a parar acá unos días antes del Golpe... Naturalmente yo era un funcionario internacional y se podía pensar que había una mayor protección. Así y todo nos allanaron la Oficina un par de

veces pero nunca pasó nada. Era todo oficial, era la Policía Federal. La Policía hacía un control de los organismos internacionales, era bastante legal.

*¿Con qué panorama se encuentra cuando toma esta función en CLACSO tanto en lo que son las ciencias sociales en la Argentina como en América Latina? ¿Qué plan se fija?*

En realidad, no fue tanto una decisión que tomamos como una imposición de las circunstancias, porque ya había habido el Golpe de Chile y había cantidad de exiliados chilenos acá, y también estaba la dictadura en Brasil, había dictadura por todas partes. En Bolivia, ni hablar, en Paraguay lo mismo, en Uruguay. Entonces nosotros tuvimos rápidamente que comenzar a canalizar fondos para, en algunos casos, permitir la salida de gente que se iba a exilar, y en otros casos, para gente que quería y podía quedarse en el país que se quedara en el país; entonces reorganizamos el programa tanto para los dos casos, gente que se iba y gente que se quedaba.

*¿Esos fondos de donde provenían? ¿Qué fundaciones apoyaban?*

Eso lo apoyaban los suecos, Naciones Unidas, la Fundación Ford, Fundación Thinker, todas las fundaciones americanas. Algunos de esos fondos ya estaban en CLACSO cuando yo llegué, y otros los generamos nosotros, como el caso de los suecos (SAREC). Pero la Fundación Ford ya venía colaborando, Naciones Unidas tenía un programa de becas...

*Cuando dice «nosotros» se refiere a cierta red intelectual, al equipo de trabajo de la Oficina, ¿quiénes eran?*

CLACSO era una oficina muy pequeña, había una secretaria, un asistente y tenía un colaborador que luego fue muy conocido, un tal Ricardo Lagos..., actual presidente de Chile, él

era el jefe del programa de ayuda para los chilenos. Ricardo estaba exiliado en Buenos Aires. Había sido secretario general de FLACSO, y después se vino para acá (y en la Secretaría de FLACSO lo reemplazó Arturo O'Connell).

*¿Cuándo es que comienzan a generarse programas de estudios sobre la democracia?*

Bueno, en aquellos primeros años todavía no, el 76, 77 fueron años muy duros de represión, y CLACSO era una red muy defensiva, con estrategias de protección. Nosotros básicamente tratábamos de proteger lo que se podía proteger: personas e instituciones. Había una vigilancia muy rigurosa y todos los centros afiliados a CLACSO, que en la Argentina eran siete u ocho, estaban en situaciones muy precarias, de subsistencia, era muy difícil y nosotros estábamos moralmente obligados a decir lo que había que decir. Cada declaración era un acto que uno sentía que podía tener consecuencias dramáticas. En agosto del 76 hice la primera declaración pública como secretario de CLACSO. Ahí la discusión más importante en el ámbito de las ciencias sociales, en la intelectualidad institucionalizada, entre los profesionales de las ciencias sociales, la cuestión era si el esfuerzo se ponía en defender las ciencias sociales y los científicos que estaban fuera de sus países o privilegiar a los que estaban dentro del país; fue una discusión muy importante y que tuvo consecuencias intelectuales y teóricas igualmente importantes. Porque yo como vivía acá defendía mucho la idea de privilegiar a los que se quedaban, era una cosa muy obvia: por un lado ayudar a los que se querían ir y debían irse por cuestiones de seguridad, pero simultáneamente proteger las comunidades locales. La diferencia es que las discusiones del exilio no eran las mismas que las que nosotros teníamos acá, no podían ser las mismas: mirábamos lo que pasaba desde distintos puntos de vista. Mucha gente se fue

y pensó no volver nunca más, y otros no sabían cuándo, ni cómo podían llegar a volver; en cambio los que nos quedamos no solo pensábamos en tratar de sobrevivir, sino también en trabajar, en la necesidad de abrir espacios y perspectivas. Entonces a fines del 77, cuando nosotros vislumbramos que podíamos pensar en una estrategia más positiva, ahí comenzamos a planificar una gran conferencia sobre lo que llamamos «Las condiciones sociales de la Argentina». En esa conferencia decidimos, por primera vez, que íbamos a hacer una conferencia de científicos sociales y dirigentes políticos, y entonces fueron Lagos, que en ese entonces no era todavía un dirigente político importante, ni mucho menos, o en todo caso no era importante para el exilio chileno, pero sí tenía contacto con los focos intelectuales y políticos que habían quedado en Chile, en donde había grandes nombres como Enzo Faletto, además estaba la gente de la CEPAL, y nosotros acá también teníamos grupos sólidos de investigación que habían quedado: CENEP, Centro de Estudios Urbano Regional, el Di Tella, en fin... De acá fueron Alfonsín, Roque Carranza, Raúl Prebisch, aunque él estaba afuera, fue naturalmente Gino Germani, donde presentó su último texto, es un texto muy breve, un muy buen texto. Por ese entonces yo lo veía bastante a Gino, él se jubiló en Harvard, y yo lo veía también en Roma o en Nápoles.

*¿Esta conferencia fue una iniciativa específica de CLACSO, un diálogo con las fundaciones? ¿El tema de la democracia era parte de las agendas de las fundaciones internacionales?*

El tema de la democracia empezó como una respuesta nuestra a la situación política. Después de muchas discusiones entre nosotros sobre qué hacer en esa hora. Teníamos un gran intercambio con Chile, allí estaban Norbert Lechner, un gran interlocutor nuestro, Tomás Moulián, Manuel Antonio Garratón, Angel Flisfisch, estaba Foxley, que armó un centro de

economía de primerísimo nivel (CIEPLAN). Es toda gente que ya para el año 80 eso era una cosa sólida...

*¿Esa conferencia ustedes se la «venden» a las fundaciones? ¿Las fundaciones los apoyan?*

El primer interlocutor importante fue don Gabriel Valdés, que estaba en Naciones Unidas, él era muy amigo mío y de Prebisch, y yo tenía contacto con ambos. Con los primeros que hablamos fueron con ellos, y cuando sumamos a Prebisch y a Gabriel ahí fue mucho más fácil. Esa fue una conferencia muy grande, 250 personas, muy costosa para la época que hicimos en San José de Costa Rica. Algunos de los principales textos luego se publicaron en los primeros números de la revista *Crítica y Utopía* (¡me acuerdo que Alfonsín presentó un trabajo sobre Max Weber!). Fue una movilización muy importante y provocó una ruptura en el grupo del exilio: los grupos más radicalizados reaccionaron muy fuerte a la introducción de la temática de la democracia, imaginaron que era una traición a la lucha del pueblo, tuvieron una reacción muy negativa. Era obvio que había gente que se iba a comprometer con la lucha por la democracia, y esa no era su perspectiva que era de carácter revolucionaria, estaba Nicaragua, los Montoneros preparaban su contraofensiva estratégica, seguía el Frente Manuel Rodríguez en Chile, etc. Esto no tenía el visto bueno ni de los cubanos ni de estos grupos. Cuando en 1979 salió *Crítica y Utopía* estos grupos –que todavía eran muy fuertes– salieron a condenar la aparición de la revista, firmaron manifiestos en contra, porque decían que todo lo que se publicaba en Buenos Aires tenía que ser aprobado por la dictadura, lo cual era un disparate. Por eso te decía que había diferencias de perspectivas entre los que estaban adentro y los que estaban afuera...

*¿Cómo era la vinculación con los partidos políticos en el caso argentino? ¿Eran vínculos personales? ¿Se contactaron con alguien del Partido Justicialista, del Partido Socialista?*

Sí, fueron algunos. Recuerdo a Augusto Conte, demócrata cristiano, que le negaron el pasaporte y no pudo ir. Él era abogado del Di Tella y había sido abogado de CLACSO, tenía un hijo desaparecido... Un intelectual ligado al peronismo era Mario Dos Santos, que era secretario adjunto de CLACSO. También había algún que otro dirigente sindical. Pero el dirigente político más importante era Alfonsín porque en el 78 era la opción más importante del radicalismo. Yo tenía mucho contacto con él. En mi caso era el regreso al partido, porque yo me había afiliado cuando era joven y había salido, entonces tenía una impronta radical muy fuerte. También estuvo en la Conferencia Jorge Roulet, él venía del frondizismo, y también volvía al partido, estaba Dante Caputo, que dirigía un centro de investigaciones y ya estaba bastante cerca de Alfonsín. Había entonces un grupo que establecimos una relación bastante estrecha con Alfonsín, yo diría una relación personal más fuerte con él que con el radicalismo como partido.

*¿Tenían vinculación con la académica norteamericana? Tiempo después comenzará el proyecto de O'Donnell, Schmitter y Whitehead sobre las transiciones...*

Claro pero eso sale mucho después, cuando ya estábamos en plena democracia, pero en esa época no. En la época de la dictadura esa Conferencia fue el único emprendimiento importante, y aun así yo creo que CLACSO fue la única institución que lo impulsó.

*En ese contexto otra iniciativa intelectual fue Crítica y Utopía, ¿qué relación tenía con CLACSO?*

Eso lo hicimos como una actividad paralela: yo asumía la responsabilidad personal de la edición de la revista, mientras era secretario ejecutivo de CLACSO, pero no estaba comprometida una responsabilidad institucional. Porque si había un problema, como lo hubo, el primer número fue prohibido por los militares y el segundo también, eso no afectaba a la institución. Nos prohibieron los números pero nosotros no les hicimos caso, lo sacamos igual. Parece mentira, salió un decreto que prohibía una lista de revistas pornográficas y entre esas revistas estaba *Crítica y Utopía*. Pero ya habíamos empezado a no hacerle caso. Ya en el año 80, 81, las condiciones de vida académica-intelectual habían mejorado bastante, uno ya no sentía que lo estaban persiguiendo. No era tampoco nada para destacar, pero había más espacio. De todos modos, en actas o en reuniones del Consejo Directivo siempre quedó establecido que la edición de la revista no era una actividad institucional de CLACSO. Por eso cuando yo terminé mi mandato la revista sigue saliendo.

*¿Cuándo termina su mandato en CLACSO?*

Termino en diciembre del 83 y ahí nomás asumo el Rectorado de la UBA, estuve dos períodos de cuatro años en CLACSO. Entre el 8 o el 10 de diciembre se hizo la Asamblea de CLACSO y el 26 asumí el Rectorado como parte del proyecto en común con Alfonsín que había venido madurando en los años de la dictadura.

*En términos generales, ¿qué balance hace de su experiencia en CLACSO y de la conformación de una comunidad de científicos sociales latinoamericanos? ¿Existía antes, se potenció de alguna manera en esos años?*

Yo creo que existía un antecedente muy importante, que era la generación de Germani. Entre finales de los 50 y a lo largo

de los 60, hasta el golpe, ellos producen una fantástica renovación en las ciencias sociales en América Latina. En Lima estaba José Matos Mar, Julio Cotler, Quijano; en Chile estaban Fernando Enrique y Faletto, nombres muy importantes; en Brasil Francisco Weffort; Domingo Rivarola monta un gran centro en Paraguay; en México aparece la generación de Pablo González Casanova, y después la nuestra de Julio Labastida, José Luis Reyna, y entonces empezamos a tener responsabilidades institucionales claves en cada uno de los países. Y ahí se produce una gran renovación que si bien se quiebra con las dictaduras, pero la gente ya estaba lanzada en esos proyectos, y siguen los debates en el exilio. Aparece la Teoría de la Dependencia en pleno exilio de Cardoso en Chile con Faletto. Era un momento muy importante y lo que nosotros le agregamos, en todo caso, fue introducir la cuestión de la democracia dentro del marco de los que discutían el desarrollo. Porque hasta ahí la idea de los desarrollistas era que la democracia no era importante, el problema era el capital, la modernización, estoy exagerando un poquito pero por ahí iba la cosa. Nosotros desde CLACSO lo que introducimos a la propia CEPAL (porque ellos eran un órgano oficial y eso era más complicado pero desde Naciones Unidas sí se podía), era la idea de que sin democracia el desarrollo era insostenible o bien era incompleto. Entonces cuando eso se instala, que en realidad tenía antecedentes en aquella camada modernizadora en Ciencias Sociales, de estos nombres, Aldo Solari en Uruguay, Medina Echavarría, y otros, cuando eso se instala el tema de la democracia cobra fuerza. Por eso, en los años 80 estamos en plena revisión y pleno rescate de eso, entonces el debate por la democracia es relativamente fácil porque ya hay condiciones, hay un clima más maduro. Aunque visto desde ahora me parece que personalmente era más bien excesivamente optimista. Escribí, convocando a la conferencia, que

todas las condiciones sociales son buenas para la democracia, lo sigo creyendo solo que después de 20 años de democracia del país, en ese momento estaba bien decir eso, pensar eso, pero después de 20 años de democracia me suena bastante naif. En la actualidad uno llega a cuestionar la calidad de la democracia, estas discusiones contemporáneas, pero esto de hoy no sería posible sin aquello. Además otra cosa importante, esos debates nos permitieron superar cierto «provincianismo» que tenían las ciencias sociales latinoamericanas: se intensificaron los puentes con Europa y también con Estados Unidos, que para muchos era sinónimo de «la maldad organizada». Eso también fue bueno. Por eso me parece que el tema de la democracia cayó dentro de la propia renovación de las ciencias sociales, siempre lo sentí como algo muy natural, aunque otros lo sintieron como una ruptura más fuerte, depende de dónde haya estado cada uno antes...

*En aquellos debates, ¿aparecía la democracia claramente contrastada sobre la idea de la revolución?*

Sí, claramente, aparecía como una opción, por eso el contexto de la ruptura ahí era muy explícito. Visto por un militante del Partido Comunista de los años 80, no ya tan staliniano pero tampoco Gorbachov, para ellos la democracia era un paso táctico, bueno juntémonos todos por ahora contra la dictadura militar, pero después sigue la lucha del proletariado por la revolución y el socialismo. Para nosotros no, porque era la construcción de un orden político en sí mismo, que debía autoconstruirse y autorregularse porque no estaba pensado como una etapa a nada. Entonces ahí la discusión con la izquierda más radicalizada, sobre todo la izquierda armada, se hizo muy fuerte. Y ahí hubo una ruptura política muy fuerte. Yo lo sentí bastante, de gente que además habíamos sido amigos, que habíamos compartido momentos, experien-

cias; esto pasa en la política y en el mundo de las ideas. Fue un momento excepcionalmente dramático para mí y para la propia academia porque estaba lo otro, bueno la academia se subordina al proyecto revolucionario, y en cambio nosotros decimos no se subordina nada, entonces ciertas diferencias se hicieron muy notorias, muy profundas. Yo lo tenía clarísimo, antes de asumir el Rectorado y después de asumir, que no era una revancha, no era volver al 66 o al 73, era un proyecto distinto de un país distinto con las diferencias que veníamos de la época de la dictadura. Y allí muchas diferencias se hicieron más nítidas, más fuertes, y varios terminamos peleados. Pero bueno, yo creo que si hoy a nadie se le ocurre dar un golpe, aquí en la Argentina en los alrededores, en parte es porque hicimos lo que teníamos que hacer, pensamos lo que teníamos que pensar, y gestionamos una transición en base a esas convicciones.

# FRANCISCO DELICH, UN FORJADOR DE INSTITUCIONES<sup>1</sup>

José Casco y Lorena Soler

## I. Presentación del entrevistado

Francisco Delich pertenece a una generación de académicos en general y sociólogos en particular que se formó al calor de la Revolución cubana (1959) y el proceso de relectura del peronismo que hiciera un colectivo de jóvenes que se oponía a sus padres ideológicos (los Partidos Socialistas y Comunista) cuando comenzó a vislumbrar en el movimiento nacional popular el germen para articular, como lo hiciera la gesta liderada por Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, revolución nacional y revolución social. En el plano académico e intelectual, Delich es también un producto de la «edad de oro» de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Un momento donde los intelectuales que habían estado proscritos por el peronismo pasan a ocupar el centro de la escena universitaria impulsando un proceso de modernización que buscaba emular al desarrollo científico del mundo europeo y norteamericano. En ese impulso las ciencias sociales cobran importancia modernizándose y la sociología se convierte en «la ciencia de la sociedad» con mayúscula. Otro elemento de gran importancia de ese

1 Una primera versión, ligeramente modificada, fue publicada en *Revista Paraguaya de Sociología*, Asunción, año 53, N° 150, julio-diciembre de 2016, pp. 97-110.

impulso modernizador que debe ser destacado, es la entrada del marxismo a la universidad convertida para muchos en la ciencia que podía descifrar e impulsar el cambio social. Así, a mediados de los años 60 comenzará a tomar forma en Argentina una sociología científica marxista.

En el plano de la política doméstica, el derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón en 1955 y su posterior proscripción, hacían del sistema político una semidemocracia que corroía la confianza en el sistema político. Esto provocaba en los sectores juveniles la idea de una salida revolucionaria como única solución para los problemas de la Argentina en un *in crescendo* donde la universidad y con ella la juventud que la habitaba se erigían como uno de los grandes protagonistas. Este impulso modernizador de la universidad durará solo una década, ya que en 1966 otro golpe militar a través de lo que se conoce como «La noche de los bastones largos» pone fin a esa «edad de oro» expulsando y cesanteando a muchos profesores. Esa represión solo agravaría las condiciones de la protesta social llegando a su punto de mayor tensión con el denominado Cordobazo, una protesta obrero-estudiantil originada en la capital de la provincia de Córdoba y que devino en un estallido social que jaqueó a la dictadura cívico-militar de Juan Carlos Onganía. Delich, como sostiene en la entrevista, se hará eco de los hechos y escribirá *Crisis y protesta social* (1970) y como parte de su trabajo en los ingenios azucareros de la provincia de Tucumán junto a un grupo de académicos y artistas, ese mismo año también publicará *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*.

Oriundo de la provincia de Córdoba que en los años 60 protagonizará el crecimiento de la industria metalmeccánica y con ello el surgimiento de un sindicalismo clasista y combativo protagonista del Cordobazo, Delich también fue heredero

de la Reforma Universitaria de 1918 que puso en cuestión la conducción de la universidad en manos de una casta de profesores que desdeñaba la democracia universitaria. En esa línea, pertenecerá a una tradición donde la abogacía y la sociología fueron protagonistas centrales del mundo universitario y la política argentina. En efecto, muchos cordobeses entre los años 40 y 60 del siglo pasado fueron parte de lo que Delich denomina como la «sociología de cátedra», un estilo de trabajo donde era central la divulgación de la gran teoría social hasta que Gino Germani se ocupe de la modernización de la disciplina y sean relegados a un lugar secundario, cuando los estudios empíricos, la estadística y el análisis de fuentes sean los elementos centrales del análisis sociológico. En ese clima de gran ascenso de la sociología Delich protagonizó la polémica más resonante de las disputas entre «cátedras marxistas y cátedras nacionales». La denominación hacía referencia a dos posiciones que se instalaron en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades cuando las nuevas generaciones que se enrolaban en la «nueva izquierda» ocuparon las primeras líneas de las carreras de Historia y Sociología en la UBA. Aunque Delich no participaba en esos momentos de la universidad, porque había sido expulsado a raíz de la intervención de la dictadura de 1966, se involucró en la contienda al comentar en la *Revista Latinoamericana de Sociología* el libro de Arturo Jauretche *El medio pelo en la sociedad argentina. Apuntes para una sociología nacional*. En su reseña Delich desacredita el trabajo del ensayista argentino por juzgarlo de poco rigor analítico, juicio que desató una dura respuesta de Roberto Carri, representante de las «cátedras nacionales» que abogaban por una sociología que tuviera en el centro de sus referencias teóricas a autores nacionales y latinoamericanos tanto del mundo intelectual como político. Como sea, esa

experiencia de los «largos años 60» se clausuró para los argentinos definitivamente en 1976 cuando un nuevo golpe de Estado impuso un quiebre en la política y la economía argentina. A partir de allí Delich comenzará a jugar un nuevo rol en las ciencias sociales, en rigor de verdad, profundizará un trabajo que ya venía realizando y se constituirá en un verdadero armador institucional. En efecto, desde la jefatura de CLACSO, que asume en 1975, se hará cargo de uno de los núcleos de trabajo más dinámicos y más productivos que funcionaron para toda la comunidad exiliar, el Grupo de Estudios sobre Estado y Política que reunía a figuras centrales de la región que habían emigrado de sus países a causa de las dictaduras militares que a fines de los años 60 comienzan a azotar a la región. Al mismo tiempo, seguirá el fomento de bolsa de becas y ayuda para los académicos que sufrían los embates de las dictaduras en sus países de origen. En ese sentido, uno de sus hitos más importante en cuanto al desarrollo académico es la organización del encuentro en octubre de 1978 en Costa Rica, que llevaba por título «Las condiciones sociales de la democracia» la primera conferencia regional que fuera reproducida luego en los primeros números de *Crítica y Utopía*, publicación que se lanzó ese año a iniciativa de Delich y que contribuyera de manera decisiva a los debates sobre la transición a la democracia en la región. En esa dirección, la publicación junto a otras del exilio como *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina*, que se publicaba en México como parte de una iniciativa de argentinos de extracción marxista y peronista, marcó el punto de viraje de la revolución a la democracia en el campo intelectual latinoamericano y cerró los años 60. En efecto, cada una a su modo establecieron el ajuste de cuentas con el marxismo de parte de los intelectuales de izquierda otrora revolucionarios y de algún modo fueron

la expresión escrita de la recolocación del mundo intelectual latinoamericano por parte de sus protagonistas más salientes. En ese sentido, Delich contribuyó seguramente, como no lo hiciera otro, a colocar al tema de la democracia en el campo intelectual de izquierda en muchos países de la región. Desde las instituciones que mencionamos primero, y luego desde la jefatura del Rectorado de la Universidad de Buenos Aires (UBA) cuando contribuyó a la normalización de esa universidad, dio lugar a los académicos que desde el exilio interno o externo volvían a la escena pública para animar la democracia recuperada y al campo intelectual.

En 1986 fue ministro de Educación de la Nación por un año y cuando el primer gobierno de la democracia recuperada tuvo que entregar anticipadamente, a raíz de una grave crisis social, el mando a su sucesor, Delich volvió a la actividad académica y se convirtió en rector de la Universidad Nacional de Córdoba entre 1989 y 1995. Como parte de esa combinación de actividad pública y académica que venía desarrollando desde su juventud, en 1994 fue convencional constituyente por su provincia natal cuando se debatieron los pormenores de la reforma de la Carta Magna. En 1997 fue electo senador por su provincia y entre 2005 y 2009 diputado. En sus últimos años se desempeñó como profesor y director del Programa de Doctorado en Estudios Sociales de América Latina de la Universidad Nacional de Córdoba. En ese largo periplo, Delich supo combinar política y universidad, forjando una trayectoria plagada de iniciativas que animaron y enriquecieron la vida política y cultural no solo de Argentina sino también de muchos lugares de América Latina.

## II. Entrevista<sup>2</sup>

*Comencemos por los inicios de su formación, ¿cómo fue su trayectoria académica? ¿En qué universidad realizó sus estudios?*

Estudié abogacía en Córdoba y sociología en París. Volví a Argentina hacia mediados de 1964. Al año siguiente gané un concurso para jefe de trabajos prácticos en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Córdoba. Ese mismo año también vine a Buenos Aires a trabajar y participar en el Consejo Nacional de Desarrollo, que en esa época se llamaba la CONADE. Era un momento en el que había una gran crisis del azúcar en Tucumán, habían cerrado como 20 ingenios, entonces fuimos un grupo de sociólogos y otras personas a trabajar sobre este tema. Después, en 1966, con el golpe de Estado de [Juan Carlos] Onganía,<sup>3</sup> tuve que salir de la Universidad y me quedé viviendo en Córdoba. Por eso escribí mi libro sobre el Cordobazo,<sup>4</sup> porque lo viví. En 1973 me ofrecieron dirigir un curso que en parte había diseñado en Paraguay. Era un posgrado muy interesante e innovador, ya que era itinerante. Hicimos uno, que dirigí en Paraguay,

2 La entrevista a Francisco Delich fue realizada en 13 de diciembre de 2010 en su departamento porteño de la calle Paraguay y Azcuénaga, como parte de la tesis de doctorado (UBA) de Lorena Soler «Modernización, cambio social y ciencias sociales. Los oficios del sociólogo en tiempos del régimen stronista en Paraguay (1954-1989)». Agradecemos a Ana Mercado el cuidadoso y dedicado trabajo puesto en curar la entrevista.

3 La dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970), fue la primera de una serie de tres gobiernos de facto ejercidos por juntas militares, período conocido como Revolución Argentina. Onganía fue sucedido por Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973).

4 El Cordobazo fue un levantamiento popular impulsado por una alianza obrero-estudiantil, en contra del gobierno de facto de Juan Carlos Onganía. Tuvo lugar en la ciudad de Córdoba (capital de esa provincia), en mayo de 1969, y pasó a la historia como uno de los hechos más significativos llevados a cabo por el movimiento obrero en Argentina.

después siguió en Ecuador y después en Costa Rica. Y esa fue la forma en que fui a parar a Asunción.

*¿Quiénes fueron los gestores de ese curso?*

El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) lo armó con patrocinio de la UNESCO y otros fondos. Ese fin de año, exactamente el 2 de diciembre de 1974, la Triple A<sup>5</sup> hizo un operativo duro en la casa de mis padres en Córdoba. Por esa razón mi familia estaba en Asunción, así que volví rápido a Asunción, levanté a todos y me fui enseguida a Perú. Allí estaba en marzo de 1976, mes en el que se perpetró el golpe de Estado en Argentina, cuando me ofrecieron la Secretaría Ejecutiva de CLACSO y acepté. Estuve al frente durante dos períodos de cuatro años cada uno y al finalizar, en 1983, asumí el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

*Más allá de esta experiencia personal, ¿qué percibió con su llegada a ese curso en 1974? ¿Cuál era el clima político y cultural en aquel momento?*

¡Imaginate! Hacer un curso de sociología en Paraguay era una idea insensata. No tuvimos inconvenientes hasta las vacaciones de julio. En ese momento, una alumna nuestra, economista, volvía a su Córdoba natal y llevaba unos tomos de *El Capital* con ella. La detuvieron en la frontera y pasó unos días presa. Ahí tomamos conciencia que era una dictadura. Pero salió, la sacó relativamente barata. Aparte de eso no tuvimos mayores inconvenientes ese año. Esa fue mi experiencia paraguaya, no conocí demasiada gente, no más que liberales, febreristas, los

5 La Alianza Anticomunista Argentina, más conocida como la Triple A, fue un grupo parapolicial formado por sectores de derecha del peronismo y fuerzas armadas y policiales, que funcionó durante el último período del gobierno peronista antes del golpe de Estado de 1976. Persiguió, secuestró y asesinó a políticos, activistas y dirigentes de izquierda.

opositores. La mayoría estaban exiliados, así que ahí mismo en Asunción no había muchos contactos y con el oficialismo menos, no teníamos nada que ver. Era una vida muy puesta en el Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CPES), con un buen diálogo con algunos paraguayos. Volviendo a mi experiencia personal, debo decir que los paraguayos se portaron muy bien conmigo, incluso durante el episodio final de mi estadía allí. Una comisión policial argentina cruzó la frontera, el río, digamos, para hacer el allanamiento. Pero la policía paraguaya en realidad se portó muy bien, porque le explicaron a mi mujer que me buscaban a mí, que era algo personal, que querían ver si yo estaba escondido. Mi mujer les dijo que yo me había ido unos días a Perú, que lo podían chequear en el aeropuerto de Asunción, supongo que lo hicieron después, y los trataron normal hasta ahí.

Durante mi estadía en Asunción empecé a leer mucho de historia paraguaya, algo que para los argentinos siempre es complicado por consecuencias de la guerra que mantuvieron. Ahí estaba cuando arribó Perón, y fue impresionante. Tengo un recuerdo de su llegada: él había venido como exiliado, en barco, era una mañana de una lluvia tropical de una intensidad inaudita. Fuimos con mi hijo mayor, que en ese momento tendría 10 u 11 años, al puerto que era pequeño. Perón estaba con el uniforme militar y le caía el agua por todos lados. No había dónde protegerse, fue una escena muy surrealista.

Como el curso era sobre sociología rural, empecé a leer mucho sobre la cuestión agraria, adquirí mucha información, ya que tenía buen acceso a los datos de la Oficina de Tierra de Paraguay. Así comencé a ver cómo era el asunto de la colonización. Entonces empecé a trabajar con la idea de que era un régimen que no estaba sustentado en la pura fuerza, era más un régimen hegemónico que una dictadura clásica. Y esta hegemonía tenía que ver con la clase agraria, lo cual no era fácil

de demostrar. Me impresionó mucho la implantación del Partido Colorado en el área rural, la política de cómo el régimen cooptaba a los jóvenes en el servicio militar dándoles tierras y asentándolos, lo cual dura hasta ahora. De hecho, en la actualidad perdieron la elección porque perdieron en Asunción,<sup>6</sup> pero el interior sigue siendo del Partido Colorado. También es cierto que Alfredo Stroessner no es el fundador del Partido Colorado. El partido ya era un partido fuerte antes, pero está claro que Stroessner lo militarizó y le ofreció ampliar estas bases corporativas.

De todas maneras, después me hice amigo de Roa Bastos y, a través suyo, amigo de Cortázar, que en ese momento vivía en París. En 1974, Roa Bastos hizo una tentativa de instalarse en Paraguay, él era muy paraguayo y quería vivir ahí aún con Stroessner. Cuando vino fue mal recibido, con mucha frialdad. Aunque no lo reprimieron porque hubiera tenido una repercusión internacional muy importante, él estaba muy ligado a Francia y ya había sido editado en francés para ese entonces.

Roa sintió que no podía vivir ahí [en Asunción] porque era una ciudad muerta desde el punto de vista de lo que él podía hacer. No tenía interlocutores, por el clima mismo, era un clima raro, opresivo, pero a la vez invisible, podríamos decir que no había demasiados policías a la vista. En fin, la sensación era la de estar ante un régimen muy instalado y estable, ahí no se movía nadie sin que lo supiera el régimen. Todos sus amigos estaban exiliados, así que yo supongo que eso influyó y decidió salir. No lo recuerdo, pero probablemente puede haber recibido alguna amenaza, aunque nunca me lo dijo.

Antes de su exilio pasé varias veces por su casa, conversamos bastante, era un hombre muy vinculado a la Argen-

<sup>6</sup> Se refiere al triunfo de Fernando Lugo, 2008-2012.

tina y muy bien tratado. Con *el Roa* hablamos mucho de lo que sería el Paraguay profundo. Y en ese Paraguay profundo siempre la guerra está presente. El impacto de la guerra sobre la estructura demográfica fue terrible, murieron los varones, entonces durante dos o tres generaciones Paraguay era un país sin varones, más bien matriarcal. En el sentido de que las mujeres se hacen cargo de las familias y de restablecer la estructura demográfica. Y después de una guerra, más bien de una élite que había hecho el rescate de [Gaspar] Francia, del despotismo ilustrado y de la nación paraguaya, para mí era sencillo entender. Mi contribución es que Francia era un ex alumno de [la Universidad de] Córdoba y compañero de [Juan José] Castelli. Entonces, como allí estaba la idea de la revolución y de la independencia, y también había un impacto muy fuerte de los jesuitas, observo una historia compartida con Córdoba, y no tanto con Argentina o con Buenos Aires en particular. Además, por supuesto, por la responsabilidad que ellos le atribuyeron a Mitre en Buenos Aires y a Alberdi en Tucumán. Es así que a mí me resultaba más fácil la comunicación en tanto gente del interior y federal.

*¿A qué condiciones sociales y culturales le atribuye la creación en 1964 del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CPES)? Una época tan oscura para Paraguay, pero tan floreciente para las ciencias sociales, ¿por qué cree que puede crearse ese centro? ¿Cuál es la apuesta intelectual?*

Creo que es un grupo claramente modernizador. Por eso Domingo Rivarola<sup>7</sup> tiene una (casi) devoción por Gino Germani, al cual siempre distinguió. EL CPES recibió mucho apoyo de la Fundación Ford y de un sociólogo que yo conocí en

7 Miembro fundador del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos y director de la *Revista Paraguaya de Sociología*.

Buenos Aires, Kalman Silvert, quien escribió un libro muy interesante sobre la democracia, *The Reason for Democracy*. La *Revista Paraguaya de Sociología*, junto con la *Revista Mexicana de Sociología*, fue de las pocas que duró en el tiempo. Y yo creo que eso lo vinculaba al mundo, todo el mundo mandaba artículos, yo también. Estaba muy ligado a lo que en ese momento era la disputa en la sociología latinoamericana entre Germani y otros autores contra la vieja sociología, lo que llamé la «sociología de cátedra». Así que el CPES era parte de esta innovación en las ciencias sociales, muy plural y abierto. Además, ahí nunca nadie fue censurado, aunque era impensable que se pudieran escribir textos con citas de Marx o de Lenin o cualquier referente del marxismo, un fenómeno. Ahora, 40 años después, no es un fenómeno sino un milagro de Dios. ¿Cómo pasó todo eso ahí? Pero efectivamente pasó. Para mí fue muy útil porque siempre pensé que, si no era indispensable, en los períodos dictatoriales había que quedarse en el país. Esa es otra gran discusión que tuvimos muchos argentinos a partir de 1976 en el extranjero.

*Usted es un ferviente colaborador de la Revista Paraguaya de Sociología. ¿Cómo llega a publicar ahí? ¿De qué manera se produce la circulación de trabajos/artículos académicos en ese campo?*

En mi caso por Gino Germani, él es quien sugiere y hace el contacto. Lo conocí cuando salió mi libro sobre el Cordobazo, yo era amigo de [Juan Francisco] Pancho Marsal, quien había sido director del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella entre 1966 y 1970. Cuando salió el libro vino Germani a Buenos Aires, en ese momento ya era profesor en Harvard. Me citaron para conocerlo en un hotel de la Avenida 9 de Julio. Al llegar, me miró y me dijo, «Así que usted es Delich e hizo el libro este. Usted, ¿cree que el Cordobazo es la crisis orgánica, como dice [Antonio] Gram-

sci, o cree que es anomia, como decía [Émile] Durkheim?». Le estaba por decir que a mí no se me había ocurrido, pero a Gramsci sí, porque es parte de *Pasado y Presente*, y muy bien me lo habían enseñado mis maestros franceses. Pero me llamó la atención los términos complejos de la pregunta. Entonces le dije, «Espere un minuto, vamos a hablar de la historia de la clase obrera». No sé a qué hora empezó pero sí sé que terminó como a las cinco de la mañana, hasta que nos quedamos solos. Después de eso nos hicimos muy amigos.

Esa noche Germani empezó a hablar desde su relación personal con la sociología, y arrancó por Gramsci, a quien había leído muy bien. Yo no sabía lo que él era políticamente. Sabía que se había exiliado por el fascismo pero no que estaba fino en las discusiones con [Benedetto] Croce y lo que era la historia intelectual italiana, especialmente Gramsci. Así que él era la modernización y representaba esta vertiente socialdemócrata; pero a la vez, como se puede ver en su texto en [la revista] *Crítica y Utopía*, era bastante escéptico sobre las posibilidades de la democracia en estos países, tenía muy presente la experiencia italiana del fascismo. Así que, cuando hicimos esta experiencia del curso en CLACSO, él apoyaba y estaba muy en contacto con el exilio argentino, ayudaba a los que iban a Estados Unidos. Era, como yo le decía, un exiliado de lujo.

Después, en el momento de la ruptura, alrededor de 1976 o 1977, me ofreció si quería irme a Estados Unidos y yo le dije que quería quedarme acá, como [Enzo] Faletto, [Fernando Henrique] Cardoso y muchos otros que hicimos la experiencia de CLACSO. Germani, desde Estados Unidos, era quien garantizaba el trabajo de Domingo Rivarola y ponía el pecho, creo yo. Por supuesto, estuvo presente cuando hicimos la presentación de *Crítica y Utopía*, donde él escribió sobre

la democracia. También estaban [Raúl] Alfonsín,<sup>8</sup> [Ricardo] Lagos<sup>9</sup> y Cardoso,<sup>10</sup> los tres que iban a ser presidentes después. Raúl Prebisch no vino pero mandó un trabajo. Por otro lado, estaba Gabriel Valdés, subsecretario general del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), un hombre muy importante en la transición a la democracia para Chile, figura respetada en su país. Para mí ese es el punto de inflexión, 1978, año en que el impacto en la Facultad de Sociales ha sido muy fuerte.

*En la Revista Paraguaya de Sociología se puede observar una agenda epocal de las ciencias latinoamericanas, pero con condicionantes locales. Es interesante detenerse en la apuesta por el paradigma de la modernización de la estructura social, que es, simultáneamente, una impronta de la sociología científica pero también una apuesta política.*

Hay un dato que marca la historia del Paraguay y es a la vez un punto de inflexión: cuando comienza la obra de construcción de la represa de Itaipú son los brasileros quienes hacen la represa. Es una cosa loca, porque te das cuenta que Paraguay lo único que pone es esta fracción que se llama soberanía, y vienen los brasileros y tienen dos opciones, ocupar militarmente Paraguay o pagar el peaje por usar ese río. Sin embargo, por el solo hecho de que empieza la obra, la movilización económica y social en Asunción es importante. Claro, es por la corrupción que derrama plata loca, pero lo cierto es que el contrabando y la corrupción ya estaban. Pero, además, hay un embrión de burguesía paraguaya, ya no de la burguesía agraria, sino de una proto burguesía paraguaya que acumula

8 Primer presidente argentino desde la vuelta de la democracia, 1983-1989.

9 Figura de la Concertación de Partidos por la Democracia y presidente de Chile, 2000-2006.

10 Presidente de Brasil dos veces consecutivas entre 1995 y 2002.

una masa considerable de capital y así empieza una transformación urbana muy fuerte. Lo viví muy intensamente porque, en 1974, con la venida de Perón, él va al único hotel que tenía Asunción, de varios pisos, moderno, como para alojar a un presidente. Diez años después, en 1984, cuando se prepara la caída de Stroessner, Asunción ya es un fenómeno urbano que nada que ver. Y ni te cuento ahora. Entonces, aparece la idea de modernización del campo, que hace el régimen, y la introducción del capitalismo en el campo. Ahí hay una punta modernizadora que el régimen no propicia, pero tolera. En cualquier caso, recupera beneficios con los peajes, porque en un régimen tan corrupto como ese, cualquier peaje es una perpetuidad, no hay uno circunstancial. Va todo a la misma bolsa, es un régimen muy patrimonialista. Después llega nuestro propio emprendimiento, Yacyretá,<sup>11</sup> que es posterior [a Itaipú]. Curiosamente, la primera vez que voy a Yacyretá fui como sociólogo; había ganado la licitación para hacer el estudio de impacto social de la obra, en 1970. Ahí ya veía cómo se movía la sociedad asunceña. Y después uno empezaba a sentir un poquito a los cristianos en la universidad privada, los curitas críticos del régimen pero protegidos. En los años 1980 ya era doble el impacto, por Yacyretá y por Itaipú. La modernización tenía que ver no con lo que pasaba en el Paraguay sino en Asunción, aunque para los asunceños eso equivale a la historia de todo el país. Hacia fines de la década de 1980 empecé a conocer a los líderes opositores. En la Universidad de Buenos Aires, con [Ricardo] Alfonsín, recibíamos a los dirigentes políticos paraguayos exiliados y, con ellos, el discurso de la democracia se hacía más fuerte e intenso.

11 Complejo hidroeléctrico construido por Paraguay y Argentina, cuyas obras comenzaron en 1983.

*¿A quién recuerda haber recibido?*

A mí la figura que me pareció más interesante políticamente fue [José Félix Fernández] Estigarribia,<sup>12</sup> porque él tenía por tradición familiar un gran nombre paraguayo y yo creo que era una de las figuras intelectuales, aparte de los dirigentes políticos. No sé si alcanzó a publicar en la *Revista* pero sí recuerdo conversaciones con él y otros amigos suyos que estaban en Paraguay, ya estaban volviendo todos ante la caída inminente de Stroessner.

*Volviendo a su trayectoria en CLACSO, cuando llega en 1976, ¿empieza a tener un rol central para sostener proyectos y este tipo de centros de investigación en la región?*

Solo en CLACSO. En la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales [FLACSO] no porque es gubernamental y estaba muy mal por la dictadura de Pinochet. Entonces FLACSO se vino a la Argentina, después migra a Costa Rica. No podía hacer lo que sí podíamos hacer en CLACSO como poner programas de ayuda en el exilio y después a los que sobrevivían aquí. La diferencia es que CLACSO sigue siendo no gubernamental, no recibe apoyo ni tiene control del gobierno. Entonces por estas condiciones, cuando nos allanaba la policía federal lo podían disimular desde el punto de vista del gobierno porque era un organismo internacional y tenían derecho a controlar. Antes de que llegara a CLACSO se pusieron en marcha los programas de ayuda, básicamente para los chilenos por el golpe de Augusto Pinochet, cuando derrotan a Salvador Allende en 1973. Y después se sumaron los uruguayos, que eran poquitos, y los argentinos, quienes se exiliaron.

12 Nieto de su homónimo, quien fue comandante del ejército paraguayo durante la Guerra del Chaco, 1932-1935.

Los centros que quedaron aquí siguieron funcionando, no se cerró ninguno.

*Acerca del papel de CLACSO, tanto en el plano de la gestión como en el plano del pensamiento, ¿cuál era ese rol que podía tener en el marco de la sociología latinoamericana? ¿Había prioridades para alentar primero a algunos países?*

Sí, eso ya venía desde 1974, primaba la idea de que el desarrollo era asincrónico, había países más avanzados y otros menos. Por eso se hizo el programa Paraguay-Ecuador, con la intención de movilizar y fortalecer las áreas que claramente tenían una menor incidencia en las ciencias sociales, lo cual era una pena porque América Latina era una discusión entre académicos argentinos, mexicanos, brasileros y un poco nada más. La idea era abrir los casos de modo que también uno pudiera mejorar teóricamente, por eso también lo impulsé en 1972 y 1973. Con la dictadura de Onganía yo estaba fuera de la Universidad, hasta que se llamó a concurso en 1970. Así que CLACSO se funda, en parte, como respuesta al golpe de la Revolución Argentina. Los militares estaban ya en Brasil desde 1964. Ahí es cuando se hace una reunión en Caracas y se funda en 1967, en medio de muchas discusiones, entre ellas el exilio de 1966 con quienes se habían quedado en Buenos Aires.

En ese momento también estaba como consultor Oscar Varsavsky, una figura injustamente olvidada en la ciencia argentina en general y en las ciencias sociales en particular, un personaje fuera de serie e intelectualmente muy respetable. Lo conocía de la época de la lucha contra la dictadura. Él se había opuesto a la creación de CLACSO en Caracas. Hizo una declaración junto con otros exiliados, y cuando asumo la Secretaría Ejecutiva en el mismo proyecto, me dijo: «Así que tomaste ese cargo en CLACSO, vos sabés que yo me opuse,

¿no?». Yo era parte de esa discusión, cómo no lo iba a saber, así que le contesté: «Por supuesto, pero yo creo que hay que hacerlo, aunque no fui a Caracas porque no tenía plata». En ese momento estaba un amigo nuestro, Aldo Ferrer, y entonces me dijo: «Voy a hacer una buena cosa y te voy a regalar la declaración, para que veas eso que hicimos y que vale la pena que vos estés ahí». Todavía tengo esa hojita, el recuerdo de Oscar Varsavsky.

*¿Qué acontecimientos remarca o rescata de su experiencia en CLACSO?*

El momento más importante de la gestión y de ese período, para mí, es cuando decidimos armar la conferencia sobre «Las condiciones sociales de la democracia en Costa Rica» en 1978. Tras eso sacamos la revista *Crítica y Utopía*, que estaba vinculada al proyecto. Creo que ese es el punto de inflexión de CLACSO y también de las ciencias sociales, porque empieza el debate sobre la transición a la democracia. Se rompe con la lucha armada, a pesar de que algunos grupos en Chile, Argentina y Uruguay sostenían esa teoría, y a pesar de que había sido asesinado el Che Guevara. Cuba misma había desactivado mucho el apoyo y, por otro lado, también estaban los que yo llamaría los restauradores de la democracia. O sea, estaban los que yo ubicaba «en contra de la democracia», porque querían el socialismo, y los «restauradores de la democracia». En mi caso, la idea es que no habláramos de restauración de la democracia, sino de repensarla, precisamente porque las experiencias de la democracia no habían sido maravillosas. Así se armó un grupo muy fuerte en el que estábamos con Ricardo Lagos, Edelberto Torres Rivas, Enzo Faletto, Fernando Henrique Cardoso, Norbert Lechner, y todos los que aparecen en *Crítica y Utopía*. Era un grupo que se hizo homogéneo en estos términos de concebir la democracia.

*Hubo un desplazamiento muy fuerte de los intelectuales de la lucha armada o del comunismo/socialismo a la democracia liberal. Esta discusión tuvo muchos momentos, sin embargo, a partir de 1978, como usted señala, hay un consenso en torno a cuál sería el próximo orden a adherir. ¿Por qué cree que pasó esto en las ciencias sociales? ¿A qué atribuye ese acuerdo en torno al orden?*

Probablemente deben haber existido factores exógenos en un momento en el cual la Guerra Fría tomó otra dimensión, justo en 1978 estaba Jimmy Carter como presidente en los Estados Unidos y aparece la cuestión de los derechos humanos. Eso es un golpe muy fuerte hacia adentro de estos regímenes: en la denuncia a [Augusto] Pinochet se deja en claro cuál había sido el papel que habían tenido [Henry] Kissinger<sup>13</sup> y [Richard] Nixon.<sup>14</sup> Fue un airecito fresco que venía del lado del imperio. Por otro lado, también contó, por un lado, la homogeneización de los partidos comunistas de la Unión Soviética y, al mismo tiempo, el alineamiento de Cuba respecto a las políticas frentepopulistas. Si bien Cuba seguía siendo solidaria con los grupos armados, ya no tenían el impulso que habían tenido con Guevara, así que hubo algo de eso. Supongo que también asistimos a una suerte de mutación de las propias sociedades, lo que uno llamaría el final, aunque no lo sabíamos con certeza en ese momento, de las grandes luchas campesinas en América Latina. Las últimas fueron la de Cuba y la reforma agraria peruana en 1970.<sup>15</sup> Además de esta combinación de factores, hubo un replanteo de la democracia como régimen político. Ahí sentí que, institucionalmente, CLACSO y las ciencias sociales habíamos entrado en otro momento. El punto, probablemente el más importante, era

13 Secretario de Estado de Estados Unidos, 1973-1977.

14 Presidente de Estados Unidos, 1969-1974.

15 Esta reforma se impulsó durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado, 1968-1975.

que, para todas las teorías del desarrollo, como la de Raúl Prebisch para la CEPAL [Comisión Económica para América Latina y el Caribe], hasta ese momento, la democracia era una variable de ajuste. Es decir, podía haber o no, no era una condición del modelo. Cuando comienza la discusión sobre estilos de desarrollo, es muy importante la participación de Jorge Graciarena y Enzo Faletto, porque ambos estaban en la CEPAL. Graciarena dirigía el Área de las Ciencias Sociales y Faletto, por su parte, era un consultor muy respetado, porque había sido un alumno muy querido de [José] Medina Echavarría, quien arma la sección de sociales de la CEPAL. Entonces, tanto Faletto como Graciarena eran la continuidad casi natural del área. Sin embargo, Faletto era un anarco completo que no respetaba las reglas de la organización internacional, mientras que Graciarena sabía cómo manejarse con la CEPAL y las Naciones Unidas.

En esa época, Faletto junto con un grupo, que ahora son todos profesores, empiezan a marcar este debate al interior del Partido Socialista Chileno y lo expresan a través de publicaciones en *Crítica y Utopía*. A la vez, estaba con nosotros [Ricardo] Lagos, que era un radical socialista muy conectado con sus pares chilenos, donde hay un espacio de discusión en el que se plantea esto en relación a los nuevos modelos de desarrollo. Es una gran contribución la de Faletto, él publica en el año 1980 su primer texto sobre estilos de desarrollo y democracia, y marca lo que estoy diciendo. En ese momento se introduce para nosotros un joven sociólogo, gran amigo nuestro, Francisco Weffort. Él comienza a trabajar sobre las primeras grandes huelgas obreras, marca las distancias y piensa en términos de movimiento obrero combativo y con un fuerte discurso de la democracia en Brasil. Ese es el joven

*Lula* [da Silva].<sup>16</sup> Es muy interesante porque así comparamos el movimiento clasista cordobés, del Cordobazo de 1969, con el clasismo brasileño y *Lula*. Yo seguí mucho este debate de la sociología, que por supuesto está también plasmado en la revista *Crítica y Utopía*.

*Y, para cerrar, en esta discusión de los años 1980 sobre la vuelta a la democracia, aparece también la mutación del paradigma epistemológico sobre «la cultura democrática».*

Lo que pasa es que se abre un abanico. Por ejemplo, [Norbert] Lechner empieza a pensar sistemáticamente un régimen democrático en una sociedad no democrática, cuánto de autoritarismo hay en una sociedad, cuánto de cooperativismo. Entonces, uno se pregunta ¿cuáles son las restricciones de la democracia? Para mí fue un descubrimiento. Muchos años después de recuperada la democracia me puse a escribir sobre por qué nunca tuvimos un golpe propiamente militar, sino que fue cívico-militar, para explicar también la inserción de los golpes llamados «militares» en la sociedad, empezando por el golpe contra [Hipólito] Yrigoyen.<sup>17</sup> Es la idea que está en mi libro *La crisis en la crisis*, es decir, que todos los partidos políticos, sin excepciones, estuvieron a favor de los golpes, menos el que estaba en el gobierno. Cuando digo todos es todos, no los voy a mencionar porque eran muchos. Algunos, dos o tres días después se arrepentían, pero todos iban en contra de Yrigoyen, Perón<sup>18</sup> e Illia. Entonces, si esos partidos tienen alguna representación en la sociedad, quiere decir que

16 Dirigente obrero, presidente de Brasil en dos oportunidades, 2003-2006 y 2007-2010.

17 Este golpe, el primero del siglo XX en Argentina, fue encabezado por el general José Félix Uriburu en septiembre de 1930.

18 Los gobiernos de Perón e Illia fueron derrocados por las denominadas Revolución Libertadora (1955) y la Revolución Argentina (1966), respectivamente.

sus representados estaban dispuestos a adherir a ellos. Contra Illia mandaron a toda la Confederación General del Trabajo (CGT) para la destitución del presidente, vamos a la Casa de Gobierno, nos ponemos la corbata y a festejar a Onganía. Es doloroso, pero es así. Un buen punto de partida de una buena reflexión es siempre doloroso. Felizmente, había algunos que no estábamos de acuerdo, porque hubo algunos sociólogos que se sumaron al golpe de Onganía, y lo mismo ocurrió en el golpe de 1976, por eso la ruptura en la discusión sobre la democracia tenía antecedentes. Era complicado. Pero dimos la batalla. Cuarenta años después; parece increíble.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Aguilar Camín, Héctor, *Después del milagro*, Cal y Arena, México, 1989.
- Anderson, Perry, *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*, Verso, Londres, 2017.
- Anderson, Perry, *The Antinomies of Antonio Gramsci*, Verso, Londres, 2017.
- Annino, Antonio y Aymard, Maurice (eds.), *Il mercato possibile. Sindacati, globalizzazione, Mercosur e Cee*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1995.
- Annino, Antonio y Aymard, Maurice (eds.), *Le cittadinanze di fine secolo in Europa e America Latina*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1996.
- ARELA, *Attività e organizzazione*, EPR, Roma, 1998.
- Arenas, Nelly y Aponte, Carlos, «Heinz Sonntag: Desafíos para pensar el desarrollo en América Latina», *Cuadernos del Cendes*, 30(83), 2013, 107-116.
- Arendt, Hannah, *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995.
- Aricó, José María, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Punto Sur/Siglo XXI, Buenos Aires, 1988/2006.
- Aricó, José María, «Prólogo», en Filippi, Alberto, *Instituciones e ideologías en la Independencia Hispanoamericana*, Alianza

- Editorial, Buenos Aires, 1988 (trad. de Jorge Tula, ed. de José María Aricó).
- Aricó, José María, «Tradición y modernidad en la cultura cordobesa», *Plural*, N° 13, Córdoba, 1989.
- Aymard, Maurice y Delich, Francisco (eds.), *Cultura del lavoro e disoccupazione. Unione Europea e Mercosur*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1999.
- Barba, Carlos, Barros, José Luis y Hurtado, Javier (comps.), *Transiciones a la Democracia en Europa y América Latina*, Universidad de Guadalajara, FLACSO-México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, 1991.
- Bayle, Paola Adriana y Morales, Juan Jesús, «Itinerario del *Diccionario de Ciencias Sociales* en español (UNESCO, 1952-1976)», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 80, N° 1, enero-marzo 2018, 167-193.
- Beltrán, Mónica, *La Franja: de la experiencia universitaria al desafío del poder*, Aguilar, Buenos Aires, 2013.
- Bobbio, Norberto, «Democrazia e Dittatura», en *Política e cultura*, Giulio Einaudi Editore, Italia, 1954.
- Bobbio, Norberto, «Las promesas incumplidas de la democracia», *La Ciudad Futura*, N° 1, Buenos Aires, agosto 1986.
- Bobbio, Norberto, «Il futuro della democrazia», en Bobbio, N., *Il futuro della democrazia*, Einaudi, Italia, 2004.
- Botticelli, Sebastián, «La impronta neoliberal en el *new public management*: gobernar a través del mercado», *Trabajo y sociedad*, (29), 2017, 677-692. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387352369034>
- Brunner, José Joaquín, «Educación superior en América Latina durante la década de los 1980: la economía política de los sistemas», en Kent, R., *Los Temas Críticos de la Educación Superior en América Latina. Estudios Comparativos*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1996, pp. 106-170.

- Brunner, José Joaquín, «Transformaciones de la Universidad Pública», *Revista de Sociología*, Universidad de Chile, 19, 2005, 31-49.
- Brunner, José Joaquín, «La idea de la Universidad pública en América Latina: narraciones en escenarios divergentes», *Educación XXI*, febrero, 2014, 17-34.
- Brunner, José Joaquín, «Lo público de la universidad a la luz de la historia larga», *Límite, Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología*, volumen 11, N° 37, 2016, 49-55.
- Brunner, José Joaquín, y Ganga, Francisco, «Reflexiones en torno a economía política y gobernanza de los sistemas nacionales e instituciones de educación superior en América Latina», *Interciencia*, 41, 2017, 573-579.
- Buchbinder, Pablo, *Historia de las Universidades Argentinas*, Random House Mondadori, Buenos Aires, formato digital, 2012.
- Buxedas, Martín, *La industria frigorífica en el Río de la Plata*, CLACSO, Buenos Aires, 1983.
- Camou, Antonio y González, Osmar (coords.), «Francisco Dellich: Contribuimos a instalar la cuestión de la democracia», en Camou, A. y González, O., *Revolución, exilio y democracia. Debates político-intelectuales en América Latina*, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2017, pp. 326-341.
- Camou, Antonio, Tortti, María Cristina, Viguera, Aníbal (coords.), *La Argentina democrática: los años y los libros*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- Campero, Guillermo, *El Movimiento Sindical Chileno en el Régimen Militar*, ILET, Santiago de Chile, 1982.
- Campero, Guillermo, *Los empresarios y el régimen militar en Chile*, ILET, Santiago de Chile, 1983.

- Campero, Guillermo, *Entra la sobrevivencia y la Acción Política. Los Pobladores Urbanos en Santiago*, ILET, Santiago de Chile, 1984.
- Cardoso de Oliveira, Roberto, «O Trabalho do Antropólogo: Olhar, Ouvir, Escrever», *Revista de Antropología*, 39 (1), 1996.
- Castells, Manuel, *La era de la información*, vols. I-II-III, Alianza, Madrid, 1996-1998.
- Castells, Manuel, *Comunicación y poder*, Alianza, Madrid, 2009.
- Castells, Manuel y Himmanen, Pekka, *Reconceptualización del desarrollo en la era global de la información*, Fondo de Cultura Económica, México, 2016.
- Cavarozzi, Marcelo, *Los sótanos de la democracia chilena, 1938-1964. Las esferas de «protección» de los empresarios industriales: la CORFO, represión a los obreros y la inflación*, Ediciones LOM, Santiago de Chile, 2017.
- CEPAL, *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*, CEPAL, Santiago de Chile, 1965.
- CEPAL, *Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*, CEPAL, Santiago de Chile, 2007.
- CEPAL, *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, CEPAL, Santiago de Chile, 2010.
- Cerroni, Umberto, *Lessico gramsciano*, Editori Riuniti, Roma, 1978.
- Chanaguir, Elsa, «Universidad: Debatir el Modelo. Reseña de *La Invención de la Universidad* de Francisco Delich, Tomo I, Fundeco, Córdoba, 1988, 155 págs.; Tomo II, Ed. Eudecor, Córdoba, 1990, 126 págs.; Tomo III, Ed. Eudecor, Córdoba, 1991, 142 págs.», *Estudios*, N° 1, 1993, 164-168. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/14416>

- CLACSO, *Migración y Desarrollo. Las relaciones campo-ciudad a través del proceso migratorio*, CLACSO, Buenos Aires, 1977.
- CLACSO, *Investigación e Información Sociodemográficas. Hacia un sistema integrado de estadísticas en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 1977.
- CLACSO, *Cooperación interregional en Ciencias Sociales para el desarrollo*, Memoria. Segunda reunión sobre investigación-comunicación y enseñanza, CLACSO-COLCIENCIAS, Bogotá, 1981.
- CLACSO, *Comunicación y democracia en América Latina*, CLACSO-DESCO, Lima, 1982.
- CLACSO, *Medio ambiente y turismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1983.
- CLACSO, *Sectores populares y vida urbana*, CLACSO, Buenos Aires, 1984. Recuperado de [https://www.clacso.org.ar/clacso/novedades\\_editoriales/libros\\_clacso/libros\\_por\\_programa.php?campo=programa&texto=20](https://www.clacso.org.ar/clacso/novedades_editoriales/libros_clacso/libros_por_programa.php?campo=programa&texto=20)
- Clark, Burton R., *Academic Power in Italy. Bureaucracy and Oligarchy in a National University System*, The University of Chicago Press, Chicago and London, 1977.
- Clark, Burton R., *The Higher Education System. Academic Organization in Cross-National Perspective*, University of California Press, Berkeley, 1983.
- Collier, David, *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, Berkeley, 1979.
- Córdova, Arnaldo, «Norberto Bobbio y el marxismo», en Córdova, Lorenzo y Salazar, Pedro (coords.), *(Re) pensar a Bobbio*, Siglo XXI editora, México, 2005, pp. 40-62.
- Cortés, Martín, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2015.

- De Giovanni, Biagio, «Crisi organica e Stato in Gramsci», en AA.VV., *Politica e storia*, Actas del Seminario Internacional de Estudios Gramscianos, organizado por el Instituto Gramsci, Florencia 9-11 de diciembre 1977, edición a cargo de Franco Ferri, Editori Riuniti, Roma, vol. 1, 1977.
- De la Torre, Carlos, «Reseña de *Repensar América Latina*, de Francisco Delich», *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* (21), 2005, 115-117. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50902111>
- Del Barco, Oscar, *El Otro Marx*, Milena Caserola, Córdoba, 1983/2008.
- Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, CLACSO, Buenos Aires, 1983.
- Del Campo, Martín, Labastida, Julio, *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, Instituto de Investigaciones de la UNAM, México, 1985.
- Delich, Francisco, «La teoría de la revolución en Frantz Fanon», *Pasado y Presente*, N° 4, 1964.
- Delich, Francisco, *Crisis y protesta social: Córdoba 1969*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1970/1994.
- Delich, Francisco, *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*, Editorial Signos, Buenos Aires, 1970.
- Delich, Francisco, *Crisis y protesta social. Córdoba, 1969-1973*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.
- Delich, Francisco, «Cordobazo», en Grupo de Trabajo de Desarrollo Cultural, *Términos Latinoamericanos para el Diccionario de Ciencias Sociales*, CLACSO-ILDIS, Buenos Aires, 1976. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/historico/rama.pdf>
- Delich, Francisco, «Las condiciones sociales de la democracia», *Crítica y Utopía latinoamericana de Ciencias Sociales*, N° 1,

- Argentina, 1979. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/critica/nro1/delich.pdf>
- Delich, Francisco (ed.), «Dictadura y dictadores en América Latina», *David y Goliath*, Año XI, N° 38-39, CLACSO, Buenos Aires, 1980.
- Delich, Francisco, «Estructura agraria y hegemonía en el despotismo republicano paraguayo», *Revista Paraguaya de Sociología*, 1981.
- Delich, Francisco (ed.), «3ª Conferencia Regional», *David y Goliath*, Año XII, N° 40, CLACSO, Buenos Aires, 1981.
- Delich, Francisco (ed.), «Democracia, sociedad civil e identidad nacional», *David y Goliath*, Año XII, N° 41, CLACSO, Buenos Aires, 1981.
- Delich, Francisco (ed.), «La regionalización en las Ciencias Sociales», *David y Goliath*, Año XIII, N° 42, CLACSO, Buenos Aires, 1982.
- Delich, Francisco (ed.), «Medio ambiente y urbanización», *David y Goliath*, N° 43, Año XII, CLACSO, Buenos Aires, 1982.
- Delich, Francisco, «Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical», *Crítica y Utopía*, N° 6, Buenos Aires, marzo 1982.
- Delich, Francisco, «Pacto corporativo, democracia y clase obrera», *Crítica y Utopía*, N° 7, Buenos Aires, 1982.
- Delich, Francisco (ed.), «Dictadura y dictadores en América Latina», *David y Goliath*, N° 44-45, Año XIV, CLACSO, Buenos Aires, 1983.
- Delich, Francisco, «La construcción social de la legitimidad política en procesos de transición a la democracia», *Crítica y Utopía*, N° 9, mayo de 1983.
- Delich, Francisco, «La metáfora de la sociedad enferma», *Crítica y Utopía*, N° 10/11, Buenos Aires, 1983, 11-31.

- Delich, Francisco, «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», *Crítica y Utopía*, N° 13, diciembre de 1985.
- Delich, Francisco, «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», *Estudios Internacionales*, vol. 18, N° 71, 1985.
- Delich, Francisco, «De la democracia como necesidad a la democracia como condición», en Cepeda Ulloa, Francisco *et al.*, *Democracia y Desarrollo en América Latina*, Grupo Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, pp. 37-49.
- Delich, Francisco, «Estructura agraria y hegemonía en el despotismo republicano», en Labastida Martín del Campo, Julio (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985.
- Delich, Francisco, *Metáforas de la sociedad argentina*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1986.
- Delich, Francisco, *Mega-universidad, discursos plurales*, Eudeba, Buenos Aires, 1986.
- Delich, Francisco, *Colapso del Estado, mutación social y multiplicación de ciudadanías*, FUNAM, Buenos Aires, 1986.
- Delich, Francisco, *La invención de la Universidad*, tomo 1, FUCADE, Buenos Aires, 1988.
- Delich, Francisco, «La democracia como orden posible», *Crítica y Utopía*, N° 16, Buenos Aires, 1988.
- Delich, Francisco, «Nuevas críticas y otras utopías», *Crítica y Utopía*, N° 17, Buenos Aires, 1988.
- Delich, Francisco, *La invención de la Universidad*, tomo 2, Eudecor, Córdoba, 1990.
- Delich, Francisco, «Los mitos argentinos», *Estudios Sociales* N° 4, UNL, Santa Fe, 1993.
- Delich, Francisco, *La educación argentina hacia fin de siglo*, FUNAM, Buenos Aires, 1993.

- Delich, Francisco, *La invención de la educación: un siglo del sistema educativo argentino*, Editorial Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1993.
- Delich, Francisco, «La memoria y sus desencuentros», *Estudios*, N° 4, diciembre, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1994.
- Delich, Francisco, «Prólogo», en Delich, F., *Crisis y protesta social*, Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba-CEA, Córdoba, 1994.
- Delich, Francisco, «I sindacati negli anni '90; liberalizzazione economica, democrazia politica e integrazione regionale», en Gritti, R. y Lauzi, G. (eds.), *Sindacati e integrazione regionale: Europa e America Latina, due casi a confronto*, Ictec, Roma, 1994.
- Delich, Francisco, «Mercosur: un processo che non consente ritorni», en Annino, A. y Aymard, M. (eds.), *Il mercato possibile. Sindacati, globalizzazione, Mercosur e Cee*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1995.
- Delich, Francisco, «Cittadinanze rivalutate nelle società che cambiano», en Annino, A. y Aymard, M. (eds.), *Il mercato possibile. Sindacati, globalizzazione, Mercosur e Cee*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1995.
- Delich, Francisco, «Collasso dello Stato, mutamento sociale, moltiplicazione delle cittadinanze», en Annino, A. y Aymard, M. (Eds.), *Le cittadinanze di fine secolo in Europa e America Latina*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1996.
- Delich, Francisco, *El desempleo de masas en Argentina*, Norma, Kapelusz, Buenos Aires, 1997.
- Delich, Francisco, *Señales*, Nueva Comunicación, Córdoba, 1999.
- Delich, Francisco, «Verso una sociologia della disoccupazione», en Aymard, M. y Delich, F. (eds.), *Cultura del lavoro e di-*

- soccupazione. Unione Europea e Mercosur*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ), 1999.
- Delich, Francisco, *La crisis en la crisis. Estado, nación, sociedad y mercados en la Argentina contemporánea*, Eudeba, Buenos Aires, 2002.
- Delich, Francisco, *Repensar América Latina*, Gedisa, Barcelona, 2004.
- Delich, Francisco, «La universidad pública entre sociedades y mercados», *Revista de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, N° 19, 2005. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/132236340.pdf>
- Delich, Francisco, *Sociedades invisibles. La cultura de la ingobernabilidad en América Latina*, Gedisa, México, 2007.
- Delich, Francisco, “Economía abierta y estado clausurado. La emergencia de nuevos patrones educativos y culturales”. *Revista Estudios Digital*, N° 21, Primavera 2008.
- Delich, Francisco, «José Vidal Beneyto (In Memoriam)», *Fundación Jerónimo por Córdoba y su gente*, viernes 18 de junio 2010. Recuperado de <http://fundacionjeronimo.blogspot.com/2010/06/jose-vidal-beneyto.html>
- Delich, Francisco, «Dos x uno: Diciembre 2001», *Carta política*, 21 de diciembre de 2011, s/n. Recuperado de <http://www.cartapolitica.org/sin-categoria/3258/>
- Delich, Francisco (comp.), *Marx. Ensayos plurales*, Comunicarte, Córdoba, 2012.
- Delich, Francisco, «Si Marx viviera...», en Delich, F. (coord.), *Marx. Ensayos plurales*, Comunicarte, Córdoba, 2012.
- Delich, Francisco, *Memoria de la sociología argentina 1960-2010*, Alción, Córdoba, 2013.
- Delich, Francisco, *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2014.

- Delich, Francisco, «Para una sociología de la subjetividad», en Delich, F. (coord.), *Muerte del sujeto y emergencia subjetiva*, Comunicarte, Córdoba, 2014.
- Delich, Francisco, *Megalópolis. Política y vida cotidiana en Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2017.
- Delich, Francisco, «Visitando a los padres fundadores de la sociología económica», en Delich, F. y De Pablo, J.C. (coords.), *Economía, política y sociedad. Smith, Ricardo, Marx, Keynes, Schumpeter, Prebisch*, Comunicarte, Córdoba, 2017.
- Delich, Francisco, «Contribuimos a instalar la cuestión democrática», entrevista realizada por Antonio Camou el 25 de agosto de 2003, en Camou, A. y González, O. (coords.), *Revolución, exilio y democracia. Debates político-intelectuales en América Latina*, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2017, pp. 326-341.
- De Sierra, Gerónimo, Trindade, Héliogio, *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, Siglo XXI, México DF, 2007.
- Díaz-Alejandro, Carlos F., «Stories of the 1930s for the 1980s», en Aspe Armella, P., Dornbusch, R. y Obstfeld, M. (eds.), *Financial Policies and the World Capital Market: The Problem of Latin American Countries*, University of Chicago Press, Chicago, 1983.
- Dotti, Jorge E., «Sapere aude: sobre democracia, socialismo y filosofía», *Espacios de Crítica y Producción*, N° 1, 1985.
- Dotti, Jorge E., «¿Viejo? liberalismo, nuevo ¿liberalismo?», *La Ciudad Futura*, N° 1, Buenos Aires, agosto 1986.
- Dotti, Jorge E., «Democracia y socialismo: una decisión ética», *La Ciudad Futura*, N° 2, Buenos Aires, 1986.
- Fajnzylber, Fernando, «Industrialización en América Latina: de la “caja negra” al “casillero vacío”», *Cuadernos de la CEPAL*, Santiago de Chile, 1990.

- Faletto, Enzo y Cardoso, Fernando H., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1968.
- Farah, Ivonne y Vasapollo, Luciano (coords.), *Vivir bien. ¿Paradigma no capitalista?*, Cides-Umsa Sapienza, Oxfam, Bolivia, 2011.
- Filippi, Alberto, *Teoría e storia del sottosviluppo latinoamericano* (vol. primero, *Questioni di teoria e di método*; vol. segundo, *Economia e Istituzioni. I dibattiti sulle formazioni politico-economico-sociali latinoamericane*), Pubblicaciones della Facoltà di Giurisprudenza, Università degli Studi di Camerino, Jovene, Napoli, 1981.
- Filippi, Alberto, «Alessandro Baratta y las relaciones de la Universidad de Camerino, y de los juristas democráticos italianos guiados por Lelio Basso, con el Ministerio de Justicia del gobierno de Salvador Allende y con los juristas latinoamericanos en el testimonio de Alberto Filippi», en Righi, E. y Bruzzone, G. (dirs.), *Cuadernos de Doctrina y Jurisprudencia Penal*, año VIII, N° 14, Editorial Ad Hoc, Buenos Aires, 2002.
- Filippi, Alberto, «La difusión de la filosofía del derecho y de la filosofía política de Norberto Bobbio en América Latina y en España», *Isonomía*, N° 18, México, abril 2003.
- Filippi, Alberto (dir. e introducción), *Norberto Bobbio y Argentina. Los desafíos de la democracia integral* (epílogo de Luigi Ferrajoli), Editorial La Ley, Buenos Aires, 2006.
- Filippi, Alberto, «Homenaje a Juan Carlos Portantiero. Notas sobre la difusión de Gramsci en América Latina», en Filippi, A., *De Mariátegui a Bobbio. Ensayos sobre socialismo y democracia* (organizada y curada por Sandro Mariátegui), Minerva, Lima, 2008.
- Filippi, Alberto, «Repensar a Gramsci después de los derrumbes comunistas. Consideraciones sobre socialismo y democracia a los setenta años de su muerte», en Filippi, A., *De*

*Mariátegui a Bobbio. Ensayos sobre socialismo y democracia* (organizada y curada por Sandro Mariátegui), Minerva, Lima, 2008.

Filippi, Alberto, «Las peculiaridades históricas de las transiciones democráticas. El legado de Lelio Basso en Suramérica y en sus archivos en Roma», *Jueces para la Democracia*, N° 77, Madrid, julio 2013.

Filippi, Alberto, «Lelio Basso y El Tribunal Internacional Bertrand Russell II sobre América Latina (1974-1976)», en Filippi, A. y Niño, L., *De las dictaduras a las democracias. Experiencias institucionales comparadas: Brasil, Uruguay, Chile, Argentina (1964-2014)*, Infojus, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, edición digital, diciembre 2014 [edición impresa por Artes Gráficas Papiros, Buenos Aires, 2016].

Filippi, Alberto, *Constituciones, dictaduras y democracias. Los derechos y su configuración política* (prólogo de Raúl Eugenio Zaffaroni), Infojus, Buenos Aires, 2015.

Filippi, Alberto, *Filosofía y Teoría Política. Norberto Bobbio y América Latina*, Hammurabi editor, Buenos Aires, 2016.

Filippi, Alberto, «Gramsci en nuestra América a los ochenta años de su muerte: debates y reflexiones actuales sobre sociedad civil, hegemonía e instituciones jurídico políticas», *Estudios Sociales* (Hugo Quiroga ed.), año XVII, N° 53, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, julio-diciembre, 2017, 69-92.

Filippi, Alberto y Niño, Luis, *De las dictaduras a las democracias. Experiencias institucionales comparadas: Brasil, Uruguay, Chile, Argentina (1964-2014)*, Infojus, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, edición digital, diciembre 2014 [edición impresa por Artes Gráficas Papiros, Buenos Aires, 2016].

- Flisfisch, Ángel, «Ética y decisiones políticas», *Análisis del Año 2015. Política-Economía-Sociedad-Cultura-Temas*, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, enero 2016.
- Garretón, Manuel Antonio, *Ideología y procesos sociales en la sociedad chilena 1970-1973. Informe y materiales de trabajo*, FLACSO, Mimeo, 1976.
- Garretón, Manuel Antonio, «La renovación del socialismo» y «Socialismo renovado y democracia», en Núñez, R. (comp.), *Socialismo: diez años de renovación*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago de Chile, 1991.
- Garretón, Manuel Antonio, *Política y sociedad entre dos épocas. América latina en el cambio de siglo*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, Argentina, 2000.
- Garretón, Manuel Antonio, «La Universidad Pública entre sociedades y mercados», *Revista de Sociología*, N° 19, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2005.
- Garretón, Manuel Antonio, *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*, Editorial Arcis-CLACSO, Santiago de Chile, 2012.
- Garretón, Manuel Antonio, «Por la refundación del sistema de educación», *Revista Anales de la Universidad de Chile*, Séptima Serie, N° 7, 2014.
- Garretón, Manuel Antonio, *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina. Estudios sobre transformaciones sociopolíticas y movimiento social*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2014.
- Garretón, Manuel Antonio, «Cuando hablamos sobre qué sistemas de educación superior queremos, estamos pensando en qué sociedad queremos», *Palabra Pública*, N° 3, 2016.
- Garretón, Manuel Antonio, Cavarozzi, Marcelo, Cleaves, Peter, Gereffi, Gary, Hartlyn, Jonathan, *América Latina en el si-*

- glo XXI. Hacia una nueva matriz socio-política*, Ediciones LOM, Santiago de Chile, 2004.
- Garretón, Manuel Antonio y Moulian, Tomás, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Ediciones Minga, Chile, 1973.
- Garretón, Manuel Antonio y Moulian, Tomás, *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile 1970-1973*, Editorial Universitaria Centro América (EDUCA), Costa Rica, 1978.
- Germani, Ana Alejandra, *Antifascism and sociology*, Taylor y Francis, New York, 2008.
- Germani, Ana Alejandra, *La sociología in esilio. Gino Germani, l'America Latina e le scienze sociali*, Donzelli, Roma, 2015.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en la época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1964.
- Gilbert, Jorge, *Introducción a la sociología*, LOM, Santiago de Chile, 1997.
- Gómez, Sergio, *Instituciones y procesos agrarios en Chile*, CLACSO-FLACSO, Santiago de Chile, 1982.
- Gritti, R. y Lauzi, Giorgio (eds.), *Sindacati e integrazione regionale: Europa e America Latina, due casi a confronto*, Icipec, Roma, 1994.
- Haggard, Stephan, «Review: The Newly Industrializing Countries in the International System», *World Politics* 38:2, enero 1986.
- Hardoy, Jorge Enrique *et al.* (comps.), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, CLACSO-Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1978.
- Helfgot, M., «La Franja: un relato de luchas, sueños y fracasos de jóvenes en busca de poder», *Clarín*, (2013, 17 de junio). Recuperado de [https://www.clarin.com/politica/franja-luchas-suenos-fracasos-jovenes\\_0\\_B1vgWXwowmx.html](https://www.clarin.com/politica/franja-luchas-suenos-fracasos-jovenes_0_B1vgWXwowmx.html)

- Hernández Milán, Jairo y Lizano, Ana Cristina (eds.), *América latina y la Segunda Administración Bush: Un debate sobre seguridad*, FLACSO SG, San José, Costa Rica, 2008.
- Hernández Milán, Jairo y Lizano, Ana Cristina (eds.), *América latina y la Segunda Administración Bush: Un debate sobre comercio*, FLACSO SG, San José, Costa Rica, 2008.
- Hernández Milán, Jairo y Lizano, Ana Cristina (eds.), *América latina y la Segunda Administración Bush: Un debate sobre migraciones*, FLACSO SG, San José, Costa Rica, 2008.
- Hobsbawm, Eric, *How to Change the World. Tales of Marx and Marxism*, Abacus, Sidney/London, 2011.
- Johnes, Jill, Portela, Maria & Thanassoulis, Emmanuel, «Efficiency in education», *Journal of the Operational Research Society*, 68, 2017, 331-338. Recuperado de <https://doi.org/10.1057/s41274-016-0109-z>
- Klaczko, Jaime y Rial, Juan, *Uruguay: el país urbano*, CLACSO-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1981.
- Klein, Emilio y Tokman, Víctor (comps.), *El Subempleo en América Latina*, CLACSO-El Cid Editor, Buenos Aires, 1979.
- Koselleck, Reinhart, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort del Meno, 1979 [Versión en español: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993].
- Laclau, Ernesto, Mouffe, Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1985/1987.
- Landi, Oscar, «Cultura y política en la transición a la democracia», *Crítica y Utopía*, N° 10/11, 1983, 71-91.
- Lechner, Norbert, «De la revolución a la democracia», *La Ciudad Futura*, 2, octubre 1986, 33-35.
- Lechner, Norbert, «Descubrimos la democracia cuando dejamos de tenerla», entrevista realizada por Antonio Camou

- el 20 de febrero de 1998, en Camou, A. y González, O. (coords.), *Revolución, exilio y democracia. Debates político-intelectuales en América Latina*, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2017, pp. 36-68.
- Levy-Strauss, Claude, *Regarder, écouter, lire*, Plon, Paris, 1993.
- Linz, Juan J. y Stepan, Alfred, *The Breakdown of Democratic Regimes. Vol. 3: Latin America*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.
- Loeza, Soledad, *Clases medias y política en México*, El Colegio de México, México, 1988.
- Mannheim, Karl, «El problema de las generaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 62, 1993, 193-242.
- Mannheim, Karl, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, FCE, México, 1944. [Primera versión en inglés: *Diagnosis of Our Time*, Oxford University Press, New York, 1944].
- Mascareño, Aldo, «Acción y estructura en América Latina. De la matriz sociopolítica a la diferenciación funcional», *Persona y sociedad*, vol. XXIII, N° 2, Universidad Alberto Hurtado, 2009.
- McMahon, Walter W., *Higher learning, greater good: The private and social benefits of higher education*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009.
- Mocca, Edgardo, *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2012.
- Morlino, Leonardo y Spreafico, Andrea (eds.), *Democrazia e partiti in America Latina*, Franco Angeli, AMeLa, Milano, 1991.
- Mouffe, Chantal, *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
- Moulian, Tomás, *Chile actual. Anatomía de un mito*, LOM Ediciones, Chile, 1997.

- Müller, Jan-Werner, *A Dangerous Mind. Carl Schmitt in Post-War European Thought*, Yale University Press, New Haven, 2003.
- Munizaga, Giselle y Ochsenius, Carlos, *El discurso público de Pinochet (1973-1976). Un análisis semiológico*, CLACSO, Buenos Aires, 1983.
- Muñoz Gomá, Oscar (comp.), *Distribución de ingresos en América Latina*, CLACSO-El Cid editor-Cieplan, Buenos Aires, 1979.
- Núñez, Ricardo (comp.), *Socialismo: diez años de renovación*, 2 vols., Ediciones del Ornitorrinco, Santiago de Chile, 1991.
- O'Donnell, Guillermo, *El Estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.
- O'Donnell, Guillermo, «Democracia en la Argentina: micro y macro», en Oszlak, O. (comp.), «Proceso», crisis y transición democrática/1, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1984, pp. 13-30.
- O'Donnell, Guillermo, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- O'Donnell, Guillermo, «Ilusiones sobre la consolidación», *Nueva Sociedad*, 180-181, Caracas, julio-octubre 2002, 311-332.
- O'Donnell, Guillermo, Iazetta, Osvaldo y Vargas Cullell, Jorge (comps.), *Democracia, Desarrollo Humano y Ciudadanía. Reflexiones sobre calidad de la democracia en América Latina*, Homo Sapiens Ediciones, Santa Fe, 2003.
- O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe y Whitehead, Lawrence (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, 4 vols., Paidós, Buenos Aires, 1988.
- Offe, Claus, «Competitive party democracy and the Keynesian welfare state: Factors of stability and disorganization», *Policy Sciences*, 15:3, abril 1983.

- Oszlak, Oscar, «Privatización autoritaria y recreación de la escena pública», *Crítica y Utopía*, Nº 10/11, 1983, 33-49.
- Partido Aprista Peruano, «Acta del 22 de mayo de 1932 del Partido Aprista Peruano», en *El proceso Haya de la Torre*, Publicaciones del PAP, Guayaquil, 1933.
- Pérez Brignoli, Héctor, *Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina*, Editorial Juricentro, San José de Costa Rica, 2008.
- Pinder, Wilhelm, *Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas*, Frankfurter Verlags-Anstalt, 1926. [En español: *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa*, Losada, Buenos Aires, 1946].
- PNUD, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, Buenos Aires, 2004.
- Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Folio, México DF, 1982.
- Rojas Aravena, Francisco, «II Informe del Secretario General de FLACSO, El Crimen Organizado Internacional: Una grave amenaza a la democracia en América Latina y el Caribe», FLACSO, San José, Costa Rica, 2006.
- Rosa, Hartmut, *Social acceleration. A New Theory of Modernity*, Columbia University Press, New York, 2013.
- Rueschemeyer, Dietrich, Huber Stephens, Evelyne y Stephens, John D., *Capitalist Development and Democracy*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.
- Sábato, Hilda, «Sobrevivir en dictadura: las ciencias sociales y la “universidad de las catacumbas”», en Quiroga, H. y Tcach, C. (comps.), *A veinte años del golpe, con memoria democrática*, Homo Sapiens, Rosario, 1996, pp.51-57.
- Scherz, Luis, *El Camino de la Revolución Universitaria*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1968.

- Sennett, Richard, *The Culture of New Capitalism*, Yale University Press, New Haven, 2004 [En español: *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2006].
- Sonntag, Heinz, «Seis tesis sobre el Sistema mundial, la dependencia, la globalización y el desarrollo», conferencia dictada en CEAP-CIPOST, Coloquio: Cultura y Transformaciones Sociopolíticas en Tiempos de Globalización, Caracas, 15 al 17 de junio 1998. Recuperado de <http://rcci.net/globalizacion/2004/fg478.htm>.
- Strasser, Carlos, *La razón científica en política y sociología*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- Strasser, Carlos, *Democracia & Desigualdad: sobre la «democracia real» a fines del siglo XX*, Colección Becas de Investigación CLACSO/Asdi, Buenos Aires, 2000.
- Strasser, Carlos, «Sistemas políticos y la democracia en Bobbio», en Filippi, A. (dir. e introducción), *Norberto Bobbio y Argentina. Los desafíos de la democracia integral* (epílogo de Luigi Ferrajoli), Editorial La Ley, Buenos Aires, 2006.
- Streeck, Wolfgang, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz, Buenos Aires, 2013.
- Tcach, César, «Francisco Delich: de la noticia más antigua hacia una historia intelectual», *Estudios*, N° 36, *Argentina: Política exterior y relaciones internacionales*, Centro de Estudios Avanzados, UNC, Córdoba, 2016.
- Torres, Esteban, «El proyecto intelectual: hacia la reconstrucción de un programa teórico para las ciencias sociales en América Latina», *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, N° 48, segunda época, CLACSO, Buenos Aires, agosto de 2017.
- Touraine, Alain, *América Latina. Política y sociedad*, Espasa, Madrid, 1989.

- Touraine, Alain, Delich, Francisco y Mora y Araujo, Manuel, «Democracia y desigualdades sociales», *Estudios*, N° 15, Córdoba, otoño 2014, 189-217.
- Vacca, Giuseppe, *Modernidad alternativa. El Novecento de Antonio Gramsci*, Einaudi editor, Turín, 2017.
- Vidal Beneyto, José, «Dai rapporti con gli antifranchisti alla creazione dell'Associazione Mediterranea Latinoamericana», en AA.VV., *Ricordi di Alberto Spreafico*, Arnaldo Lombardi Editore, Palermo-Siracusa, 2000, pp. 89-97.
- Vommaro, Gabriel y Gené, Mariana, «La sociología política y sus aportes para analizar la política argentina reciente», en Vommaro, G. y Gené, M. (comps.), *La vida social del mundo político. Investigaciones recientes en sociología política*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2017, pp. 9-32.
- Von Bülow, Marisa, «América Latina en movimiento: acción colectiva directa y la construcción de ciudadanía política», en PNUD, *Ciudadanía política: voz y participación ciudadana en América Latina*, Siglo XXI, Argentina, 2014.
- Weffort, Francisco, «A América errada (notas sobre a democracia e a modernidade na América Latina em crise)», *Lua Nova: Revista de Cultura e Política*, N° 21, São Paulo, 1990. Recuperado de [http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0102-64451990000100002](http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-64451990000100002)
- Weffort, Francisco, ¿Cuál democracia?, FLACSO Sede Costa Rica, San José de Costa Rica, 1993.
- Woessmann, Ludger y Schuetz, Gabriela, «Efficiency and Equity in European Education and Training Systems», *EENEE Analytical Report* N° 1, Prepared for the European Commission, 2006. Recuperado de [http://ifoinstitut.info/dms/EENEE/Analytical\\_Reports/EENEE\\_AR1.pdf](http://ifoinstitut.info/dms/EENEE/Analytical_Reports/EENEE_AR1.pdf)



## SOBRE LOS/AS AUTORES/AS

**Arata, Nicolás** (1977-). Doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Magíster en Ciencias Sociales con orientación en educación (FLACSO-Argentina). Profesor de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad de Río Negro, UNRN, donde forma parte de las cátedras de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana y Teorías de la Educación y Sistema Educativo Argentino. Dirige la colección Lecciones para la Formación Docente de la editorial Novedades Educativas. Coordinador Académico del Programa de Posgrados de CLACSO. Realizó estancias de investigación en el Centro Internacional de la Cultura Escolar, España, y en la Universidad Humboldt de Berlín, Alemania. Fue secretario de la Sociedad Argentina de Historia de la Educación -SAHE- (2009-2010) y actualmente se desempeña como director académico del Anuario de Historia de la Educación de la SAHE.

**Ansaldi, Waldo** (1943-). Doctor en Historia, Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Profesor titular consulto en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Fue investigador principal del CONICET con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA), del cual fue director (2009-2011). Secretario ejecutivo adjunto del CLACSO (1977-1988). Ha sido y es profesor de grado y/o posgrado en varias universidades del país y del exterior. Profesor visitante en las Universidades de São Paulo, d'Estiú de Gandía y de Chile,

e investigador visitante en la Universidad de Barcelona. Dirigió las Maestrías en Estudios Sociales Latinoamericanos (UBA) y fue coordinador académico de la Maestría en Procesos de Integración Regional-Mercosur (UBA). Actualmente es coordinador académico de la Línea de Sociología del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina del Centro de Estudios Avanzados (CEA)-UNC.

**Botana, Natalio** (1937-). Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad de Lovaina y doctor *honoris causa* por la Universidad Nacional de Salta y por la Universidad Nacional de Rosario. Profesor emérito en la Universidad Torcuato Di Tella. Miembro de número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Obtuvo la Beca Guggenheim en 1979, el Primer Premio Nacional de Historia correspondiente a la producción 1982-1985, y el Premio Consagración Nacional en Historia y Ciencias Sociales en 1995. Recibió el Premio Konex de Platino en Ensayo Político en 1994 y 2004. Ha sido Visiting Fellow en el St. Antony's College de la Universidad de Oxford y profesor visitante en el Instituto Universitario José Ortega y Gasset de la Universidad Complutense de Madrid. En el último medio siglo ha tenido una intensa participación en la prensa gráfica, primero en la revista *Criterio* y luego como columnista de opinión en los diarios *La Nación* y *Clarín*.

**Brunner, José Joaquín** (1944-). Doctor en Sociología por la Universidad de Leiden, Países Bajos. Realizó estudios de posgrado en la Universidad de Oxford, Reino Unido. Profesor titular de la Universidad Diego Portales (UDP) donde dirige la Cátedra UNESCO de Políticas Comparadas de Educación Superior y el Doctorado de Educación Superior ofrecido conjuntamente con la Universidad de Leiden. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.

Ha trabajado con gobiernos, sistemas nacionales y universidades de 40 países en diferentes regiones del mundo. Entre los años 1976 y 1984 ejerció como director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). En Chile fue ministro Secretario General de Gobierno. Ha publicado extensamente en materias de su especialidad y sobre análisis cultural y político. Es autor de 45 libros y numerosos capítulos y artículos publicados en revistas académicas. Participa activamente en el debate público de políticas educacionales.

**Calderón, Fernando** (1948-). Doctor en Sociología, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris. Doctor *honoris causa* por la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires. Profesor a cargo de la Cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge (2017-2018). Profesor y director de Investigación en la Universidad Nacional de San Martín. Profesor honorario de Universidad Mayor de San Simón Cochabamba, Bolivia. Profesor del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina, CEA-UNC. Profesor visitante de las Universidades de Austin, Chicago, Berkeley y Cornell (EE.UU.), Universitat Oberta de Catalunya (España), Universidad Mayor de San Andrés (La Paz, Bolivia), y otras universidades de México, Puerto Rico, Venezuela y Chile. Secretario ejecutivo del CLACSO (1984-1991). Consejero de Política Social de la CEPAL y asesor especial en Desarrollo Humano y Gobernanza del PNUD. Coordinador y asesor senior de los Informes de Desarrollo Humano en múltiples países de América Latina, Europa y África.

**Camou, Antonio** (1961-). Doctor en Ciencias Sociales, FLACSO México. Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) y del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente de posgrado de la Universidad de San Andrés (UdeSA)

en el área de Administración y Políticas Públicas. Ha publicado trabajos especializados sobre temas de gobernabilidad democrática, reformas del Estado y educación superior en Argentina y América Latina en libros y revistas académicas, además de publicar regularmente notas de opinión en diarios, revistas y sitios web. Desde el 2013 es vicedirector del IdIHCS, instituto de doble dependencia UNLP-CONICET.

**Campero, Guillermo** (1955-). Doctor en Sociología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris Sorbonne. Profesor de posgrado en Políticas Públicas y Ciencia Política Universidad de Chile, Universidad Diego Portales y Universidad Jesuita Alberto Hurtado. Profesor invitado en FLACSO México, UAM - Sede Xochimilco (México), Universidad de São Paulo (Brasil), Universidad de la República (Uruguay), Universidad Católica del Uruguay, École des Hautes Études en Sciences Sociales (Francia), Instituto de Estudios Latinoamericanos, Frankfurt (Alemania), Instituto de Estudios Latinoamericanos, Rotterdam (Holanda). Asesor Senior en Políticas Públicas de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), Oficina para el Cono Sur. Profesor de posgrado en la Universidad de Brown, Providence, Boston, EE.UU. Ha sido miembro del Consejo Directivo del CLACSO. Experto de CEPAL en Políticas de Desarrollo Social (2010-2012)

**Casarin, Marcelo** (1962-). Doctor en Letras Modernas, UNC. Docente-investigador en el CEA (Facultad de Ciencias Sociales de la UNC). Profesor invitado de la Universidad Militar Nueva Granada (Bogotá) y de la Universidad de Antioquía, Colombia. Profesor visitante en el Centre de Recherche Latino-Américaine, Université de Poitiers (Francia). Director del Programa de Investigación Escritura, difusión y publicaciones científicas y del Programa Nuevos Frutos de las Indias Occidentales (estudios de la cultura latinoamericana). Director del Programa posdoctoral en Ciencias Humanas y Sociales, CEA-FCS-UNC. Ha publicado

numerosos artículos en revistas especializadas sobre escritura académica y literatura y cultura argentina y latinoamericana.

**Castells, Manuel** (1942-). Catedrático de Sociología en la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), Barcelona. University Professor y catedrático titular en la Escuela Annenberg de Comunicación, Universidad of Southern California, Los Ángeles. Catedrático emérito de Sociología y de Planeamiento Urbano y Regional, Universidad de California, Berkeley. Fellow of St. John's College de la Universidad de Cambridge y titular de la Cátedra Network Society en el Collège d'Études Mondiales, Paris. Director del Internet Interdisciplinary Institute de la Universitat Oberta de Catalunya (2001-2012). Profesor titular de Sociología en la Universidad de París, profesor titular de Sociología en la Escuela para Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Universidad de París (1967-1979), profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigación Científica (CSIC) en Barcelona (1997) y catedrático de Sociología y de Planeamiento Urbano y Regional en la Universidad de California en Berkeley (1979-2003).

**Crespo, Horacio** (1947-). Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México. Se desempeña como profesor-investigador en Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México. Es profesor en el Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM y en la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires. Fue profesor en la UNC y dirigió el CEA-UNC entre 1995 y 1997. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México. Obtuvo la Beca Guggenheim en 1998. Es autor de libros y artículos en revistas nacionales e internacionales acerca de historia económica de México y las relaciones entre política y cultura en América Latina durante el siglo XX y en el escenario contemporáneo.

**Cavarozzi, Marcelo** (1943-). Doctor en Ciencia Política, Universidad de California, Berkeley. Doctor *honoris causa*, Universidad Nacional de Rosario y Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires. Investigador principal del CONICET. Profesor titular de Sistemas Políticos en la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín. Profesor titular de Política Comparativa de América Latina, Universidad de Georgetown (EE.UU.). Profesor visitante en las universidades de North Carolina (at Chapel Hill, EE.UU.), Universidad de Florencia «Cesare Alfieri» (Italia), Universidad de Yale, Universidad de Chile, Nacional de Colombia, de Antioquía, de la República (Montevideo), Nacional Autónoma de México, de Salamanca, Complutense de Madrid, de Santiago de Compostela, IUPERJ de Río de Janeiro, Javeriana y Los Andes, entre otras.

**Filippi, Alberto** (1966-). Doctor en Filosofía, Universidad de Roma La Sapienza. Doctor *honoris causa* en Filosofía Política por la Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú. Desde 1969 hasta 2009 ha enseñado Historia e Instituciones de América Latina e Instituciones Políticas Comparadas en la Universidad de Camerino, donde fundó el Departamento de Ciencias Jurídicas y Políticas, que dirigió entre 1999 y 2005. Hasta 2010 ha formado parte del Comité Científico del Instituto Ítalo Latinoamericano de Roma. Ha sido profesor visitante de ateneos en Francia, España, Venezuela, México, Brasil, Argentina, Polonia, República Dominicana, Guatemala, EE.UU., Israel, Alemania y Chile. Es profesor en el Instituto de Justicia y Derechos Humanos de la Universidad de Lanús (Buenos Aires), en la Escuela del Servicio de Justicia y en la Facultad de Filosofía de la UNC, Argentina.

**Flisfisch Fernández, Ángel** (1941-). Realizó estudios de posgrado en ciencia política en la University of Michigan (EE.UU.), obteniendo un Magíster en Ciencia Política (1970-1972). Ha sido subsecretario del Ministerio Secretaría General de la Presi-

dencia, subsecretario de Relaciones Exteriores, director de Planificación del Ministerio de Relaciones Exteriores, subsecretario de Aviación, subsecretario de Marina, Embajador de Chile en Singapore, secretario Pro Tempore de la Unión de Naciones Sudamericanas UNASUR, investigador asociado de Proyectamerica y consultor del PNUD. Actualmente es director de la FLACSO-Chile. En su actividad académica, sus temas de trabajo principales son: teoría democrática, procesos de transición a la democracia, análisis estratégico, elección racional, relaciones internacionales y gestión pública.

**Garretón Merino, Manuel Antonio** (1943-). Doctor en Sociología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris. Desde 1994 es profesor titular del Departamento Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de Universidad de Chile. En 2007 se le otorgó el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanidades y en 2015 el Premio Kalman Silvert de la LASA. Ocupó la Cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge en el año 2013. Director del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile (1994-1996), director del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile (2004). Obtuvo la Beca Guggenheim 1983 y las becas CLACSO (1975-76, 2007), Fundación Ford (1997-1991, 2007), Social Research Council (1976, 1979), Fundación Macarthur (1992-1993), CONICYT (1993-1994, 2007, 2009). Profesor invitado en múltiples universidades en todo el mundo, entre las últimas la Universidad de Lovaina, Cátedra Jacques Leclerc (2002), New School University, Nueva York (2002), Doctorado FLACSO Buenos Aires, Universidad Católica de Chile (1994-1998).

**Gentili, Pablo** (1963-). Doctor en Educación de la Universidad de Buenos Aires y Magíster en Ciencias Sociales con Mención en Educación de la FLACSO, Argentina. Es profesor de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Miembro de la

Carrera de Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Brasil (CNPq). Actualmente es secretario ejecutivo del CLACSO. Investigador del Laboratorio de Políticas Públicas de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (LPP/UERJ), donde coordina el Observatorio Latinoamericano de Políticas Educativas (OLPED-LPP/UERJ). Fue director de la FLACSO, Sede Brasil. Director de la revista *Crítica y Emancipación* (con Emir Sader; publicada por CLACSO). Profesor del Programa de Posgrado (Maestría y Doctorado) en Políticas Públicas y Formación Humana de la UERJ.

**Hernández, Isabel** (1948-). Antropóloga. Se desempeñó en varios organismos de las Naciones Unidas. Hace años se dedicó a la escritura de ficción. Ha escrito tres novelas y dos libros de relatos publicados en Chile, Argentina y España. Como narradora de ficción publicó en Buenos Aires su primer volumen de relatos *Al mundo nada le importa* (2009), Grupo Editor Latinoamericano, y posteriormente en Santiago de Chile las novelas *Antes de la fuga* (2011), Editorial Cuarto Propio, y *El esplendor de la derrota* (2012), Ceibo Ediciones. En abril del año 2015 publicó en España su tercera novela *El tiempo que nos pertenece*. Ha recibido premios internacionales en EE.UU., España, México, Chile y Argentina.

**Iazzeta, Osvaldo** (1954-). Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO/Brasil y Universidad Nacional de Brasilia). Profesor, investigador y director del Doctorado en Ciencia Política, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Profesor titular de Teoría Sociológica, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario (UNR). Investigador de Carrera del Consejo de Investigaciones, UNR. Secretario de Posgrado de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR. Profesor invitado en diversas universidades del país y el extranjero. Autor de múltiples libros y artículos en el campo de las ciencias políticas, varios de ellos en coautoría con Guillermo O'Donnell.

**Licha, Isabel** (1951-). Doctora en Sociología del Desarrollo, Institut d'Études du Développement Économique et Social, Universidad de Paris I (Pantheon-Sorbonne). Se especializa en temas de política social, gerencia social y desarrollo humano. Se ha desempeñado como asesora principal en Política Social del Fondo España-PNUD (2007-2012), adscrito al Bureau para América Latina y el Caribe (RBLAC) del PNUD. Ha sido docente y especialista en Desarrollo Social del Instituto Interamericano para el Desarrollo Social (INDES) del Banco Interamericano de Desarrollo (1995-2007). Durante 1980-1995 fue profesora-investigadora, coordinadora de investigaciones y coordinadora del Doctorado en Estudios del Desarrollo del Centro de Estudios del Desarrollo de la Universidad Central de Venezuela. Actualmente se desempeña como consultora independiente en temas de desarrollo humano.

**Nun, José** (1936-). Posgrado en Sociología, Universidad de París. Doctor *honoris causa*, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Investigador superior emérito del CONICET. Fundador y decano del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES, UNSAM). Dirige el Doctorado en Sociología y las Maestrías en Ciencia Política y en Sociología Económica en la UNSAM. Presidente de la Fundación de Altos Estudios Sociales. Ex secretario de Cultura de la Nación (2004-2009). Fue profesor titular vitalicio de Ciencia Política en la Universidad de Toronto y FLACSO (México) y, antes, profesor asociado en la Universidad de California, Berkeley. Director de Proyectos en el Instituto Torcuato Di Tella (Buenos Aires) y en CEPAL/ILPES (Santiago de Chile). Recibió, entre otras, la Beca Fullbright, la Beca Guggenheim, la Beca del Social Sciences and Humanities Research Council de Nueva York (1984-1985), la Orden del Libertador Bernardo O'Higgins, Mención de Honor del Senado Nacional y el Premio Konex en Ciencias Políticas (1996).

**Ottone Fernández, Ernesto** (1948-). Doctor en Ciencias Políticas, Universidad de París III (Sorbonne-Nouvelle). Dirige la Cátedra Globalización y Democracia en la Universidad Diego Portales de Chile y es titular de la Cátedra Destinos mundiales de América Latina en el Colegio de Estudios Mundiales/Fondation Maison des Sciences de l'homme de París. Es profesor titular de la Universidad Diego Portales, profesor adjunto de la Universidad de Chile, asesor académico del Club de Madrid y Miembro del Grupo de Lisboa. Fue director de análisis estratégico de la Presidencia de Chile (2000-2006) y secretario ejecutivo adjunto de la CEPAL. Es miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Es además autor de obras traducidas a varios idiomas, columnista del diario chileno *La Tercera* y panelista de Radio Cooperativa de su país.

**Quevedo, Luis Alberto** (1953-). Graduado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, Universidad de París, donde obtuvo la Maestría en Sociología. Es director de la Sede Argentina de la FLACSO desde 2014. Se desempeña como profesor titular de Sociología Política en la Universidad de Buenos Aires desde 1998. Es director del Posgrado Internacional Gestión y Política en Cultura y Comunicación y del Posgrado Opinión Pública y Comunicación Política de la FLACSO Sede Argentina. Ha sido consultor del PNUD, OEI, FIDA, OIT, IICA, Banco Mundial, entre otras instituciones y organismos internacionales. Formó parte del Directorio de Educ.ar, el portal educativo del Ministerio de Educación de la República Argentina entre 2003 y 2015. Ha escrito más de 100 artículos y capítulos de libros sobre cultura y comunicación, política y medios, derechos humanos, cultura política, nuevas tecnologías, etc. y cuatro tomos sobre Consumos Culturales en Argentina.

**Quiroga, Hugo** (1947-). Doctor en Filosofía por la Universidad de las Islas Baleares, España. Obtuvo el Dîplome d'Études Ap-

profondies en Études de l'Amérique Latine, Option Sciences Politiques, Paris III. Actualmente es profesor titular ordinario de Teoría Política de la Universidad Nacional de Rosario. Es investigador principal del Consejo de Investigaciones de la misma universidad. Hasta el año 2016 fue profesor titular de Introducción a la Ciencia Política de la Universidad Nacional del Litoral. Ha enseñado en carreras de Posgrado en la Argentina, en FLACSO, en Brasil, España, Colombia y Francia. Fue director del Doctorado en Ciencia Política en la Facultad de Ciencia Política y RRII de la UNR. Es director de la revista *Estudios Sociales* de la Universidad Nacional Del Litoral. Ha publicado numerosos libros y artículos en revistas argentinas y extranjeras.

**Rojas Aravena, Francisco** (1949-). Doctor en Ciencias Políticas, Universidad de Utrecht, Holanda. Rector de la Universidad para la Paz de las Naciones Unidas desde 2013. Fue secretario general de la FLACSO entre 2004-2012 y director de FLACSO-Chile entre 1996-2004. Profesor de Relaciones Internacionales, Seguridad Internacional y Negociación en diversas universidades de la región y fuera de ella. Fue profesor Fulbright en la Universidad Internacional de Florida. Asesor y consultor para diversas organizaciones internacionales y gobiernos de la región. Es autor o coautor y editor o coeditor de más de 80 libros. Ha publicado más de 100 artículos en revistas y publicaciones especializadas en América Latina, Asia, Estados Unidos y Europa. En el 2016 recibió el Premio Nacional Malinali de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

**Russo, Juan** (1963-). Doctor en Ciencias Políticas, Universidad de Florencia, Italia. Actualmente es profesor titular de la Universidad de Guanajuato y miembro del Sistema Nacional de Investigadores CONACYT, México. Ha impartido clases y dictado conferencias en universidades de Argentina, Estados Unidos, México, Italia y España. Coordinador académico del Doctora-

do en Ciencias Sociales de la Universidad de Guanajuato, sede León. Profesor visitante del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Ciudad de México. Columnista del diario *El Universal*, México. Ha investigado sobre política comparada, democracia, capital social y ciudadanía, y es autor de números libros y artículos sobre tales temas.

**Scarponetti, Patricia Elizabeth** (1955-). Doctora en Derecho y Ciencias Sociales, UNC. Especialista en Sociología Política por el Programa Multidisciplinario de Formación para Doctores en Ciencias Sociales, CEA-UNC. Directora del Doctorado en Ciencias Sociales en el IAPCS, Universidad Nacional de Villa María, Córdoba. Directora de la Maestría en Sociología del CEA-UNC. Se desempeña como profesora titular de la materia Sociología Jurídica, carrera de Abogacía, UNC. Profesora de posgrado en diferentes universidades de México y Brasil, así como en las Universidades Nacionales en Córdoba, San Luis, Catamarca y San Juan. Investigadora responsable del proyecto Network for Comparative Analysis of Social Inequalities Global Trends in Social Inequalities in Europe and Latin America, H2020-MSCA-RISE-2015.

**Soler, Lorena** (1975). Doctora en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales UBA. Investigadora del CONICET, con sede en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, UBA. Profesora titular de la asignatura Procesos de cambio social en América Latina en el siglo XXI. Docente regular en Historia Social Latinoamérica y jefa de trabajos prácticos en el Taller de Investigaciones en Sociología Histórica de América Latina, Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Dicta cursos de posgrado en diversas universidades nacionales y extranjeras.

**Spreafico, Andrea** (1972-). Doctor en Sociología, Universidad de Florencia, Italia. Profesor en Sociología General en la Universidad de Roma III, donde enseña Metodología de la Investigación Social, y Sociología en el Departamento de Ciencias de la Formación. Se ha desempeñado como Visiting Fellow en el Instituto de Ciências Sociais de Lisboa, Portugal, y en la Fondation Maison des sciences de l'homme de París. Actualmente se ocupa de temas de etnometodología, teoría sociológica, investigación visual, identidades, procesos de categorización y ciudadanía. Miembro del Laboratorio sul Pluralismo culturale-PLUC del Departamento de Ciencia de la Formación de la Università di Roma Tre. Profesor invitado en diversas universidades de Europa y América Latina, entre ellas en la Universidad de Guanajuato, México.

**Strasser, Carlos** (1936-). Doctor en Ciencia Política, Universidad de California, Berkeley. Profesor emérito e investigador director del Programa de Estudios Políticos de la FLACSO/Argentina. Investigador superior del CONICET. Profesor titular de Derecho Político y Teoría del Estado, Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 1984-1997. Fundador de la Maestría en Ciencias Sociales (1979). Fue director interino de la FLACSO, Sede Argentina, entre 1980 y 1981. Creador y hasta la fecha director de la Maestría en Ciencia Política y Sociología. Profesor del Instituto del Servicio Exterior de la Nación entre 1987 y 1997. Recibió la Faja de Honor 1980 de la Sociedad Argentina de Escritores, así como distintas becas, entre ellas de la OEA, el Institute of International Studies, University of Berkeley-California, la Leo S. Rowe Foundation, Stanford, California, y los premios Konex y Konex de Platino en Ciencia Política, Buenos Aires, 1996. Desde 1988 es Fellow del Woodrow Wilson Center, Smithsonian Institution, Washington DC.

**Tcach, César** (1956-). Doctor en Historia, UNC. Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Madrid, España. Investigador principal del CONICET. Profesor titular de Introducción a la Política Contemporánea de Córdoba, UNC, director de la Maestría en Partidos Políticos y de la revista *Estudios*, del CEA/UNC. Entre sus últimas publicaciones merece destacarse: Darío Macor y César Tcach, *La invención del peronismo en el interior del país*, tomo 1 (segunda edición), UNL, 2014. Darío Macor y César Tcach, *La invención del peronismo en el interior de país*, tomo 2, UNL, 2013, 493 pp. César Tcach, *De la Revolución Libertadora al Cordobazo. Córdoba, el rostro anticipado del país*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.

**Torres, Esteban** (1976-). Posdoctorado en Sociología, El Colegio de México. Doctor en Comunicación, Universidad Nacional de la Plata / Universidad Autónoma de Barcelona, España. Investigador adjunto del CONICET en el Centro de Investigaciones y Estudio sobre Cultura y Sociedad (CIECS) de la UNC. Profesor regular de la cátedra de Sociología / Teoría Social de la FFYH-UNC y de la cátedra Teoría Sociológica II de la Facultad de Ciencias Sociales, UNC. Director del Programa de investigación Teoría Social y Realidad Latinoamericana, CIECS-CONICET-UNC. Profesor visitante, departamentos de Sociología de la New York University (NYU) y de la University of Wisconsin-Madison (EE.UU.). Coordinador del GT CLACSO 2016-2019 Teoría social y realidad latinoamericana (junto con Edelberto Torres-Rivas). Director del proyecto de investigación SECYT-UNC 2018-2021: «Redes de poder, capitalismo informacional y cambio social en América Latina: aproximaciones teóricas y empíricas».

**Vommaro, Pablo** (1974-). Posdoctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Universidad Católica de São Paulo, Universidad de Manizales, CINDE y CLACSO. Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Es investiga-

dor del CONICET, profesor de Historia en UBA e investigador formado del Programa de Historia Oral FFyL/UBA y del Grupo de Estudios sobre la Protesta Social y la Acción Colectiva, GEPSAC, IIGG/UBA. Co-coordina el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu, IIGG/UBA). Es docente de las Facultades de Filosofía y Letras FFyL/UBA en los Departamentos de Ciencias de la Educación e Historia y de Ciencias Sociales FSOC/UBA en la carrera de Sociología. Fue co-coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre Juventud y prácticas políticas en América Latina y subsecretario de Planificación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Uno de los atributos más sobresalientes de Francisco Delich, convertido en una pieza central de su legado, ha sido su capacidad para ofrecer a la cultura de América Latina una de las visiones sociohistóricas más universales de su tiempo.

La sociología de Delich se presenta como uno de los intentos contemporáneos más lúcidos y más soberanos para repensar América Latina en el concierto global.

La universalidad conquistada por el intelectual cordobés por momentos nos hace olvidar la posición históricamente periférica que ocupa nuestra región en la creación de aquellos bienes intelectuales comunes que conforman la reserva cultural y moral de la especie humana, y que permiten alimentar en tiempos de desasosiego los nuevos proyectos colectivos de emancipación social.



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



**CLACSO**